
Mil razones
PARA DESEARTE
ARY NASCIMENTO
AMAZZON AUTOR DE BESTSELLERS


Mil razones
PARA DESEARTE
ARY NASCIMENTO
AMAZZON AUTOR DE BESTSELLERS

Mil razones
PARA DESEARTE

ARY NASCIMENTO
AMAZZON AUTOR DE BESTSELLERS

Copyright © 2024 Ary Nascimento

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Portada: Layce Design
Corrección: Christiane Calixto
Traducion: Winnie Wong
Lector beta: Scarleth Souza
Maquetación digital: Layce Design

Todos los derechos reservados.
Esta obra sigue las normas de la nueva ortografía de la lengua portuguesa.

Se prohíbe el almacenamiento y/o reproducción de cualquier parte de esta obra por cualquier medio — tangible o intangible — sin el consentimiento escrito del autor.
La violación de los derechos de autor es una infracción penal establecida por la ley nº 9.610/98 y castigada por el artículo 184 del Código Penal.

Edición Digital | Creada en Brasil.



Nota del autor
Dedicación
Prefácio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Otras obras
Sobre el autor
Póngase en contacto con

"Poco a poco he llegado a pensar en
el amor como único tema.
Todo en la vida humana trata
el amor o su ausencia".

Salman Rushdie



Este libro aborda temas delicados relacionados con trastornos psicológicos, violencia doméstica y suicidio. Todos ellos se tratan con mucha responsabilidad y delicadeza, pero pueden despertar desencadenantes en usted.

Si alguno de estos temas le resulta incómodo, no dude en dejar de leer en cualquier momento.

De lo contrario, pase página y disfrute de la lectura.



Dedico este libro a ti, que ya has tocado fondo. Seguro que algunos pensaron que nunca saldrías. Poco sabían que en el fondo de tu pozo había un resorte que te impulsaría hacia arriba y te devolvería a la vida.

No estás solo. Siéntete abrazado por mí.

Nunca dudes de tu fuerza, después de todo, has llegado hasta aquí. Mira atrás y comprueba cuántas cosas has superado. Quizás necesites superar más, pero no te desanimes, no pierdas la esperanza y no dejes de sentir amor. Y lo más importante: nunca, ni en tus peores días, te rindas, porque mañana siempre será un nuevo día y una nueva oportunidad.



Rayssa

Fue casi imposible expresar con palabras lo que sentí cuando descubrí que no era hija biológica de mis padres — los seres humanos a los que más quería. Tal vez mi descubrimiento fuera irrelevante, teniendo en cuenta lo mucho que siempre me habían querido, pero la forma en que me llegó la información fue devastadora.

Tantos sentimientos se mezclaron dentro de mí. Sentí miedo, tristeza, confusión, amor, gratitud... Lo único que no permití que se apoderara de mí fue la ira, excepto en el momento del descubrimiento, claro. *¡No soy de hierro!*

Durante los casi 19 años que pasé con la Sra. Helena y el Sr. Augusto, nunca, ni por un minuto, sentí distinción alguna en la forma en que me trataban a mí y a João Guilherme. Por eso, cuando me enteré de que era hija adoptiva, una vez pasado el shock, sólo podía pensar en lo increíbles que eran mis padres y en lo mucho que sabían querer de verdad.

Lo que más aumentó mi admiración por ellos fue el motivo de mi adopción. No me

adoptaron porque no pudieran tener hijos, sino porque me querían, porque querían cuidarme. Sé que mi madre también quería cumplir el último deseo de su mejor amiga, pero lo hizo por amor y con todo su cariño.

Mis padres me dijeron todos los días a lo largo de los años que me querían. Incluso los días en que no me comportaba como la hija adorable que ellos merecían que fuera, ambos me querían. También me demostraron siempre, con palabras pero sobre todo con gestos, que estaban dispuestos a capear cualquier temporal conmigo.

Es casi imposible enumerar cuántas noches durmió mi madre a mi lado por culpa de la fiebre, o cuántas veces lloró y sonrió de orgullo por mí y por mi hermano.

En mi primera comunión, por ejemplo, estaba allí, llorando. Lo mismo ocurrió en mi graduación del instituto. Además de llorar, la señora Helena gritaba a voz en cuello: "¡Rayssaaaa, mamá te quiere!". En el abarrotado auditorio, mi madre era sin duda la más emocionada y le importaba un bledo que se considerara una broma. Por si fuera poco, llevaba en la mano un cartel con una frase que demostraba lo orgullosos que estaban de mí.

Todos mis compañeros se burlaron de mí, pero yo no sentí vergüenza. Disfruté de aquel momento con ella y recibí su amor y su orgullo como una bendición. No había nada vergonzoso en ello.

Cuando menstrué por primera vez, no sentí vergüenza. Mi madre estaba tan emocionada que se pasó horas hablando conmigo, explicándome todo sobre esta nueva etapa de mi vida. Le pedí que no se lo contara a nadie, porque me daba vergüenza, pero cuando llegué a la cocina unos minutos después, la bocazas ya se lo había contado todo a Dorinha, tan contenta como siempre. ¡Mamá! Actuaba como si fuera algo de lo que sentirse orgullosa.

— *Mi hija ha crecido, Dorinha.* — La oí contarnos emocionada.

Después de crecer un poco más, recuerdo aquel momento con más ligereza y admiración, no como cuando la pillé in fraganti, la llamé cotilla y me enfadé. En aquel momento, ella se defendió y dijo que era la reacción normal de una mamá orgullosa de ver crecer a su hijita. La quise un poco más después de aquel momento, sin acabar de entender, incluso de adulta, por qué estaba tan contenta, ya que la desgracia de los cólicos casi me mata cada período menstrual.

Mi familia fue mi puerto seguro. Mis padres y João Guilherme, mi hermano, siempre estaban ahí cuando los necesitaba — y también cuando no. No podía sentir otra cosa que amor y gratitud. Les estaré eternamente agradecida por haberme elegido y por haberme acogido cuando mi madre biológica me abandonó.

Si yo fuera ellos, mucha gente se enfadaría porque su familia nunca les dijo la verdad. Yo no. Son mis padres, así que sé que lo único que hicieron fue intentar arreglar las cosas y evitarme el dolor. Puede que fuera un error, pero sus motivos para ocultar la verdad eran los mejores posibles.

No voy a decir que fuera fácil, porque era mucho que asimilar. Sin embargo, si esa fuera mi vida y mi historia, la asumiría sin victimismos. Ese tipo de actitud, de hacerme rehén de las situaciones, no es mi tipo.

Lo peor fue oírlo de alguien que me odiaba hasta el punto de no sentir ni una pizca de empatía por mí. Aquella mujer, que descubrí que era mi hermana biológica, me lo echó todo en cara de forma cruel, sólo por el placer de verme sufrir. En realidad, Giovana no era mi hermana; tenía el mismo material genético que el mío, y eso era todo.

João Guilherme era mi único hermano y al que quiero. Junto con Melinda, una de mis mejores amigas, me dio otro gran amor; mi sueño de felicidad, Miguelito.

Aquella noche fatídica y cruel, después de que João Guilherme se fuera y nuestros padres se acostaran, me sentí tan cansada de llorar que me quedé dormida. E incluso en medio de tanta confusión, soñé con el único hombre que podía sacudirme.

En el sueño, él me abrazaba, y me sentí tan perfecta y acogedora que volví a sentirme en paz. Fue un bálsamo tras la agitación de los últimos acontecimientos. Cuando me desperté y me di cuenta de que era sólo un sueño, fui en busca de ese abrazo en la vida real.

Después de experimentar el peor de los rechazos, ya no tenía miedo de nada. Si Paulo André también me rechazaba, sabría cómo afrontarlo. Seguiría adelante con mi vida.

P.A. le había dicho a Gui que sus padres estaban en Portugal, así que, sin pensar realmente en lo que estaba haciendo y aunque no me sentía del todo segura conduciendo sola, cogí el coche y me fui en busca de paz.

Llegué a casa de Paulo André en pocos minutos y, a pesar de la hora, los guardias de seguridad, que ya me conocían, me dejaron entrar sin avisar. Unos instantes después, cuando llamé a la puerta y me abrió, vi su expresión de total sorpresa.

— ¡Enano! — Ése era el apodo que él y Gui solían usar en mi infancia y, de vez en cuando, después de hacerme adulto.

— Grande... — Fue lo único que alcancé a decir, antes de lanzarme a sus brazos y llorar sin parar. *Mierda, ¡odio ser así de débil!*

Hasta que conseguí contener los sollozos, Paulo André no me soltó. Aún abrazándome, me llevó a la casa y nos sentamos en su sofá. Dejó que empapara su camisa con mis lágrimas y luego me apartó de él.

— ¿Saben Guilherme o tus padres que estás aquí?

— No, están durmiendo.

— Será mejor que lo sepan, porque pronto alguien te echará de menos. Llamaré a tu hermano, ¿vale? — Dije que sí. — Espera aquí.

P.A. se alejó un poco, móvil en mano, y yo me tumbé en el sofá, abrazada a un cojín. Podía oír lo que le había dicho a Gui, pero estaba más atento a lo que me decían el corazón y la

mente.

Unos minutos después, Paulo André volvió y se sentó de nuevo a mi lado. Sin reservas, acurruqué mi cuerpo contra el suyo.

— Guilherme quería recogerte. Le dije que podías quedarte y que te llevaría a casa mañana. Pero si quieres irte hoy, puedo llevarte.

— Quiero quedarme.

— Quédate todo el tiempo que quieras. ¿Quieres contarme ahora lo que pasó?

Por un momento, me pregunté si quería hablar y revivir toda la historia. Llegué a la conclusión de que huir del tema no mejoraría mi situación. Necesitaba sentir ese dolor lo más posible para que se olvidara pronto.

— Descubrí que era adoptada. — Respiré hondo antes de volver a hablar. — Mi madre biológica era una de las mejores amigas de mi madre Helena. Se llamaba Leticia y se lió con un drogadicto que nunca quiso tener su propia hija. Ella también se volvió adicta y... — suspiré — se suicidó cuando yo tenía menos de un mes.

Paulo André ni siquiera pudo disimular su impresión ante lo que yo decía. Estaba boquiabierto y con los ojos muy abiertos.

— Leticia le dejó una carta a mi mamá, pidiéndole que me criara. Y la guinda del pastel, porque la desgracia tiene un límite, es que soy hermana de Giovana. Esa es la trágica pero inspiradora historia de mi vida.

— ¡Dios mío, Rayssa! — P.A. también estaba emocionada. — Nunca imaginé... Tus padres siempre han sido tan apasionados contigo.

— Precisamente por eso intento ver el lado inspirador más que el trágico de mi historia. Mi vida trata del amor más puro que existe, uno que no tiene lazos de sangre. Lo que mis padres sienten por mí, y yo por ellos, es un amor de almas.

— Eres una chica con suerte. — Paulo André quiso destacar un punto positivo más en una historia que, para muchos, sólo podía ser triste.

— Prefiero verlo así, porque es mucho mejor que verme como una pobre huérfana abandonada y adoptada por la caridad. No soy nada de eso. Así que, por favor, no sientan lástima por mí.

— Nunca pensaría así. ¡Eres increíble, gatita! Es más, tu madurez me asombra. Si fuera yo, creo que no reaccionaría tan bien.

— Estoy luchando por superarlo. No es fácil, pero prefiero transformar todo este dolor en algo bueno y utilizarlo para mi beneficio y crecimiento personal.

— Tu hermano... — Paulo André se quedó pensando un rato. — Nunca me dijo nada.

— Gui tampoco lo sabía y estaba destrozado, pero Melinda está cuidando de él.

— Y yo voy a cuidar de ti. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor, enano?

— Llévame a la cama. — Frunció un poco el ceño. — Túmbate conmigo, bajo el edredón, y abrázame.

P.A. dudó un segundo, pero se recompuso y asintió. Estábamos muy unidos y habíamos vivido varias situaciones como ésta, en las que estábamos cerca, pero nunca completamente solos. Sabía que era algo más con lo que tendría que lidiar, pero no me importaba.

No temería el rechazo del hombre que amaba. Necesitaba saber cómo me sentía, porque la vida estaba hecha para vivirla lo más intensamente posible. Sentir miedo era un gran desperdicio. Si rechazaba mi amor de mujer, seguiríamos siendo amigos y punto. Si de algo estaba orgullosa, era de estar bien resuelta.

Cuando tocas fondo pero no te ahogas, tu corazón se llena de valor y descubres que eres capaz de soportar mucho más de lo que imaginabas.

Paulo André me llevó a su habitación y cerró la puerta. Apartó el edredón que cubría la cama, esperó a que me tumbara, se tumbó frente a mí y nos tapó. No me cabía duda de que aquel hombre me quería, pero no sabía si le atraía lo suficiente como para convertir aquel amor fraternal en romántico.

— Eres tan... hermoso — susurré y acaricié su rostro perfecto, mirándolo a los ojos.

— Tú también eres hermoso, Ray.

Durante unos segundos, nos quedamos mirándonos en silencio. Mi corazón estaba caliente y acelerado por nuestra cercanía. En ese momento tan vulnerable de mi vida, no quería estar en ningún otro lugar del mundo.

— Hay algo más que forma parte de mi historia, pero que aún no te he contado. — Rompí el silencio.

— ¿Qué es eso? — Su nuez de Adán subió y bajó, mostrando su ansiedad. Tal vez ya sentía lo que mi corazón decía, aunque aún no lo había expresado con palabras.

— Te quiero, Paulo André. Y no como hermana, sino como mujer. Hace tanto tiempo que tengo este sentimiento que ni siquiera puedo decirte cuándo empezó. — Solté la bomba y, sin esperar a que reaccionara, lo besé.

P.A. se tensó, pero en lugar de rechazarme, respondió. Su boca carnosa era aún más sabrosa de lo que había imaginado. Al poco rato, su lengua caliente invadió mi boca, intensificando el beso que me había atrevido a iniciar. Me acerqué más a él, apoyé mi muslo en su cadera y una de sus manos recorrió mi pierna hasta llegar a mi trasero. Me acercó más y suspiré en su boca.

Sin extrañeza, pudor ni miedo, nos besamos con avidez. Mis manos trazaron varios caminos por sus brazos, su culo y su espalda, y las suyas también recorrieron todo mi cuerpo. En aquel momento sentí que estábamos conectados en cuerpo y alma.

Paulo André rodó su cuerpo sobre el mío y yo abrí las piernas para recibirlo. Se deslizó

entre ellas, sin interrumpir nuestro beso, y aproveché para frotarme contra él. Ambos gemimos.

El beso se hizo cada vez más desesperado, hasta que P.A. abrió los ojos y me miró fijamente. Noté el momento exacto en que se dio cuenta de lo que hacía y pensó que estaba mal, porque sus ojos se abrieron de par en par. Como salido de un trance, se apartó de mí de un salto.

Me senté en la cama, jadeante, y le miré. Estaba de pie y me miraba con la expresión asustada de alguien que acaba de cometer un crimen.

— ¡Dios mío, Rayssa! ¿Qué he hecho? No podemos... —Se frotó la cara con ambas manos y se paseó por la habitación, agonizante.

— ¿Por qué no? ¡Somos adultos y solteros! A menos que... — Pensé en dejar esa pregunta en el aire, pero no era mi estilo. — ¿No me quieres?

— No. Quiero decir... No lo sé. Es extraño y equivocado de muchas maneras. Pero, maldita sea, me has destrozado. Es que...

— ¿Qué, P.A.?

— Es sólo que eres... tú. Eso nunca se me pasó por la cabeza.

— Soy una mujer que ama y siente deseos, como cualquier otra.

— ¡Sí, pero no por mí! Soy el mejor amigo de tu hermano y te he visto crecer. No puedo. No debo... ¡¿No lo ves?! No está bien.

— Ah, ¿así que eres de los que prefieren morir de sed en un charco de agua antes que beberla porque crees que no es apta para el consumo? Es una pena, Paulo André, porque eres tú el que sale perdiendo al ignorar esta agua — me burlé.

— Oh, ¡joder! — susurró, más para sí mismo que para mí.

— Has probado el agua pura y de calidad directamente de la fuente, nunca estarás satisfecho con el agua del grifo que solías beber. — Volví a tumbarme y levanté el edredón. — Déjate de dramas y ven a tumbarte. No volveré a agarrarte. Ya sabes lo que siento, así que es tu elección, pero no por mucho tiempo. No voy a esperarte toda la vida.

Me estremeció su actitud cobarde, pero hasta cierto punto comprendí su conmoción. *Le daré tiempo para asimilar la información, pero no voy a esperarle toda la vida.* Nuestro beso me demostró que él también me quería, pero aun así, si no me quería, seguiría adelante, siempre molestándole y mostrándole lo que había perdido, claro.

Paulo André seguía de pie, mirándome. Golpeé la cama de al lado para llamar su atención.

— Vamos, grandote. Deja de hacer el gilipollas. No voy a agarrarte. He dado el primer paso diciéndote lo que siento, pero respetaré lo que tú decidas.

Me acurruqué entre las mantas y vi cómo se acercaba de nuevo a la cama. Me tumbé de lado, dándole la espalda, y sentí cómo el colchón se hundía con el peso de su cuerpo junto a mí. Desde luego, tuvo cuidado de no tocarme.

Al día siguiente, nos despertamos acurrucados. Sonreí soñolienta y él empezó a removerse, despertándose. Al ver que me abrazaba, Paulo André se apartó automáticamente. No me importó y le dejé creer que podía conmigo. Suspiré y acabé dormitando de nuevo, relajada. Un rato después, cuando volví a despertar, estaba sola en la cama.



Rayssa

A veces pienso que el despertador es un aparato demoníaco. Ningún ser humano merece despertarse a las 6 de la mañana, ya sea para trabajar o estudiar.

— Vamos, Rayssa. Naciste hermosa y rica, pero no complaciente. Deja de ser perezosa. Despierta y lucha, princesa — murmuré entre bostezos.

Me estiré, sentándome en el borde de la cama, y luego arrastré los pies hasta el baño. Unos minutos después, cuando salí, tenía las pilas recargadas y estaba lista y entusiasmada para afrontar el día. *El mundo tiene demasiadas cosas interesantes como para perder el tiempo durmiendo.*



Arranqué el coche e inmediatamente sonó la primera canción de mi lista de *reproducción* favorita. Yo era una mujer ecléctica que escuchaba un poco de todo. Me gustaban las deliciosas penas de mi eterna diva Marília Mendonça, el rock de grupos como Queen, Legião Urbana, Skank, Paralamas y Coldplay, las notables voces de Cazuza, Bon Jovi y Ed Sheeran; y me obstinaba en escuchar un poco de funk básico de vez en cuando.

Cuando entré en el aparcamiento del colegio, todavía con el equipo de música a todo volumen y cantando una canción de Ana Carolina, vi que Melinda también llegaba. Apagué el sonido, miré por el retrovisor para asegurarme de que no estaba despeinada tras mi sesión de música matutina, salí del coche y esperé a que aparcara mi cuñada.

A Melinda, una rubia espectacular, se le caía la baba al salir de su Toyota Corolla Cross. ¡Potente! Todavía no me había acostumbrado a la belleza de mi cuñada. A João Guilherme le tocó la lotería porque su mujer era una parada de tráfico.

— Luz en la pasarela y aquí viene — siempre le cantaba esta canción. — Buenos días, un caramelo para mis ojos, los de João Guilherme y los de quien quiera disfrutarlo. ¿Cómo están los hombres de mi vida? — bromeé, y ella me sonrió dulcemente.

— Buenos días, cuñada. Nuestros hombres están bien. Guilherme está en casa con Miguel. Trabajará desde casa hasta que yo llegue. — Mel me abrazó.

Antes de que pudiéramos decir nada más, vimos a Henrique, nuestro profesor de Derecho Penal. El moreno alto, de pelo rizado y cuerpo atlético, aunque no musculoso, estaba saliendo del coche. Su mayor encanto era su cara de ojos saltones, de esos que parecen tranquilos, pero en el fondo son unos canallas. Debe tener unos treinta años y es igualito a Jesús Luz. *¡Qué delicia de hombre!*

— Dios mío, no soporto ver a este perturbador a primera hora de la mañana. Las vidas solteras importan. Por favor, Dios, ¡tranquilízame! ¡Cómo sufro!

— ¡Deja de ser traviesa, niña! — me regaña riendo mi cuñada, interrumpiendo mi conversación con Dios.

— ¡Venga ya! ¿Vas a decir que no es guapo? — dije, babeando un poco más por aquel hombre. — Y no soy traviesa, amor. Sólo soy una chica en la flor de la vida y llena de hormonas. Ahora, si dices que no es maravilloso, estás ciega.

— No estoy ciega, sólo estoy casada y enamorada de mi marido, que es el mejor y más bello hombre del mundo. João Guilherme no deja espacio para nadie más. Incluso encuentro

guapos a otros hombres, pero no despiertan ningún interés en mí.

— Por suerte, eso deja más para mí, ya que hay once mujeres por cada hombre en el mundo. — Me reí con picardía, y Melinda no pudo contenerse y también se echó a reír. — Tienes razón en que mi hermano es perfecto, pero es mi hermano, así que para mí no cuenta.

Seguí mirándolo, haciendo lo posible por disimular lo calientes que aquel hombre maravilloso hacía sentir mis mejillas, y otras cosas.

— ¿Tiene novia Henrique? No lleva anillo de casado.

— El otro día, estaba aquí en el aparcamiento con su hermano y Miguel cuando se acercó a hablar con nosotros. Henrique tenía un bebé en brazos y lo presentó como su hijo, pero no había ninguna mujer con él.

— Debe de ser padre soltero. ¡Mamá ya le quiere! — Mi cuñada se echó a reír. *Nadie me toma en serio.*

— No te soporto, Rayssa. A lo mejor no lleva anillo de casado, pero viven juntos.

— Lo averiguaré — dije con decisión. — Ahora, entremos, porque quiero sentarme delante. La lección de hoy es con él. ¿Lo ves? El destino está a mi favor.



Cuando terminó la clase de Derecho Penal, Melinda me invitó a comer a su casa. Aunque extrañaba mucho a mi sobrino Miguelito, no pude aceptar, pues ya había reservado para ir al centro comercial con Celina a comprar los regalos de Navidad.

En el aparcamiento me despedí de mi cuñada. Caminé unos metros hasta mi coche y abrí el bolso para coger la llave. Cuando vi que Henrique había vuelto a aparecer, fingí buscar otra cosa. Mirando discretamente a un lado, me di cuenta de que, en lugar de dirigirse a su coche, caminaba hacia mí. La visión casi me hizo llorar, pero no de los ojos.

— ¡Rayssa! — gritó, sonriendo, y yo fingí no haberle visto acercarse antes. — ¿Vas al cumpleaños de Roberta? — Henrique fue tan directo que me cogió por sorpresa.

Roberta estaba en mi clase. Nos había invitado a todos a celebrar su cumpleaños en un pub al día siguiente. Me caía bien, pero no soportaba a su marido, que también estudiaba Derecho en la universidad, pero con un trimestre de adelanto. Trata mal a su mujer delante de la gente, es machista y bastante opresivo. Yo lo odio, pero a Roberta parece gustarle. *A veces es difícil de entender.*

— Todavía no lo sé. Melinda no va por mi sobrino, que aún es pequeño, así que me han desanimado a ir sin compañía.

— Puedes venir conmigo. Puedo recogerte y llevarte a casa. ¿Qué te parece? — *Dios, si alguna vez me he quejado de algo, te pido disculpas. Eres tan bueno conmigo...* — Entonces, ¿te apuntas?

— Por supuesto — respondí inmediatamente, porque las oportunidades felices como ésta no se desperdician. — Será agradable salir un rato.

— Me alegro. Apunta tu número de teléfono para que nos pongamos de acuerdo. — Me dio su móvil, escribí mi número y se lo devolví.

— Hasta luego. — Sonrió y se marchó. Así, sin rodeos.

Henrique ganó puntos conmigo por ser un tipo seguro, bien resuelto y que no se sentía intimidado por el hecho de ser mi profesor. *¿Por qué Paulo André no podía ser así?* Quería que mi corazón latiera incontrolablemente ante la invitación de Henrique, igual que cuando P.A. simplemente me miraba. Pero no lo hizo. *¡Maldito corazón tonto!*

No desperdiciaría la oportunidad de besar a Henrique por un tipo que prefería fingir que la noche en la que me había declarado nunca había sucedido. Sin embargo, mi corazón no era tan travieso como el mío. Insistía en amar a ese imbécil.

Los últimos meses desde que me declaré a P.A. han sido extraños. Al principio, se distanció, frecuentaba menos la casa de mi hermano y evitaba estar en los mismos sitios que yo. Con el tiempo, nuestras relaciones sociales volvieron a la normalidad, pero Paulo André fingió que aquella noche en su casa nunca existió. Para no ser menos, yo también fingía haberlo olvidado, pero lo cierto era que, con el paso del tiempo, mi amor por él no hacía más que crecer.

No bromeaba cuando dije que seguiría adelante si él no me quería, prueba de ello es que no me permití sufrir ni martirizarme por su decisión. Simplemente sigo con mi vida, disfrutando de cada momento y oportunidad. Algún día le olvidaré por completo o será mío. Mientras tanto, no me sentaré a esperar. *Si pierde mi amor, peor para él.*

Arranqué el coche y salí del aparcamiento del colegio en dirección al centro comercial. Por el camino aproveché para escuchar más música y despejar mi cabeza de cualquier pensamiento que tuviera que ver con Paulo André. *Inútil.* Casi todas las canciones que sonaban me recordaban a ese tío bueno.

Unos minutos más tarde, llegué al centro comercial. Mientras caminaba por el aparcamiento, envié un mensaje a Celina y ella me respondió que ya me estaba esperando en el patio de comidas. Me apresuré un poco y, unos instantes después, vi a mi amiga sentada en una de las mesas, jugueteando con su teléfono móvil. En ese momento, me di cuenta de que la echaba de menos. Celina y yo nos veíamos menos desde que Clara y ella eran novios, y lo entendí; al fin y al cabo, las dos necesitaban un tiempo para ellas, para conocerse mejor y consolidar su relación.

Todo era nuevo para Celina. Todavía estaba recuperándose de la difícil situación que

había vivido con su madre, así que nadie mejor que Clara para darle apoyo emocional. Además de ser la pareja de mi amiga, Clara entiende lo difícil que es hacer esta transición. De repente, todo lo que parecía "normal" en la vida de Celina cambió. Mi amiga descubrió que le gustaban las chicas y supo que eso no era aceptado por la sociedad. En mi caso, sabía que yo siempre estaría a su lado cuando me necesitara.

Llegué a la mesa sonriendo, y Celina me recibió también con una enorme sonrisa.

— Te he echado de menos, zorra — admití, abrazándola con fuerza.

— Lo siento, Ray. Yo también te he echado de menos, pero tenía que tomarme un descanso de todo. Ahora vuelvo y no te dejaré marchar — contestó Celina, estrechando aún más nuestro abrazo.

— Me parece bien. — Me separé de mi amiga y la empujé con el hombro. Las dos nos sentamos. — Mañana es el cumpleaños de una chica de la universidad. ¿Quieres ir con Clara? Ella lo va a celebrar en un bar, aquí mismo en Barra, y yo voy a ir con mi profesor buenorro. Puedes ir con nosotros o encontrarnos allí.

— Hablaré con Clara y te llamaré.

— Bueno...

— Ahora... ¿Qué es todo eso de una profesora caliente? ¿Qué pasa con P.A.?

— Paulo André todavía no descubrió que me ama, así que mientras tanto me divierto con otras.



Tras un almuerzo tranquilo y satisfechos con los regalos que habíamos elegido, nos despedimos y cada uno se fue a su casa.

Mi bienestar se desvaneció un poco cuando aparqué el coche en el garaje y vi el de la tía Verinha allí de pie. Intenté con todas mis fuerzas no desanimarme con aquella visita, pero fue difícil. Siempre la quise, pero el hecho es que después de todo lo que pasó en nuestras vidas, la verdad saliendo a la luz y Giovana muriendo en aquel trágico accidente en el puente Rio-Niterói, sólo quería poner fin a esta historia. Quería olvidar y seguir adelante, pero con la presencia constante de la tía Vera, era casi imposible.

Verinha siempre se emocionaba cuando me veía, y podía sentir en sus ojos que buscaba cualquier rastro de Giovana en mí, cualquier cosa que pudiera mantener viva a su hija. El hecho de que fuéramos hermanas biológicas llevó a la tía Vera a crear una especie de obsesión conmigo.

No quiero juzgarla ni nada por el estilo, porque siempre fue amable y cariñosa conmigo. Sin embargo, después de la muerte de Giovana, empecé a sentir como si intentara transferirme el amor que sentía por su hija. Eso me incomodaba y molestaba un poco a mi madre, tal vez porque se daba cuenta de lo incómoda que me sentía.

Verinha nunca aceptó la muerte de Giovana, y nadie podía culparla, después de todo, ¿qué madre aceptaría la muerte de un hijo? Durante mucho tiempo contrató equipos de rescate para buscar el cuerpo de su hija, pero no tuvieron éxito. Nunca encontraron a Giovana. La tía Vera sigue en terapia, al igual que mi madre, João Guilherme, Melinda y yo.

Giovana ya no está, pero nos dejó a todos un rastro de destrucción emocional. En cualquier caso, todo el mundo debería ir a terapia al menos una vez en la vida. Nadie es completamente normal.

— Buenas tardes, señoras — saludé al entrar en la habitación. Me acerqué a mi madre, le besé la mejilla, me senté a su lado y sonreí a Verinha. Sus ojos brillaban de lágrimas y su mirada estaba tan fija en mí que ni siquiera respondió a mi saludo.

— Buenas tardes, mi amor. ¿Qué tal la clase? Y Celina, ¿cómo está? — preguntó emocionada mi mamá, pero yo casi no alcancé a responder, desconcertada por la exagerada atención que Verinha me dedicaba.

— Todo muy bien, mamá. Y Celina es maravillosa. Clara y ella se llevan muy bien y, a pesar de todas las barreras que han tenido y tienen que afrontar, mi amiga es feliz.

— Realmente se merece ser feliz.

— Hablando de felicidad, mañana es el cumpleaños de una amiga de la universidad y vamos a celebrarlo en Banana Jack. Las he invitado a las dos y creo que van a ir. Celina se está animando poco a poco a salir en público con Clara, y yo siempre la animaré.

— Así es, hija. El amor nunca debe ser algo de lo que avergonzarse.

— La charla está bien, pero voy arriba a darme una ducha y a investigar para la universidad.

— Quédate un poco más. Apenas has llegado — dijo la tía Verinha, por primera vez desde que llegué.

— No puedo, tía. Tengo que estudiar — respondí, levantándome.

— ¿Puedes al menos *darme* un abrazo antes de irte? — preguntó, y no tuve valor para negarme. Aunque ya no me sentía cómoda en presencia de la tía Vera, me caía muy bien y sabía que, además de las terapias, necesitaba nuestro apoyo y afecto.

— Por supuesto. — La abracé y le besé la mejilla. Me aparté justo cuando una lágrima solitaria corría por su mejilla.

— No llores, tía. Todo saldrá bien. — Le toqué la mejilla con el dedo y me marché rápidamente, pues no sabía qué más decir.

Cada persona experimenta el duelo de una manera diferente. A algunos les lleva más tiempo. Mi madre, por ejemplo, decía que si perdía a João Guilherme o a mí, nunca volvería a estar entera, porque una parte de ella moriría con ella. Yo aún no era madre, pero el amor que sentía por João Miguel me daba una idea de cómo era ese sentimiento.



Al día siguiente, hacia las 20h, estaba listo. Henrique había enviado un mensaje diciendo que me recogería a esa hora, para no hacer esperar al gato.

Celina y Clara no pudieron acompañarnos porque Clara se había resfriado y no se encontraba bien.

Mi móvil sonó sobre la cama mientras me aplicaba una gota de perfume en la nuca. Cuando arrastré el dedo por la pantalla, vi la notificación del mensaje de Henrique diciéndome que había llegado.

Bajé corriendo las escaleras y me despedí de la Sra. Helena y el Sr. Augusto, que estaban sentados en el sofá, mirando la pantalla del televisor. Era el último capítulo de la telenovela Pantanal, y no se lo perderían por nada del mundo.

— Me voy — dije, acercándome para darles un beso a cada uno. Me sorprendió ver a mi madre llorando.

— ¿Qué había pasado?

— José Leôncio murió. De hecho, se ha convertido en el anciano de Río — respondió ella, sorbiéndose los mocos.

— No conozco a ningún José Leôncio, así que mis condolencias. — Sabía que era uno de los protagonistas de la telenovela, pero quería aligerar el ambiente. Mi madre se echó a reír y me dio una palmada en el trasero, antes de separarme de ella para besar a mi padre.

— Rayssa, si ese chico bebe, no te subas a su coche. Llámame y te recogeré enseguida. Por favor, hija mía. Alcohol y conducir es una combinación peligrosa.

— Está bien, Sr. Augusto. — Le besé la mejilla.

Me encantaba lo mucho que mis padres se preocupaban por mí. Este tipo de actitud no me molestaba ni me asfixiaba; al contrario, me calentaba el corazón sentir que me querían lo suficiente como para meterse conmigo.

Caminé eufórica hacia la puerta de casa, pero respiré hondo y mantuve una pose natural mientras cruzaba la zona exterior hasta la verja. Cuando entré en el coche de Henrique, podía oler su delicioso perfume en el aire.

— Buenas noches, estás preciosa. — Me dedicó su mejor sonrisa. *¡Sext!*

— Gracias, pero ni siquiera tuviste tiempo de mirarme bien.

— ¿Quién lo dice? Te he estado observando desde el momento en que cruzaste la puerta.

— Así que... Ahora es mi turno de mirarte. Me superan en número, y no me gusta perder. — Me reí, recorriendo su cuerpo con la mirada.

Era realmente guapo. Vaqueros oscuros, zapatillas deportivas y una chaqueta blanca con las mangas dobladas hasta los codos. *Guapísimo.* Por no hablar de sus perfectos ojos azules y sus rizos esponjosos. *¡Encantador!*

— Me encanta. Octavo curso.

— ¿Qué quieres decir? ¿Puedes decirme por qué no 10? — Su ceño se frunció, pero luego sus labios sonrieron.

— No es tan fácil sacar una nota alta, sobre todo porque no se trata sólo de la apariencia. Tienes que luchar para conseguir tu 10 al final de la noche.

— De acuerdo. — Sonrió, arrancó el coche y pronto empezó a sonar música clásica.

— Tienes un gusto musical de viejo, pero lo apruebo. Mi hermano también escucha esta música a veces, así que he aprendido a que me guste. Gui es mi ídolo y me gusta casi todo lo que le gusta a él.

— Eres muy espontáneo y no tienes filtro, pero lo apruebo. — Sonrió de esa manera soñolienta. — *¡Mierda, esas bragas han desaparecido!* — Tu hermano es el marido de Melinda, ¿no?

— Lo es.

— Lo vi brevemente el otro día en el aparcamiento. La estaba recogiendo con su hijo, y yo estaba con el mío también.

— ¿Tiene un hijo? ¿Dónde está la madre del niño? — Fui directo al grano, pero luego me reprendí mentalmente cuando el semblante de Henrique cambió. — Lo siento, no quería...

— No, no pasa nada. q Sonrió. — La madre de mi hijo se fue. Lo estoy criando con la ayuda de su abuela materna, porque mis padres no viven aquí.

Tenía mucha curiosidad por saber toda la historia, pero como estaba claro que no se sentía cómodo con el tema, decidí cambiar de tema.

— ¿No eres de Río de Janeiro?

— Nací en Rio Grande do Sul, pero vine aquí cuando tenía 24 años. Mis padres y mi hermana aún viven en el sur.

— Hum... — *Esto se pone cada vez mejor. ¡Nunca besé a un gaucho!* — Esa cara bonita tuya es típica de la región. Sólo hay gente bonita en el sur. Estuve en Florianópolis y Blumenau con mi hermano, cuando aún era soltero.

— Soy de Balneário Camboriú.

— También estuve allí. Hermoso lugar. Pero... ¿qué se te metió en la cabeza para dejar ese paraíso y venirte al caos?

— La mayoría de las personas que no son de aquí también piensan que Río de Janeiro es un paraíso.

— Lo es, en términos de belleza. Sin embargo, parece caótico para quien está acostumbrado al Balneario.

— No se equivoquen. Balneario está ahora muy urbanizado. Allí se construyen los edificios más altos de Brasil, ¿lo sabía? De hecho, los lugareños están un poco enfadados porque la sombra que proyectan los edificios cercanos a la playa está tapando el sol a los bañistas a primera hora de la tarde. Pero al ayuntamiento no le importa.

— Así que...

— Vine a Río porque conocí a Fernanda, la madre de mi hijo. Ella era de aquí, y nos conocimos por internet. Después de un tiempo, totalmente intrascendente, dejé todo y vine a probar la vida aquí.

— ¿Se arrepiente?

— En absoluto. Hice la Licenciatura en Derecho en Balneário y la Licenciatura cuando llegué aquí. Estudié en la PUC y, cuando me gradué, conseguí trabajo allí. Me encanta ser profesora. Al final, la relación no funcionó, pero Dudu hace que todo valga la pena.

— ¿Dudu es tu hijo?

— Así es. Eduardo. — Sonrió con orgullo. Henrique fue sin duda un gran padre. — Aquí estamos.

Es increíble cómo, cuando la conversación es buena, apenas sientes pasar el tiempo. Ni siquiera me di cuenta de que estábamos cerca del Banana Jack. Henrique puso el coche en el aparcamiento y caminamos hasta el *salón.* Me sentía más que excitado por la velada, sin saber que se convertiría en una catástrofe.



Rayssa

El bar estaba lleno, como a mí me gustaba. Típico de un viernes por la noche. No tardamos en ver a algunos de la pandilla sentados en una mesa grande. Nos acercamos.

— Buenas noches a todos. — Les saludé, y Henrique también.

— ¡Rayssa, maestra! Me alegro mucho de que hayas venido. ¿No viene Melinda? — Roberta se levantó, emocionada por hablar con nosotros.

— No suele salir por la noche porque mi sobrino aún le da el pecho. Como ya está sin ella durante la semana, cuando va a la universidad, prefiere disfrutar de cualquier otro momento con su hijo.

— Es una pena, porque me encanta Mel, pero entiendo su versión. Bueno, lo que importa es que has venido y me alegro de que lo hayas hecho. ¡Venga! Vamos a sentarnos. — Roberta nos invitó.

Antes de sentarnos, hablamos con el resto de la clase. Por supuesto, algunos nos miraron

de otra manera, sorprendidos de que Henrique y yo hubiéramos llegado juntos. *¡Al diablo con ellos!* Hice caso omiso y nos sentamos.

En unos instantes, el camarero se acercó para servirnos. Yo pedí un cóctel de frutas con alcohol, mientras que Henrique se quedó con el agua con gas.

El ambiente era animado y mejoró cuando empezó a tocar un grupo en directo. La mayoría de la gente se levantó a bailar. La primera canción de la noche fue Tempo Perdido, de Legião Urbana. Me encantó esta canción. No pude evitar que me encantara porque mis padres y João Guilherme son fans, así que me enamoré de ella. Crecí escuchando el maravilloso bajo de Renato Russo, su poesía y sus protestas en forma de música.

Eran más de las diez de la noche cuando Flávia entró en el bar. No nos llevábamos muy bien porque era demasiado snob para mi gusto. La chica incluso intentó forzar una amistad conmigo, pero no teníamos nada que ver, así que no funcionó. Mientras rezaba para que se sentara lejos de mí, Henrique me dio un codazo para mostrar a Jeferson revolcándose por el suelo. Me eché a reír. El tipo era completamente torpe y provocaba la risa de todos a su alrededor.

— Buenas noches a todos. — Flávia se acercó excitada, con una falda muy corta, sandalias de tacón muy alto, seguramente para disimular su 1,55 metros de estatura, y un *crop* top que apretaba sus voluminosos pechos.

La chica era muy guapa, eso no se podía negar. Tenía el pelo negro super liso que le llegaba hasta la cintura y los ojos verdes. Una morena que llamó la atención de todo el colegio.

Roberta, como buena anfitriona, se levantó para recibirla. Las dos se abrazaron.

— ¿Dónde está tu ex y futuro novio de esta noche? — le preguntó Roberta a su amiga.

— Ha ido a aparcar el coche y ahora vuelve.

— Tengo ganas de conocerlo, porque todo lo que me has hablado de él me ha despertado la curiosidad.

— Es un bombón, Beta. Ya lo verás. — Flavia se emocionó aún más hablando de aquel tipo.

Al darse cuenta de la euforia de las dos hablando de un hombre, Luiz Felipe, el novio tóxico de Roberta, tiró del brazo de la chica, haciéndola sentarse de nuevo a su lado y casi caerse de la silla.

— Oh, Lipe. Me has hecho daño en el brazo — le habló dulcemente, y casi me levanto para abofetear a ese gilipollas.

— Si te hubieras callado, no habría tirado de ti. Pero... ¿en vez de eso, estás ahí, toda curiosa por conocer al nuevo hombre de Flavia? ¿Por qué? — el cabrón alzó la voz para que todos pudieran oírle.

Bastante abochornada y avergonzada, Roberta se quedó callada. Flávia puso los ojos en

blanco y yo mostré mi indignación por el comportamiento de aquel imbécil. *¡Qué cara de asco! ¿Cómo puede aguantar eso?*

— Hablando de él... — Flavia llamó la atención de todos.

Cuando miré en la dirección que ella señalaba, mi cuerpo se congeló. Paulo André entró distraído, buscando a Flávia. Pero antes de encontrarla, nuestras miradas se cruzaron y noté su sorpresa al verme allí. De todos los bares del mundo y de todas las mujeres con las que podía estar, P.A. acabó en el mismo lugar donde yo estaba y con una chica de mi facultad. *¡Increíble! Al destino le encanta jugarme malas pasadas.*

Cuando se acercó a nuestra mesa, Paulo André estaba completamente molesto. Aunque intentaba disfrazarse bien y conseguía engañar a los demás, yo lo conocía muy bien.

— Buenas noches — nos saludó, y odié que mi corazón se acelerara al oír su voz.

— Chicos, este es Paulo André. Paulinho, esta es mi clase. — La gente saludaba desde lejos y él sonreía torpemente.

¿Paulinho? Odiaba que lo llamaran así. *¡Bien hecho! Espero que lo moleste bastante.* Flavia es la típica chica caliente y molesta. Es esnob, pomposa, superficial y tiene una voz nasal, todo lo que Paul André odia. *Se lo merece, sólo así aprenderá a ser más selectivo.* P.A. pronto aprendería que, en la vida, hay que saber diferenciar quién es la luz y quién es un truco.

— Rayssa — me llamó la atención.

— Hola, P.A. — respondí como si su presencia no significara nada para mí, pero por dentro estaba en una montaña rusa de sensaciones.

— ¿Os conocéis? — Flavia frunció el ceño y luego se puso seria.

— Sí. Rayssa es prácticamente una hermana. — *¡Coño! Ahora mismo te enseño a la hermana.* — Nos criamos juntas porque su hermano es mi mejor amigo.

— Qué pequeño es el mundo — comentó Roberta, y Luiz Felipe la miró con el ceño fruncido.

— Este es Henrique — le presenté mi profesor a P.A., y se estrecharon la mano. Paulo André se sentó entonces junto a Flávia, frente a mí, incómodo por nuestro inesperado encuentro. Yo me sentía igual, con la diferencia de que yo estaba bien entrenado para disimularlo, pero él no.

Pasaron las horas e intenté tomarme la presencia de mi amigo con naturalidad. A diferencia de mí, Paulo André estaba callado y parecía impaciente. Al poco tiempo, la bebida hizo su magia en mí, dejándome más tranquilo y relajado. A pesar de ello, había un sentimiento persistente en mi corazón, algo que insistía en permanecer allí, por mucho que intentara ignorarlo.

Tenía ganas de orinar, así que me excusé y me levanté para ir al baño. Cuando terminé, me lavé las manos y comprobé mi maquillaje. Todo estaba bien. Cuando salí del baño, me topé

con Paulo André.

— Rayssa, no lo sabía. — Parecía eufórico por darme una explicación.

— ¿No sabía qué?

— Sobre todo esto. No sabía que os conocíais, que nos encontraríamos aquí, que este era tu grupo de la universidad. No habría venido de haberlo sabido.

— ¿Y por qué te preocupa satisfacer a tu hermana pequeña?

— ¡Basta, Rayssa! No quería hacerte daño...

— ¿Y quién dice que lo haces? Yo también estoy contigo, Paulo André. ¡Así que contrólate!

— ¿Quién es este tipo?

— Un hombre que me vio como la mujer que soy, se interesó por mí y tuvo una actitud.

— ¿Están juntos? — Me encantó ver tu expresión de enojo.

— No es asunto tuyo. Además, Flavia te está esperando. Será mejor que vuelvas con ella y yo con Henrique.

— De ninguna manera. Mejor nos vamos los dos. Te llevaré a casa. Esta noche ha sido suficiente y...

— ¡Y nada! No me voy ahora. Mi noche acaba de empezar. Vine con Henrique y me voy con él.

— Vivo cerca de tu casa, Rayssa. Es mejor y más práctico que vengas conmigo.

— Lo mejor es lo que yo quiera hacer, y lo más práctico es que vayas con tu novia. Tú la trajiste, así que es tu deber llevarla. Ahora déjame en paz. Disfruta de tu velada, porque yo voy a disfrutar de la mía.

— No seas desagradable, chica.

— No soy desagradable. ¡Soy maravillosa!

— ¡Ya lo creo! — P.A. resopló, lleno de ironía. — Cada una de tus palabras calienta el alma.

— Cada uno tiene lo que se merece de mí, Paulo André. Y en este momento, Henrique es quien merece toda mi atención. ¿Sabes por qué? Porque la actitud es lo que separa a los hombres de los niños. ¡Aprende! — Le guiñé un ojo y me fui rodando, dejándolo atrás.



Cuando volví a la mesa, invité a Henrique a bailar y aceptó. La canción Como eu quero (Como lo quiero), de Kid Abelha, invadió el ambiente y nos unimos a la animada multitud en la

pista de baile. Nuestros cuerpos se movían por separado, pero al mismo ritmo. Poco después, Henrique me agarró por la cintura y yo le rodeé el cuello con los brazos. A partir de ese momento, nuestros cuerpos se movieron juntos al ritmo de la música.

Esta canción en particular tenía un ritmo agradable, fácil de relajar y complacer. Cerré los ojos para disfrutar del momento, pero la cara de P.A. ocupaba cada espacio de mi mente. Sacudí la cabeza, como intentando expulsar su imagen y, cuando abrí los ojos, me di cuenta de que me observaba desde lejos, sin disimular su descontento.

Me concentré en mi compañero e ignoré la mirada de Paulo André. Finalmente, conseguí distraerme y divertirme. Henrique y yo bailamos durante más de una hora, parando sólo cuando los pies me mataban. Volvimos a la mesa, donde P.A. seguía sentado junto a Flávia. La chica parecía un perezoso pegado a él.

Me desplomé en la silla, estirando las piernas por debajo de la mesa, al menos para intentar relajarme un poco. En ese momento, Henrique me susurró al oído, preguntándome si quería tomar algo. Asentí con la cabeza y pidió dos aguas al camarero. Estaba sudado y sediento. Necesitaba refrescarme.

A medianoche, cantamos el cumpleaños feliz a Roberta y repartimos la tarta. Amaneció cuando di por terminada la noche. Paulo André y Flávia seguían allí. Varias veces vi a Flávia pidiéndole que se fuera a un sitio más tranquilo, y él había estado dándole largas toda la noche. Por lo visto, mi amigo es de los que no me quieren y tampoco quieren que nadie me quiera. Sin embargo, para su desgracia, yo soy de las que les encanta pisotear.

— Estoy cansado. Si te parece bien, me gustaría irme a casa — le susurré a Henrique al oído.

— Por supuesto. Yo también estoy cansada. Pediré la cuenta.

— Bien. Voy al baño y vuelvo enseguida. Voy al baño y vuelvo enseguida.

— Vuelvo enseguida. Te espero aquí.

Me levanté y dejé la mesa sin mirar atrás, pero sintiendo, por alguna razón, que P.A. venía detrás de mí. Le conocía demasiado bien. Cuando salí del baño, allí estaba, exactamente como me lo había imaginado.

— ¿Me estás siguiendo, chico?

— ¿Vas a casa?

— No sé si voy a casa. Me voy del pub.

— Puedes disculpar a tu profesor. Yo te llevo. — Paulo André escuchó a las chicas decir que Henrique era nuestro profesor.

— Te dije que no me voy contigo. Y para que sepas, él no es mi profesor aquí.

— ¿La PUC no tiene una política de no confraternización?

— Probablemente sí. Pero me importan un bledo las políticas de la PUC. Y Henrique

también es un tipo que sabe lo que quiere.

Me alejé y, unos pasos más adelante, P.A. me cogió de la mano. Tiró de mí hacia una zona exterior del bar, más alejada y tranquila.

— *¡Suéltame*, Paulo! Quiero volver a la mesa. Henrique me está esperando.

Lo intenté, pero no pude decir nada más. Paulo André me inmovilizó contra la pared y apretó su cuerpo contra el mío. Nuestras caras estaban muy cerca, pero no me besó. Podía sentir su cálido aliento en mi cara, la suave textura de la piel de su nariz contra la mía, y el aroma de su perfume me enternecía. En cuestión de segundos, nuestras respiraciones eran jadeantes.

— ¿Es él a quien quieres? — Paulo André me apretó un poco más contra la pared y sentí su polla dura en mi vientre.

— ¿Qué más te da? Te dije que estaba enamorada y tú me dijiste que era un error.

— Rayssa, estoy confundido. No puedo hacer nada ahora. Ni siquiera sé qué pensar, cómo actuar...

— Ese es exactamente tu problema. Piensas demasiado. Yo no soy así. En vez de pensar, vivo, porque vale más la pena. Nunca sabes si llegará el mañana.

— No lo entiendes. No puedo ser inconsecuente contigo. No puedo hacerte daño, porque eres demasiado importante. João Guilherme nunca me perdonaría... Yo nunca me perdonaría.

— Es como si te estuviera pidiendo que te cases conmigo. Podemos divertirnos...

— No puedo tocarte sin estar seguro de lo que quiero.

— Bueno, estoy seguro de lo que quiero. Quiero que me toques.

— ¡Joder!

Fue todo lo que dijo, antes de pegar su boca a la mía y besarme con fiereza. Un beso sin ninguna delicadeza, lleno de intensidad y lujuria reprimida. Me aferré a él todo lo fuerte que pude y me froté contra su polla, sedienta de aquel contacto.

Casi nos estábamos tragando el uno al otro, Paula André seguía tirando de mí por el culo, frotándome más fuerte contra él, queriendo más. En ese momento quise quitarme la ropa. No pude resistirme y gemí de placer en su boca. Sentía su corazón acelerado, igual que el mío.

Le pasé las manos por la espalda y, cuando llegué a su trasero, también tiré de él hacia mí. Esta vez gimió.

— *Paulinho, ¿dónde estás, gato?* — Aquella voz mareada sonó cerca, interrumpiendo nuestra conexión de millones. Fue como una ducha fría. Inmediatamente solté a P.A. y me aparté, como si me hubiera dado un susto.

— Te llama tu compañero. — Le empujé en el pecho, molesto.

Paulo André parecía perdido en la situación. La expresión de su rostro era de asombro ante lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Seguramente volvería a huir. *¡Cretino! ¡Cobarde! No volveré a ser rechazado.*

— Dices que soy un error, pero quieres equivocarte siempre, ¿no? — Le escupí las palabras a la cara y me alejé.

Mientras me alejaba, vi a Flavia alejarse también. Probablemente pensó que no lo encontraría allí y volvió a su mesa. Cuando llegué, la chica estaba hablando con Roberta. Yo también me senté un rato, pues necesitaba recomponerme. Henrique no estaba en la mesa; los chicos me dijeron que también había ido al baño.

— Rayssa, estás roja. ¿Te encuentras bien? — me preguntó Roberta con el ceño fruncido, y yo le respondí que debía de ser el efecto del alcohol. Pero desvió rápidamente la atención cuando Flávia le dio un codazo.

— Mira ese bulto, colega. — Estaba mirando la polla de Paulo André mientras caminaba hacia nosotros. Por un momento, pensé que se le iba a caer la baba. Justo detrás de él venían Luiz Felipe y Henrique.

— Seguro que es como la nevera de los pobres, sólo hay huevos. — No pude resistirme y bromeé sobre el bulto de los pantalones de P.A. Sabía que no eran sus pelotas, pero ellos no tenían por qué saberlo. Los dos se rieron, y yo también. — Sin prejuicios. Me encanta un huevito, sobre todo con la yema blanda — añadí, sin dejar de reír.

— Vamos, Roberta. — Luiz Felipe llegó primero, aparentemente irritado.

— Enseguida voy, chicos. Gracias por la velada. Me ha encantado celebrarlo contigo. — Ella obedeció a su marido inmediatamente, con una pizca de miedo en el rostro. Su actitud asustada hizo saltar una alarma en mí.

Poco después, Henrique y yo también nos despedimos de los chicos y salimos del bar. Mientras esperaba a que mi compañero recogiera el coche del aparcamiento, Paulo André llegó a mi lado.

— ¿Dónde está Flavia? — En vez de parecer curioso, puse cara de libertino.

— Fue al baño — respondió con naturalidad. — ¿Y tu querido profesor?

— Deja de referirte a él así. Henrique fue a recoger el coche al aparcamiento. He estado esperando aquí porque me dolían los pies.

— Qué caballero... — ironizó Paulo André.

Puse los ojos en blanco y, agotada mi paciencia, empecé a caminar hacia el aparcamiento. Además, temía que sacara el tema de nuestro beso. Al cabo de unos pasos, miré a mi alrededor y vi que P.A. venía detrás de mí. Me preparé para ser traviesa por su persecución, pero una escena me llamó la atención.

En la entrada del aparcamiento, Luiz Felipe gritaba a Roberta y la zarandeaba. Al ver su expresión de llanto, me alerté y me acerqué a ellos. Cuando me acerqué un poco, me horroricé al ver cómo levantaba la mano y abofeteaba a la mujer con mucha fuerza en la cara.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, corrí hacia ellos y empujé a Luiz tan

fuerte como pude. *¡Gilipollas!*

— ¿Estás loco? — grité nerviosa, sintiendo que el cuerpo me temblaba de rabia.

En respuesta, Luiz Felipe me dio un empujón. Los tacones me hicieron perder el equilibrio y caí al suelo. Inmediatamente, una figura pasó volando a mi lado como un cohete. Paulo André voló hacia el tipo y le dio un puñetazo en la cara. El impacto fue tan fuerte que Luiz cayó al suelo ensangrentado.

P.A. levantó al tipo por la camisa y, en cuestión de segundos, Roberta estaba encima de mi amigo.

— ¡Suelta a mi marido!

Con visible odio, Paulo le soltó. Sin embargo, con el dedo amartillado, se mantuvo firme:

— Escúchame, criminal. Cualquiera puede denunciar un delito de violencia doméstica, no hace falta ser la víctima. Y eso es lo que voy a hacer. Soy abogado y utilizaré todos mis conocimientos para hacerte pagar por la mierda que has hecho aquí esta noche. ¿Me oyes? — P.A. intentó mantener la calma, pero la furia en su voz era latente. — No vuelvas a tocar a Rayssa, ni siquiera te acerques a ella, ¡o acabaré contigo!

Temiendo que las cosas se le fueran de las manos y desembocaran en un problema mayor, me acerqué a él y le agarré del brazo.

— Ya basta, P.A. Estoy bien. Deja en paz a ese gilipollas.

Aun en contra de su voluntad, mi amigo le dio la espalda, alejándose de los dos. En el mismo momento, Roberta corrió a ayudar a su marido. Me pareció increíble. El tipo acababa de agredirla y ella estaba tan preocupada por él que lo defendió. Llorando, Roberta le ayudó a sentarse en el suelo, y él se quitó la camisa para detener la hemorragia de la nariz.

Al poco rato, Henrique salió del aparcamiento. Le hice una señal para que esperase y me dirigí hacia Paulo André. Tenía que hablar con él. Cuando llegué hasta él, le agarré del brazo y le detuve. Me miró, todavía enfadado, porque odiaba la violencia.

— Gracias. — No tardé en decir lo que quería.

— ¿Por qué, exactamente?

— Por ayudarme a mí y a Roberta.

— En su caso sólo cumplí con mi deber de ciudadano. En tu caso, espero que no dudes de que siempre te protegeré. Estás...

— Estoy bien. Gracias. — Hice ademán de interrumpirle, porque sabía que diría que era como una hermana.

Mientras nos mirábamos, sin decir una palabra más, Henrique paró el coche a nuestro lado y se bajó.

— ¿Qué ha pasado allí? — preguntó señalando a Roberta y Luiz.

— Es una larga historia, pero te la contaré por el camino. Ahora, salgamos de aquí.

P.A. nos observaba como un halcón. Detrás de él, vi acercarse a Flávia. Impaciente, no quise esperarla. De hecho, ni siquiera quería despedirme de ella.

— Hasta mañana. Y gracias una vez más. — Besé a Paulo André en la mejilla y subí al coche. Entonces Henrique le dio la mano y subió a mi lado.



Paulo André

Rayssa le dio la espalda sin dudarlo y subió al coche del tipo. Yo me quedé atrás con cada músculo de mi cuerpo tenso. No me había esperado una noche así, era tan jodidamente frustrante.

Cuando Flavia me pidió que fuera al cumpleaños de su amiga, no tenía ni idea de adónde iba. Hacía tiempo que nos veíamos, pero hacía unos meses que no nos veíamos. No me gustaba su forma de ser y no solía relacionarme con las chicas con las que salía, ya que prefería no formar un vínculo, así que pensé que no aceptaría. Sin embargo, estaba tan perdido que pensé que sería una buena oportunidad para distraerme.

Tenía la cabeza tan revuelta que no podía concentrarme bien en mi trabajo. Lo peor de todo es que no tenía a nadie con quien hablar de ello. No podía abrirme a João Guilherme — mi mejor amigo — cuando uno de los temas principales era su hermana.

No tenía ni idea de cuál sería su reacción cuando se enterase de mi atracción por su hermana pequeña. Sería difícil estar con Rayssa y luego seguir adelante. Ella se me declaró. Por

eso, y por otras razones, nunca le daría sólo una noche. Rayssa se merece mucho más que eso. El problema es que no me veo saliendo con nadie.

De hecho, no sé cómo salir con nadie. Nunca he sido del tipo romántico, como João Guilherme. Cuando mi amigo estaba soltero — antes de su relación con Giovana — y salíamos, siempre mostraba interés por encontrar una chica guapa y salir con ella. Yo, en cambio, sólo quería sexo y volver a casa solo. Nunca me interesaron las relaciones.

— Paulinho, ¿estás sordo? — La molesta voz de Flavia interrumpió mis ensoñaciones. Respiré hondo y puse los ojos en blanco antes de volver a fijarme en ella. — ¿Adónde me llevas? — repitió la pregunta, notando que no me había dado cuenta de lo que había dicho antes.

— A tu casa. Vamos — respondí y la cogí de la mano, conduciéndola al aparcamiento.

Cuando llegamos a mi coche, vimos que Luiz Felipe y Roberta se marchaban en su vehículo. Minutos antes, me había hervido la sangre al ver a aquel cabrón empujando a Rayssa. Estaba dispuesto a actuar con frialdad, como un abogado, cuando le vi golpear a su mujer. Sin embargo, perdí totalmente el control y le di un puñetazo cuando Rayssa cayó al suelo. Nunca me arrepentiría de lo que había hecho. Iba a denunciarle y a hacer todo lo posible para que se jodiera y pagara por la mierda que había hecho.

— ¿Qué ha pasado? Pensé que íbamos a tu casa o a un motel.

— No va a funcionar, Flavia. Mi cabeza está explotando y mañana me levantaré temprano para el cumpleaños de João Miguel.

— ¿Cumpleaños? ¿João Miguel?

— Sí. Es el cumpleaños de mi ahijado. Mañana cumple 1 año y 2 meses, y tenemos la costumbre de celebrar cada mes de su vida, en vez de sólo cada año. Mi comadre lo hará así, al menos hasta que cumpla dos años.

— ¿En serio? Estaba llena de planes para nosotros, Paulinho — Flávia hizo una mueca, poco sabía que eso no me afectaría.

— No funcionará, amor. La próxima vez. — Intenté ser amable, incluso impaciente, después de todo, la chica no tenía la culpa de nada. Sin embargo, no habría una próxima vez.

— Está bien, amigo. Esperaré a que me llames —respondió abatida, apartando la mirada de la ventana cuando se dio cuenta de que no iba a decir nada más.



Lo primero que hice al llegar a casa fue mandarle un mensaje a Rayssa.

P.A.: *Estoy en casa, ¿y tú?*

En la pantalla aparecieron las malditas líneas azules, señal de que el mensaje había sido leído, pero ella no contestó enseguida, lo que me puso nervioso. *¿Está con ese tipo?*

Enano: *¡Vete a dormir, Paulo André! Estás molestando a mi cita*[1].
Estoy ocupado, disculpa 😏

¡Joder! Se me aceleró el corazón solo de imaginarla con otro.

P.A.:*¿Dónde estás, Rayssa? ¡Apenas conoces a este tío! ¿Te has vuelto loca?*

Ella lo vio, pero no contestó. Hice una videollamada a través de la aplicación de mensajería y no contestó. ¡Joder!

Enano: *No es que sea asunto tuyo, pero estoy de broma* 😉😉🏻🏻 .
Estoy en casa. Buenas noches, Paulo André.

P.A.: *Te encanta tomarme el pelo, ¿verdad, chica? ¡Te voy a dar una bofetada!*

Me arrepentí inmediatamente de lo que había escrito. Pero los pequeños guiones azules se volvieron azules de inmediato. Era demasiado tarde para borrarlo.

Enano: *Vaya, qué calor hace aquí* 🏻🏻 *¡Eso no se hace! De hecho, podrías hacerlo mejor. ¿Por qué no me mandas unos desnudos para que pueda tocarme antes de irme a dormir?* 😈

¡Dios mío! Me quiere matar. Escribí varias veces, varias cosas diferentes, pero luego me detuve. Una chica probablemente virgen y supuestamente inocente me dejó sin palabras. *¡Maldito cabrón!*

P.A.: *¡Dios me libre! No estoy tan loco como para quitarle la anilla a la granada. Si me ves sin ropa, nada te detendrá cuando nos veamos la próxima vez.*

Me tomé esa conversación a cachondeo. Rayssa me envió un emoji de coño.

P.A.: *Me voy a dormir, enano. Duérmete tú también. Nos vemos mañana en la comida de Miguel. Con amor.*

Rayssa respondió con un emoji de beso. Inmediatamente colgué el móvil y me fui a dar

una ducha fría.



A primera hora de la mañana me fui a casa de mi hermano. No podía soportar más echar de menos a mi Miguelito. El portero ya me conocía y estaba en la lista de personas autorizadas, así que me dejaron entrar rápidamente. Introduje el código en el ascensor privado y subí directamente al ático.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me encontré con Guilherme. Casi lloro de felicidad cuando veo a Miguel en su regazo. *Lo admito, soy una tía muy apasionada.*

— ¡Cotoco! — grité eufórica. Al principio, Miguel se sobresaltó, pero luego me reconoció y abrió su preciosa sonrisa con muy pocos dientes. — La tía Dinda me echaba mucho de menos, mi amor. — Lo cogí del regazo de Gui y lo estreché entre mis brazos.

Si el amor que una madre siente por su hijo es mayor que el que yo siento por Miguel, no sé cómo no se mueren de amor.

— Buenos días a ti también, Ray — me saludó João Guilherme, besándome la cabeza mientras entrábamos en el salón. — Ya ni siquiera me quiere. Sólo le importa João Miguel. — Mi hermano fingió estar celoso.

— Sí, los tengo, al fin y al cabo fuiste tú quien creó a Miguelito. — Bromeé, y él se rió.

— ¿Y yo? Yo tuve mucho que ver, así que también tienes que quererme — dijo Melinda, llegando al salón.

— Te quiero, cuñada. De hecho, os quiero a las dos, pero mi mayor amor sigue siendo este tronquito de aquí. — Le hice cosquillas a mi ahijado.

— Por él, aceptamos perder. — Melinda se sentó junto a mi hermano en el sofá, y yo me senté en la alfombra con Miguel. — ¿Qué tal la fiesta de anoche? — preguntó Mel con curiosidad.

— Pasaron muchas cosas, cuñada. Te lo contaré todo más tarde.

— ¿Te quedas con esa profesora tuya, Rayssa? — Gui parecía celoso.

— No, hermano. Ayer salimos juntos por primera vez. Pero... ¿Quién sabe? — Le guiñé

un ojo, burlándome de él.

— Te apoyo mucho. — Mi cuñada me animó.

— Me gustaría estar un poco más ilusionada, porque parece un buen chico. Pero me lo tomaré con calma. Primero quiero conocerle mejor. Sabes... — señalé con el dedo índice hacia arriba — tengo un dedo malo.

— Deja de hacerte la tonta, cuñada. Nunca has tenido una relación como para saber si tienes un dedo podrido — comentó Melinda.

— ¡Sabes que lo tengo! Por cierto, si pongo las manos ahí, en esa ventana, al cabo de un segundo podría venir un buitre y cogerme el dedo. — Mi hermano y mi cuñada estallaron en carcajadas; incluso Miguel se rió, aunque no lo entendía.

Nos quedamos en el salón, jugando con Miguelito, hasta que llegó el resto de la familia. Todos los meses del cumpleaños de mi ahijado, Dorinha y mi mamá iban temprano a casa de mi hermano y ayudaban a preparar el almuerzo, y Mel encargaba un pequeño kit de fiesta para que cantáramos el cumpleaños feliz.

Mientras mi madre y Dorinha estaban en la cocina, João Guilherme y mi padre charlaban en el salón, y Melinda me arrastraba a la habitación de Miguel, donde lo bañaría. En realidad, quería saber qué había de nuevo.

— ¿Quieres decir que lo has vuelto a tener? — preguntó excitada mi cuñada, mientras yo la miraba desde la puerta del baño.

— No. Sólo ha sido un beso.

— Tu hermano y yo empezamos así, un besito por aquí, otro por allá... Antes de que nos diéramos cuenta, no podíamos mantenernos alejados el uno del otro.

— Mi situación es diferente, porque a P.A. le cuesta aceptar que tiene una erección por mí.

— Mi amor, cuando está destinado a ser, no hay quien lo pare.

Estaba a punto de responder a Melinda, pero mi móvil emitió un pitido con la notificación de un mensaje.

Enrique: *Buenos días y que tengáis una buena comida familiar ��* .

Yo: *Buenos días. Gracias. Un gran domingo para ti también.*

— ¿Es él? — Melinda sonrió, curiosa, mientras le ponía un pañal limpio a Miguel.

— ¿Quién? Si estás pensando en Paulo André, la respuesta es no. Es sólo Henrique dando los buenos días.

— A ver. — Mi cuñada prácticamente me arrebató el móvil de la mano.

— ¡Vaya, Ray! No hay emoción en tu respuesta. Ni siquiera un pequeño emoji. ¡Caramba!

— Así es, amigo. Eso es lo que ese bastardo P.A. me hace. Ese caliente, tonto, delicioso gilipollas... Henrique es todo dulzura y mimoso, pero no puedo verlo como algo más que un amigo.

— No lo uses para darle celos a P.A., Rayssa. No puedes hacer eso.

— Por supuesto que no, Mel. Henrique no se merece eso. Ayer salí dispuesta a besarle si me apetecía, pero entonces apareció Paulo y lo estropeó todo.

— Dudo que pensaras que P.A. estaba arruinando todo cuando te besó.

— No, no lo pensé. Mi corazón es tonto, cree que soy la mujer de un chico malo. Así que en vez de rechazarlo, me ablandé. Y todavía queda el final de la historia, que aún no te he contado. Luiz Felipe abofeteó a Roberta en el aparcamiento.

— ¡Y una mierda! — Melinda se quedó con la boca abierta. — ¡Dios mío! Pobrecita.

Le conté toda la historia a mi cuñada y se quedó horrorizada, tal y como yo pensaba.

— Ya le dije que ese tipo era un maltratador. Conozco esas partes de lejos.

— ¿Quién es abusivo? — João Guilherme entró en la habitación de su hijo, y justo detrás llegó P.A.

Por un momento, cuando nos miramos, olvidé dónde estábamos y que no estábamos solos. Él también mantuvo su mirada fija en la mía, hasta que nos interrumpió un grito de João Miguel, reclamando la atención de su hijo. Mi sobrino también estaba enamorado de Paulo.

— Hola, amigo. ¿Te estás haciendo mayor? — P.A. cogió a su ahijado en el regazo, y el niño estalló en sonrisas para su padrino. — Has crecido. Fíjate. Incluso puedo ver un poco de músculo aquí en tu brazo. — sujetó el bracito de Miguel, y nos reímos.

— Está haciendo ejercicio con su padre. ¿Verdad, hijo? — bromeó Gui, y João Miguel gritó, dándole los brazos a su padre.

A mi ahijado le encantaba ser el centro de atención. Y lo era. Primer hijo, primer nieto, primer sobrino y ahijado. Era nuestro mundo.

Después del recreo, Paulo André le contó a mi hermano lo que había pasado la noche anterior entre Luiz Felipe y Roberta. P.A. estaba convencido de que ella iba a denunciarlo por violencia doméstica.

— Lo peor es que Roberta está muy perdida. Cree que quiere a ese cabrón y que no puede vivir sin él, así que acepta los malos tratos. Cuando vio a su marido sangrando, se desesperó y, llorando, le pidió a la asistente que lo dejara — dije preocupado.

— Es una putada. Aunque se tenga en cuenta la opinión de la víctima, la policía investigará el caso y, si encuentra alguna prueba, el tipo será procesado, independientemente de los deseos de ella. Estoy de acuerdo en que deberías denunciarlo, porque es muy grave. Vemos

crímenes pasionales que ocurren todos los días y a menudo no se evitan por el miedo de la víctima a denunciar, así como por la inercia de los que miran — dijo João Guilherme.

— Exactamente. Esa historia de que nadie se mete en una pelea entre marido y mujer está desfasada y ha matado a mucha gente — dijo Paulo André con seriedad.

— Pero no hay vuelta atrás, amigo mío. Si te metes en esta pelea, ve hasta el final y ten cuidado con las posibles represalias — le aconsejó Gui. — Tú también, Rayssa. De hecho, sobre todo tú. Deja que Paulo André lo resuelva. No te involucres. Este tipo puede querer volver a ser un matón. Si es necesario, pondremos un guardia de seguridad contigo.

— Qué seguridad, Gui. Ese imbécil sólo es un matón para Roberta, que es frágil. Prueba de ello es que ni siquiera intentó defenderse de P.A. Al contrario, se quedó callado.



Nuestro almuerzo fue tranquilo y maravilloso. Siempre era increíble cuando estábamos en familia, y con P.A. presente todo era casi completo. Las personas que más quería en el mundo estaban allí, la única que faltaba era Celina.

Después de comer, cantamos el Cumpleaños Feliz, con João Miguel dando palmas de emoción. Le encantaban sus fiestecitas. Esta vez, el tema era la Copa del Mundo, ya que los partidos acababan de empezar. Mi sobrino estaba aún más guapo vestido de verde y amarillo. Partimos la tarta y nos la comimos de postre.

Por la tarde, cuando volvimos a casa, nos acompañaron João Guilherme, Melinda y Miguel. Mi hermano necesitaba recoger unos documentos de la universidad que estaban en casa de mi madre.

En cuanto llegamos, mis padres subieron a descansar un rato, ya que el padre, Augusto, se había quejado de dolor de cabeza; mi madre aprovechó y se llevó a João Miguel, que también estaba a punto de dormitar. En la antigua habitación de mi hermano había un catre para poner a Miguel cuando estuviera allí.

Mientras tanto, Gui, mi cuñada y yo nos sentamos en el sofá del salón, distraídos con las conversaciones y el zapping de nuestros teléfonos móviles.

— Me gusta tanto la Navidad. — Melinda empezó el tema al azar. — Quiero decorar el piso y contratar a un Papá Noel para que le traiga su regalo a Miguel. Mientras pueda, mi hijo creerá en el legendario barbudo, igual que yo.

Mi hermano, todo bobo y enamorado, estrechó a Mel en un abrazo y le besó la mejilla.

— Ya está, ha empezado el deshielo — bromeé.

— Guiii... — nos interrumpió mi madre gritando desde el piso de arriba. Me quedé paralizado de miedo. — *Sube rápido, João Guilherme. Tu padre está enfermo.* — El tono desesperado de su voz me aterrorizó. Algo iba muy mal.

Sin pensárselo dos veces, mi hermano se levantó del sofá y subió corriendo las escaleras, saltando cada dos pasos. Melinda y yo corrimos tras él.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó mi hermano nervioso cuando encontró a mi madre al final de la escalera.

— Ha vomitado y se queja de mareos y dolor en el pecho — respondió mi madre, que ya corría hacia su habitación. La seguimos.

Cuando entramos en la habitación, Augusto estaba sentado en la cama, muy pálido. Se frotaba el pecho y le costaba respirar.

— Ahora vamos al hospital — João Guilherme ayudó a nuestro padre a levantarse, y su Augusto, que solía odiar los hospitales, ni siquiera dudó.

Pocas veces había visto a mi hermano tan nervioso y a mi padre tan vulnerable. El señor Augusto solía ser nuestra roca en todos los sentidos, pero en aquel momento, el miedo le invadía la cara. La situación era muy grave. Tenía miedo de morir. João Guilherme también temía por él, por nosotros.

Ver a los dos hombres que siempre me habían tranquilizado en aquel momento de debilidad me rompió el corazón. Quería gritar porque estaba aterrorizada. *No puedo perder a mi padre.* Las lágrimas corrían por mi cara, involuntariamente, y la presión en mi pecho era tan fuerte que apenas podía respirar. Todo fue a cámara lenta y me sentí mareada.

Mi hermano estaba apoyando a mi padre cuando llegó Dorinha. Melinda le pidió inmediatamente que cuidase de João Miguel. Sin esperar respuesta, mi cuñada cogió a mi padre por el otro brazo. Mientras, mi madre y yo llorábamos.

— Yo conduzco. No estás en condiciones — le dijo Melinda a Gui. Sólo entonces me di cuenta de que mi hermano estaba llorando. Esa imagen me rompió el corazón.

Pusieron a mi padre en el asiento trasero del coche, luego subieron mi madre y João Guilherme; Melinda cogió el volante y, sintiendo que me temblaba todo el cuerpo, me senté en el asiento del conductor.

Quería ser positiva y pensar que todo iría bien, pero mi vida estaba lejos de ser un cuento de hadas. Aquella ilusión de cuando era pequeña ya no existía. Cuando aún no hemos experimentado las penas del mundo, sabemos que existen, pero pensamos que nunca nos pasarán a nosotros.

Cuando estaba en secundaria, murió el padre de una amiga íntima. Obviamente, lo sentí por ella y me entristecí, pero no me sacudió. No tenía miedo de que me pasara a mí, porque nunca me había pasado nada malo. Cuando conocí mi verdadera historia, descubrí que me

pasarían cosas malas.

— Todo saldrá bien. — La dulce voz de Melinda me sacó de esos pensamientos.

Volví mi atención hacia mi cuñada y vi su cara roja y húmeda. Ella también estaba asustada. Mel ya había perdido a sus padres, conocía la intensidad de ese dolor. Aun así, se aferraba a la esperanza. Asentí, intentando creerla, y miré por el retrovisor. Mi padre estaba pálido, como si no le quedasen fuerzas. A su lado, João Guilherme lloraba.

— Te vas a poner bien — repetía en voz baja, mientras masajeaba el pecho de mi padre.

Al otro lado, mi madre lloraba y rezaba con el rosario en la mano. Ver el estado de los tres me desesperó aún más. Una inyección de tranquilidad me inundó cuando, gracias a Dios, llegamos al hospital. Melinda paró el coche de todos modos en el aparcamiento y bajó corriendo a buscar ayuda. Regresó segundos después con tres enfermeras que empujaban una camilla. Menos mal que mi cuñada se hizo cargo de la situación, porque no estábamos en condiciones de nada.

— ¡PADRE! ¡PADRE! — gritó João Guilherme, sacudiéndolo ligeramente. Cuando miré hacia atrás, vi que mi padre estaba inconsciente. Mi madre también empezó a gritar y sentí que mis piernas perdían fuerza.

Las enfermeras actuaron con rapidez y ayudaron a mi hermano a sacar a mi padre del coche y subirlo a la camilla. Inmediatamente, una de ellas le tomó el pulso.

— Tranquilícese, señor. Acaba de desmayarse — nos dijo la enfermera, antes de empujar la camilla y meter a mi padre dentro.

No pudimos entrar con él. En su lugar, nos llevaron a la sala de espera. Allí, el miedo a que algo peor pudiera ocurrir se apoderó de nosotros. Por mucho que intentábamos pensar en positivo, era difícil controlar nuestros temores.

Mi madre no paraba de llorar y rezar. Me senté a su lado, agarrada a su brazo con la cabeza apoyada en su hombro, mientras escuchaba sus plegarias.

— Dios, por favor, salva a mi marido.

A unos metros de nosotras, Gui se paseaba de un lado a otro, se frotaba la cara, se pasaba las manos por el pelo con impaciencia y respiraba hondo. Para ayudarle a calmarse, Melinda se quedó cerca y le abrazó varias veces. Pero mi hermano estaba inquieto, no podía estarse quieto. De vez en cuando, veía que le caían lágrimas por la cara, y para mí era una tortura.

— ¿Llamaste a Dorinha? Tengo miedo de que João Miguel se haya despertado y se haya asustado cuando gritábamos — preguntó mi hermano a Melinda.

— No te preocupes, ya he hablado con ella. Miguel se ha despertado hace un rato y está bien.

Los dos hablaban tranquilamente cuando una enfermera apareció en la habitación. Nos levantamos, ansiosos de buenas noticias, pero sólo fue a ofrecernos agua y café, y también a

preguntarnos si necesitábamos un tranquilizante.

La espera para recibir información sobre el estado de mi padre fue angustiosa e interminable. Pasaron horas sin saber nada concreto. Durante este tiempo, João Guilherme se acercó a algunas enfermeras, pero lo único que dijeron fue que el paciente estaba recibiendo los cuidados necesarios y que, en cuanto terminase, el médico hablaría con nosotros.

No podía entender cómo de repente, en cuestión de minutos, nuestras vidas se habían desmoronado de aquella manera. Nuestro sábado fue tranquilo y apacible, hasta que todo cambió en un abrir y cerrar de ojos.

Por los síntomas, había muchas probabilidades de que mi padre hubiera sufrido un infarto. Lo extraño era que él nunca había tenido un problema cardíaco. Nada, ni un solo síntoma. A veces le subía la tensión, pero los médicos decían que era algo emocional, debido a la ansiedad. *No puedo entender lo que está pasando.*

La sala de espera se quedó en silencio cuando Gui salió unos minutos para contestar al teléfono. Cuando volvió, por fin vino un médico a darnos noticias.



Rayssa

— Familiares de Augusto Castro — anunció el médico, y rápidamente nos levantamos y fuimos hacia él. — El paciente había sufrido un infarto, pero afortunadamente no masivo.

— ¿Está vivo mi marido, doctor? — le interrumpió mi madre, desesperada.

— Sí, señora. Sobrevivió. Esto no caracteriza una idea de menor importancia o menor riesgo. El paciente fue sometido a un procedimiento y estará en observación.

— ¿Está bien ahora? ¿Está despierto? — Preguntó Gui.

— Está despierto y estable. Augusto fue sometido a un cateterismo cardíaco, con implantación de *stents* para desobstruir las arterias. Es una forma de tratar este "infarto inicial" — explicó el médico. — Necesitará tratamiento y se someterá a más pruebas para ver si hay secuelas.

— ¿Pero no era un infarto con menos riesgo, doctor? — preguntó mi madre sin entender muy bien.

— Sí, pero aun así necesita cuidados. Se lo explicaré. Un infarto es la muerte de un grupo de células del miocardio, el músculo del corazón. Es una situación definitiva. Por lo tanto, cuando el paciente tiene un infarto, se entiende que ese segmento del músculo ha perdido viabilidad. En un infarto fulminante, el número de células afectadas es tan grande que conduce a una insuficiencia cardiaca aguda. Por eso, en estos casos, el paciente muere.

El médico nos miró con compasión y amabilidad, esperando a que asimiláramos la información. *Gracias a Dios. El menor de dos males.*

— En el caso de Augusto, los síntomas presagiaban un infarto. Ingresó en el hospital desmayado y, cuando le reanimamos, refirió un fuerte dolor en el pecho, mareos y hormigueo en el brazo izquierdo. Afortunadamente, las células de su músculo cardiaco aún no habían muerto. En cualquier caso, esto requiere cuidados, como un abordaje inmediato con medicación y hospitalización para observar su estado. Estará aquí al menos las próximas 24 horas y, cuando le den el alta, tendrá que seguir una dieta y quizá tomar medicación.

— Si no fue un infarto masivo, ¿por qué necesitó el cateterismo y el implante de *stent*, doctor? — preguntó mi hermano. Quería saberlo todo.

— Porque el comportamiento y los procedimientos que se llevan a cabo en casos de infarto grande o prematuro son exactamente los mismos.

— ¿Podemos verlo? — Mi voz seguía temblando.

— En cuanto el paciente esté instalado en su habitación, les dejaré visitarlo.

Se lo agradecemos, sobre todo porque el médico estuvo muy atento y paciente, respondiendo a todas nuestras preguntas. Se despidió y abandonó la sala de espera.

En ese momento, aunque me sentí aliviada, una barrera se rompió en mi interior y un fuerte grito brotó de mi garganta. Todo el miedo, la agonía y la angustia que se habían apoderado de mí en las últimas horas tenían que salir de alguna manera. Me dejé ir con un grito compulsivo y doloroso, asustándome a mí misma y a mi familia. Nunca había sentido tanto dolor.

— Cálmate, pequeña. Ya estoy aquí. Ya está todo bien. — João Guilherme fue el primero en extender la mano y abrazarme con fuerza. Como un niño en busca de seguridad, me agarré a su cintura y hundí la cara en su pecho, el lugar que había sido mi puerto seguro toda la vida. En los brazos de mi hermano, me permití dejar salir todos los malos sentimientos. Me sentía asfixiada.

— Tenía mucho miedo. — Apenas podía hablar entre sollozos, pero tenía que sacar mis sentimientos.

— Lo sé, amor. Yo también lo estaba. — Gui me abrazó más fuerte y me besó la cabeza varias veces, intentando consolarme. — Ya está todo bien. No os preocupéis.

— No puedo perder a ninguno de vosotros, Gui. No podía soportarlo. — Sentía que me ardía la garganta y el aire apenas entraba en mis pulmones. Me invadió un fuerte dolor de cabeza

y debilidad. La situación había minado mi energía.

— Cálmate, enano. Ya se te pasará. — Mi hermano intentó calmarme, pero lloró conmigo. En ese momento, mi madre y Melinda también nos abrazaron, formando un capullo. Los cuatro lloramos juntos.

Al sentir el apoyo de los fuertes brazos de mi hermano y el efecto consolador de las dulces palabras de mi madre, me calmé un poco.

— Tranquila, mi niña. Papá está bien. Pronto nos iremos a casa. Mamá está aquí contigo — repitió la señora Helena, y yo traté de asimilar e imprimir aquellas palabras en mi mente.

De verdad, todo estaba bien. Lo peor ya había pasado. Sin embargo, nunca olvidaría aquel día y todo el miedo que sentí.



Me resultaba extraño. Solía sentirme tan a gusto en presencia de Rayssa y João Guilherme que se me hacía raro volver a mi propia casa, donde casi siempre estaba solo. Mis padres apenas paraban allí, porque se inventaban un viaje tras otro, sobre todo después de licenciarme y hacerme cargo de la oficina familiar.

El mismo año que me licencié, mi padre decidió tomarse unas vacaciones indefinidas. Quería y se merecía disfrutar de la vida.

Mi viejo tuvo que estudiar y trabajar duro para conseguir toda su riqueza y prestigio. No siempre fuimos ricos. Mi abuelo era albañil y mi abuela costurera. No podían permitirse buenas escuelas para mi padre, así que tuvo que estudiar mucho, a menudo por su cuenta, para entrar en una universidad pública. Cuando se licenció, no tenía dinero para nada, así que tuvo que luchar el doble para abrir su propio bufete de abogados, que creció año tras año con su esfuerzo y su duro trabajo.

Recuerdo que de pequeña echaba mucho de menos a mi padre, porque siempre estaba trabajando. Yo era una niña y no entendía su ausencia, así que me enfadaba. En mi pequeña mente infantil, era más importante que él tuviera que trabajar duro para ganar dinero para tener más tiempo en casa.

En aquel momento de nuestras vidas, mi madre tuvo que asumir ella sola una gran responsabilidad, porque yo era extremadamente atea. Siempre la llamaban del colegio y yo siempre me hacía daño, así que era ella la que me llevaba al hospital. Mi padre nunca estaba allí.

Admiro mucho a mi Corona por su empuje y determinación. Le estoy agradecida por la educación que me dio — fui a la escuela pública toda mi vida, y fue él quien pagó mis estudios universitarios — pero confieso que crecí sintiéndome un poco huérfana de padre.

Todas estas cuestiones también le convirtieron en un tipo muy duro, además de estar obsesionado con el trabajo. Admiro su ambición, pero nada al extremo es saludable. Me di cuenta de que mi padre quería transferirme su obsesión. La forma en que idealizaba en mí sus planes frustrados, queriendo que yo hiciera realidad sus sueños... Era muy agotador cargar con esa responsabilidad, y la presión a veces era demasiado para mí. En varias ocasiones, incluso me sentí aliviada cuando se fue de viaje.

Muy aburrida, llamé a João Guilherme para volver a casa de los tíos Augusto y Helena. Pero Guilherme no contestó. Probé con el móvil de Rayssa. Tampoco. *Qué raro*. Un mal presentimiento me preocupó, así que cogí el coche y me dirigí a su casa.

Unos minutos más tarde, llegué. Los guardias de seguridad me dejaron entrar, pero la puerta del salón estaba cerrada. Llamé al timbre y me atendió Dorinha con João Miguel en el regazo. Mi cuerpo se tensó y me preocupé cuando vi sus ojos rojos e hinchados.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté angustiada, sin saludarla como de costumbre. Al mismo tiempo, mi ahijado se arrojó sobre mi regazo. Lo levanté y le besé la cabecita.

— Tu Augusto estaba enfermo, hijo mío. João Guilherme, Helena, Mel y Rayssinha lo llevaron al hospital. Estoy preocupada porque parecía enfermo. Salió de aquí cargado.

— ¡Dios mío! ¿A qué hospital fueron?

— Melinda dijo que estaban en Barra D'or, todavía esperando noticias.

— Voy para allá — le dije a Dorinha. — Cariño, Dindo va a tener que irse. Quédate con la abuela Dorinha — le hablé a Miguel, que estaba jugueteando con mi cordón.

Prácticamente volé hasta el hospital. Rayssa y João Guilherme me necesitaban. No tardé mucho en llegar. Fui a la recepción y la recepcionista me dijo que la familia estaba en la sala de espera. Me indicó el camino y me dirigí allí. Me entraron sudores fríos cuando vi a los cuatro abrazados y llorando. *Dios mío, no es posible.*

Sin saber qué hacer, me acerqué a ellos, tragando saliva.

— João — grité casi sin fuerzas, pero él me oyó, levantó la cabeza y me miró. — ¿Cómo está el tío Augusto?

— Ya está bien, amigo. Lo peor ya ha pasado. — Cerré los ojos y respiré aliviado.

— Gracias a Dios, hermano. — Me acerqué a ellos y los abracé también.



El médico dejó entrar a la familia y yo le acompañé, pues siempre me habían tratado como a uno más. El tío Augusto se alegró mucho de vernos. Extendió una de sus manos para llamar a su mujer y a sus hijos, que se acercaron rápidamente. Melinda y yo nos quedamos un poco más lejos, contemplando la belleza de la escena.

— ¡Qué susto, papá! No vuelvas a hacernos eso — le riñó João Guilherme en broma mientras le cogía de la mano.

— Me he asustado mucho, papá — admitió Rayssa, llorando. Verla así me rompió el corazón.

— Ay, pequeña, papá no quería asustarte. — Augusto estaba visiblemente conmovido.

No me cabía duda de que mi tío quería a Guilherme, pero Rayssa era su niña mimada.

— ¿Y creías que serías una viuda suelta por ahí? Estás muy equivocada — bromeó con tía Helena, y ella rió y lloró. — Ahora en serio. Minutos antes de llegar aquí, pensé en muchas cosas. Pensé que tal vez no vería a mi nieto llamándome abuelo, que no estaría en la graduación de mi hija y mi nuera y, lo peor de todo, que no estaría aquí para llevar a Rayssa al altar y verla felizmente casada. Le pedí tanto a Dios que me diera un poco más de tiempo — dijo con los ojos llorosos. — Eh, vosotros dos, venid aquí también. Sois como niños para mí.

Melinda y yo nos acercamos a la cama, emocionadas pero sonriéndole.

— Me alegro de veros a todos — declaró el tío Augusto.

— Nosotros también, querida — respondió la tía Helena.



Nos quedamos un rato en la habitación con el tío Augusto. Rayssa y su madre se quedaron cerca de la cama, y João Guilherme se sentó en un rincón, abrazado a Melinda. El semblante de mi amigo estaba abatido, al fin y al cabo, un susto así puede doblegar a cualquiera.

Me acerqué a él y me quedé a su lado, en silencio. No tenía nada que decirle, pero quería que supiera que podía contar conmigo. Siempre estaría ahí.

— Mi madre dormirá aquí esta noche con mi padre. Llevaré a Rayssa a dormir a mi piso. ¿Tú también puedes dormir allí? — Guilherme rompió el silencio entre nosotros.

— Claro, amigo. Voy rápido a casa a por ropa.

— Gracias, amigo. Rayssa está enferma, y realmente quiero ayudarla, pero yo también estoy enfermo, así que... estoy sin energía, hermano. Pensé que iba a perder a mi padre hoy, y me sentí horrible. — João Guilherme estaba visiblemente agotado, emocionalmente.

Melinda abrazó más fuerte a su marido y él le besó la cabeza cariñosamente.

— Me imagino por lo que has pasado. Yo misma me quedé aterrorizada cuando Dorinha me lo contó.

— Fue muy fuerte. El susto te da una idea de lo que sería si ocurriera. Fue terrible. Ahora sólo quiero coger a mi hijo y volver a casa. Gracias a Dios tengo a esta mujer aquí. — Mi amigo volvió a besar la cabeza de su mujer. — Cuento contigo para que cuides de Rayssa por mí.

Se me aceleró el corazón al oír aquella petición. João Guilherme creía de verdad que Rayssa y yo éramos como hermanos. Hasta el otro día, yo también lo creía.

— Misión cumplida es misión cumplida. Me adelanto, paso por casa, recojo mis cosas y nos vemos en casa de tus padres.

— Estupendo. — Le di un abrazo a mi amigo, me despedí de las chicas y me fui.



João Miguel siempre hacía milagros. Mi sobrino traía paz, luz y alegría a nuestras vidas con sólo estar allí.

Estábamos todos sentados en el salón del piso de mi hermano, jugando con mi Miguelito, que estaba a tope y armando el mayor alboroto. Normalmente se ponía así cuando nos veía juntos.

João Guilherme ya había llamado a mi madre, y ella me aseguró que mi padre seguía bien. Me permití darme un largo baño mientras Melinda nos preparaba la cena. Dejar que el agua acariciase mi cuerpo me relajó y me hizo sentir mucho mejor.

— Hijo, ¿cuántos años cumplirás el año que viene? Enséñaselo a tu hermana. — Mi hermano animó a Miguel y levantó dos deditos, sonriéndome. *Muy lindo.*

— Bien hecho, amor. Dos añitos. — Melinda aplaudió a nuestro bebé y él se puso todo tonto.

En un momento de distracción, un rayo atravesó el cielo y provocó un estruendo. Miguel y yo nos sobresaltamos.

— Se prevé mucha lluvia para hoy — dijo P.A., mirando hacia la puerta del balcón.

Mi hermano se levantó para cerrarla, ya que hacía mucho viento. En pocos minutos, la lluvia arreció con fuerza. Me encantaban las noches de tormenta.

— ¿Qué te parece si vemos una película muy tópica, un romance navideño? — sugirió Mel, y yo puse los ojos en blanco.

A mi cuñada le encantaban esas películas azucaradas. Yo prefería las de suspense.

— Lo haré yo — dijo Paulo André con entusiasmo, y yo lo miré asombrada.

— ¿Desde cuándo eres un romántico? — le pregunté.

— No lo soy, pero creo que hoy necesitamos una película ligera.

— Tienes toda la razón, Paulo. — Mi cuñada se levantó, cogió el mando a distancia y encendió la televisión.

Fue al dormitorio y volvió con dos mantas. Nos tiró una a mí y a P.A., que estábamos sentados en el mismo sofá, y la otra a mi hermano, que estaba en el otro.

— Voy a darle el pecho a Miguel y a dormirlo. Mientras tanto, elegid una película — anunció Mel y salió de la habitación.

Tardamos una eternidad en elegir película, pero aprobé la elección. *El diario de Noel* prometía ser un bonito romance, por lo que habíamos leído en la sinopsis.

En cuanto terminó la película, João Guilherme y Melinda se fueron a la cama, dejándonos a P.A. y a mí solos en el salón. Fuera llovía a cántaros y cada hora caían relámpagos en el cielo, creando una escena espectacular.

Para entonces, Paulo André y yo habíamos cambiado el sofá por la alfombra del salón, donde nos sentamos a charlar bajo las mantas.

— Me encantan las noches así, con tormenta. A mucha gente le da miedo, pero a mí me inspira y me tranquiliza — dije en voz baja, mientras observaba la lluvia caer con fuerza y el viento soplar con rapidez. La cortina del salón estaba abierta, lo que me permitía admirar las gotas sobre el cristal.

— A mí también me resulta acogedor, sobre todo para dormir.

Pasamos unos instantes en silencio, disfrutando del momento, hasta que me entraron ganas de desahogarme.

— Hoy me he dado cuenta de que eso que dicen de que nunca estás preparado para perder a un ser querido es la más pura verdad. Nunca he tenido tanto miedo como al perder a mi padre.

— Es verdad. Nunca he perdido a nadie cercano a mí, pero sólo de pensarlo agonizo.

— Ahora admiro aún más a mi cuñada. Ha perdido a sus dos padres y sigue adelante.

Melinda es un ejemplo de fortaleza.

— Me alegro de que mi amiga la encontrara.

— Yo también me alegro. — Nos sonreímos. — Por mucho que sepamos que la muerte forma parte del ciclo de la vida, no queremos que llegue ese momento para las personas que queremos. ¿Crees en la vida después de la muerte, Paulo André?

— Creo que hay algo más allá, sí, pero no sé exactamente cómo puede ser.

— Yo también creo en ello, y eso me reconforta. Aun así, nadie está preparado para dejarlo ir. — Lo pensé durante unos segundos. — ¿Será que nuestro amor sólo llega hasta donde alcanzan nuestros ojos? Estoy segura de que seguiré queriendo a mis padres, y ellos a mí, incluso cuando uno de los dos se vaya y ya no podamos vernos. La fuerza del amor que nos tenemos va más allá de la vida.

De repente, otro rayo atraviesa el cielo y provoca un fuerte estruendo. Paul se sobresaltó.

— ¡Joder! ¡Maldito susto!

— ¿Tienes miedo? ¡Yo te protegeré! — bromeé, y él se echó a reír.

Como una ironía del destino, mi móvil emitió un pitido con la llegada de un mensaje. Toqué la pantalla para ver la notificación.

— ¿Quién te manda mensajes de madrugada? — preguntó P.A., mirando el teléfono que tenía en la mano.

— Averigüémoslo ahora. — Abrí la aplicación de mensajería.

Henrique: *Buenas noches, guapa. Perdona por la hora. Perdí el sueño y vi que estabas en línea hace poco, así que decidí llamarte para charlar.*

Bajo la atenta mirada de Paulo André, respondí con un simple buenas noches. Sin pensármelo dos veces, guardé el móvil.

— ¿Qué hay entre ese tipo y tú, Rayssa? Sé sincera, pero sin provocaciones, por favor.

— Sólo te contesto porque me lo has pedido, porque como ya sabes, no te debo ninguna satisfacción de mi vida. Además, hoy he pasado por muchas cosas, así que estoy más benevolente que de costumbre — me reí para romper la tensión, y él también. — De momento, no pasa nada. Pero es guapo, amable, inteligente y tiene una charla agradable, así que...

— Entonces, ¿qué? — La cara de P.A. se puso muy seria.

— Si me besa, no le apartaré. Estoy soltera y no le debo nada a nadie. Y si no prestas ayuda, se la das a la competencia.

— ¡Qué frase tan idiota!

— En realidad, me gusta. Creo que es muy cierta — me burlé, pero a Paul no le hizo gracia. — Hay otra que también me gusta mucho. Seguro que has oído que si no prestas

atención, eres el segundo mejor.

— Ja, ja, ja, ¡qué gracioso! No sabía que te gustara la filosofía.

— No, sólo me gusta usarla a mi favor cuando es necesario.

— No es necesario conmigo.

— Yo creo que sí. Lo digo en serio. Es más, P.A., si me besa y no para, como sueles hacer, seré yo quien no se lo impida.

Paulo André me miró directamente a los ojos, y su expresión pasó de la cólera a la duda, tal vez a la agonía. Luego bajó la mirada hasta mi boca e, inesperadamente, me besó.

Era el único beso que quería, el único que necesitaba y que aplacaba la necesidad que sentía por él desde la adolescencia. Aquella boca cálida y carnosa envolvió la mía en un beso suave, intenso y lleno de significado para mí. Era un beso de añoranza.

Sus labios aplastaban los míos con hambre y deseo. Necesitada de más contacto, me senté en su regazo y le agarré la nuca, acercándolo más a mí. Me rodeó por la cintura, rozando nuestros cuerpos y haciéndome sentir la dureza de su polla. En ese momento, mi cuerpo estallaba de deseo y ansiedad, se me ponía la piel de gallina y mi vagina palpitaba, desesperada por más contacto.

Las manos grandes y firmes de Paulo André se deslizaron bajo mi blusa y encontraron mis pechos. Mi cuerpo se estremeció ante aquel tacto suave y cálido en la parte más íntima de mi cuerpo. Mis pezones se pusieron rígidos y gritaron, desesperados por atención. Cuando por fin los sujetó, gemí en su boca y me retorcí entre sus brazos.

Su boca perfecta abandonó la mía para besarme el cuello. Eché la cabeza hacia atrás, dándole pleno acceso, y él aprovechó la oportunidad para lamerme y chuparme cada parte de la piel, provocándome más gemidos.

Me froté contra él, ansiando más contacto, cuando sentí que su polla se hinchaba aún más y palpitaba en mi vagina, incitándome a querer sentirlo dentro de mí. Continuamos besándonos, devorándonos con las manos y los labios, fundiéndonos cada vez más. Mientras Paulo estimulaba mis pechos con sus hábiles manos, yo me frotaba contra él, con más deseo y desesperación.

Yo siempre dormía en *baby doll* y sin bragas, así que a través de mis calzoncillos de tela fina, podía sentir el calor de su polla en mi entrada. Nos besamos frenéticamente hasta quedarnos sin aire, y cuando me soltó la boca para tomar aire, me abracé a él con fuerza, sin dejar de frotarme contra su polla.

Él me ayudó con los movimientos, estrechándome fuertemente entre sus brazos. Una de sus manos jugaba con mi sensible pezón, mientras la otra me sujetaba por la cintura, animándome a meter y sacar.

Cuando la sensación del orgasmo se formó en mi vientre, no pude contener más los

gemidos, así que Paul reclamó de nuevo mi boca y se tragó los sonidos de placer que salían de mí, incontrolables. Mi cuerpo se estremeció, febril, y el placer me envolvió de tal manera que creí que iba a desmayarme.

Solté su boca y eché la cabeza hacia atrás, completamente rendida a la sensación de plenitud post-orgasmo. Mi cuerpo aún tenía espasmos cuando Paulo André me besó la barbilla, luego el cuello y, para mi sorpresa y satisfacción, me levantó la blusa y se metió uno de mis pechos en la boca.

Nunca había sentido la boca de un hombre sobre mí. Era perfecto. La punta de su lengua jugó con mis pezones, y mi vagina melosa y sensible volvió a palpitar mientras él chupaba ferozmente uno de mis pechos y masajeaba el otro.

El orgasmo estaba a punto de consumirme de nuevo cuando un ruido nos sobresaltó. Era la puerta de la habitación de mi hermano abriéndose. *¡Santo cielo!*



Rayssa

Nos alejamos rápidamente y pronto João Guilherme apareció en la habitación.

— ¿Todavía estás despierto? — Mi hermano suspiró y frunció el ceño, mirando el reloj de pared que marcaba las 3.30 de la madrugada.

Mentalmente di gracias a Dios de que estuviera oscuro, porque mi cara roja nos delataría.

— No podía dormir, así que P.A. y yo nos quedamos hablando. — Me sentía mal por mentirle a mi hermano, pero no podía contarle todos los tejemanejes que estaban ocurriendo en el salón de su piso.

— Intenta dormir, Ray. Mañana nuestro padre estará en casa. No te preocupes, lo peor ya ha pasado.

— Lo sé, Gui. Intentaré dormir. Te lo prometo.

— Buenas noches a los dos.

Nos saludamos sombríamente. Mi hermano se dio la vuelta, cogió una botella de agua de

la cocina, entró en la habitación de João Miguel para comprobar que su hijo seguía dormido y se fue a su cuarto.

No pude contener la risa en cuanto se cerró la puerta.

— No tiene gracia, Rayssa. ¿Te imaginas la catástrofe que habría sido si nos hubiera pillado en esta situación? — Paulo André se frotó la cara nerviosamente; yo seguía riéndome. — No te tomas nada en serio, ¿verdad? ¡Tu hermano es jodidamente importante para mí! No sé qué haría si lo decepcionara hasta el punto de perder su amistad. João Guilherme es como un hermano para mí.

Dejé de reírme en cuanto vi que el enfado daba paso a la angustia en la expresión de P.A. No quería ser un problema entre ellos, pero Paulo André exageró.

— Deja de molestar. No perderás la amistad de mi hermano por esto. Gui te quiere.

— De eso no tengo duda. ¡Pero te quiere más a ti, Rayssa! Eres su hermana pequeña. Guilherme siempre ha sido muy protector contigo. Tu hermano sabe cómo funciona mi cabeza, sabe que nunca he salido con nadie porque no se me da bien. Me conoce mejor que nadie y sabe que si tú y yo estuviéramos juntos, lo estropearía todo y te haría daño. Así que nunca apoyará nada entre nosotros, y con razón.

— Podrías haberte callado e ido a dormir en cuanto mi hermano salió de la habitación. ¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo? ¡Deja de ser descarada! Nos besamos, nos besamos y eso es todo. ¿Cuál es el problema? Soy una mujer como cualquier otra. Y créeme, las mujeres también disfrutan del sexo sin compromiso — me tiré un farol. No es que no ocurra, pero no era mi caso. No en relación con el P.A.

— ¡Eso lo dices ahora! No quiero ser presuntuoso, pero me has confesado que me quieres, y cuando hay amor, no existe el "sólo sexo". Nunca funciona. El sexo casual y el amor no funcionan juntos.

— Dijo el *experto* en sexo casual. — Yo cambié.

— Así soy yo. Puede que no sepa de amor, pero sé cómo follar sin ataduras. — Él también cambió.

— Entonces no me beses más así. Si vas a besarme, aguántate después. — Me sentí irritada. — Si cada vez que me besas vas a darme un masaje de fricción después, déjalo. Se está volviendo aburrido y agotador. — Me levanté del suelo, echándole toda la manta por encima.

— ¿Adónde vas?

— A mi habitación a dormir. — Salí de la habitación, pero cuando llegué a la entrada del pasillo, me detuve y miré hacia atrás. — Antes de que se me olvide, gracias por el orgasmo. La próxima vez tomaré uno doble. — Le guiñé un ojo y le dejé en el salón con expresión perpleja.



A la mañana siguiente, salté de la cama antes de que amaneciera, pues estaba ansiosa por saber algo de mi padre. Envié un mensaje a mi madre y me sentí aliviada cuando me dijo que todo estaba bien y que el médico vendría en breve para evaluar su alta. *¡Gracias a Dios!* No podía descansar hasta ver a mi viejo en casa.

Cuando llegué al salón, vi a P.A. en el sofá. No había ido a la habitación de invitados. El buenorro estaba tumbado boca abajo, sin camiseta, con el brazo derecho sobre los ojos y la sábana bajada hasta la cintura, mostrando su delicioso pecho.

— Deja de secarme, Rayssa. — Su voz me sobresaltó, porque estaba distraída, babeando sobre su delicioso abdomen. — Debo de haber perdido tres kilos por culpa de ese secador.

— ¡Qué susto, pesado! — le reñí. — ¡No puedes detenerme! Si no puedo lamerlo, al menos puedo mirarlo.

Enseguida. P.A. le quitó el brazo de la cara y se sentó en el sofá.

— ¿Quieres parar, zorrita? Acabarás poniéndomela dura — susurró mirando hacia el pasillo.

— ¡Buenos días! ¿Qué estáis susurrando? — Melinda apareció en la habitación, riendo.

— ¡Buenos días, cuñao! Paulo parece un viejo quejica. Es un viejo escondido en un cuerpo sano. — Lo molesté, porque ese era mi trabajo en el mundo.

— Buenos días, hermana. Buenos días, compañero. — Gui llegó justo detrás de Melinda, con João Miguel en su regazo. Lo saludamos también.

— Ya he hablado con mi madre. Tu Augusto está bien, hoy le dan el alta — le dije.

— Qué bien. Iba a llamarla para darle noticias, porque cuando le envié el mensaje, el médico aún no había pasado. Pero ya que has hablado con ella, esperaré.

Ese domingo por la tarde, mi padre salió del hospital. A pesar del alta, había recibido muchas recomendaciones médicas. Fuimos a recogerle y, a la vuelta, nos quedamos todos juntos en casa hasta tarde.

A la hora de dormir, no le pedí nada a Dios, porque lo único que podía hacer era darle las gracias por la nueva oportunidad que nos había dado de volver a estar juntos.



El lunes, cuando llegué a la facultad, Roberta me dio un susto al ponerse delante de mí en la puerta del aula, impidiéndome entrar.

— Necesito hablar contigo antes de que empiece la clase. — Roberta parecía angustiada y me preocupé.

— Hola, Roberta. Buenos días, Roberta. Estaba preocupada por ti. Quería saber si todo iba bien, pero no tenía tu nuevo número. ¿Ha pasado algo más? Pareces nerviosa.

— Quiero pedirte que convenzas a tu amigo de no denunciar a Luiz Felipe. — No me lo esperaba, y menos de una forma tan directa.

— Por favor, no me pidas eso. No sabes de lo que estás hablando. — Se me estrujó el corazón.

— Sí que lo sé. No quiero que arresten a mi marido. Le quiero, Rayssa. — Sus palabras y su tono de voz eran firmes, mostraban convicción.

— Ese día te dio una bofetada. Mañana podría dispararte. Por el amor de Dios, Roberta. — No quería, pero me dejé llevar un poco.

— No seas absurda. Luiz me quiere, nunca haría eso. ¡No sabes nada porque no lo conoces!

— Estoy preocupada por ti. ¡Sólo quiero ayudar!

— Quien no estorba ayuda mucho. Nos queremos, así que no te metas en nuestras vidas.

— Hay mucha gente que no sabe amar, Roberta, y eso es peligroso.

— No siempre es así. Mi marido me quiere, créeme. No estás en nuestra casa todos los días, no tienes forma de saber cómo es realmente.

— Si es así delante de los demás, prefiero no saber cómo es en casa — ironicé. — La gente es capaz de hacer las peores cosas en nombre del "amor", incluso matar y morir. Yo vi de cerca una situación así con mi hermano. Créeme. Nunca me perdonaré si te pasa algo por no haber intentado ayudarte. En ese caso, estaré pecando por exceso y no por omisión.

— No quiero tu ayuda. Por favor, déjanos en paz.

— No quieres mi ayuda para salir de esta relación malsana, así que tampoco la necesitas para nada más.

— Si tienes alguna consideración conmigo, convence a tu amiga de que no denuncie a mi marido y cada una podrá seguir con su vida.

Roberta no me dio tiempo a replicar. Me dio la espalda y entró en el aula, dejándome atrás enfadada y triste al mismo tiempo.



Al final de la última clase, Roberta salió rápidamente del aula y no pude alcanzarla. Fui a una de las cafeterías del campus para ver si la encontraba, pero no la vi. Como me había convertido en lo que más temía — un adulto que no puede vivir sin café —, me senté y pedí un expreso.

Estaba sin mi compañera, Melinda, ya que algunos días de la semana asistía a clases por *Internet*. Mi cuñada tomaba los cursos a distancia para poder pasar más tiempo con Miguelito. Yo también podía hacerlo, pero prefería el cara a cara. Nuestros perfiles eran diferentes. A diferencia de Melinda, que era más tranquila y hogareña, yo estaba demasiado agitada para concentrarme en las clases *online*.

— Buenos días, señorita. ¿Puedo sentarme? — Henrique apareció delante de mí, con sus ojos azules y sus rizos de ángel, sonriendo.

— Hola, buenos días. Ya debería haberme sentado.

— ¿Qué tal el fin de semana? — Mostró un interés tan genuino que decidí contarle mi caos privado.

— Pasaron muchas cosas, Henrique. Prepárate, porque hay mucho que contar.

— Tengo poco tiempo antes de mi próxima cita. — Mi profesor me guiñó un ojo, animándome a hablar.

Henrique también pidió un café y, durante los minutos siguientes, le conté el susto que habíamos tenido con la situación de salud de mi padre.

— Cielos, Rayssa, qué pesado. Estas cosas siempre pasan tan de repente. Es realmente aterrador.

— Fue terrible. Ni siquiera me gusta recordarlo — suspiré. — Pero... dejemos de darle vueltas a las cosas malas, porque los malos pensamientos atraen negatividad. Quiero atraer sólo cosas buenas. ¿Cómo está Dudu? ¿Tienes una foto suya?

Con cara de sorpresa pero claramente feliz, mi profesor de gatos sacó su móvil y me enseñó orgulloso una foto de su hijo. El pequeño era precioso y tenía los ojos de su padre.

— ¡Es muy guapo! Tenemos que organizar un encuentro entre él y mi Miguelito.

— Miguelito es el hijo de Melinda, ¿verdad?

— No sólo eso, es mi sobrino y ahijado, lo que lo pone en otro nivel. — Los dos nos reímos. — Se llama João Miguel. Miguelito es sólo para los íntimos, pero dejaré que lo llames así.

— Disfrutaré del privilegio. — Henrique sonrió maravillosamente. — Es un niño precioso. Pero no podía ser de otra manera, porque tu cuñada es guapa, con todos mis respetos, y tu hermano es guapo.

— *¿Con todos los respetos y guapo?* Tienes gusto para la música y a veces hablas como

un viejo — me burlé, y él se echó a reír. — Incluso tengo que corregirte. Mi hermano no es guapo, es hermoso.

— ¡Tú eres guapo! — El cumplido de Henrique me pilló desprevenida. Inmediatamente sentí que se me calentaba la cara.

— Has conseguido desanimarme, querido profesor. Eso es raro.

— Tus mejillas sonrojadas hacen tu cara aún más hermosa.

Por increíble que parezca, era tímida. No porque Henry coqueteara conmigo, sino porque me di cuenta de lo especial que era. Sería injusto para él perder el tiempo con una chica que tiene a otro chico en su corazón.

— Yo... quiero decirte algo. — Dio un sorbo a su café, indicándome que continuara. — Siempre me has parecido preciosa y probablemente te he dado esquinazo en varias ocasiones, animándote a acercarte a mí. Me atraes mucho, y reconozco que a veces soy una chica traviesa. — Sonreí. — Me emocioné mucho cuando me invitaste a acompañarte al cumpleaños de Roberta y salí de casa muriéndome de ganas de besarte. Te fui conociendo mejor y descubrí que, además de guapo, eres una gran compañía y un tío muy majo. Por eso necesito ser sincera contigo.

— Por favor — me animó.

— No sé cuáles son tus intenciones conmigo, si estás pensando en algo casual o más serio, pero lo cierto es que mi corazón no está libre. Llevo enamorada de un chico desde la adolescencia y, aunque no ha sido correspondida, esa pasión ha ido creciendo con los años hasta convertirse en amor.

— Siento ser tan grosero, pero... ¿Por qué no estáis juntos? — Henrique se tranquilizó con mi revelación.

— Es complicado. Es amigo de la infancia de mi hermano. Los dos se criaron juntos, así que prácticamente me vio nacer y le cuesta aceptar una atracción entre los dos. Ya he salido del armario y se ha asustado, como predije. El caso es que he decidido no sufrir por ello, ni sentarme a esperarle. Voy a seguir adelante.

— Eso suena maduro por tu parte.

— No soy el tipo de mujer que se queja de lo que no tiene. Prefiero aprovechar las oportunidades que me da la vida. Así que si aparece un buen chico que me atrae, no me contendré. Sin embargo, no creo que algún día pueda enamorarme de otra persona.

Me sentí aliviada al decir lo que sentía. Henrique era una buena persona, y lo último que quería era ser injusta con él o hacerle perder el tiempo conmigo. También me alegró darme cuenta de que se había tomado la noticia con calma.

— Yo también seré sincera contigo. Estaba realmente interesado en tener algo serio contigo, pero estaré muy feliz de ser sólo tu amigo.

— Eso es genial, Henrique. Me encantó tu compañía esa noche y creo que podríamos ser

grandes amigos.

— Soy un tipo extremadamente tímido y no tengo amigos aquí en Río. Como te dije, vine aquí para conocer a Fernanda y pronto tuvimos una relación. Como ella era muy posesiva, cometí el error de cumplir sus órdenes para no tener dolores de cabeza, y eso incluía estar solo. Vivía sólo para ella, sobre todo después de su embarazo.

— ¿Se está poniendo de moda que los hombres tengan relaciones abusivas? Antes pensaba que sólo las mujeres pasaban por eso, pero seguí de cerca todo lo que vivió mi hermano y me di cuenta de que había otra cara de la moneda. Un día te contaré la terrible historia de Gui, antes de conocer a Melinda.

— Ocurre en ambos lados y deja marcas para el resto de nuestras vidas. Desarrollé un trauma relacional y, cuando ella se fue, me dediqué por entero a mi hijo.

— ¿Qué edad tiene?

— Tres años. Fernanda se fue cuando sólo tenía seis meses.

— ¿Cuántos años tiene usted?

— Cumplí 30 hace poco. ¿Y tú?

— 19.

— Vaya, eres tan madura. No me había dado cuenta de que eras tan joven.

— ¿Estás diciendo que parezco vieja? — Bromeé.

— ¡No! Ni mucho menos. — Nos reímos los dos. — Pareces joven, pero cuando te conocí y vi lo maduro que eras, pensé que podrías ser mayor de lo que parecías.

— ¿Te escandaliza haberte interesado por la chica nueva de aquí, tío grande? — Henrique se rió, y yo me uní a él.

— Eres todo un personaje, Rayssa. Eso es lo que más me gustaba de ti. Esa forma espontánea, llena de vida, siempre con tus ocurrencias graciosas e inteligentes. Es... refrescante. Es imposible ser serio a tu lado.

— Trato de divertirme, después de todo, ¿qué nos quedaría en esta vida si no nos divirtiéramos en cada oportunidad? Sólo habría responsabilidades y tristeza. Nací para ser feliz, sin importar los obstáculos que se me presenten.

— Tienes toda la razón.

— Dudu, ¡tú y yo vamos a ser grandes amigos! Pero... si quieres besarme por ahí, no me opondré. Mi tonto corazón es apasionado y fiel, pero no soy una santa, ni pienso hacer votos de castidad. — Le guiñé un ojo.

— Me encantaría robarte unos besos, pero cuando tienes un hijo, es complicado. Todo cambia. Nuestros programas cambian. Estaría trayendo una persona más a la vida de Dudu, para vivir con él. Necesito una mujer que acepte salir con un chico que tiene un hijo, que disfrute con los programas familiares o simplemente pasando el fin de semana en casa viendo una película.

Por supuesto que tendríamos momentos a solas, pero eso sería totalmente ocasional, porque la rutina conmigo incluye a mi hijo. No me malinterpretes, Rayssa, pero una relación ocasional me alejaría mucho de casa, ya que no presentaría a mi hijo a una novia.

— Te admiro aún más por eso. Veo lo mucho que te importa tu hijo, y eso te convierte en un hombre aún más especial.

— Es que... no me gustaría que Dudu se encariñara con alguien con quien, al cabo de un tiempo, simplemente ya no podría vivir. Por supuesto, una relación seria no significa que sea para siempre o que no haya riesgo de que esa mujer acabe saliendo de la vida de mi hijo. Pero habría más posibilidades de que funcionara. Dudu ya ha tenido una experiencia muy mala con el abandono de su madre, así que ahora sólo quiero traer a su vida lo que tenga posibilidades de ser concreto y duradero.

— Eres un gran padre. — Le miré de arriba abajo. — Enhorabuena, acabas de cumplir diez años — bromeé, y él soltó una carcajada.

— Me siento halagado — dijo, todavía riendo y doblando el cuerpo en señal de agradecimiento.

— Entonces, ¿cuándo podré conocer a mi nuevo amigo Dudu? Le prometo que, mientras me deje, no saldré de su vida. Seremos grandes amigos.

— Gracias, Rayssa. ¡Eres una chica increíble!

— Sí, lo sé. *¡Apreciame!* — Le di un empujón en el hombro y luego un fuerte abrazo.

Henrique era un chico especial y acababa de convertirse en mi nuevo mejor amigo de la infancia.

Terminamos nuestro café charlando de cosas triviales — cosas sobre la universidad, historias sobre nuestras vidas, las travesuras de Dudu, entre otras cosas.

— Rayssa, tengo que irme ya. Me encantó la conversación que tuvimos. Como amigas, quiero que tengamos más momentos como este.

— Lo conseguiste. — Vi cómo Henrique pagaba su café y se levantaba de la mesa, sonriéndome. Le devolví la sonrisa y esperé unos minutos más antes de dirigirme al aparcamiento.

Conduje tranquilamente hasta casa y, al llegar, entré corriendo, ansiosa por ver a mi padre.

— Ya he llegado. ¿Me has echado de menos?

Encontré a mis padres en el salón. Por consejo médico, Augusto se iba de vacaciones porque necesitaba evitar el estrés.

— Siempre, hija mía — respondió mi padre, que recibió un beso en la mejilla y un fuerte abrazo.

— ¿También tengo que estar enferma para que me presten tanta atención? — bromeó mi

madre, y fui a darle un beso.



Paulo André

Mientras conducía a casa desde el trabajo al final del lunes, la cara de Rayssa invadió mi mente. En absolutamente todas las imágenes que se me ocurrían, ella sonreía. Nunca había conocido a alguien tan resistente, un monstruo en términos de fuerza y madurez.

La recuerdo de pequeña, caminando detrás de João Guilherme mientras jugábamos con nuestros cochecitos. La dulce niña se convirtió en una gran mujer. No debería verla así, pero era inevitable.

Recuerdo cada fase como si hubiera ocurrido ayer. Los aparatos en los dientes, los pijamas de animales, las zapatillas en los pies y el arco iris que era su pelo. Tía Helena la dejaba teñírselo con un tinte para niños que no era permanente. Así que cada semana, Rayssa se hacía mechas de colores diferentes en el pelo. Pero el que más llevaba era el azul, su color favorito.

Yo asistía a todos sus cumpleaños y siempre ayudaba a Guilherme a cuidarla. Sentía envidia — en el buen sentido, claro — de que mi mejor amiga tuviera una hermana. Yo también siempre quise tener una, pero nunca tuve la dicha, así que puse a Rayssa en ese lugar.

La recuerdo toda sonriente, bailando por la casa y patinando fuera de la mansión. Le encantaba presumir para nosotros, desde que era pequeña. De hecho, Rayssa siempre fue la alegría de la casa, la favorita de la familia, y mía también.

Cuando João Guilherme pasó por todas las dificultades con Giovana, nuestra pequeña luchaba y gritaba por su hermano. Odiaba a su cuñada con todas sus fuerzas y defendía a Gui con uñas y dientes, igual que me defendía a mí de los prejuicios que sufría en la escuela, a pesar de ser mucho más joven que yo.

Rayssa y João Guilherme eran, sin duda, las personas más leales y desinteresadas que conocí. *Cuando digo que crecimos como hermanos, no exagero.*

Melinda llegó más tarde para sumarse a nuestra historia. Era una persona maravillosa, exactamente como João Guilherme se merecía. Y, por si fuera poco, nos dio a João Miguel. *Somos una familia.* De hecho, lo éramos, porque algo cambió. Aquella niña que era vista por mí como una hermana recibió mi atención de otra manera, y eso me perturbó. *¿Qué cambió? ¿Por qué cambió? ¡No debería haber cambiado! ¡Está mal!*

La noche anterior, Rayssa se había corrido frotándose contra mi polla, y yo estaba jodidamente satisfecho. Si João Guilherme no nos hubiera interrumpido, habría llegado hasta el final con ella, porque simplemente no podía resistirme. Pero no podía predecir cómo sería después. *¿Estaría preparado para desempeñar mi papel de hombre y entablar una relación con ella? ¿Sería capaz de amarla y serle fiel, o la heriría al no estar a la altura de su amor? ¿Cómo me vería João Guilherme después de todo?* Sentía que la cabeza me iba a estallar.

Después de correrse, Rayssa se peleó conmigo y se fue a su habitación, enfadada. Antes, por supuesto, me pisoteó un poco más. Era increíble cómo podía pasar de cero a cien en cuestión de minutos.

Llegué a casa y fui directamente a darme una ducha fría. Necesitaba aclarar mis ideas, ordenar mis pensamientos.



A la mañana siguiente, cuando llegué a la oficina, mi secretaria estaba al teléfono. Me detuve en la recepción y saludé a algunos compañeros de trabajo que pasaban por allí, hasta que colgó.

— Buenos días, Dr. Paulo André. ¿En qué puedo ayudarle? — Me dedicó una gran sonrisa.

— Buenos días, Isabelle. Prepare la sala de reuniones para la hora de comer, por favor.

Hoy tengo que ver a un cliente importante, pero no tendré tiempo de salir a comer antes. Pide una ensalada y salmón en el restaurante que me gusta. Comeré aquí antes de la reunión.

— Lo organizaré todo enseguida. No hay de qué.

— Muchas gracias.

Fui a mi despacho y me sumergí en mi trabajo. Con mi padre viajando cada vez más, todo recaía sobre mis espaldas. Tenía que hacer todo lo posible para cumplir con todas las tareas.

Me concentré en el trabajo toda la mañana, tanto que apenas me di cuenta de que pasaba el tiempo. Cuando Isabelle llamó a mi puerta y entró con mi almuerzo en la mano, me sorprendió la hora.

— ¿Vas a comer aquí, en tu despacho? ¿Te pongo la comida en la mesa?

— No, está bien. Gracias.

Moviendo su culo grande y alegre, Isabelle se acercó a la mesa y me lo puso todo. Me levanté para lavarme las manos en el baño y cuando volví, mi secretaria me esperaba con su sonrisa habitual.

Llevaba tiempo trabajando conmigo y siempre me había fijado en que era una rubia de puta madre. Mi padre siempre me enseñó que donde se gana el pan no se come carne. ¿Lo había aprendido? Por supuesto que no, ignoré descaradamente el buen consejo de mi viejo y tuve una pequeña aventura con la rubia en cuanto empezó a trabajar en la oficina. Sólo duró un par de meses. Isabelle era una mujer agradable y éramos compatibles en la cama, pero ella quería más y yo no. Así es como terminó.

Terminé la aventura con sumo cuidado. Hablé con ella amablemente y le admití que yo era el problema, pero ella seguía molesta en ese momento. Tenía miedo de que dimitiera por mi culpa. Me habría sentido culpable, porque la chica era eficiente y necesitaba el trabajo, pero afortunadamente su dolor desapareció y nos convertimos en simples compañeros de trabajo.

Sentía que ella siempre esperaba un *flashback*, y no sería ningún sacrificio volver a acostarme con ella, pero no podía hacerle eso a la chica. No quería volver a jugar con su cabeza si no tenía intención de dejar que las cosas se desarrollaran entre nosotros.

Me alejé, pero ella solía estar cerca, más amable y servicial que el empleado medio.

— ¿Está lista la sala de reuniones, Isabelle? El cliente llegará en media hora.

— Sí, está lista. Todo está listo, doctor.

— Estupendo. ¿Ya ha almorzado? — pregunté, sin saber qué más decir mientras ella seguía de pie frente a mí.

— No tengo apetito. Comeré más tarde.

— Entonces comeré.

Me senté a la mesa, levanté el cloche[2] y mis fosas nasales fueron invadidas por el

delicioso olor de la comida; además, tenía un aspecto apetitoso. Justo cuando iba a empezar a comer, Isabelle se acercó.

— P.A., yo... quiero hablar contigo. — Por el tono de voz que utilizó, supe que no se trataba de trabajo. Es más, me llamó de una forma íntima, como hacía fuera de la oficina cuando estábamos juntos.

Antes de dar el primer mordisco, volví mi atención hacia ella. La expresión de su cuerpo me causó curiosidad. Conocía muy bien los rasgos de una mujer excitada.

— Adelante, Isabelle.

— Una amiga mía siempre me dice que hoy en día ya no se trata de que una mujer tenga que esperar a que un hombre la invite a salir. Ya sabes, para que no parezca que nos están ofreciendo. Dice que los tiempos son diferentes, que no tenemos que ocultar nuestros deseos y que podemos tomar las riendas de la situación. — Mi secretaria era seria, tímida e insegura.

— Tu amiga tiene razón. Una mujer soltera mayor de edad puede hacer lo que quiera con su vida. Yo estoy a favor de hacer lo que nos apetezca.

— Partiendo de esa base, me gustaría pedirte que saliéramos juntos el viernes después del trabajo. — Ella sonrió. — Te echo de menos y... En fin, no tienes que preocuparte, porque no voy a confundir las cosas. Sólo quiero volver a sentirte, aunque sea sin compromiso.

Por primera vez como adulto, me sentí avergonzado por la invitación de una mujer. Hacía tiempo que no tenía sexo, y el Paulo André de antes no habría dudado en aceptar aquella invitación, ya que ella dejaba claro que le parecía bien el sexo casual, pero yo no era el mismo. De hecho, ya ni siquiera sabía quién era.

— Isa. — Me permití tener la misma intimidad con ella. Quería ser cariñoso, porque imaginaba lo difícil que había sido para ella tomar la iniciativa. En ese sentido, mi negativa podía hacerla sentir humillada, y yo no quería eso. — Me halaga tu invitación. Eres una mujer hermosa, ardiente y una gran compañía. El sexo entre nosotros siempre ha sido estupendo, y no me arrepiento de nada de lo que hemos vivido, pero la mejor opción ahora es ser sólo compañeros de trabajo. La empresa tiene una política de no confraternización, que yo violé por error al aprovecharme de ser el dueño. Di un mal ejemplo a los demás empleados.

— Pero siempre hemos sido muy discretos — argumenta.

— Estoy de acuerdo. Y a pesar de eso, estoy segura de que sabían, o al menos sospechaban, que salíamos — repliqué. — También recuerdo que te enfadaste cuando puse fin a nuestra situación. Eres una empleada excelente y no quiero ser el motivo de tu dimisión. Así que, por todas estas razones, es mejor dejar las cosas como están.

A pesar de mi sinceridad y educación, noté que Isabelle estaba un poco disgustada. Intentó disimularlo, pero yo era bueno leyendo a la gente.

— Por supuesto, Dr. Paul. Lo entiendo perfectamente.

— Por favor, no se enfade — le pedí con afecto.

Asintió y se dio la vuelta para marcharse. No intenté interceptarla. Era mejor así. En lugar de eso, me dispuse a comer, pero ella volvió a llamarme la atención.

— Perdona mi indiscreción, P.A., pero ¿estás saliendo con alguien? ¿Estás enamorada? — Su pregunta me sorprendió.

— ¿Qué pregunta? ¡No! ¿Por qué me preguntas eso?

— Usted es diferente. El Paulo André que yo conocía nunca habría rechazado mi invitación.

Justo entonces, me vino a la mente el rostro de Rayssa, hermoso y sonriente. Quizá saber que estaba enamorada de mí me retraía de otras mujeres. En el fondo de mi corazón, no quería que me viera ni que supiera que estaba con alguien. No quería hacerle daño a la niña.

— Estoy en una etapa de mi vida en la que necesito concentrarme más en el trabajo y menos en mi vida sexual. Ya está. Ahora tengo que comer, Isabelle. El cliente debe estar en camino.

— Sí, claro. Con permiso. — Se fue rápidamente.

Cuando miré el plato de comida que tenía delante, ya no me pareció tan atractivo. Me obligué a comer y luego entré en la sala de reuniones.



Durante la semana, el trabajo ocupaba la mayor parte de mi tiempo. Ni siquiera veía pasar los días. Mis padres aún no habían vuelto de viaje, y mi rutina era trabajar durante el día e ir al gimnasio por la tarde. Algunos días me encontré con João Guilherme en el gimnasio, y hablamos por mensaje. Por otro lado, Rayssa no se puso en contacto conmigo, y yo tampoco con ella. Para ser sincero, eso me molestó un poco.

Por fin llegó el viernes, glorioso y lleno de promesas. Guilherme y yo quedamos para jugar al voleibol en la playa por la tarde; Melinda y João Miguel iban con él. Yo estaba feliz, porque echaba de menos a mi ahijado hasta la muerte. Mi amigo no mencionó si Rayssa iría, así que pensé que sería prudente no preguntar.

Cuando llegué a la playa, ya estaban allí. Vi de lejos el pelo rubio de Melinda. João Guilherme estaba junto a su mujer, y Rayssa a su lado, con Miguel en el regazo. Sentí un extraño escalofrío en el estómago, pero lo ignoré y me acerqué a ellos.

— Buenas noches, *Rapaize*[3]. — De repente me sentí emocionado por estar con mi familia.

— Buenas noches, compañero. ¿Listo para destruir a nuestros adversarios? — Guilherme se levantó para saludarme.

— Buenas noches, dindinho — Melinda habló como si fuera Miguel, y el chico captó toda mi atención.

— Hola, amor. Dindo me estaba echando de menos —bromeé, y él se lanzó a mis brazos, sonriente.

— Menudo coñazo — refunfuñó Rayssa, y yo me reí.

— Hola, tú también. — En lugar de contestar, puso los ojos en blanco, todavía celosa de su sobrino.

Pasamos un rato charlando en la arena, hasta que llegaron nuestros contrincantes y empezamos el partido. El voleibol se había convertido en una pasión para mí, porque cuando estaba en un partido no pensaba en otra cosa. Estar allí tenía una frescura especial.

João Guilherme y yo descubrimos juntos nuestra pasión por este deporte en el colegio. Desde entonces, no hemos parado. Fue uno de los momentos que más me relajaron. *Dios sabe cuánto lo he necesitado estos días.*



Empezó el partido y los chicos estaban entusiasmados. Me encantaba ver a mi hermano y a Paulo André en acción en el voley playa. Los dos eran excelentes jugadores individualmente, pero juntos eran los favoritos absolutos. No perdieron ni un solo partido, y la babona —también conocida como yo — se moría de amor y orgullo viéndolos.

Henrique incluso me preguntó qué pensaba hacer, ya que quería ir a dar un paseo con Dudu, así que le invité a acompañarnos; pero no estaba seguro de si iría. Durante esa semana, hablamos todos los días en el colegio y nos hicimos más amigos. Hablaba tanto de su hijo que sentí como si le conociera. Me moría de ganas de conocerle de verdad.

El primer set terminó con la victoria de mis chicos, por supuesto.

— Gracias, chicas. Gracias, chicas. No hay necesidad de aplaudir. — P.A. volvió a nosotros, regodeándose.

— Felicidades, papá. Felicidades, hermanito. — Melinda puso una voz mona, como si fuera Miguel felicitando a los chicos, y João Guilherme cogió a su hijo en el regazo, celebrándolo con él.

Los chicos aprovecharon el descanso para beber agua, pero pronto volvieron para el segundo set.

Paulo André estaba sin camiseta y con los pantalones cortos por debajo de la cintura, mostrando la V de la felicidad. Me dieron ganas de lamer aquel vientre curado hasta llegar al camino de la alegría. *¡Santo cielo! ¿Cómo puedo salivar con el deseo de hacer algo que nunca he hecho?* Me reí de mí mismo y continué mi análisis clínico de aquel cuerpo que, algún día, aún lamería hasta dejarlo limpio.

— Uy, estás chorreando babas, cuñada. — Me sobresaltó la voz de Melinda.

— Ese chico debería ser respetuoso. Pero no, sigue llevando esa ropa indecente. Luego querrá quejarse si lo violan. — Mel me miró riéndose, y yo acabé riéndome.

— Deja de ser machista. Es su cuerpo. Puede ponerse lo que quiera.

— Vale, lo siento — puse los ojos en blanco. — Es que no me puedo resistir. El día que sea mío, ¡no volverá a ir así por la calle! ¿Dónde se han visto unos shorts tan cortos, enseñando sus gruesos muslos y despertando la curiosidad de todas las hembras de la calle? Mi hombre tiene que respetarse a sí mismo. Eso es culpa de su madre, que no supo educarlo. — Mi cuñada volvió a mirarme, fingiendo seriedad. — Uy, se me salió.

Las dos nos reímos, pero luego nos reñimos por bromear sobre algo serio. Algo que ocurría a menudo en la vida real.

Estábamos charlando, una charla más seria esta vez, cuando una voz llamó nuestra atención.

— Siento llegar tarde, chicas. Salir de casa con un niño es una maratón.

Miré y vi a la gata cogida de la mano de un niño muy mono. Estaba tan emocionada por conocer por fin a mi famoso amiguito que ni siquiera contesté a Henrique.

— Dudu, amiguito mío, encantado de conocerte. — Me levanté rápidamente de la arena y corrí hacia el niño, que me miraba con desconfianza. Henrique había dicho que su hijo sólo era tímido los primeros diez minutos.

— Hijo, este es el amigo de papá. Dale un abrazo — me animó Henrique, y el pequeño me abrazó un poco torpemente y, tal vez, sin ganas.

Lo estreché entre mis brazos, cariñosamente. Dudu no tuvo tanta suerte como yo de haber sido abandonado por su madre biológica, pero sí encontró una madre que lo quiso con todas sus fuerzas. Hasta ahora, ese niño sólo tenía a su padre, pero gracias a Dios era un padre estupendo.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó, un poco tímido, cuando rompimos el abrazo.

— Me llamo Rayssa, pero puedes llamarme Ray, como yo voy a llamarte Dudu.

— *Me parece* bien.

— Hola, Dudu. Soy Melinda. — Mi cuñada también se levantó, con Miguelito en el regazo, para saludarlo.

— Hola — contestó el pequeño con ternura, desviando la mirada de ella hacia el otro niño. — ¿Ese es tu bebé? — Señaló a Miguel, que también le miraba con curiosidad.

— Sí, es él. Es mi hijo y se llama João Miguel.

— Hola, João. — Mi sobrino sonrió y le devolvió el grito. Al parecer, los dos iban a ser amigos.

— ¿Quieres jugar con él, Dudu? — preguntó Melinda, y el niño miró a su padre antes de contestar.

— Adelante, hijo.

Sin pensárselo dos veces, el niño soltó la mano de su padre y se acercó a mi cuñada. Melinda los llevó a la piscina de arena que Gui había preparado para que su hijo jugara con los juguetes. Dudu se metió en la piscina con João Miguel y, al mismo tiempo, los dos se mezclaron y empezaron a jugar a su manera.

Melinda se quedó cerca, por si algo se descontrolaba; Henrique y yo nos sentamos en la arena, tampoco muy lejos.



Rayssa

— ¿Cuánto cuesta el partido? ¿Van ganando? — preguntó Henrique, sin perder de vista el partido.

— Claro que sí. Nunca pierden. Mi hermano y P.A. son famosos en Barra por no perder nunca un partido. — Los vi dándolo todo en la arena contra sus adversarios.

Durante unos minutos, nos limitamos a ver el partido, hasta que Henrique rompió el silencio.

— Es él, ¿no?

— ¿Él qué? ¿Él quién? — Casi tartamudeo, porque sabía a qué se refería.

— El chico del que estás enamorada — dijo, haciéndome sentir un poco tímida.

— Sí, es él. — Henrique y yo habíamos forjado una gran amistad en los últimos días, no tenía motivos para mentir. — ¿Cómo lo sabes?

— Por la forma en que lo miras.

— ¿Es tan obvio?

— Para mí, era tan claro como el agua del mar.

— Y creí que lo estaba disimulando. Necesito disimularlo mejor.

— Si es por mí, no tienes que hacerlo.

— Por ti, lo sé. Pero no quiero que mi hermano lo sepa. Al menos, todavía no.

— ¿Crees que estaría en contra de tu relación?

— No sé qué pensar, pero P.A. cree que sí, porque João Guilherme piensa que nos queremos como hermanos. P.A. prácticamente me recogió. Es más, mi hermano lo conoce y sabe que no es un tipo adecuado para salir.

— ¿Y realmente no lo es?

— Estoy segura de que Paulo sería bueno para cualquier cosa. El problema es que él no quiere. A P.A. le gusta estar soltero, no quiere tener una relación con nadie. No cree que pueda salir bien, amar, ser fiel... Por eso huye de mí. Nos conocemos desde hace años, así que no quiere hacerme daño.

— ¿Nunca ha pasado nada entre vosotros?

— Algunos besos aquí y allá. Nada importante. — Traté de aligerar el tema.

— ¿Quién tomó la iniciativa?

— Yo. Los dos. No lo se. Simplemente... sucedió.

— Tú le conoces mejor que yo, pero... Si de verdad es un hombre íntegro, que te respeta y te quiere, aunque sólo sea como amiga o hermana, seguro que sólo quiere preservarte. Sin embargo, si habéis llegado al punto de besaros... Si no ha podido resistirse, significa que también siente algo por ti.

— ¡Caliente! — Dije lo obvio. — Eso es todo lo que siente por mí.

— No, Rayssa. Hay otras mujeres en el mundo con las que podría tener sexo. No importa lo guapa y sexy que seas, si el tío te conoce desde que eras una niña, no sentiría calentura por ti si no sintiera algo más.

— ¿Me has llamado guapa y cachonda? — Fingí sorpresa.

— Claro que lo hice. Realmente lo estás. No estoy mintiendo.

— ¡Vaya! Aquí tenemos una evolución, porque usted ni siquiera dijo su vieja frase: "con el debido respeto". — Imité su voz y los dos nos echamos a reír. — Vivir conmigo te está sentando bien. Estás pasando de parecer un viejecito a comportarte como un tío de tu edad. Un aplauso para ti — bromeé, dando una palmada, y nos reímos aún más.

De repente, la celebración de mi hermano y Paulo André llamó nuestra atención. Ambos aplaudían porque habían marcado otro punto. Yo grité, también en señal de celebración, pero lo que recibí de vuelta, en lugar de sonrisas, fueron dos muecas al ver a un hombre a mi lado.

La expresión de mi hermano mejoró cuando reconoció a mi profesor. Sin embargo, P.A.

siguió mirándonos.

— Mientras no venga aquí a darme un puñetazo, ese ceño fruncido es bueno para ti. Significa que está celoso — susurró Henrique, moviendo apenas los labios.

— Es posesión, porque no quiere perder su posición como "el hombre del que estoy enamorada". — Hice comillas en el aire.

— No, no lo es. Y siéntete libre si quieres usarme para provocarlo. No me importa. — Le miré, sorprendida.

— ¿Cómo dices? Dijiste que ahora éramos amigos de la infancia. ¿No es cierto? Entonces, ¿por qué tan sorprendido? Los amigos ayudan a los amigos. Quién sabe, ¿quizá en el futuro me correspondas y me presentes a un buen amigo? — bromeó.

— No puedo aceptar eso, Henrique. Está mal. — Me levantó una ceja. — ¡Mierda! Intenté fingir sensatez, pero ya me conoces, ¿no? Claro que acepto. ¡Vamos a trabajar en ello!

Henrique volvió a reír. Me acerqué a él y le besé la mejilla.

— Ahora está mirando — dijo cuando me aparté.

— Eso no era parte del juego, en realidad era un agradecimiento.

— Bien, pero ha servido de algo. El tipo casi me dispara con la mirada. — Henrique me guiñó un ojo y sonrió. — ¿No es el novio de Flavia?

— En realidad, lo era. Ya no se ven, ni siquiera pasaron la noche juntos aquel día — sonreí. — Ahora, cambiemos de tema. No quiero hablar de Flavia.

— Sí, señora. Entonces... ¿Tenemos un plan? — Me hizo un bonito guiño.

— Un mal plan es mejor que ningún plan. Sí, lo tenemos. — Le devolví el guiño.



Cuando terminó el segundo set, que cerraba la victoria, los chicos se acercaron a nosotros y saludaron a Henrique. João Guilherme era simpático, pero Paulo André no quería serlo. Se limitó a ser educado. Les felicitamos, charlamos un rato y luego mi hermano nos invitó a todos a su piso a tomar una copa y a celebrar la victoria. Como Dudu y Miguel se llevaban bien, Henrique aceptó la invitación.

Cuando llegamos a casa de mi hermano, él y P.A. fueron a darse una ducha. Paulo siempre tenía allí algunas mudas de ropa para ocasiones como ésta, y también porque a menudo dormía allí. De hecho, dos de las habitaciones de invitados estaban reservadas para nosotros, y las utilizábamos.

Melinda llevó algunos de los juguetes de Miguelito al salón, y los niños no tardaron en

distraerse de nuevo.

— Pondré unas bebidas en hielo y prepararé unos aperitivos para nosotros. Rayssa, echa un vistazo a tu ahijado, por favor — pidió Mel.

— Sí, señora.

— ¿Quieres que te ayude con los aperitivos, Melinda? — Henrique se ofreció.

— No, gracias. Quédate y ayuda a Rayssa con los niños. Es más seguro para ellos — dijo mi cuñada riendo y corrió a la cocina.

— Sí, corre, ¡o te doy un cojín! — Fingí enfadarme, pero luego me eché a reír.

Cuando volví mi atención hacia Henrique, él también se estaba riendo. Mi cuñada desapareció en la cocina y yo decidí poner música.

— Ahora vas a conocer los gustos musicales de una joven — me levanté para coger el móvil, que había dejado sobre la mesa, y lo conecté al equipo de música de la casa. Empezó a sonar mi lista de reproducción. — Primero, uno de mis himnos.

Los primeros acordes de *Yellow*, una canción de *Coldplay*, invadieron la habitación y me senté junto a Henrique en el sofá.

— Empezamos bien. Me gusta Coldplay.

— Ni siquiera intento disimularlo. Si ponemos su lista de reproducción, tocarán enseguida la novena sinfonía de Beethoven — bromeé, pero luego añadí. — Que es preciosa, por cierto, pero inapropiada para la ocasión.

— Tienes razón.



Los chicos terminaron de bañarse y se reunieron con nosotros en el salón. En el *momento* oportuno, Melinda sirvió una tabla de quesos, algunos untables y tostadas; mi hermano abrió un poco de vino. Comimos, bebimos y charlamos sobre asuntos triviales, pero la conversación no tardó en girar en torno al Derecho. Los más animados, contando historias y compartiendo experiencias, eran mi hermano y Henrique. Paulo André escuchó en silencio la mayor parte de la conversación, dando su opinión de vez en cuando, sólo cuando Gui lo incluía en la conversación.

— Chicos, la charla está muy bien, pero ya ha pasado la hora de dormir de Dudu. Así que me tengo que ir — anunció Henrique. Realmente era tarde, pasada la medianoche.

— Te llevo al ascensor — me ofrecí, levantándome.

Henrique tomó a su hijo soñoliento en su regazo. Al igual que Miguelito, era un milagro

que Dudu siguiera despierto.

— João Guilherme, Melinda, ha sido un placer. Gracias por invitarme — se despidió mi profesor, estrechando la mano de sus anfitriones.

— Ha sido un placer volver a verte, Paulo André. — Henrique estrechó la mano de P.A. con firmeza, pero no recibió ni una sonrisa como respuesta.

Nos despedimos en la puerta del ascensor y, cuando volví al salón, sólo estaban mi hermano y Paulo.

— ¿Ha ido Mel a acostar a João? — pregunté.

— Sí. Era muy tarde, pero se entusiasmó con su nuevo amigo, así que me dio pena llevarlo antes a la cama — respondió mi hermano.

— Es viernes. Hoy puedes — bromeé.

— Pobre hijo. Aquí en la finca no hay niños, así que no tiene amigos. Esta amistad le vendrá muy bien. Y a Dudu, a pesar de ser mucho mayor, le encantaba jugar con él.

— Dudu tampoco tiene amigos. Acaba de cumplir tres años y no empezará el colegio hasta el año que viene. Esta socialización será buena para los dos. — Cuando terminé de hablar, me di cuenta de que mi hermano me miraba de otra manera. Me tapé la boca con la mano, pensando que podría estar sucio o... no sé. — ¿Qué te pasa?

— ¿Te interesa ese chico? — preguntó Gui, mirándome con los ojos entrecerrados.

— Si estoy... — dejé algo en el aire, abriendo un hueco para que mi hermano continuara. A nuestro lado, Paulo André seguía sin decir palabra, aunque prestaba atención a la conversación.

— Parece un buen tipo. Pero tómatelo con calma, Rayssa. Estáis en diferentes etapas de la vida. Hablo por experiencia. Cuando tienes un hijo, todo cambia. Y por lo que he visto de Henrique, es un buen padre, así que su prioridad siempre será su hijo. Ten en cuenta que, si empiezan a salir, tú siempre estarás como mínimo en segundo lugar. Evalúa si eso es lo que quieres, si estás lista...

— Lo sé, Gui. Henrique y yo ya hablamos de eso. — Al escucharme, Paulo André me miró sorprendido.

— ¿De verdad estás preparada para salir con ese tipo? — En ese momento, Paulo André se unió a la conversación. Me miró con los ojos muy abiertos y el semblante serio, mostrando su indignación. — ¿Apenas os conocéis, Rayssa?

— A veces, el tiempo que hace que conoces a alguien no significa absolutamente nada. Crees que los conoces y sólo te llevas una decepción. Henrique acaba de llegar, pero ha demostrado ser un tipo lleno de actitud y que sabe lo que quiere. No le intimida el hecho de que seamos alumna y profesor, ni nuestra diferencia de edad, y mucho menos el hecho de tener un hijo. La gente que sabe lo que quiere no se rinde por las diferencias, P.A. — Me empeñé en

echarle en cara estas cosas y callarle.

Henrique y yo habíamos hablado de por qué no teníamos algo casual, y no de juntarnos, como pensaban mi hermano y Paulo André. Pero sería bueno hacerles pensar eso.

— Si de verdad es lo que quieres, tendrás mi apoyo —declaró Gui.

— Es muy tarde. Me voy — anunció, intentando disimular lo disgustado que estaba por la situación.

— Quédate ahí, amigo. No hace falta que vayas a casa a estas horas — le invitó mi hermano.

— No. Será mejor que me vaya. Tengo muchas cosas que resolver mañana por la mañana. — Paulo André se levantó, buscando la llave de su coche. Mi hermano también se levantó para acompañarlo al ascensor. — Adiós, Rayssa — se despidió, sin mirarme siquiera.

— Adiós, Paulo André. — Fingí que no me importaba.

Unos instantes después, João Guilherme regresó. Estaba tumbado en el sofá, jugueteando con el móvil.

— Le has dicho a mi madre que vas a dormir aquí, Ray.

— Se lo dije.

— Tu habitación siempre está lista. Buenas noches, hermana. — Me besó y se fue, dejándome sola con mis pensamientos.



La avenida Lúcia Costa estaba completamente desierta, a pesar de que era viernes por la noche, de hecho de madrugada.

Nada más salir del apartamento de João Guilherme, sonó mi móvil. Miré la pantalla y vi un nombre conocido. Thaís Morais.

Normalmente, la sola mención de este nombre me encendería y me pondría cachondo. Sin embargo, en aquel momento, no me causó ninguna emoción. Thaís era una hermosa morena, ardiente y fogosa, descomplicada y divertida. Le gustaba el sexo casual tanto como a mí, lo cual era una de las razones por las que era una de mis citas favoritas. *¿Qué coño me estaba pasando?*

Hoy no, nena. Ignoré la llamada y paré el coche. La cabeza me volaba. Era peligroso conducir así. Localicé una plaza de aparcamiento más adelante, aparqué y caminé hasta el rompeolas de Barra. Apenas había nadie, sólo algunos pescadores.

Contemplar las olas siempre me ha tranquilizado. Aunque vivo en Barra desde que nací, nunca me cansé del paisaje.



Mi falta de interés por la llamada que había recibido unos minutos antes me sorprendió y me dejó pensando.

Desde que Rayssa se me declaró, mi falta de interés por otras mujeres ha ido aumentando día a día. Estoy seguro de que, en mi inconsciente, temo que ella se entere y sufra. Y odiaría verla sufrir por mi culpa.

Evitaba hacerle daño a toda costa, aunque me costara mi libertad sexual. E incluso si aparentemente ella seguía con su vida y hacía todo lo posible por olvidarme, yo me contenía.

Perdí la cuenta de las veces que quise arrancarle a aquel tipo, tanto en la playa como en casa de João Guilherme. Cualquiera podía ver que estaba enamorado de ella, y eso me molestaba sobremanera.

Tenía claro que aquel profesor no sería bueno para Rayssa. Ella se merecía un chico que se dedicara a ella, que le prestara toda su atención. Esa chica bajita se merecía un chico que supiera amarla, que fuera fiel y no le hiciera daño. Alguien que supiera ver y apreciar lo única que era, lo preciosa que era su sonrisa y por qué luchaba por ella cada día.

Rayssa merecía tener a su lado a alguien que supiera ver lo que había detrás de la chica tranquila y sonriente, las muchas heridas, aún en carne viva, que luchaba por curar cada día. Ese alguien, desde luego, no sería Henrique. Y yo tampoco soy ese tipo, porque sin duda le haría daño.



Llegué a casa sobre las 3 de la madrugada de aquel sábado. Al cruzar la puerta, uno de los guardias de seguridad me dijo que mis padres habían vuelto de viaje. Suspiré, previendo que me interrogarían sobre mi hora de llegada, y entré en casa.

A la mañana siguiente, tal como había previsto, me esperaban unos ojos muy atentos en la mesa del desayuno.

— Buenos días — les saludé al entrar en el comedor.

— Hola, mi amor. Mamá te ha echado tanto de menos —la señora Joyce se levantó de un salto de su silla y corrió a abrazarme. — Te ves demacrada, mi niña. Seguro que no has comido bien. Pero ahora mamá está en casa y va a cuidar de ti. — Me dio un largo beso en la mejilla y me abrazó aún más fuerte mientras se quejaba.

Mi madre era una mujer hermosa en todos los sentidos. Alta, elegante, con el pelo largo y rizado y la piel negra, del mismo color que la mía. Todo el mundo decía que me parecía mucho a ella. Eso siempre fue un motivo de orgullo para mí.

— Paulo André ya es un hombre, Joyce. No le hables a nuestro hijo como si fuera un bebé — la regañó mi padre. — Buenos días, hijo mío. Me alegro de verte.

El señor Otávio no se levantó de la mesa, así que me acerqué a él y lo besé. Mi padre no estaba tan caliente como mi madre, al contrario, estaba mucho más seco. Pero no me importaba, porque así era él, como lo habían educado. Sabía que, a pesar de todo, nuestro amor era mutuo.

— Siempre será un bebé para mí, Otávio. Deja de ser aburrido. — Dijo mi madre, tirando de mí para que yo también me sentara a la mesa.

— Me gustaría saber qué hacía ese bebé ayer. Me acosté a las dos y media de la madrugada y todavía no había llegado. Supongo que estaba estudiando, hijo mío, ya que tienes que prepararte para el examen.

— ¿Podemos hablar de ello después del desayuno, papá? — De repente, el ambiente se volvió tenso.

Mi padre no era tonto. Sabía que yo no quería seguir sus pasos.

— No pasa nada. — Suspiró.

El sueño de mi padre era que yo llegara a donde él siempre había soñado, pero nunca llegó. El señor Otávio quería que fuera magistrado, empezando mi carrera como juez de primera instancia, luego de segunda. Al final, quería que me nombraran juez del Tribunal de Justicia.

Era un camino hermoso y prometedor, pero sólo cumpliría el sueño que mi padre tenía para sí mismo. No el mío. *Me encanta ser abogado, estoy satisfecho con mi carrera.* Para ser juez, tendría que trabajar duro, estudiar sin descanso para aprobar unas oposiciones a las que no aspiraba. Mi realidad era estudiar todos los días, porque quiero, porque me gusta y también por los cambios diarios en la ley. Estudiaba para ser el mejor abogado, no para ser juez. Ese no era el futuro que yo quería para mí, pero mi padre no lo aceptaba.



Paulo André

— ¿De qué quieres hablar, Paulo André? — preguntó mi padre, claramente irritado, antes incluso de oírme. Estábamos en el estudio, su lugar preferido de la casa. Era el lugar donde pasaba más tiempo cuando estaba en Río de Janeiro. — ¿Qué tal si empiezas contándome cómo van tus estudios? — continuó, mientras yo permanecía en silencio. — No porque no haya fecha fijada para el examen no necesitas prepararte ahora.

Suspiré, preparándome para la confrontación que se avecinaba. Lo último que quería era decepcionarlo. Pero, ¿qué podía ser peor que decepcionarme a mí misma?

— Papá, no voy a solicitar ser juez. — Fui enfático en mi respuesta.

— Ya hablamos de esto, Paulo...

— No, no hablamos. Me impusiste tu voluntad, dijiste que tenía que estudiar y prepararme para el examen, pero en ningún momento me preguntaste si eso era lo que yo quería.

— ¡Sé que eso es lo mejor para ti! Así que ni siquiera necesito preguntar.

— ¿Lo mejor para mí? Sólo piensas en la parte financiera. Pero no estoy pensando en

eso...

— ¡Claro que no! — me interrumpió, cambiando el tono. — ¿Por qué pensar en el dinero si nunca has tenido que trabajar duro para conseguirlo? ¡Nunca tuviste que levantarte a las cinco de la mañana y subirte a un autobús abarrotado para ir a una universidad pública después de estudiar hasta las dos de la madrugada! Nunca pasaste hambre ni quisiste comer nada, ¡porque siempre te di de todo! Trabajé duro para que no tuvieras que pasar hambre. — Mi padre se golpeaba el pecho. — Entonces, ¿por qué tendrías que preocuparte por el dinero? — gritó mi padre.

Respiré hondo para calmarme antes de decir algo irrespetuoso. Siempre he seguido las órdenes de tu Otávio. Siempre hacía lo que él quería porque sabía que sus intenciones eran las mejores posibles, pero esta vez no cumpliría sus órdenes. Esta vez estaba en juego mi vida, mi futuro y mi realización personal.

— Le agradezco todo lo que ha hecho por mí y reconozco que soy quien soy gracias a su orientación e inversión en mis estudios. Siento que te haya resultado tan difícil llegar hasta donde estás ahora y, ten por seguro, que no hay nadie en el mundo que te admire más que yo. Pero estamos hablando de mi futuro, y esta vez no voy a ceder. La magistratura es tu sueño, no el mío.

— Un sueño que no realicé porque no tuve tiempo de estudiar. Tuve que trabajar para mantener a mi familia y hacer crecer nuestra empresa para daros a ti y a tu madre un futuro mejor. Sin embargo, tú tienes la oportunidad que yo no tuve. Eres soltero, tienes un padre que te guía y te paga el curso preparatorio que quieras... Tienes todo el tiempo del mundo. ¿Cuál es tu sueño, Paulo André? ¿Cuáles son tus metas? Espero que tengas algunas, ¡porque un hombre sin metas está condenado al fracaso!

— ¡No seré un fracasado sólo porque no tengo las mismas metas que tú! No tuve que ir a la escuela pública, ¡pero fui! João Guilherme y yo éramos los mejores alumnos de la clase. Hoy trabajo duro en la oficina para mantener nuestro nombre en lo más alto. Me enorgullece decir que no he perdido ningún caso desde que me gradué. Así que, papá, que no quiera ser juez no significa que sea un vago. No nací para juzgar. Nací para defender. ¡Eso es lo que me gusta hacer!

— Dame una razón plausible para tu negativa a hacer el examen, Paulo André. Sólo una. Porque tus argumentos no tienen sentido para mí.

— Pero para mí tienen mucho sentido. No quiero ser juez, y esa es razón suficiente. Me gusta ejercer la abogacía, así que voy a ejercer la abogacía. Es mi vida.

— Aún no sabes lo que quieres de la vida...

— Ya no soy un niño, papá. Como acabas de decir, soy un hombre perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. — Me enfadé.

— Mientras vivas en mi casa, tú no decides nada. ¡Soy yo quien decide! — volvió a

gritar.

— Eso no es un problema. Me voy.

Esta vez, mi padre me miró sorprendido. No se esperaba una decisión así, ya que yo siempre había seguido todos sus deseos. Por un momento, el señor Otávio pareció estremecerse, pero no se echó atrás.

— Si eso es lo que quieres, ¡adelante! Ya no eres el niño que me seguía la corriente, porque, a pesar de tu inmadurez, confiabas en mí y sabías que todo lo que hacía era por tu bien. Ahora eres un hombre que cree que puede cuidar de su propia vida. Que así sea.

— Padre...

— No necesitas decir nada más, Paulo André. Ten en cuenta que las cosas van a cambiar — dijo mi padre con cierto rencor. — A partir de ahora, no serás tratado como mi heredero en la empresa, no tendrás participación en los beneficios ni ninguna prebenda. Serás un empleado como cualquier otro y vivirás de tu sueldo.

Al final de aquel discurso me sentí aliviado y dolido a la vez. Aliviada por saber que a partir de entonces llevaría mi propia vida, tomando mis propias decisiones; y dolida porque mi padre fuera tan categórico conmigo, sólo porque yo no quería seguir el camino que él había elegido para mí.

— Si tú lo quieres así, papá... que así sea. Sólo necesito unos días para comprarme mi propio piso. — Le di la espalda y no miré atrás.

Salí de casa sin rumbo y, antes de darme cuenta, estaba cerca del piso de João Guilherme. Me puse en automático, porque mi subconsciente sabía que allí encontraría el apoyo que necesitaba.

Aunque el portero siempre avisaba de mi llegada, yo tenía acceso libre. Así que entré en el condominio y me dirigí directamente al ascensor privado. Cuando llegué al ático, las puertas del ascensor se abrieron y, para mi sorpresa, me recibió Rayssa.

— Buenos días — me saludó en voz baja.

Tenía una mirada sospechosa. Seguro que se dio cuenta de que no estaba bien. Mi semblante me delataba.

— Buenos días, enano. ¿No está aquí João Guilherme? — Mi voz también salió baja.

Me sentía triste y perdida. Mi vida estaba a punto de sufrir un gran cambio, y todo había sucedido de la noche a la mañana. Ni siquiera tuve tiempo de asimilarlo.

— Gui y Melinda fueron a llevar a João Miguel al pediatra. Una cita normal, rutinaria. Se fueron hace un momento. — Rayssa se acercó a mí y me miró profundamente a los ojos. — Si sirvo para algo, estoy aquí.

Sorprendiéndome, me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en mi pecho. Le devolví el abrazo, estrechándola entre mis brazos. No lo sabía, pero lo necesitaba. Me

reconfortaba.

No dijimos nada durante largos minutos. Nos quedamos allí, disfrutando de la comodidad de los brazos del otro. Al cabo de un rato, un calor inesperado se apoderó de todo mi cuerpo. No era nada sexual, sino algo que me llegaba a la mente y al corazón. Era una sensación deliciosa, totalmente diferente. En aquel momento, sintiendo su abrazo, me sentí fuerte, segura y en paz. En sus brazos, supe que todo saldría bien.

Unos minutos después, besé su cabeza y cerré los ojos al sentir la suavidad y el aroma de su pelo. Se separó un poco de mi abrazo y me miró.

— Todo va a salir bien. No te preocupes. Sea lo que sea, lo superarás y nunca estarás sola.

Asentí y le dediqué una débil sonrisa. Ella también sonrió y me llevó de la mano al sofá. Nos sentamos, con un espacio mínimo entre nuestros cuerpos.

— Gracias por eso. Lo necesitaba.

Rayssa me observó durante unos segundos y, al darse cuenta de que aún no me encontraba bien, se levantó de su asiento y se sentó en mi regazo, frente a mí.

— Cuenta conmigo siempre, incluso en los momentos en los que, por la razón que sea, me den ganas de romperte la nariz... seguiré estando a tu lado. — Sus ojos brillaron al decir esas palabras, que yo sabía que eran ciertas.

Entonces, sin que me lo esperara, Rayssa me besó. No la detuve, porque no quería que se detuviera. Sentí como si aquel beso pudiera salvarme de cualquier tristeza o decepción. Más que eso, me daría la fuerza que necesitaba.

Nuestras bocas se movían en total armonía, y nuestras lenguas se buscaban, completándose la una a la otra. Sujeté su delicado rostro con ambas manos, una a cada lado, y me deleité con la suavidad de su cálida piel, mientras nuestras bocas permanecían unidas. No podía parar. No quería parar, porque necesitaba aquel beso.

Separé nuestras bocas un momento, rocé mi nariz contra la suya, pasé la punta de mi lengua por sus labios y volví a besarla. En ese momento, mis manos abandonaron su rostro y se dirigieron a su cintura. La rodeé con mis brazos y la atraje más hacia mí, calmando poco a poco nuestro beso. Lo terminé con un beso y la miré.

Lentamente, Rayssa abrió los ojos y me miró también. Me devolvió el beso, apoyó la cabeza en mi hombro y me abrazó con fuerza. Permanecimos así un rato, hasta que se bajó de mi regazo y tiró de mí para tumbarme en el sofá. Me quité las zapatillas y me tumbé frente a ella. Estábamos pegados — nuestras narices se tocaban y nuestras respiraciones compartían el mismo espacio.

La tormenta que se había desatado en mi mente se había calmado. En ese momento, sentí tanta paz que se me cerraron los ojos. Sin darme cuenta, me dormí.

Rayssa

En cuanto vi a P.A., con la mirada perdida, supe que algo había ocurrido. Sin que dijera una palabra, me di cuenta de que estaba allí buscando el consuelo que siempre le proporcionaba la amistad de mi hermano.

Me dolía el corazón de verle tan frágil, así que me empeñé en mostrarle mi disponibilidad. Quería que supiera que también podía contar conmigo.

Una cosa llevó a la otra y, cuando me senté en su regazo, sentí que necesitábamos más contacto. Así que le besé. Me sentí aliviada cuando me devolvió el beso. En aquel momento, era como si Paulo André necesitara eso para vivir.

Esta vez, no nos dejamos llevar por la lujuria, ni actuamos por impulso. Era diferente. No puedo explicarlo, sólo lo siento.

Algunas personas no saben lo que quieren hasta que se lo muestras. Así que lo abracé, luego lo besé. Y cuando nos tumbamos juntos en el sofá, me sentí tan bien, tan destinado a suceder. Estaba segura de que, como yo, se sentía en paz.

No había incomodidad. Simplemente aceptamos, al menos momentáneamente, que estaba destinado a suceder. Luego nos quedamos dormidos.



No sabría decir cuánto tiempo había pasado, pero me desperté con el olor de P.A. y sus fuertes brazos alrededor de mi cintura. Suspiré y, al abrir los ojos, me sobresalté al ver a João Guilherme, Melinda y Miguel de pie frente al sofá, mirándonos.

Melinda parecía asustada, tal vez porque imaginaba que le habían pasado mil y una cosas a sus muebles. A su lado, João Guilherme nos miraba con extrañeza, pero también con cierta diversión.

— Cualquiera que os viera dormir así y no os conociera pensaría que sois una pareja de enamorados — comentó mi hermano con calma.

Gui se mostraba tan inocente al respecto que me hacía sentir incómodo. Tenía la sensación de que estaba engañando a mi hermano, mi mejor amigo.

— No, ¡no lo hacía! Paulo André llegó aquí muy triste, y yo le estaba ayudando a curar su boo-boo. — Encendí mi mimosa para disimular mi vergüenza. — Si yo no estuviera aquí, tendrías que asumir el papel de acostarte con él.

— Siempre gracioso. Sal de ahí, o a P.A. le dará un ataque cuando se despierte y huela tu aliento.

— Ya está. ¡Hemos empatado! — Nos reímos. Me encantaba la complicidad que tenía con mi hermano. Me sentía mal pensando en la mera posibilidad de que eso se perdiera algún día.

Paulo André se despertó lentamente, pero cuando vio a Gui delante de él, se sentó rápidamente en el sofá, asustado. Afortunadamente, mi hermano estaba tan preocupado con lo que había dicho sobre su amigo que no prestó atención a su reacción.

— ¿Qué ha pasado, amigo? Rayssa dijo que habías venido triste.

A mí también me gustaría saberlo, pero le dejé libertad para decir lo que quisiera y cuando se sintiera cómodo.

— Mi padre y yo tuvimos un desacuerdo y me mudo. — Paulo André suspiró mientras hablaba. Parecía desolado, y eso me rompió el corazón.

Mel y Gui se sentaron frente a nosotros en el otro sofá y nuestro amigo nos contó todo lo que había pasado.

— Imaginaba que en el momento en que dijisteis que no haríais el concurso, habría roces entre vosotros, pero no me imaginaba que llegaría a esto — comentó mi hermano, que al parecer ya conocía toda la historia.

— Yo tampoco lo sabía, amigo. Estuvo muy autoritario durante nuestra conversación, pero creo que, al final, este cambio será bueno para mí. — P.A. destilaba tristeza y dolor.

— Puedes quedarte aquí con nosotros mientras consigues piso — le invitó João Guilherme.

— Gracias, hermano. Sé que puedo contar contigo. — Los dos se abrazaron. — Voy a empezar a buscar piso hoy mismo. Mi madre se volverá loca cuando se entere. Intentará convencerme para que me quede, pero estoy decidida a mantenerme firme.

— Estoy segura de que la tía Joyce no se lo tomará bien. Las madres nunca lo hacen. En mi caso, las circunstancias fueron diferentes y, aun así, la señora Helena no se lo tomó bien al principio — comentó mi hermano.

— Pero ya se acostumbrará. De todos modos, era el momento de orientarme.

— ¿Quieres que llame a mi agente? Lúcio Reis es muy bueno, rápido y eficaz. — Paulo André asintió y le dio las gracias.



Un mes después

— Brindo por nuestro niño, que se ha convertido en un pequeño responsable. ¡Que sea muy feliz, amigo! — João Guilherme levantó su copa, nosotros levantamos la nuestra y brindamos por nuestro amigo.

Estábamos sentados en el salón — más concretamente en el suelo — del nuevo piso de P.A., brindando entre cajas, bolsas y mucho desorden. Se había mudado ese mismo día y le estábamos ayudando a instalarse.

João Miguel estaba sentado en el regazo de mi hermano, intentando coger el vaso de la mano de su padre. Mi sobrino era un petardo. Gui siempre decía que me había arrastrado en ese cúmulo de energía, y yo estaba muy orgulloso.

— Nunca se lo perdonaré a su padre. — Los lamentos de la mamá de P.A. desviaron mi atención de Miguelito.

— Olvídalo, mamá. Es lo mejor. Mírame a mí. Soy feliz. — Paulo André abrazó a su madre, que tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

— Si te hubieras ido de casa para formar tu propia familia, casarte... estaría más contenta — se quejó, y nos reímos.

— Si dependiera de él irse de casa, creo que tardaría mucho, tía — bromeó mi hermano.

— Quizá ahora que está solo empiece a pensárselo. La soledad te vuelve necesitado — comentó Melinda.

— ¿Paulo André solo? Lo dudo. Seguro que el piso estará ocupado — bromeó mi hermano.

Me esforcé por no mostrar mi decepción al oír lo obvio. Agaché la cabeza unos segundos, intentando serenarme, y cuando la levanté, Paulo me miraba atentamente.

— No pasa nada, colega. Sólo voy más despacio, priorizo otras cosas en este momento — respondió con dulzura, y volvió a mirar brevemente a su alrededor antes de apartar la mirada.

Después de aquel día en que nos besamos en el piso de mi hermano, algo cambió entre nosotros, pero ninguno de los dos le prestó atención.

Durante el último mes, todos nos hemos dedicado a ayudar a Paulo André en su nueva

etapa. Mi hermano llamó al agente inmobiliario y seleccionó algunos pisos para que P.A. los visitara. João Guilherme, Melinda y yo le acompañamos en varias de estas visitas, hasta que nuestro amigo eligió el lugar donde brindamos. El inmueble estaba situado en la misma calle que el condominio de mi hermano y, aunque no era un ático, daba a la playa. *¡Maravilloso también!*

Paulo André prefería algo más sencillo y pequeño, con espacio suficiente para un solo hombre. Me encantó la elección. El piso tenía tres habitaciones, y la que sería suya tenía una vista increíble del mar.

Paulo André y yo nos hicimos muy amigos durante el último mes, pero nos comportamos como viejos amigos. Nada de besos, besuqueos ni grandes peleas. Él era más maduro y centrado, así que decidí dejar que las cosas fluyeran con naturalidad.

Mi amistad con Henrique también era más fuerte que nunca. Seguí con mi vida, dividiendo mi tiempo entre mi familia — que incluía a P.A. y Celina — la universidad y mi amistad con mi profesor.

Pasamos todo el sábado organizando la mudanza de Paulo André. Mi hermano le ayudó a montar algunos de los muebles que no venían con el piso, y Melinda y yo ordenamos los armarios. Su madre tuvo que irse pronto.

Organizamos los armarios de la cocina, los cuartos de baño y las habitaciones. Por fin, yo estaba terminando el *armario* de su habitación, mientras Melinda paraba un momento para cambiarle el pañal a Miguelito en la habitación de al lado.

Cogí una de las camisas de P.A. para doblarla y su olor invadió mis fosas nasales. No pude resistirme y me llevé el paño a la nariz, cerrando los ojos para disfrutar plenamente del momento. Aspiré aquel delicioso olor e inmediatamente se me llenaron los ojos de lágrimas. Sentí nostalgia de algo que ni siquiera había experimentado.

Esta sensación me invadió de repente. Sentí un escalofrío en el estómago, una inquietud en el pecho... Podía sentir el amor en su forma física. Todo mi cuerpo reaccionó al aroma que se impregnó en la tela de aquella camisa, activando frenéticamente el amor y un torrente de sentimientos que guardaba en mi corazón. Amor, pasión, anhelo...

Todas las emociones contenidas durante el último mes se despertaron con su aroma. Dejé que esos sentimientos llenaran mis sentidos, como si él estuviera allí.

— ¿Me hueles? — Su voz me sobresaltó, pero no me importó que me sorprendiera.

Paulo André estaba apoyado en la puerta del armario, con las manos en los bolsillos del pantalón. Sin pretensiones.

— Aunque siempre estábamos juntos, le echaba de menos...

No le expliqué lo que quería decir, pero sé que lo entendió.

P.A. se apartó de la puerta y caminó hacia mí. A cada paso que daba, el corazón me latía más fuerte y desbocado en el pecho.

— Yo también — admitió cuando estuvo cerca de mí.

Como por necesidad mutua, nos buscamos en un abrazo. Me aferré a él, cerrando los ojos de nuevo, sólo para sentir su calor y olerlo.

No sabía si Paul André y yo llegaríamos a ser algo más que amigos. Pero estaba segura de que le querría el resto de mi vida.



Rayssa

Era tarde cuando terminamos de ordenar el piso y pedimos comida japonesa para celebrarlo y poner el broche de oro a la velada.

— ¿No vas a dormir, hijo mío? — João Guilherme habló con Miguelito.

Mi sobrino estaba enchufado a la corriente de 220 V y no pegaba ojo, a pesar de que ya había pasado su hora de acostarse. Estaba eufórico, gateando de un lado a otro de la habitación.

— Está excitado, explorando el piso de su novio — dijo P.A., y Miguel, como si entendiera lo que le habían dicho, le sonrió y se levantó apoyándose en la mesita.

— Lo bueno de que ahora esté así de eufórico es que cuando llegue a casa estará cansado y se dormirá rápido —comentó Mel.

— A papá le encanta que Miguel se duerma rápido y le deje a mamá — dijo mi hermano riendo.

— No terminé de hablar, porque João Miguel nos sorprendió.

Mi ahijado retiró la manita de la mesa y dio los primeros pasos hacia su padre. La habitación estaba en completo silencio para no asustarlo. Permanecimos atentos, observando cada paso hasta que, un poco torpemente, llegó a su destino — la rodilla de João Guilherme. Lo celebramos. Aplaudimos, reímos y dijimos palabras de ánimo. Mi hermano lo levantó y abrazó y besó a su hijo. Mientras tanto, Miguel sonreía sin parar, encantado de ser el centro de atención.

La vida era maravillosa. Momentos así me hicieron creer que todo merecía la pena.



Paulo André llevaba dos meses viviendo solo y se sentía totalmente cómodo con su nueva rutina. Durante este período, por el bien de mi cordura mental, me distancié un poco de él. Estábamos muy cerca, pero al mismo tiempo demasiado lejos, y eso no era bueno para mí. Le echaba de menos constantemente, y la forma en que me había estado tratando creaba unas expectativas que yo no quería crear.

Sería hipócrita por mi parte decir que no me daba cuenta de que se dejaba influir por mí, pero las barreras que P.A. estaba creando en su interior me irritaban de verdad. Ante esto, decidí concentrarme más en mí y en las otras personas a las que quería.

Mi padre era una de esas personas. Hacía poco que había vuelto al trabajo, todavía a tiempo parcial, pero yo seguía teniendo miedo de que se estresara por algún proceso y se sintiera mal. João Guilherme nos aseguró a mi madre y a mí que lo vigilaba de cerca y que todos en la oficina sabían que había que evitarle cualquier estrés innecesario. Aun así, me preocupaba.

Durante este tiempo, también hice todo lo posible por prestar más atención a mi amistad con Celina. Se comportaba de forma extraña y, por mucho que me sonriera y me dijera que todo iba bien, yo sabía que era mentira. Las apariencias engañan.

Nunca olvidaré que un día, investigando en *Internet*, di con una entrevista a Jim Carrey[4]. Me sorprendió descubrir que sufría una depresión grave. Me asustaba pensar que el tipo más feliz del mundo estuviera triste.



En un intento de mantener una conversación franca con mi amiga y averiguar qué le pasaba, quedé con ella en su casa a la salida de la universidad.

Antes de ir a verla, caminé por los pasillos en dirección al cuarto de baño. A pocos metros, vi a Roberta entrando en él. Apenas nos hablábamos, pues ella me ignoraba por la situación con Luiz Felipe, y yo respetaba su espacio.

En cuanto entré en el baño, un llanto invadió la habitación. *Sólo podía ser ella.* El baño estaba vacío, excepto por un único cubículo cerrado con un cartel de ocupado en la puerta.

Quería dejarla en paz, que dejara de llorar y marcharme, pero nunca podría ignorar a nadie que sufriera. Así que, aunque sabía que no sería bien recibida, me acerqué al compartimento en el que estaba.

— Roberta, ¿estás bien? — No me contestó, sino que siguió lloriqueando. — ¿Qué te ha pasado? ¿Estás herida? Háblame. Solo quiero ayudarte.

— Estoy bien, Rayssa. — respondió ella con un tono de voz seco, claramente alterada. — *Déjame* en paz.

— ¿Por qué lloras? Sal de ahí. Hablemos.

— No es nada. ¡Vete!

— Si no te vas, ahora, para que pueda ayudarte, me arrastraré bajo esta puerta y entraré de todos modos.

— No harías eso.

— Sí, lo haría. Pero me encantaría que cooperaras y salieras de ahí sin que yo tenga que ensuciarme la ropa y despeinarme. — Un minuto de silencio. — No me hagas pasar por esta humillación. Estoy preocupado por ti, Roberta.

— No puedo irme ahora. Vete y déjame sola.

— ¡Dios mío! Has cagado y has atascado el váter, ¿verdad? — Traté de minimizar la tensión de ese momento. — Si es eso, no te preocupes. Podemos recogerlo con el papel higiénico y tirarlo por la ventana. Lo he hecho en una emergencia y funcionó. I...

Afortunadamente, mi estrategia funcionó. Roberta abrió la puerta del baño y salió riendo y llorando al mismo tiempo.

— Ni siquiera podemos sufrir en paz a tu lado. ¿De dónde sacas estas cosas? Tanta basura — dijo riendo, y luego fue a lavarse la cara en el lavabo. Esperé a que terminara y guardé silencio hasta que me miró. — Luiz Felipe y yo estamos intentando quedarnos embarazados, pero cada mes me frustra un resultado negativo.

Tenía las manos apoyadas en el lavabo, los hombros caídos y el semblante abatido mientras me miraba en el espejo.

— ¿Te has parado a pensar que esto podría ser una liberación de Dios?

— No seas mala, Rayssa. Tú no eres así.

— No estoy siendo mala. Sólo quiero mostrarte otra perspectiva de las cosas. No voy a idealizar la violencia doméstica sólo porque estás aquí, delante de mí. *"Él la golpeó, pero*

tendrán un hijo y las cosas mejorarán". ¡No, Roberta! Las cosas no van a mejorar. Incluso podrían empeorar, ¿sabes? Cuando tengas un hijo, él se sentirá más seguro a tu lado. Creerá que puede hacer cualquier cosa y no lo dejarás ir, porque tendrán un vínculo eterno. Pero un hijo no asegura un matrimonio, ni detiene la violencia, Roberta.

En lugar de responderme, apartó la mirada de mí, cogió unos pañuelos de papel de su bolso y se secó la cara. Luego sacó un pintalabios y empezó a aplicárselo en los labios.

— Sé que estoy siendo molesta e invasiva, pero historias como la suya, por desgracia, tienen muchas posibilidades de acabar en un crimen pasional. Está en los periódicos todos los días para que cualquiera lo vea.

— ¡Estás exagerando, Rayssa! — Roberta dejó de pintarse los labios y me miró enfadada.

— Por increíble que parezca, no. Le quieres, a pesar de todo, así que es difícil ver a través de algunas cosas. Piénsalo. ¿Qué clase de carácter tiene un hombre que pega a la mujer que dice amar? ¿Qué no le haría a alguien que no ama?

— ¡No es el villano que crees!

— Tal vez no lo sea. Puede que incluso esté exagerando, pero veo que tampoco es el príncipe azul en el que estás pensando. En casos como el tuyo, prefiero esperar lo mejor pero esperar lo peor. Prefiero pecar por exceso que por omisión.

— ¡Tú no sabes nada, Rayssa! — cambió el tono, y luego se recompuso. — Luiz Felipe y yo nos conocemos desde la infancia y salimos juntos desde la adolescencia. Él nunca me haría daño a propósito.

— Sin querer también hace daño y también mata, Roberta. Entiendo que no puedas verlo, pero por favor, ten en cuenta lo que yo, una persona que está viendo la situación desde fuera, estoy diciendo. Hoy tengo prisa, pero mañana te contaré la historia de mi hermano y entenderás lo trágica que puede llegar a ser una relación tóxica y obsesiva. Incluso sin querer, pueden pasar cosas muy malas.

— No quiero oír nada.

— No quiero oír nada. Me voy entonces. Hablaremos en otro momento. Cuídate y si cambias de opinión y necesitas ayuda, puedes acudir a mí.

Salí de aquel cuarto de baño con el corazón apretado, pero con la conciencia tranquila de haber hecho todo lo que estaba en mi mano, al menos en aquel momento. Era consciente de que nada de lo que dijera la haría darse cuenta del peligro que corría.



Llegué a casa de Celina. Mi amiga me recibió vestida con un pijama estampado y con la cara completamente abatida.

— Hola, amiga. Pasa — me invitó abatida y me dejó espacio para pasar. Nos sentamos en el sofá del salón.

— ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

— Estoy bien. Sólo... cansada.

— ¿No has ido hoy a la universidad? — Celina estudió matemáticas porque le apasionaban los números.

— No tuve ocasión de decírtelo, pero lo dejé.

La forma en que lo dijo, como si no fuera importante, me sorprendió.

— ¿Qué quieres decir, Celina? ¿Por qué, Celina?

— No estoy bien, Rayssa. Mi cabeza no está bien en este momento. Están pasando muchas cosas al mismo tiempo...

— ¿Qué ha pasado?

Tras un minuto de silencio, mi amiga respiró hondo.

— Clara me ha dicho que quiere ser madre. Hace poco me enteré de que ya lleva tiempo en la cola de adopción. Me ha pillado desprevenida. Entiendo su deseo, al fin y al cabo es mucho mayor que yo y se siente preparada para afrontar la maternidad. Pero yo no. Esta situación me produjo una enorme inseguridad.

— ¿Ella quiere que adopten juntos? ¿Que vivan en la misma casa y ambos sean responsables del niño?

— Dice que comprende que no estoy preparada y que su decisión no tiene nada que ver con nosotros. Dijo que nada cambiará entre nosotros cuando ella se convierta en la madre del niño. Seguiremos saliendo, sin dejar que esto interfiera en nuestra relación. Pero siento que todo va a cambiar, Rayssa, y eso me ha destrozado. — Una lágrima rodó por su mejilla y me acerqué a ella en el sofá, abrazándola.

— ¿Cuál es exactamente tu miedo? — pregunté cuando nos separamos.

— Si tuvieras una relación seria con alguien a quien amas y decidieras que ha llegado el momento de adoptar un niño, pero tu pareja no estuviera de acuerdo. ¿Cómo te sentirías?

— Es una pregunta difícil, Celina — dije con sinceridad. — Somos seres individuales, reaccionamos y actuamos de forma diferente. Es difícil saberlo, pero creo que me enfrentaría a la adopción, incluso sin mi pareja presente, sabiendo que podría afectar a nuestra relación de algún modo. No voy a mentirte.

— No esperaba que mintieras. Por eso te quiero. — La tristeza en los ojos de mi amiga me entristeció a mí también, además de preocuparme.

— Pero Clara también tiene que darse cuenta de que no estás preparada. No puede

culparte. Yo no la culparía. Cuando digo que afectaría a la relación, me refiero a vuestro tiempo juntos, a vuestras prioridades... Cuando llegue el niño, Clara tendrá que dividir su tiempo entre el niño y tú. Ambos tendrían que ser lo suficientemente maduros para reconciliar las cosas.

— Sí, todo es muy incierto. Justo ahora, cuando me estaba estabilizando, sintiéndome segura de nuestra relación, comprendiendo que no debía avergonzarme de nuestro amor... Esta noticia me ha traído un montón de inseguridades.

— No puedes controlarlo todo, Celina. A veces no tiene sentido pensar demasiado, hay que dejar que las cosas sucedan.

— ¿Cómo no voy a pensar en algo que podría cambiarlo todo, incluido mi futuro?

No supe cómo responder a esa pregunta, aunque sabía que era retórica, así que permanecí en silencio hasta que mi amiga volvió a hablar.

— Y eso no es todo. Mi madre me vio abatida e insistió en que le contara lo que me pasaba. Decidí sincerarme con ella, pensando que sería bueno para los dos. Llevaba tiempo ignorándome, así que me alegré de que se interesara por mí. ¡Soy idiota! — Abrí los ojos, dándome cuenta de que había salido mal. — Su reacción fue la peor posible. Mi madre me dijo cosas horribles, se indignó por el deseo de Clara de adoptar un niño y dejó claro que nunca apoyaría nuestra relación. Me gritó a la cara que ésa no era la educación que ella me había dado, que estaba enferma y que necesitaba ser hospitalizada porque mis citas con el terapeuta no servían de nada.

— Dios mío, Celina. Tu madre está muy equivocada. — Incluso me puse de pie en ese momento. Me sentí mal por mi amiga. No se merecía oír cosas tan crueles, solo por su orientación sexual. — Nunca dejes que nadie, ni siquiera tu madre, te convenza de algo así. Eres una de las mejores personas que conozco y una de mis personas favoritas en el mundo. No dejes nunca que la gente te haga sentir menos que maravillosa. — La abracé.

Al principio, Celina dejó los brazos a los lados, pero luego me devolvió el abrazo y lloró, inconsolable.

La dejé desahogar todo su dolor y, cuando se calmó y se desenredó de mis brazos, le hice una oferta.

— ¿Te gustaría pasar algún tiempo en casa? Hasta que las cosas mejoren entre tu madre y tú, o cuando quieras.

— Gracias, Ray, pero no quiero hacer nada. De hecho, sí quiero. Sólo quiero sentarme en mi rincón y dormir. Cuando duermo, no pienso en nada de esto.

— Celina, tienes que cuidarte. Es peligroso enfrentarse a la depresión sola y...

— Estoy bien, Rayssa. Es sólo hoy. Todo pasará pronto.

— Estoy preocupada. ¿Vas a terapia?

— Me tomé un descanso, pero volveré pronto. No te preocupes, sólo necesito un poco de

tiempo para recuperarme. Te lo prometo. — Sus palabras eran esperanzadoras, pero sus ojos estaban completamente vacíos de esperanza.

— ¿Dónde están tu madre y tu hermano?

— Ella ha salido con unos amigos, y mi hermano... Dios sabe.

— Entonces... Salgamos también. *Ponte un crop top y reacciona, amiga.* — bromeé, utilizando el meme de moda, y Celina se rió.

— Hoy me quedo en casa, Ray.

— Genial, me muero por ver una película — sugerí esperanzado y, para mi alegría, mi amiga aceptó. Aun así, tuve la sensación de que lo hacía solo para complacerme.

Vimos la película y comimos algo de comida basura. No quería volver a sacar el tema y hacerla recordar. Después de todo, Celina parecía un poco más alegre.

— Me voy, amigo. — Sólo salí de su casa cuando llegó tu madre. — Si cambias de opinión, mi invitación siempre estará en pie. Puedes llamarme cuando quieras. Te quiero.

— Gracias, amigo. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Ese día, llegué tarde a casa, agotado y con el corazón apretado. Un mal presentimiento en el pecho no me abandonaba. Me quedé un rato con mis padres en el salón, porque sentir su cariño siempre me hacía bien y me devolvía las fuerzas. Cuando me sentí más tranquila, subí a mi habitación, me duché y me fui a dormir.



Salía de una vista judicial cuando mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo. Comprobé la pantalla y contesté inmediatamente.

— ¡Hola, Gui!

— *Tío, necesito que me hagas un gran favor.*

— Adelante, gatito. Soy todo tuyo — bromeé, sin darme cuenta de la gravedad del asunto.

— *Mi madre me llamó nerviosa, pidiéndome que recogiera a Rayssa de la universidad...*

— ¿Qué le había pasado? — Mi corazón se aceleró como loco.

— Nada con Rayssa. Era Celina. Su madre llamó a la mía para decirle que la chica estaba en el hospital. La encontraron inconsciente en su habitación esta mañana. Mi madre está en una cita con mi padre, así que no podrá recoger a Rayssa y me ha pedido que vaya yo.

— Qué diablos, João Guilherme. ¿Pero Celina está bien?

— No estoy seguro de lo que pasó, pero parece ser grave. Necesito que recojas a Rayssa de la universidad y le des la noticia, amigo. No puedo ir ahora porque estoy liado con el trabajo. Además, no quiero hablar por teléfono. Rayssa estará desesperada, necesitará que alguien la abrace. Y Melinda tampoco está para ayudar.

— No te preocupes, amigo. La recogeré enseguida. Envíame la dirección del hospital donde está Celina.

— Gracias, hermano. Te debo una más.

Crucé el aparcamiento del juzgado a grandes zancadas, subí a mi coche y conduje hasta la PUC. De camino, llamé a mi secretaria y le pedí que reprogramara todas mis citas de la tarde. *No puedo dejar sola a Rayssa. Me necesitará.*

Cuando llegué a la PUC, consulté con la secretaria y me enteré de que faltaba poco para que terminaran las clases. Me coloqué cerca de la puerta del edificio, en un lugar que me diera una amplia vista de la puerta por donde Rayssa solía salir.

Irónicamente, Flávia salió primero y, al verme, se me acercó.

— Hola, Paulinho. ¿Quieres hablar conmigo? — preguntó sonriendo.

— Hola, Flávia. No, estoy esperando a Rayssa. ¿Se puede saber si tardará mucho?

— Estaba hablando con Henrique cuando salí de la habitación. — *Joder, este tío no puede conmigo.*

— Aprovechando que estás aquí... ¿Qué piensas hacer el sábado? — Flávia intentó iniciar una conversación, pero yo no tenía tiempo que perder en charlas.

— Aún no lo sé. Tengo que irme. — Dejé atrás a la chica y entré en el edificio en busca de Rayssa.

En el pasillo de su clase, estaba hablando con el profesor en la puerta. Estaba de frente y sonreía por algo que ella había dicho. Su semblante cambió en cuanto me vio. Inmediatamente, como si percibiera mi presencia, Rayssa miró hacia atrás.

— ¿Paulo André? ¿Qué haces aquí?

— He venido a buscarte. Necesito hablar contigo.

— Buenas tardes — me saludó Henrique, y yo respondí secamente.

— ¿Le ha pasado algo a mi padre? — preguntó Rayssa asustada.

— No, todo está bien con el tío Augusto, pero... ¿Podemos salir de aquí para poder hablar más?

Rayssa me miró con desconfianza, pero al darse cuenta, por la expresión de mi cara, de

que el asunto iba en serio, asintió.

— Te volveré a llamar, Henrique.

El hombre asintió y ella se despidió con un beso en la mejilla, dejándome irritado. Le di la espalda y comencé a caminar hacia la salida. Rayssa me siguió de cerca.

— ¿Puedes decirme a qué has venido? Me pones ansiosa — me preguntó.

Cuando salimos del edificio, la cogí de la mano y la llevé hasta mi coche. Abrí la puerta del vagón para que subiera, luego rodeé la parte delantera del vehículo y subí también. Antes de arrancar el coche, encendí el aire acondicionado y me volví hacia Rayssa.

— Celina se puso enferma esta mañana. Su madre la encontró inconsciente en su habitación y la llevó al hospital. La han hospitalizado.

— ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa? — preguntó Rayssa pálida.

— Tranquilízate. Yo tampoco sé muy bien lo que ha pasado. He venido a recogerte para que vayamos al hospital. Allí averiguaremos más cosas.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Su hermano. Su madre le dijo a la tuya. La tía Helena llamó a Guilherme y le pidió que viniera a darte la noticia en persona, pero él estaba muy ocupado.

— ¡Ay, Dios mío! Celina... ¿Qué estás esperando? Vamos rápido, Paulo André.

— Siempre tan suave como la coz de una mula —tartamudeé, sin querer que ella oyera. Ella se fue espontáneamente.

— Perdona. Es que... estoy nerviosa. Necesito saber cómo está.

— Ya lo sé. Yo también lo siento. Fue grosero de mi parte bromear contigo en un momento tan serio.

— Está pasando algo muy serio. Lo sé. Lo siento. — Rayssa hablaba más consigo misma que conmigo. — Anoche me fui a dormir con el corazón encogido.

— Cálmate, Rayssa. Probablemente no sea nada serio. No sufras por adelantado.

— No lo entiendes... — suspiró. — Celina está pasando por un momento muy delicado. Mi amiga siempre ha sido una chica frágil, P.A. Tengo miedo. — Las lágrimas rodaron por su rostro.

Aceleré el coche y puse ligeramente mi mano sobre la suya, que estaba apoyada en su pierna. Nos miramos durante un breve segundo.

— Estoy aquí contigo.



Paulo André

Minutos después, llegamos al hospital. Apenas había parado el coche en la plaza de aparcamiento y Rayssa salió corriendo. Cerré el coche a toda prisa y la perseguí. La encontré pidiendo indicaciones en recepción.

La recepcionista nos indicó la habitación de Celina y nos dejó entrar. Cuando llegamos ante la puerta, Rayssa respiró hondo dos o tres veces, llamó ligeramente y entramos.

Celina estaba despierta, mirando la televisión de su habitación; su madre, la señora Carla, estaba de pie junto a la cama.

Rayssa corrió hacia su amiga y, cuando se miraron, empezaron a llorar. La madre de Celina y yo las miramos en silencio, dejando que tuvieran su momento hasta que se calmaran.

— Hola, Celina — la saludé desde lejos, después de que sus amigas se soltaran, y ella me dedicó una débil sonrisa.

— ¿Qué te ha pasado? — preguntó Rayssa, cogiendo la mano de su amiga.

— ¿Podemos hablar luego? Me alegro de verte. — La chica, cuya voz ya era delicada,

habló tan bajo que apenas pude oírla.

— No pasa nada. Lo importante es que ya estás bien.

— Hija, voy a aprovechar que Rayssa está aquí para salir a tomar un café rápido — dijo la señora Carla, y Celina asintió sin mirar siquiera en dirección a su madre.

— ¡Menudo susto me has dado, niña! Cuando en megafonía me dijeron que estabas en el hospital, hasta me dolió el estómago. — Las dos se rieron.

Me mantuve alejada y callada, pues no quería perturbar su interacción. Ese momento sin duda ayudaría a la recuperación de Celina.

— ¿Cómo lo haces, Rayssa? — preguntó Celina. Rayssa frunció el ceño y se encogió de hombros. — ¿Siempre sonriendo? Y no de la nada, como fingiendo. Eres, sin duda, la persona más resiliente que conozco. Puedo contar con los dedos de las manos las veces que te he visto triste o llorando. ¿Cómo lo haces?

— Creo que todo tiene un lado bueno en la vida, amigo, sólo depende de la perspectiva desde la que mires las cosas. Lo único que no funciona es la muerte, que es triste para los que se quedan y buena para los que se van. Así que siempre intento sacar lo mejor de la vida y de cada persona que me importa.

Rayssa era una mujer extraordinaria. Todos los días me enseñaba algo, era increíble. Siguió hablando, mientras Celina y yo prestábamos mucha atención.

— No suelo llorar fácilmente. Prefiero emocionarme. Claro que a veces lloro, como cualquier otra persona, al fin y al cabo, tengo sentimientos. Estoy triste, tengo miedo, también estoy enfadada... Pero cuando algo o alguien me molesta, no me gusta abandonarme a la tristeza. Me permito sufrir durante un día, no más. Al día siguiente, empiezo a actuar. Pocas personas en el mundo merecen nuestras lágrimas de sufrimiento, amigo mío. Pero la emoción... dejo que se apodere de mí. Mira a Miguelito. Me emociono cuando me mira y me sonríe, como si fuera mi fan número uno.

— Y lo es. Te quiere, Ray — dije, por primera vez. Rayssa me miró y sonrió.

— Yo también me emociono cuando miro a mi hermano y veo en qué gran padre y marido se ha convertido, además de la increíble persona que siempre ha sido. — Ambos compartimos ese orgullo. — Me emociono por el amor que mis padres sienten el uno por el otro y por mí. Cuando miro a Melinda y recuerdo las cosas que ha tenido que superar en esta vida para poder sonreír hoy. El día que mi padre enfermó, sentí que se me desgarraba el pecho y pensé en lo fuerte que es mi cuñada. Ha perdido a su padre y a su madre, y aun así ha seguido adelante.

Mientras Rayssa hablaba de sus emociones, Celina la miraba con admiración y los ojos llenos de lágrimas. Emocionada.

— No me extraña, amiga. Son cosas muy bonitas.

— Pero también me emociono con cosas más sencillas, como cuando veo una ambulancia de los bomberos. Siempre asocio el sonido y las luces de las sirenas con una llamada de socorro, y luego ese coche corre por la carretera para salvar una vida. Por no hablar de la gente en el tráfico, que se moviliza para apartar sus vehículos del camino, contribuyendo aunque sea un poco a salvar el amor de la vida de alguien.

Rayssa apenas se ha parado a respirar desde que empezó a hablar. Eso cambió en ese momento. Suspiró y esta vez sus palabras salieron más lentas y suaves.

— Me emociono cuando te miro, Celina, porque eres mi mejor amiga y la hermana que Dios me dio. Sé que es un sentimiento mutuo. — Las dos se miraron durante unos segundos, sonriendo y queriendo llorar al mismo tiempo. — Las almas gemelas no son sólo hombre y mujer, ¿sabes? Definitivamente eres mi alma gemela, amigo. Qué suerte tenemos de habernos encontrado en esta vida. Me emociona.



No necesitaba que Celina me dijera nada. Era obvio lo que había pasado aquella mañana en su habitación.

Hablamos durante casi una hora y, al cabo de un rato, mi amiga volvió a sonreír. Eso cambió cuando la tía Carla volvió a entrar en la habitación. Celina se quedó callada, dijo que estaba cansada y se fue a dormir. Al parecer, estaba evitando a su madre.

Pocos minutos después de que mi amiga se durmiera, la tía Carla me llamó fuera de la habitación para hablar; Paulo André me acompañó, todavía observador.

Nos reunimos en la capilla del hospital, ya que estaba completamente vacía.

— Necesito que me ayudes, Rayssa. Estoy desesperada — dijo la tía Carla sin rodeos, ajena a la presencia de P.A. Sabía que éramos amigas desde la infancia. — Mi hija intentó suicidarse.

Aunque soy consciente de que eso fue lo que ocurrió, oír esas palabras activó algunos detonantes y me hizo un agujero en el estómago. Unas fuertes ganas de vomitar me invadieron y tuve que respirar hondo para controlarlo.

— Celina no ha vuelto a ser la misma desde que se lió con esa chica. Mi hija vive en las esquinas y, hace unos días, me dijo que la chica quiere adoptar un bebé. ¿Dónde has visto eso?

La indignación de la tía Carla era visible, a diferencia de mí, que tuve que fruncir el ceño para no mostrar de inmediato cuánto me disgustaban sus prejuicios. Se echó a llorar, pero sus lágrimas no me conmovieron. Su sufrimiento fue una elección, porque permitió que sus prejuicios fueran mayores que su empatía y su amor por su hija. En este caso, no sentí compasión. Merecía sufrir.

— Eso no existe. Dios creó al hombre y a la mujer. No existe nada más. ¡Está mal, es absurdo, es un pecado! ¡Esa niña incluso quiere involucrar a un niño inocente en este comportamiento desvergonzado! ¡No puedo aceptarlo!

— ¿No ves que tus prejuicios están matando poco a poco a tu hija? — exploté. Las tonterías que dijo eran mi límite. — Déjala en paz. Déjala ser feliz. ¡Acepte que Celina sea feliz amando a otra mujer! ¿Qué hay de malo en eso? Deberías priorizar su felicidad por encima de cualquier otra cosa. ¡Eso es lo que hacen los buenos padres!

— No puedo entender en qué me equivoqué. Eso no es normal... — siguió soltando sus prejuicios, como si ni siquiera me hubiera oído.

— Eres su madre, deberías apoyarla incondicionalmente, no ser la primera en juzgarla. Celina es una de las mejores personas que conozco. Siéntete orgullosa de ser su madre.

Mientras yo hablaba, la tía Carla se movía de un lado a otro, negando con la cabeza. A mi lado, Paulo André permanecía observador y en silencio.

— No puedo estar de acuerdo con esta absurda idea de la adopción, ¡sobre todo entre dos mujeres! Una mujer con una mujer no da a luz bebés biológicos. Dios lo quiso así. Si seguimos así, con un número tan grande de homosexuales en el mundo, la raza humana acabará.

Me eché a reír. Todo lo que estaba teniendo que oír era increíble. Respetaba demasiado a la madre de mi mejor amiga, pero no podía quedarme callada ante palabras tan prejuiciosas. Celina no podía defenderse en ese momento. Pero yo sí podía y la defendería.

— ¡Cállate! ¡Estás equivocada! — mi voz era firme. — La adopción es un acto de amor. — P.A. se acercó más a mí y me cogió la mano en señal de apoyo. — Por si no lo sabes, la Tierra tiene recursos que pueden renovarse hasta para cuatro mil millones, y ya somos ocho, que seguimos procreando. Tenemos más hijos que "padres", y esto demuestra que la homosexualidad no ha extinguido la familia ni la raza humana, como a mucha gente, como tú, le gusta decir.

— No soy yo quien lo dice. Es Dios.

— ¿Sabías que por cada pareja gay que quiere adoptar, hay unos 50 niños que han sido abandonados por parejas heterosexuales? Yo soy uno de ellos. — Continué, ignorando sus argumentos, pero sin poder contener las lágrimas.

La tía Carla me miró sorprendida, tanto por la información que no tenía como por mi

arrebato.

— Así es. Dos personas heterosexuales me trajeron al mundo y no tenían ningún interés en cuidarme. No fui adoptado por una pareja homosexual, pero estaría muy orgulloso de haberlo sido, porque la adopción me salvó en todos los sentidos posibles.

— Rayssa, no lo sabía... — Tuvo la decencia de parecer avergonzada.

— Vuestros argumentos son siempre los mismos: "¿qué ciudadano formará una pareja gay?", "¿la homosexualidad es programable o genética?". La respuesta es muy sencilla y está a la vista de cualquiera. La mayoría de las personas criadas por parejas homosexuales en todo el mundo han mantenido su individualidad a pesar de todo. La orientación sexual de alguien no tiene nada que ver con la educación que haya tenido, véase el caso de Celina y Clara. Son hijas de parejas heterosexuales. Es decir, está en el "alma", esa persona es así. Celina y Clara son así. Por lo tanto, ¡comprender, aceptar y respetar!

— Pero el hombre y la mujer fueron creados para procrear.

— ¿De verdad crees que Dios, un ser tan grande, nos crearía sólo para eso? — pregunté, sin esperar respuesta. — Cuando dijo "creced y multiplicaos", comprendimos que se trataba de una orden u objetivo, la primera "gran misión". Pues bien, ¡misión cumplida! Pero, ¿hasta qué punto estamos cumpliendo esta misión? ¿Es suficiente con traer bebés al mundo? ¿Y si esta misión que nos han encomendado es más bien "diviértete, sé lo que quieres y lo que eres, sé feliz"? Porque para eso hemos nacido, para ser felices. Seamos homosexuales, heterosexuales o cualquier otro género con el que nos identifiquemos.

— No me vengas con esas, Rayssa. Otro género... — resopló. — Cualquier otra cosa es pecado.

— ¿Y si nos equivocamos con este "pecado", que es como tú lo juzgas? — P.A. me miró atónita y tía Carla frunció el ceño, confusa. — Si me equivocara, sólo sería culpable por mi inocencia en el exceso o en la omisión, pecados mucho más leves que el juicio prejuicioso de usted y de mucha gente. El amor es subjetivo. Así que ¡ahórrame tu sensación de que tienes la verdad absoluta!

— ¡Ahórreme, usted! Celina está en pecado, y no voy a admitirlo ni aceptarlo.

— Celina no es una pecadora sólo porque ama a otra mujer. ¡Un pecador es alguien que no ama! Así que si tu intención es separarla de Clara, no te atrevas a pedirme ayuda, ¡porque mi única intención es hacer lo que sea necesario para ver a mi amiga feliz y viva!

— Amo a mi hija, por eso quiero verla lejos de esta vida.

— No, no la amas. Si no puedes respetar quién es ella, eso no es amor. ¡Y la falta de amor y empatía mata! — Fijé mi mirada en la suya antes de continuar. — Espero que todo lo que le ha pasado a tu hija te sirva de lección. ¿Prefiere tener una hija lesbiana que viva, o una hija que se suicide porque ya no soporta ser ignorada por quienes deberían apoyarla y amarla

incondicionalmente? Piénselo, señora Carla, porque si algo malo le pasa a Celina, será culpa suya.

En ese momento, no me importó darle esa responsabilidad, porque dado su comportamiento, no merecía librarse.

— Dile a mi amiga que la llamaré más tarde. — Salí de la capilla sin mirar atrás.

Paulo André, que seguía sin decir palabra, me siguió. Caminamos en silencio hasta el coche. Necesitaba salir de allí lo antes posible.



— ¿Se encuentra bien? — Parecía muy preocupado.

— ¡No!

— No seas así, Ray. Ella está bien.

— ¿Pero por cuánto tiempo? Mi amiga intentó suicidarse, P.A. Eso es muy serio. Cuando llegas a ese punto, lo has dejado todo, has tenido suficiente. Los intentos de suicidio no son guays, no son para llamar la atención, como mucha gente piensa. Celina no es así.

— Tienes razón, pero necesitas calmarte si quieres ayudarla.

— Eso activó muchos detonantes. — Una lágrima corrió por mi mejilla. — Tenía 15 días cuando mi madre se suicidó. Decía que me quería y eso no la detuvo.

El suicidio casi siempre se ve como un acto de cobardía. Sin embargo, yo pienso de otra manera. En general, tenemos mucho miedo a morir. Así que hace falta mucho valor para quitarse la vida.

— La carga emocional que lleva Celina es muy pesada. Tiene problemas con Clara y se siente sola tras descubrir su orientación sexual. Ya no sé cómo ayudarla — dije abatido.

— Sabes, enano, no sólo João Miguel es fan tuyo. Yo también lo soy — dijo P.A., antes de arrancar el coche. Le miré, pero no contesté.



Ese mismo día llamé a Celina. Durante nuestra conversación, me di cuenta de que mi amiga parecía mucho mejor. Al día siguiente le dieron el alta y mi madre y yo fuimos a visitarla. En un momento dado, la tía Carla y la señora Helena se fueron a la cocina y yo me quedé en el

salón con mi amiga.

— Clara vino ayer al hospital, poco después de que hablara contigo por teléfono — me dijo Celina. — Mi madre la recibió muy amablemente. Me alivió, ¿sabes?

— A lo mejor tiene conciencia después de todo lo que ha pasado.

— Yo... No... En realidad no quería suicidarme — admitió mi amiga, dejando correr unas lágrimas por sus mejillas. Le sequé suavemente la cara. — Tomaba mucho la medicación para dormir, porque quería que dejara de dolerme. No me importaba, de hecho, ni siquiera pensaba en si la alta dosis de medicación podría hacerme daño.

En muy pocas situaciones desde que tengo uso de razón he sabido qué decir. Así que me limité a acercarme a mi amiga y abrazarla con fuerza.

— Prometo volver a la terapia, y más a menudo durante la semana. En el hospital también me han aconsejado psiquiatras que pueden ayudarme a tratar la depresión, y grupos de apoyo que me ayudarán a afrontar estos problemas con mi madre.

— Es estupendo, amigo. Siempre estaré a tu lado para apoyarte en todas tus decisiones y en tu recuperación.



Un mes después

Las cosas parecían calmarse.

Hablaba con Celina todos los días y me contaba emocionada que la tía Carla estaba haciendo un esfuerzo por convivir bien con la orientación sexual de su hija. Incluso me contó que Clara venía más a menudo a su casa y que, después de muchas conversaciones, su pareja había decidido posponer la adopción por un tiempo. Mi amiga se sentía mejor después de empezar el tratamiento con el psiquiatra, y eso me aliviaba.



El viernes quise salir para distraer mi mente. Quería dejarlo todo atrás y divertirme un poco, porque el último mes había sido pesado. Me merecía un poco de diversión.

Me vino a la cabeza una idea que llevaba tiempo queriendo poner en práctica y decidí que

ese sería el día. Saqué el móvil y llamé a Paulo André.

— *Hola, Ray. ¿Cómo estás?* — respondió sin aliento. *¿Qué cojones?*

— ¿Qué estás haciendo? ¡No me digas que me contestas mientras te estás follando a una de tus putas! — dije enfadado y, en lugar de contestarme, el idiota se rió primero.

— *¡Estoy en el gimnasio, lunático!*

— ¿Quién hace ejercicio un viernes por la noche? ¡Me cago en la puta! La forma física tiene un límite, chaval.

— *Yo hago ejercicio, y tu hermano también. Incluso está aquí ahora. Te sorprendería lo lleno que está el gimnasio. Deberías ejercitarte también, usar algo de tu energía...*

— ¡Dios no lo quiera! ¡Me aterrorizan los gimnasios! Prefiero liberar mi energía de otras maneras. Por eso te llamé. Quiero invitarte. — La línea permaneció en silencio durante un rato. — Seguro que ya has pensado en algo travieso.

— *No pensé nada, sólo... sólo... no contesté porque estaba haciendo ejercicio.* — Fingí creerle y él fingió convencerme. — *Vamos, enano.*

— Necesito salir un rato, ver gente y distraerme. ¿Quieres ir de discoteca conmigo esta noche?

— ¿Qué discoteca?

— Una muy bonita que he descubierto y a la que quiero ir. Está en Botafogo. — La llamada volvió a quedar en silencio, excepto por la música electrónica del gimnasio de fondo.

— *¿Sólo tú y yo? No lo sé, Ray.*

— ¡Eres una mierda, Paulo André! ¡¿Un hombre de ese tamaño me teme, una chica bajita?! No importa. Llamaré a Henrique, porque estoy seguro que él...

— *¡Ya voy, carajo! ¿A qué hora te recojo?*

— Toda la noche, si Dios quiere — bromeé.

—*¡Vaya, Rayssa! Eso es muy antiguo* — se burló de mí y se echó a reír.

— Sí, a veces me gusta ser tópica. — Yo también me reí. — Pásate a las nueve y media.

— *Allí estaré, enano.*

— Hasta luego, grandullón.

Colgué el teléfono, eufórica, con ganas de saltar y gritar. La niña traviesa que había en mí ya estaba imaginando mil cosas. *¡Ah, Paulo André! ¡Hoy no puedo escapar de ti! Voy a hacerte mucho mal.*

— ¡Piedad! Tengo que ir a la iglesia — me dije y me reí.

Dejé el móvil sobre la cama y corrí a elegir un conjunto especial para aquella noche. Quería estar guapa. Escogí un vestido negro sin tirantes, ceñido al cuerpo, que realzaba mis curvas y me hacía sentir sexy. En cuanto a los pies, opté por unos zapatos de tacón. *Y ya está.*

Me di una larga ducha, me lavé y me sequé el pelo. Me maquillé, me puse mi mejor

perfume y me miré al espejo.

—¡Estás buenísima! — Me felicité ante mi reflejo y sonreí.

A la hora acordada, estaba lista. Ni un minuto después, Paulo me mandó un mensaje para decirme que estaba delante de mi casa. Bajé corriendo, me despedí de mis padres y salí de casa con mis mejores movimientos.

Antes de llegar a la puerta, vi a Paulo André apoyado en su coche, con los brazos cruzados, esperándome. *Joder, qué tío más bueno.* Para terminar de arruinarme las bragas, sonrió.

P.A. es el típico chico de libro romántico. Tiene una sonrisa preciosa, camina con seguridad y tiene un descaro que te moja las bragas sin esfuerzo. Y lo más sorprendente es que se vuelve más y más guapo con el paso de los años. Incluso se parece a Benjamin Button[5].

Suspiraba cada vez que recordaba nuestro primer beso, en su casa. Su ancha espalda, su boca caliente y deliciosa — tanto como su cuerpo —, su ronco gemido en mi oído... *¡Mierda! ¡Adiós, bragas!* Y aún no he subido a su coche.

— Buenas noches, Paulo André — le saludé con la voz más sexy y segura que pude.

— Buenas noches, Rayssa. Estás...

— ¡Guapísima! Sí, lo sé. — lo dije con seriedad, y él me respondió con una sonrisa encantadora. Le habría arrancado la boca de un mordisco si no hubiera tenido miedo de asustarlo antes de tiempo. — ¿Estás lista para empezar nuestra velada?

— Nací lista.

Caminé alrededor de la parte delantera del coche, rodando de forma natural y seductora, porque sabía que él no podría resistirse a admirar mi culo. Entré en el coche y él subió justo después de mí.

— ¿Cuál es la dirección de la discoteca?

— La pondré en el GPS. — Tecleé la dirección en la pantalla del coche y Paulo André arrancó el coche en dirección a nuestro destino.

Cuando llegamos al local, nos encontramos en una calle poco transitada. Era una zona residencial, y la fachada del establecimiento era muy discreta. Cualquiera que pasara por allí probablemente no se daría cuenta de la existencia de la discoteca.

Paulo André aparcó el coche al final de la calle, que no tenía salida. Salimos y caminamos despacio hasta la puerta de la discoteca.

— Dois a dois — P.A. leyó el cartel, frunciendo el ceño. — Nunca había oído hablar de este club. ¿Es nuevo?

— No lo creo, pero no tiene mucha publicidad. Creo que prefieren pasar desapercibidos. — Me acerqué a la puerta, donde había dos porteros.

— ¿Por qué? Rayssa, esto es extraño. ¿Qué es este sitio? Ni siquiera parece un club nocturno. — Me agarró del brazo para detenerme antes de que llegara a la puerta.

— Es un club nocturno, sí, pero no uno convencional.

— Me da miedo preguntar. ¿Qué quieres decir con "no convencional"? — Hizo comillas en el aire, mirándome con curiosidad.

— Es un club nocturno, pero también es una casa de swing.

— ¿Un qué? — La cara de Paulo André no tenía precio. *Esta noche promete.*



Rayssa

— ¿Nos has traído a una puta casa de columpios, Rayssa? ¿Has perdido la cabeza? — P.A. explotó. Era la primera vez que lo veía tan conmocionado.

— Sí. Eso es exactamente lo que es, una casa de columpios. En cuanto a mi ingenio... ¡Sólo lo uso cuando quiero!

— ¿Por qué estamos aquí? Ni se te ocurra entrar. Nos iremos o iremos a un club nocturno normal.

— ¡Deja de ser descarado, Paulo André! Siempre he querido ver este lugar, y tú eres el único en quien confío para que me acompañe, aunque seas un tacaño — me burlé de él. — ¿No tienes curiosidad?

— Sí, pero no quiero exponerte a otros chicos y...

— No hay necesidad de estar celoso. No vamos a hacer nada que no queráis hacer los dos. ¡Relájate!

— Deberías haberme preguntado primero si quería venir.

— Uno pensaría que estarías de acuerdo en venir si supieras a dónde íbamos.

— ¡Claro que no, manipulador! — gritó. — ¡Tú no te metes en esto! — P.A. parecía muy enfadado.

— Oh, pero voy a ir. Tuve la precaución de venir el Día de los Solteros, así que puedo entrar sin compañía. Si quieres, puedes esperarme fuera.

Le di la espalda, manteniendo la cabeza alta y la postura altiva, y caminé hacia la entrada de la discoteca.

— No vas a entrar ahí sola, joder.

Incluso cabreado, fue tras de mí. Me reí por dentro, sintiéndome victoriosa. *Ya veremos cuáles son tus límites, Paulo André.*

En la puerta de la discoteca, el portero nos pasó el detector de metales a los dos, luego nos pidió el carné y nos dejó pasar. Unos metros más adelante, nos detuvimos ante una especie de mostrador de recepción.

— Hola, pareja. Bienvenidos al 2a2. ¿Cómo os llamáis? — preguntó la amable y sonriente recepcionista. *Traviesa.* Seguro que se queda hasta tarde en el trabajo. Para ser tan feliz, debe de tener sexo todos los días. *¡Chica con suerte!*

— Virginia y José Felipe — respondí a la chica de paso[6], y P.A. me miró con las cejas fruncidas.

— ¡Vaya! ¿Es la primera vez que venís, Virginia y José? — Me entraron ganas de reír al oír esos nombres, pero me controlé.

— Sí, y estamos muy curiosos y entusiasmados con la experiencia. — Mientras yo contestaba contenta y ansiosa, Paulo André miraba a mi alrededor y me rodeaba como un guardia de seguridad.

— Nuestra *anfitriona* se lo explicará todo. Esta es su tarjeta; la cuenta se paga al final. Buenas noches y... ¡diviértanse sin moderación! — dijo con voz sexy y nos guiñó un ojo, antes de entregarle la tarjeta a Paulo André.

Levantando discretamente el brazo, la mujer hizo una señal a un hombre y éste se acercó a nosotros, sonriente. *Aquí todo el mundo es muy feliz. ¡El sexo es vida!*

— Buenas noches. Me llamo Joaquim. Bienvenido a 2a2, donde todo está permitido y nada es obligatorio.

— Buenas noches — respondimos al unísono, y entonces P.A. me abrazó por detrás.

— Aquí abajo tenemos los aseos, el bar y un escenario donde ofrecemos espectáculos de *striptease* algunos días de la semana. Hoy no es el caso. — *¡Qué pena!* — Esta parte funciona como un club nocturno normal. Las parejas escuchan música, bailan, beben, se relacionan con

otras parejas y se divierten. Sólo una cosa está prohibida aquí: el uso del móvil o la cámara.

Mientras el hombre me daba información sobre la discoteca, P.A. se limitaba a asentir, pero yo miraba a mi alrededor con curiosidad.

— A medianoche, el piso de arriba está libre. Es el lugar perfecto para que explores todos tus fetiches. Tenemos salas comunes y cabinas privadas, así como una sala de voyeurismo, donde las parejas más atrevidas practican sexo para que los demás lo vean, de cerca o desde dentro de sus cabinas — me explicó. — ¿Alguna duda?

— No — respondí de inmediato, cada vez más excitada.

— Otra cosa. Una vez que os hayan soltado arriba, si queréis probarlo, tenéis que subir y bajar juntos. No sólo uno de vosotros. En fin, pasadlo bien y si necesitáis algo, estaré encantada de ayudaros.

— Gracias — respondimos juntos.

El local estaba bastante lleno y parecía una discoteca normal y corriente. La decoración era negra y roja, con una iluminación tenue y acogedora; había un poco de humo, quizá hielo seco, en la sala. Había muchas caladas, de distintos tamaños y formas, esparcidas por el local.

Tras echar un rápido vistazo, tiré de P.A. de la mano hacia la barra.

— Vamos, Zé. Vamos a tomar algo.

— ¿Qué son estos putos nombres? — me preguntó, divertido, mientras nos sentábamos en uno de los taburetes de la barra. *Menos mal que el viejo de cuerpo en forma empieza a disfrutar de la velada.*

— Son nuestros nombres artísticos. En realidad, son una bonita pareja de internet y ahora nuestros seudónimos.

— ¡Qué locura! Ni siquiera sé quién es Zé.

— No te preocupes, es guapo. Ahora, vamos a beber.

— Estoy conduciendo, Rayssa. No puedo beber. Y tú tampoco, porque si estás loca sobria, imagínate borracha en un sitio así.

— No nos emborrachemos, Paulinho. Es sólo un trago para relajarnos. Un trago. — Hice una seña con los dedos y le guiñé un ojo, encantándolo.

— No me llames Paulinho. Sabes que lo odio.

— Flavia lo odia.

— Y me molesta muchísimo.

— Cuando llegó el momento de follarla, seguro que no te enfadaste.

— Eso fue hace mucho tiempo. De hecho, no me he follado a nadie últimamente. Mi situación está jodida. Un poco más y seguro que exploto — respondió y finalmente se sentó en el banco junto a mí.

— ¿Has hecho voto de castidad? Estás en la mierda porque quieres. Seguro que hay

muchas chicas por ahí que se mueren por meterse en tu cama. Pero... te advertí que después de probar el agua directamente del manantial, no querrías el agua del grifo a la que estabas acostumbrado — bromeé. Aproveché que nuestros asientos estaban muy juntos y le rodeé el cuello con ambas manos.

— No había tenido tiempo para eso. — Sentí cómo su cuerpo se tensaba tras mi contacto.

— Creo que te he traído al lugar adecuado. Necesitas relajarte — le susurré al oído, y luego hice una señal al camarero.

Pedimos dos *piñas coladas*[7] y, en el primer sorbo, me la bebí casi entera. La bebida estaba fría y deliciosa. En ese momento, P.A. se relajó un poco y charlamos sobre asuntos triviales. Éramos bastante íntimos, ya que nos conocíamos desde niños, así que cualquier tema fluía bien.

Entre conversaciones y risas, estábamos más tranquilos cuando se nos acercó una simpática pareja. Inmediatamente, noté que Paulo André volvía a estar tenso.

Era una pareja joven y guapa, como nosotros. Se presentaron y nos preguntaron si podían tomar algo con nosotros. Aceptamos y se sentaron con nosotros a beber y charlar. La mujer nos contó que estaban casados y eran asiduos a los clubes de intercambio de parejas. El 2a2 no era el único que frecuentaban, aunque sí el favorito de la pareja.

— Estamos acostumbrados a intercambiar parejas, y ha sido bueno para nuestra relación — dijo la mujer.

— Es nuestra primera vez, pero estamos aquí más bien para conocernos — dije, omitiendo el hecho de que no éramos pareja. — ¿Cómo lo consigues? Hay feeling entre vosotros, así que... ¿No hay celos?

— No, siempre que sea algo muy bien resuelto entre la pareja. Tiene que ocurrir para darle sabor a la relación, no para que sea motivo de pelea — respondió el chico.

— Y los dos tenéis que quererlo. No es el tipo de cosa que se puede hacer sólo para complacer al otro. Los dos tenéis que estar a gusto con todo y estar de acuerdo — añadió la mujer a la respuesta de su marido.

— Admiro tu madurez, pero yo no soy un tipo tan moderno. No soportaría ver a Rayssa en manos de otro. Si la mujer más sexy del mundo estuviera desnuda, a mi disposición, pero si apartara la vista y la viera en manos de otro tío, me jodería enseguida. Estoy seguro. — comentó Paulo André con calma, como si realmente fuéramos una pareja.

— Entonces... aquí no pasa nada, entre nosotros cuatro, ¿no? — Anderson se puso verde, riendo.

— De eso nada, amigo. Espero que encuentres una pareja con la que compartir este momento, pero Rayssa y yo definitivamente no estamos disponibles. — P.A. me sorprendió con

su postura. Mi tonto corazón se calentó.

Impasibles ante nuestra negativa, Anderson y Estela siguieron charlando sanamente con nosotros y dando sorbos a sus bebidas. Nuestros colegas nos contaron algunas de sus aventuras, pero también hablamos de asuntos triviales como la universidad y el trabajo.

Cuando el piso de arriba estuvo despejado, se despidieron de nosotros y subieron emocionados como si fuera su primera vez. *¡Saben cómo divertirse!*

Paulo André había parado a la segunda copa, pero yo me tomé unas cuantas más. Me sentía suelto, pero no borracho. Quería disfrutar de cada segundo de la experiencia, pero no quería despertarme con resaca al día siguiente.

Pretenciosamente, me levanté del taburete de la barra, me puse entre las piernas de P.A. y le rodeé el cuello con los brazos.

— ¿Subimos? — le invité. En lugar de responder, me agarró por la cintura y me acercó más a él. Jadeé. — Solo por hoy, te olvidas de que soy la Rayssa que conoces desde que eras pequeña y me tratas como a una mujer que te parece hermosa y por la que te sientes atraído. A menos que... ¿No te excites por mí? — le dije suavemente al oído, luego le mordí la oreja y vi cómo se le erizaban los pelos del brazo.

— ¿Esto es lo suficientemente duro para ti? — Me cogió la mano y la puso sobre su dura polla.

— Tengo que evaluarla mejor — susurré y le apreté ligeramente la polla, arrancándole un ronco y delicioso gemido de la boca. — No seas tan conservador, Paulo André. Tener sexo conmigo no tiene por qué ser sinónimo de salir. Quiero vivir y tener todas las experiencias que pueda, porque no sé lo que será mañana. Quiero disfrutar del hoy sin desperdiciarlo y no se me ocurre nadie mejor que tú para darme esas experiencias. Pero... si no es contigo, será con otro. Ya te he dicho que no pienso pasarme la vida esperándote.

Separó ligeramente nuestros cuerpos en silencio. *¡Oh, mierda! Lo he estropeado todo.* En lugar de poner fin a nuestra velada como yo pensaba, P.A. me agarró de la mano y tiró de mí hacia la escalera que conducía al puticlub. Sonreí. ¡Por fin!

Nada más subir, nos encontramos con una pareja discutiendo. La chica tenía los brazos cruzados y fruncía el ceño, mientras que su acompañante tenía una expresión de puro aburrimiento, mirando a su alrededor. Estaba claro que no eran la pareja bien avenida que habían comentado Anderson y Estela. Probablemente, aquella chica había ido allí para complacer a su novio, pero no soportaba la presión.

Paulo André y yo recorrimos los pasillos de la mano y pasamos por delante de varias cabinas con puertas, la mayoría vacías.

— Entremos en una y veamos cómo es. — Tiré de él hacia dentro.

Dentro del camarote no había gran cosa. Una especie de sofá sin respaldo, un estante con

alcohol en gel y otro con pañuelos en la pared, y una papelera.

Una vez saciada nuestra curiosidad, salimos del cubículo y seguimos caminando hasta llegar a una sala más grande, una de las zonas comunes. Allí ya había algunas parejas practicando sexo.

Paulo André y yo nos detuvimos en la puerta. *¡Mierda!* Había una orgía allí mismo, delante de mí. *Estoy seguro de que soy el único virgen sobre la faz de la tierra que ha presenciado una orgía así.* Me reí de mí mismo.

— ¿De qué te ríes? — preguntó P.A., abrazándome por detrás. Su voz era tensa y grave.

Nunca había tenido sexo y estaba tan cachonda, imagínate él, que sabía lo bien que me sentía.

En lugar de responder, me volví hacia Paulo André y lo besé. Mostrando toda su excitación, me tiró de la cintura, me llevó hasta una pared y me apoyó contra ella. Protegió mi cuerpo con el suyo de otras miradas e intensificó nuestro beso. Sus manos recorrieron mi cuerpo y su cuerpo se apretó contra el mío, haciéndome sentir el bulto de sus pantalones.

De repente, la habitación se volvió terriblemente calurosa, a pesar de que el aire acondicionado estaba encendido. Nuestros cuerpos estaban tan juntos que parecía que fuéramos uno solo. Era increíble cómo todo en aquel lugar parecía propicio para el sexo. No había timidez ni inhibición. Aunque éramos conscientes de dónde estábamos y de toda la gente que nos rodeaba, seguíamos concentrados el uno en el otro.

P.A. me soltó la boca sólo para besarme y mordisquearme la oreja y el cuello. Sentía que mi cuerpo se había vuelto gelatinoso y tenía la sensación de que si no me sujetaba, me caería al suelo.

Los gemidos brotaban por todas partes, haciéndolo todo aún más excitante. Las manos de P.A. me tocaron desesperadamente y atrajo mi cuerpo hacia sí, apretándome y frotándome contra su polla. Nuestro beso era tan intenso que casi me hacía daño en la boca.

Paulo André sabía lo que hacía, y yo estaba rendida. Podía hacerme lo que quisiera, porque yo era completamente suya. Siempre lo había sido.

Mientras nos abrazábamos, sentí que otra mano me tocaba el brazo. Interrumpí nuestro beso y abrí los ojos, sobresaltada. Vi a un desconocido que nos sonreía. Sin pensarlo dos veces, P.A. apartó brutalmente su mano de mí, y el tipo retrocedió al instante.

— Vámonos de aquí. — Paulo André me metió en una de las cabinas individuales y cerró la puerta. Su respiración era agitada y estaba sudoroso, igual que yo.

Le dediqué unos segundos y luego me acerqué para besarle de nuevo. Aproveché que estábamos solos e intenté quitarle la camiseta, pero él detuvo mi mano y puso fin a nuestro beso.

— ¡No voy a follarte aquí, Rayssa! — *¿Aquí? Eso está bien.* Eso fue mucho mejor que decir que nunca tendrías sexo conmigo.

Tenía urgencia. Lo quería allí mismo, ahora mismo, pero no cuestioné su decisión.

— Entonces llévame a tu piso y hazme el amor — le pedí.

Sus ojos rebosaban excitación y, al mismo tiempo, vacilación. Sin embargo, gracias a Nuestra Señora de las vírgenes traviesas, su erección venció. Me cogió de la mano y salimos corriendo.

En menos de diez minutos, P.A. pagó la cuenta y subimos a su coche.



Antes de que pudiera arrancar el coche, Rayssa avanzó hacia mí. Se sentó en mi regazo, frente a mí, con las piernas abiertas. Su beso era lujurioso.

La calle estaba completamente oscura y desierta, así que no la detuve. Yo también estaba loco por ella, incapaz de pensar con claridad. La absurda excitación que sentía por aquella mujer me había dejado perplejo, hasta el punto de que sólo podía pensar en lo mucho que deseaba enterrarme en ella y oírla gemir en mi oído.

Rayssa me pidió, al menos por esa noche, que olvidara quién era, y no fue difícil cumplir su petición. Mi mente estaba paralizada, y todos mis pensamientos y concentración se centraban en estar dentro de ella. Ningún ser humano podría resistirse a eso.

Mis manos se dirigieron directamente a su culo, haciendo que su coño se restregara aún más contra mi polla. Su cuerpo era cálido y suave, y su aroma era increíble; me volvería fácilmente adicto a él.

Perdí los restos de cordura cuando Rayssa gimió en mi boca. La agarré del pelo e incliné un poco la cabeza hacia atrás, lo que me permitió acceder mejor a su cuello. Lo besé y lo lamí, inhalando su adictivo aroma, y luego bajé hasta su regazo y le bajé el vestido, dejándole los pechos libres. Me encantaban sus pechos; eran perfectos.

Chupé uno de ellos mientras masajeaba el otro, y ella gritó de placer. Rayssa se aferró a mi nuca, alentando mis movimientos, y sus gemidos se hicieron cada vez más enloquecedores. En ese momento, rodó desesperada sobre mi polla. *¡Joder! Me voy a correr en los pantalones.*

Sin dejar de chupársela, llevé mis manos a sus muslos y le levanté el vestido hasta la

cintura. Metí la mano en sus bragas y masajeé su clítoris hinchado y meloso con el pulgar. Se volvió loca. Rayssa me clavó las uñas en los brazos e intensificó sus movimientos, gimiendo y revolcándose desesperadamente sobre mi polla en busca de algo de alivio.

Mi lengua jugaba sin piedad con su pezón, mientras mis dedos castigaban su apretado, caliente y delicioso coño. Introduje un dedo, aún masajeando el nervio hinchado, y sentí cómo su cuerpo se estremecía. Los gemidos no cesaban, y nuestras respiraciones seguían jadeantes.

— ¡Joder, Paulo André! Necesito tu polla dentro de mí. Ahhhh — gritó ella mientras yo intensificaba mis movimientos, tanto con la lengua como con el dedo.

— Ahora te vas a correr en mi dedo. Después tendrás mi polla, cariño.

Aceleré mis movimientos y pronto sentí que su cuerpo temblaba. Pronto empezaron los espasmos y se corrió, gimiendo, gritando y tragándose mi dedo con su coño caliente y apretado.

Tras su orgasmo, su cuerpo se desplomó, exhausto, sobre el mío. La coloqué con cuidado en el asiento del conductor, le ajusté el vestido, le abroché el cinturón de seguridad y arranqué el coche.

Salí de allí lo más rápido que pude, porque mi polla estaba tan dura que me costaba mantenerla dentro del pantalón. Cuando pasamos por una calle mejor iluminada, vi mis pantalones mojados por sus fluidos y mi propia lubricación. Eso me excitó aún más. Es más, el olor de su excitación ya se había extendido por todo el coche, poniéndome locamente cachondo.

Miré a Rayssa y, como si percibiera mi mirada, abrió los ojos y sonrió con picardía. Sabía que tramaba algo, así que no me sorprendí cuando intentó quitarse el cinturón de seguridad.

— Deja ese cinturón en su sitio. Quédate ahí o provocarás un accidente — le advertí, y ella sonrió perezosamente.

Nunca había conducido tanto. Dentro de poco me iban a poner unas multas. *¡Ah, joder!*



Paulo André

De todos modos, paré el coche en el garaje de mi edificio, salí rápidamente y di la vuelta hasta el lado de los vagones. Le abrí la puerta a Rayssa y la ayudé a bajar. Sin pensárselo dos veces, se echó encima de mí y me besó. Mientras nos besábamos, la conduje hacia el ascensor, que se abrió en cuanto pulsé el botón.

Entramos tropezando y besándonos. El ambiente de 2a2 seguía con nosotros, tanto que ni siquiera nos molestamos con la cámara que había allí. No podía controlar mis manos porque quería tocarla por todas partes. Con dificultad, apreté el número 12, mi piso. Di gracias al cielo cuando por fin llegamos.

Abrí la puerta con una mano y la cerré, sin soltar la boca de Rayssa. Ella saltó a mi regazo, me rodeó la cintura con las piernas y yo la acompañé hasta el sofá y la tumbé. Desesperado por su sabor y su olor, le levanté el vestido, le quité las bragas empapadas y le abrí las piernas. Se me hizo la boca agua y la polla se me hinchó aún más dentro del pantalón al ver su coño suave y meloso. Agarré sus muslos y mi lengua fue directa a su necesitado clítoris.

Chupé, lamí y chupé, tan hambriento como ella.

Rayssa se retorció. Gritó y gimió, sujetándome la cabeza, apartando mi cara y suplicando más. Le metí un dedo mientras chupaba, desesperado por saborearla en la boca. Cuando volví a rodear su clítoris con la punta de la lengua, su canal apretó de nuevo mi dedo y se corrió. *¡Joder! Qué sabor tan perfecto.* Le chupé hasta la última gota.

Cuando su cuerpo se calmó y sus gemidos cesaron, me levanté y me quité la camiseta, las zapatillas y los pantalones. Rayssa me miraba, con los ojos brillantes y ansiosos, aún tumbada en el sofá. Sin embargo, cuando me quité los calzoncillos, se levantó.

Mirándome a los ojos, se bajó la cremallera del vestido y lo dejó caer a sus pies, desnuda salvo por los zapatos. No pude dejar de admirarla. Ni siquiera parpadeé. Era tan perfecta, imposible de describir.

— Te la voy a chupar — susurró Rayssa y se humedeció los labios con la lengua.

Se arrodilló frente a mí y, sin reservas, agarró la base de mi polla. Con la punta de la lengua, rodeó mi glande. *¡Joder! ¡Me va a matar!* Gemí y eché la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Se tragó la mayor parte de mi polla y empezó a acariciarme lenta y tortuosamente. Su cálida y suave lengua masajeó mi polla, tragando todo lo que podía, y luego chupó y lamió mi glande, llevándome al límite.

Estaba a punto de explotar en su boca, pero necesitaba sentirla por completo, así que tiré de su cuerpo, la levanté y la llevé a mi cama. Acosté nuestros cuerpos lentamente, abrí sus piernas con mis rodillas y me metí entre ellas. La miré durante un rato, buscando en sus ojos algún signo de vacilación o arrepentimiento, pero todo lo que encontré fue deseo y lujuria.

Rayssa era la inexperta de los dos, pero yo era el nervioso. Me temblaban las manos y el corazón se me aceleraba, como si fuera mi primera vez.

— Por favor, nunca dejes que te haga daño. Ni hoy, ni ahora, ni nunca. — Ella sabía exactamente lo que quería decir y no se echó atrás, sino que asintió.

Me quedé mirándola unos segundos, luego ella me atrajo hacia sí y volvió a besarme. Mientras nos besábamos, aparté un poco mi cuerpo del suyo, coloqué mi polla en su entrada y sólo entonces interrumpí nuestro beso.

— Si es demasiado para ti, pídeme que pare. — En lugar de responder, sonrió, animándome. — Te va a doler, aunque no quiera hacerte daño, pero te prometo que seré lo más suave posible.

Besé la punta de su nariz y, mirándola a los ojos, empecé a penetrarla lentamente. Al principio, permaneció callada con los ojos cerrados. Yo también los cerré, para disfrutar del momento, pero en cuanto avancé un poco más y su cuerpo se tensó debajo de mí, volví a abrirlos.

— Relájate, amor, o será peor — susurré, y pronto sentí que su cuerpo se relajaba.

La penetré un poco más despacio. Ella abrió más las piernas para recibirme, y yo seguí entrando hasta que sentí la barrera de su virginidad. Me detuve de nuevo y besé cariñosamente toda su cara, luego su cuello y uno de sus pechos. Cuando se relajó un poco más, empujé mi polla y me corrí de golpe. No había mejor manera de hacerlo, aunque lo deseaba. No podía prescindir de ella, así que preferí acortar el dolor.

Ella gritó y clavó sus uñas en mi espalda. En ese momento, estaba completamente dentro de ella, y no me moví.

— *Perdóname*, enano. Ya se me pasará. — Me dolía el pecho al ver cómo le brillaban los ojos.

— No pasa nada. No quiero parar. Esperé toda mi vida por este día, Paulo André. Todo lo que quiero ahora es disfrutar cada minuto contigo.

— Cuando me mueva, volverá a doler...

— Por favor, sigue.

La besé y lentamente empecé a moverme de nuevo. Cuando nos quedamos sin aliento, bajé mis besos a su cuello y luego a sus pechos mientras me movía lentamente dentro de ella. *¡Joder!* Su coño me apretaba la polla de una manera... Era difícil no correrse.

Rayssa era tan cálida y suave, y sus roncos gemidos en mi oído me volvían loco. Me tiró de la cara y me besó, hambrienta. Sus manos me agarraron el culo y subieron hasta arañarme la espalda. Nuestros cuerpos estaban conectados y sudorosos.

Sentí que su cuerpo se relajaba un poco más e intensifiqué mis movimientos, gimiendo en su boca. *¡Joder!*

— Cariño, hace mucho que no tengo sexo. Necesito correrme.

— Córrete. Quiero verte correrte — susurró.

Quería que Rayssa se corriera otra vez, pero sabía que no sería capaz en su primera experiencia de penetración, así que aumenté un poco mis movimientos dentro de ella y, cuando sentí que el orgasmo se formaba en mí, apenas tuve tiempo de sacar la polla. Me corrí en todo su vientre.



Ha sido la experiencia más increíble de mi vida. Mi primera vez con P.A. superó todas mis expectativas. Y tenía muchas. Fue perfecto de principio a fin, exactamente como sabía que sería.

Cuando Paulo André se quitó los calzoncillos y su polla salió disparada, estuve a punto de correrme, pero pensé: *¡tranquila, Rayssa! Si Dios lo hizo, es porque cabe.* Así que pronto me calmé.

Chupársela y sentir cuánto le afectaba fue lo mejor de la noche. Y cuando se corrió dentro de mí, se me llenaron los ojos de agua, no por el dolor, sino por lo significativo de aquel momento. He soñado mucho con ello. He anhelado estar íntimamente conectada a él todos los días desde que descubrí que estaba enamorada. Cuando me llamó amor, mostrándose tan cariñoso, mi corazón se derritió un poco más.

No pude evitar observar atentamente cómo se corría. Cerró los ojos y separó los labios, rugiendo de placer y derramándose dentro de mí. Aquel momento quedaría grabado en mi mente para siempre.

Sabía que Paulo André no me amaba tanto como yo a él, pero eso no importaba. También sabía que cuando pensara racionalmente en aquel momento, seguramente se culparía a sí mismo. Sin embargo, no permitiría que se arrepintiera, ni aceptaría que quisiera comprometerse conmigo por ello.

No tenía ninguna duda de que eso era exactamente lo que me iba a proponer, pero no lo quería a mi lado por obligación. Eso ocurriría cuando estuviera tan enamorado de mí como yo de él. Sólo entonces diría que sí.

Justo después de correrme, Paulo André volvió a besarme. Se levantó, fue al baño y volvió con una toalla. *¡Qué hombre!* Me limpió con cuidado, tiró la toalla al suelo y volvió a tumbarse a mi lado, atrayéndome hacia él.

Nos tumbamos de lado, uno frente al otro, y puse una de mis piernas entre las suyas, acurrucándome en su pecho y oliendo su delicioso aroma. Enseguida me acarició el pelo y me esforcé por no dormirme. *No quiero dormir. No quiero que acabe esta noche.*



Rayssa se quedó quieta, mirándome con su típica sonrisa traviesa. *Sabe que ha ganado.* No pude resistirme. Me tenía en sus manos, así que renuncié a pensar tanto y a privarnos de lo que ambos queríamos. *¡No soy un puto hierro!*

La loca me llevó a una casa de columpios, me besó de una forma que casi me hizo explotar y, por si no fuera suficiente el hecho de que era absolutamente guapa, sexy e inteligente, despertó en mí otros sentimientos que aún no sabría definir. Rayssa me llevó al límite, me volvió loco. Me hacía perder la cabeza, y yo simplemente me arrojaba a sus pies y cumplía todas sus órdenes. No sería hipócrita si dijera que sus deseos tampoco eran los míos.

Me cansé de intentar evitar lo inevitable, después de todo, cuando Rayssa quería algo, no se daba por vencida. No sabía cómo acabarían las cosas a partir de entonces, pero seguía sin arrepentirme.

Nos abrazamos en silencio durante mucho tiempo, hasta que nos venció el sueño.



Cuando me desperté, podía oler el dulce aroma de P.A., pero ya no estaba en la cama. Me incorporé, estirándome, y el piso parecía completamente silencioso.

Cuando me levanté, vi una pequeña mancha de sangre en la sábana blanca y los recuerdos de la noche anterior inundaron mi cabeza. Suspiré, recordando cada momento.

— Hoy es uno de los días más felices de mi vida — susurré para mis adentros. — Sólo superado por el día en que nació João Miguel.

Sonriendo, fui a darme una ducha antes de ir al médico.

Me di un baño sin prisas y me lavé el pelo. Cuando volví al dormitorio y me di cuenta de que no tenía ropa limpia, fui al *armario* y cogí una de las camisas de Paulo André. Me la puse y salí de la habitación tras él.

El salón estaba vacío, pero enseguida oí que se abría la puerta del piso y entraba.

— Buenos días. — Sonrió, y me sentí aliviada al no detectar arrepentimiento alguno en su rostro.

— Buenos días. — Le devolví la sonrisa. — Pensé que te habías escapado a Pakistán cuando te despertaste desnuda a mi lado.

— Nunca te haría eso — respondió con franqueza. Me di cuenta de que Paulo André no quería dejar ninguna duda de que todo había sido mutuo entre nosotros la noche anterior. — Bajé a por el móvil y la cartera, que se habían quedado en el coche, y aproveché para comprarnos el desayuno, porque como en cualquier piso de soltero típico, no había nada en la nevera ni en la despensa. ¿Tenéis hambre?

— Hambre — respondí, llena de segundas intenciones, y Paulo André dejó las maletas en el sofá y se acercó para besarme.

— Contrólate, fulana. Ahora no podrás soportarlo. Seguro que todavía te duele.

— No subestimes el fuego de mi culo, Peazinho.

— Dios me libre de subestimar cualquier cosa que te concierna. Pero ahora, vamos a tomar un café, niña traviesa.

Ese día hacía calor, así que P.A. se quitó la camisa y puso la mesa. Yo estaba muy dolorida, pero no podía dejar de mirarle y de pensar en travesuras, sobre todo porque no sabía *cuándo* o incluso si volvería a tenerle.

Desayunamos en un ambiente agradable y, cuando terminamos, miré el móvil. Había millones de llamadas perdidas de mi madre y una de Henrique.

Mi madre sabía que estaba con Paulo André y que probablemente no volvería a casa. Mis padres confiaban en él tanto como en Gui, pero era casi mediodía y no le había dado ninguna noticia, así que debía de estar preocupada.

La volví a llamar y, tras tranquilizarla, volví al salón, donde P.A. estaba organizando el desorden de la mesa.

— ¿Te apetece ir a la playa? — Me sorprendió una vez más con su invitación y me recordó que Henrique también me había invitado a ir a la playa hoy, probablemente por eso me había llamado.

— Podemos ir, pero tengo que ir a casa a por un bikini. ¿Estás llamando a Gui y Mel?

— No. Pensé en ir los dos solos. ¿Qué te parece? Porque tenemos que hablar.

— Me parece genial, pero... Henrique también me había pedido ir a la playa hoy. Incluso hay algunas llamadas de él en mi móvil.

— Este tipo está por ti, y eso me molesta, Rayssa. No lo quiero cerca de ti más de lo que está en la universidad. — P.A. cerró la cara y me entraron ganas de reír.

— No tienes por qué querer nada, preciosa. No somos novios. Vamos a cambiarnos y hablamos de camino a casa.



Cuando abrí la puerta del coche de P.A. en el garaje, vi una flor roja y un bombón en el asiento trasero. El corazón me dio un salto en el pecho.

— ¿Eso es... para mí? — Fue imposible no sonreír y darme cuenta de lo conmovido que estaba por el gesto.

A cambio, recibí una sonrisa que casi hizo que se me parara el corazón. La sonrisa de Paulo André era lo más bonito de él, porque no sólo sonreía con la boca, sino también con los ojos.

— Claro que lo hacía. Una flor, porque eres única; y un chocolate, porque sé que te encanta.

— ¡Oh Dios mío, estás siendo tan dulce! Si no estuviera ya enamorada de ti, lo estaría ahora.

— Lo dices con tanta naturalidad. — Mostró preocupación.

— ¿Por estar enamorado de ti? — Olisqueé la rosa y me senté en el banco.

— Sí, es natural para mí.

— Es natural para mí. Pero no tienes que avergonzarte porque no sientas lo mismo.

— Rayssa, yo... estoy confundida.

— Está bien, P.A. No tienes que dar explicaciones. Todo lo que pasó entre nosotros fue consentido, y no tienes ninguna obligación conmigo. — Salió del aparcamiento de su edificio con el coche.

— No me siento obligado a nada, Rayssa. Pero es evidente que contigo las cosas son distintas que con otras chicas. No puedo ignorar tu importancia en mi vida, fuera de mi cama, y el hecho de que te quité la virginidad. Es imposible no preocuparse...

— Claro que no puedes ignorarlo, pero eso no significa que ahora tengas la obligación de salir conmigo. No quiero salir contigo.

— ¿No? ¿Por qué? — Estaba asombrado y también un poco ofendido.

— Porque está claro que no estás enamorado de mí, y sólo te concederé el honor de ser tu novia el día que me dé cuenta de que estás completamente a cuatro patas. No merezco nada menos.

Paulo André no dijo nada al principio. Parecía pensativo y confuso. Le di todo el tiempo que necesitara para asimilar la información.

— ¿Y cómo nos quedamos?

— Como siempre hemos estado. Pero ahora las siglas de tu nombre tendrán un nuevo significado para mí.

— ¿Acrónimos? — frunció el ceño.

— Sí. P.A. ya no significará Paulo André, sino Pau Amigo. Pero será sólo nuestro, nadie tendrá por qué saberlo.

Me sorprendió con una carcajada. Era inevitable no reír también. Al cabo de unos segundos, volvió a ponerse serio y pensativo.

— ¿Te parece bien? — me preguntó.

— Completamente bien. De hecho, me siento de maravilla.

— De *acuerdo.*

Paulo André esbozó aquella sonrisa asesina que me habría mojado las bragas si las hubiera llevado puestas, y se marchó a toda velocidad en el coche.

No le mentí. Estaba segura de mi decisión. El hecho de que quisiera tanto a P.A. no me permitía obligarle a embarcarse en una relación conmigo sin quererme. Quería que se sintiera cómodo conmigo, que disfrutara de mi compañía y que pudiéramos disfrutar juntos, sin exigencias ni quebraderos de cabeza.

Sería hipócrita, por supuesto, decir que no lo quería como novio, porque sí lo quería, y mucho. Sin embargo, mi mayor deseo era que ocurriera por amor, no por obligación. Mientras tanto, mejor disfrutar.



De camino a la playa, le envié un mensaje a Henrique, disculpándome por mi silencio y diciéndole que iba a la playa con Paulo André. Incluso le invité por si quería reunirse con nosotros allí, pero mi amigo me contestó que estaba a punto de irse porque el sol era demasiado fuerte para Dudu.

Antes de que P.A. y yo disfrutáramos del mar, paramos a comer en un restaurante de la playa y luego fuimos a la arena. Era extraño y bueno divertirse, juntos y sin complicaciones.

Disfrutamos del resto del día. Nadamos, tomamos el sol, vimos algunos partidos de voleibol y charlamos de cosas diversas, siempre de forma distendida. Fue perfecto, natural y, aparentemente, muy correcto. Yo no quería irme, y él tampoco.

Llegó la noche y seguíamos allí, riendo y divirtiéndonos. En el muelle del espigón, contemplamos una hermosa puesta de sol, bebimos agua de coco y nos abrazamos como una pareja normal. Apenas podía contenerme de felicidad.

Al cabo de un rato, volvimos a su piso, nos duchamos juntos e hicimos el amor de nuevo, esta vez lentamente. P.A. actuó con suavidad y cuidado, temeroso de hacerme daño. Seguía doliendo mucho, pero también era placentero, tanto que llegué al orgasmo durante la penetración. Fue trascendental. Nunca me había sentido tan completa como en aquel momento, entre sus brazos.

Cuando terminamos, nos quedamos dormidos, exhaustos. Cuando nos despertamos, yo quería irme, pero él me pidió que me quedara. Así que llamé a mi madre y volví a dormir allí.

El domingo por la mañana, me desperté primero y me quedé en la cama, viéndole dormir. Un rato después, cuando se despertó, nos duchamos y salimos a desayunar a la playa. Pasamos otro agradable día disfrutando del mar y, a última hora de la tarde, cuando aparcó el coche delante de mi casa, sentí que se me estrujaba el corazón.

— Ya hemos llegado, enano. — Me puso la mano en el muslo. — Si no te importa, me gustaría hablar con João Guilherme sobre nosotros.

— Depende de lo que vayas a decir.

— No voy a entrar en detalles. Diré que las cosas han cambiado entre nosotros, que nos estamos conociendo mejor, ahora como pareja; pasando tiempo juntos y demás.

— Me parece bien. ¿Crees que mi hermano se enfadará?

— Sé que estará preocupado, teme que te hagan daño. Yo también estoy preocupado. Pero él sabe que no soy un bastardo y que eres importante para mí. — Tu respuesta fue sincera. — Sea cual sea la reacción que pueda tener, no puedo dejar de hablar. Me sentiría muy mal omitiéndoselo.

— Ya lo sé. Tampoco me gusta mentirle a Gui.

— Así que ya está. Voy a hablar con él, luego te diré cómo reacciona. — P.A. se quitó el cinturón, se sentó de lado en el asiento y me besó.

— Adiós, bombón. — Preferí despedirme directamente e ignorar el malestar que sentía en el pecho. Odiaba el drama.

— Adiós, nena. — Sonrió y me guiñó un ojo.

Salí del coche, derretida por aquel hombre.



Rayssa

— Mira quién está aquí, Augusto — bromeó mi madre en cuanto me vio entrar en casa. Ella y mi padre estaban en el salón. — Por fin te has acordado de que tienes casa y padres, señora Rayssa.

Corrí hacia ellos, salté al sofá donde estaban sentados y los besé.

— ¿Dónde estabais Paulo André y tú hasta ahora? — preguntó mi padre.

— Fuimos a la playa ayer y hoy

— ¿Sólo vosotros dos? ¿Sin tu hermano?

— Sí. Gui ya tiene su familia, papá. Decidimos dejarle un poco de tiempo para él.

— Mamá te echa de menos, pero me gusta verte feliz. Y estos paseos te han hecho bien. Mírate la cara — me acarició la mejilla — estás estupendo.

Sonreí, besé la mejilla de mi madre y apoyé la cabeza en su hombro, mientras ella me abrazaba y me daba ligeras palmaditas en la pierna, como si me acunara. Automáticamente, al

sentirme protegida en su regazo, me vinieron a la cabeza algunos pensamientos sobre el futuro y cómo podrían ser las cosas a partir de entonces. *No dejaré que nada me quite la paz.* Rápidamente aparté esos pensamientos. No tenía ninguna intención de sufrir el día anterior.

— Subo a darme una ducha y a dormir un poco. Tengo clase temprano. — Me despedí de mis padres con un beso.

— Mañana Miguel se quedará aquí mientras Mel está en la universidad. Gui tiene una vista en el juzgado por la mañana y no podrá faltar a clase porque es la última antes del examen —dijo mi madre.

— Es verdad. Ahhh, echo de menos a mi Miguelito.

— Tu hermano lo traerá temprano. A lo mejor te da tiempo a verlo antes de irte.

— ¡Maravilloso!

Besé a mis padres y subí a mi habitación. Me duché y luego llamé a Celina. Me alegró saber que mi amiga estaba bien. Le conté mis noticias y ella también se alegró por mí. Después de hablar un rato, nos despedimos y me fui a dormir.



Al día siguiente, cuando salí de mi habitación, oí la fiesta que había abajo. Mis padres festejaban a João Miguel, y mi ahijado respondía con sus llantos de bebé eufórico.

— Habla abuela, pequeño Miguel — pidió mi madre.

— Mamá, papá.

Mi sobrino estaba a punto de cumplir dos años y sólo hablaba mamá, papá y algunas palabras inaudibles, pero la señora Helena no cejaba en su empeño de enseñarle a hablar abuela. Yo también le enseñaba en secreto a decir dinda, pero aún no lo había conseguido. Cuando aprendiera, dejaría que pensaran que lo aprendió naturalmente porque me quería mucho.

— ¡¡¡Miguelito!!! — Grité, bajando corriendo las escaleras cada dos pasos para encontrar al amor de mi vida. — ¿Dónde está el bebé de Dinda?

Antes de saludar a los demás, me dirigí directamente a mi madre, cogí a mi sobrino en su regazo y lo abracé con fuerza.

— Buenos días a ti también, Rayssa — dijo mi hermano, riendo.

— Lo siento, Gui, pero no tienes ninguna posibilidad cerca de mi bebé. Toda mi atención es suya.

Llené a João Miguel de besos y abrazos hasta que Dorinha nos llamó para desayunar. Fuimos todos a la mesa.

— Ray, no tengo coche porque vine con tu hermano. Te llevo a la universidad — comentó Melinda mientras comíamos.

— Estupendo, cuñada. Es bueno ponerse al día con los cotilleos. — Le guiñé un ojo.



De camino a la universidad, le conté a mi cuñada todo lo que había pasado durante el fin de semana. No escatimé detalles... quiero decir, quizá uno, sobre el tamaño de la polla de P.A. Sólo recordarlo me produjo un delicioso escalofrío y un pequeño frío en el estómago.

— Me alegro mucho por ti, Ray. De hecho, por los dos. Me encanta P.A. y creo que se merece a alguien especial como tú en su vida. Así que apoyo todo lo que está pasando y espero que estéis juntos. Me encantaría ver juntos a los nietos de mi hijo. — Melinda me sonrió. — Pero... si no tienes mucho cuidado con esto del sexo sin compromiso, sabes que podrías salir herida, ¿verdad?

— Sí, lo sé, Mel, pero estoy dispuesta a correr ese riesgo. En cualquier caso, sufro un poco cada día que estoy lejos de él —respondí con sinceridad. — Estoy contenta. No le doy vueltas al hecho de que no me quiera, pero siempre hay un momento en mi día en el que ocurre algo, o algo me recuerda a él, y aparece un dolor sordo. Ahora, al menos tengo cosas buenas que recordar.

— Lo entiendo, cuñada. Pero ten cuidado. Estás enamorada de él y, aunque no lo estuvieras, lidiar con una relación abierta es complicado.

— Tienes razón. Prometo tener cuidado.

— Está bien que no quieras presionar a P.A., pero tampoco puedes dejar que las cosas se pongan demasiado fáciles. Esta situación es demasiado favorable para él. Después de todo, ¿quién no quiere lo mejor de ambos mundos? Tendrá un cuerpo caliente para calentar la cama, pero seguirá con su vida de soltero sin complicaciones. — Melinda, sensata como siempre, me dijo lo que necesitaba oír. — Podría sentar la cabeza y entonces, antes de que te des cuenta, llevarás años en esta relación casual. No dejes que sobrepase tus límites. Quédate mientras sólo sea bueno para ti, pero a la menor señal de sufrimiento, déjalo.



João Guilherme me llamó, invitándome a comer, allí mismo, en la oficina, porque estaba muy ocupado en el trabajo. Dijo que necesitaba hablar conmigo, y la urgencia de su voz me puso en alerta. Pensé que podría tratarse de algo relacionado con mis citas con Rayssa, pero descarté esa hipótesis, ya que le conocía bien y sabía por su forma de hablar que se trataba de algo más serio. En cualquier caso, aprovecharía para hablar de mi situación con su hermana.

Cuando llegué a la oficina, la comida ya había llegado y mi amigo me esperaba en su despacho. Nos saludamos con un apretón de manos y un rápido abrazo, como hacíamos siempre.

— ¿Qué pasa, Guilherme? Me tienes preocupado.

— Siéntate, amigo. — Señaló la mesa y se sentó frente a mí. — No quería preocuparte, pero necesitaba hablar con alguien. Tengo la cabeza a mil por hora. Me pasan por la cabeza un millón de teorías, ya no puedo ni pensar con claridad.

Mostraba un nerviosismo que a mí también me ponía nerviosa.

— Esta mañana, mientras Melinda estaba en la ducha, sonó nuestro interfono. Contesté y el portero me dijo que habían llegado flores para ella. Me pareció muy raro. ¿Quién le mandaría flores a mi mujer? Me cabreé, claro, y le pedí que me las trajera.

— Entonces, ¿de quién eran?

— La pregunta correcta sería: ¿qué flores eran? — Fruncí el ceño. No entendía a dónde quería llegar. — Me entregó un ramo de claveles y me dijo que un tipo de la floristería los había dejado en la puerta unos minutos antes.

— ¿Claveles? ¿Eso es una flor? — Me quedé confuso. Había oído hablar de ella, pero no sabía exactamente cómo era ni si se llamaba así.

— Es una amarilla y maloliente que la gente compra para los muertos. Todo el cementerio apesta a esta flor.

— ¡Qué mierda, hombre! ¿Quién carajo hizo eso?

— Ese es el problema. Yo no lo sé. No tenía tarjeta, y el portero no recuerda el nombre de la floristería.

— ¿No tienes idea de quién pudo haber hecho esto?

— Me... me duele la cabeza de pensar en esto. No quiero ser paranoico, pero hay algo que no me puedo quitar de la cabeza, hermano. — Le miré interrogante y continuó. — La noche

del bautizo de mi hijo tuve la peor pesadilla de mi vida. Soñé que... — hizo una pausa y suspiró, antes de volver a hablar — es malo recordar.

— ¿Qué?

— Soñé que Giovana estaba viva. Aparecía el día del cumpleaños de mi hijo y le disparaba.

Los pelos de los brazos se me erizaron ante el relato de João Guilherme. Los ojos de mi amigo brillaban de lágrimas al tragar saliva.

— La pesadilla era tan real que me desperté gritando y llorando, sintiendo un dolor insoportable en el pecho. Apenas podía respirar. Melinda se despertó asustada, sin saber qué hacer. Sólo me calmé cuando cogió a nuestro hijo y me lo trajo. Fue horrible. Es difícil de recordar hasta el día de hoy.

— Lo siento. Por todo lo que has pasado.

— Siempre me sentí incómodo de que su cuerpo nunca fuera encontrado. Pero después de esa pesadilla, muchos malos pensamientos empezaron a atormentarme. Me volví paranoico y acabé dejando a Melinda así también. Por eso empezamos con el asesoramiento.

— Podrías habérmelo dicho antes, hermano. Habría estado bien quitármelo de encima.

— No quería pensar en ello. Sólo quería... olvidar. — declaró João Guilherme. Tenía los hombros caídos y la mirada un poco distante. — Después de ser padre, mi mayor miedo era perder a mi hijo. Por eso, incluso recordar aquel sueño me pone enfermo.

— Me doy cuenta. Pero a João Miguel no le va a pasar nada. No te preocupes, amigo.

— *Estaba* tranquila, porque las terapias nos habían ayudado mucho. Pero la llegada de aquellas flores despertó en mí un terrible desencadenante y me dejó completamente perturbada, P.A.

— ¿Crees... — volví a estremecerme — que Giovana podría estar viva y haber enviado esas flores?

— Es prácticamente imposible que sobreviviera a aquella caída. El propio equipo de rescate nos lo dijo. Sin embargo, cuando intento pensar en quién podría haber enviado las flores, no se me ocurre nadie aparte de ella.

— Ni siquiera sé qué decirte o qué pensar, William.

— No quiero volver a ponerme neurótico, pero es difícil.

— ¿Estás seguro de que no había ninguna tarjeta en las flores?

— Absolutamente. Voy a pedir las imágenes de las cámaras del edificio e intentar averiguar de qué floristería procedían, así quizá pueda llegar al comprador.

— Ya está.

— Con los problemas de salud de mi padre, he estado hasta arriba de trabajo, pero voy a dar prioridad a resolver este asunto. Para que te hagas una idea, ni siquiera dejé que Melinda

viera las flores y no le dije nada. Pero hoy, cuando lleguemos a casa, hablaré con ella. Hasta que no lo averigüe todo, no quiero que salga sola de casa, y mucho menos con nuestro hijo.

— Creo que es lo mejor. Si necesitas algo, estoy aquí para ti.

— Me volveré loca si no resuelvo esto pronto. De hecho, no quiero que mis padres sepan nada por el momento, porque mi padre no puede estresarse.

— ¿Se lo vas a decir a Rayssa?

— Por supuesto. No voy a ocultarle nada a mi hermana. Además, ella también tendrá que estar atenta.

Fui a reunirme con João Guilherme dispuesta a hablar de mi situación con Rayssa, porque aunque no tenemos nada definido, quería que él supiera lo que pasaba, y también que se sintiera especial y respetado, como yo lo considero. Sin embargo, visto lo que me ha contado y viendo lo alterado que está, he perdido completamente los nervios. *No quiero darle otra preocupación.*

Cuando salí de Castro Marins, llamé a Rayssa y le dije que no le había dicho nada a su hermano. Antes de que pudiera preguntarme, le dije que se lo explicaría más tarde.



Cuando volví a mi despacho, encontré a mi padre esperándome en el salón. No nos habíamos hablado mucho en los últimos dos meses, ya que yo nunca volvía a su casa, y él tampoco se preocupaba de visitar mi piso; mi madre era la única que me visitaba, y a menudo. Mi padre y yo sólo nos veíamos en la oficina, y aun así, de vez en cuando.

— Buenas tardes, papá.

— Buenas tardes, hijo mío.

— ¿Quieres hablar conmigo? — Estaba sentado en mi silla, así que me quedé de pie, esperando su respuesta.

— No, no, no. ¿Por qué no?

— Bueno, llegué a mi despacho y estás aquí, esperando. Supuse lo que era lógico.

— Incluso sería lógico si la habitación siguiera siendo suya. Pero a partir de hoy, no lo es. — Le miré con seriedad. — Es la mejor habitación que tenemos y, como mi heredero y durante mi año sabático, era legítimamente tuya. Sin embargo, ahora que eres un empleado como cualquier otro y que yo volveré a mis actividades habituales, te la devuelvo.

Respiré hondo para mantener la calma. Sabía que estaba intentando tenderme una trampa para que cediera a la presión y me presentara al examen. *No iba a entrar en su juego.* Pero ya no

era una niña. *Tendría que aprender a respetar mis decisiones.*

— De acuerdo. Recogeré mis cosas y volveré a mi antigua habitación.

Asintió con la cabeza, viéndome recoger mis pertenencias. Unos minutos más tarde, cuando salía de mi antigua habitación, me llamó.

— Lo había olvidado. Toma, esto también es tuyo. — Extendió la mano hacia mí, sosteniendo un sobre, y ante mi cara de confusión, siguió hablando. — Es la factura de tu tarjeta de crédito.

No pensé que nada de lo que viniera de él me sorprendería, pero me equivoqué. No descansaba.

— Entiendo que no la reconozcas, al fin y al cabo nunca has visto una de estas, porque todos tus gastos los pagaba la empresa y ni siquiera pasaban por tu mano. Pero ahora que has tomado las riendas de tu propia vida y eres un hombre independiente que sabe lo que le conviene, pagarás la factura con tu propio sueldo.

Eso me dolió. No tenía nada que ver con el dinero, sino con el hecho de que actuaba de forma autoritaria y egoísta; que pensaba que yo era un pequeño hijo de puta que no podía mantenerme y pagar mis propias facturas. Realmente pensaba que presionándome cedería. Mi padre intentaba utilizar el dinero para manipularme, y eso me cabreaba. Estuve a punto de explotar, pero me contuve y actué con calma, igual que él.

— ¿Algo más? — Eso es todo lo que dije, porque él mismo me enseñó a mantener la compostura, fuera cual fuera la situación.

— Sí, los consejos de un padre, aunque ya no los valoras. Ten cuidado de no gastar más de la cuenta, porque tu tarjeta no tiene límite, pero tu sueldo sí.

— Gracias por el consejo, pero no te preocupes por mí. Puedo cuidarme sola.



La semana pasó volando. Siempre era la primera en llegar y la última en salir del despacho, porque, además de mis antiguos clientes, me ocupaba de todos los casos que podía. Me esforzaba mucho en cada uno y, cuando llegaba tarde a casa, estudiaba.

Siempre fui dedicado y nunca tuve miedo de aceptar un caso difícil. Muchos abogados novatos evitan los casos complicados, pero yo nunca lo hice, porque me gustaba enfrentarme a retos y estar segura de mí misma. Que fuera novata no significaba que tuviera que pensar como tal. Así que aceptaba cualquier caso, me dejaba la piel estudiando y, al final, ganaba el caso. Así me forjé un nombre y me gané un lugar en la abogacía. Mi respeto en la oficina no era exigido,

sino merecido.

Eran días tensos. Apenas tenía tiempo para hablar con João Guilherme y Rayssa. Ni siquiera sabía si mi amiga se había enterado de algo sobre las flores. Lo único que sabía era que Melinda y la niña ya sabían lo que había pasado.

El viernes, en cuanto llegué a casa, me duché y me di un momento para relajarme. Antes había pensado en salir, pero como estaba tan jodidamente cansada, decidí simplemente abrir un poco de vino, poner música agradable y tumbarme en la tumbona del balcón de mi piso. La noche era preciosa, el cielo lleno de estrellas y el tiempo agradable.

La voz de Ana Carolina sonaba en mi equipo de música, y cerré los ojos para sentir el viento golpear mi cara y prestar atención a la letra de la canción Quem de nós dois.

"En vano de las cosas que hemos dicho,
ya no podemos ser sólo amigos.
Y cuando digo que ya ni siquiera quiero,
la frase se vuelve del revés, un poco al revés.
Y cuando finjo olvidar, no he olvidado nada.
Y cada vez que huyo, me acerco más,
y perderte de vista así es demasiado malo.
Y por eso recorro tu futuro
y hago de los recuerdos un lugar seguro.
No es que quiera revivir ningún pasado,
ni quiero revivir un sentimiento que se ha vuelto del revés,
pero cada vez que busco una salida
acabo entrando accidentalmente en tu vida".

De repente, la imagen de Rayssa invadió mi mente. A veces pensaba que todo era una puta locura y me cuestionaba mi comportamiento, pero la mayor parte del tiempo lo único en lo que pensaba era en lo mucho que deseaba volver a hacerlo.

Soy un tipo al que siempre le ha gustado estar solo, pero ese día, la soledad me molestaba y sólo podía pensar en una persona con la que me gustaría estar. Titubeante, saqué el móvil y escribí un mensaje.

P.A.: *¿Qué haces?*

Enano: *Acabo de salir de la ducha. Estoy desnudo, en mi cuarto de baño, hablando contigo...*

¡Joder! Ese fue el momento en que decidí mandar a la mierda el sentido común.

P.A.: *Ven a mi apartamento. Acabo de abrir un poco de vino. Pasa la noche conmigo.*

Enano: *¿Me estás pidiendo una entrega, Paulo André?*

Era imposible no reírse. Rayssa siempre sería la mujer más ingeniosa que he conocido.

P.A.: *Creo que soy adicto. Entonces... ¿Puedo pasar a recogerte?*

Enano: *Me pasaré. ¡Pero te cobraré una tarifa de entrega! Prepara la cartera.*

P.A.: *Tómatelo con calma, porque ahora soy un empleado.*

Enano: *Es una ganga, ¿no? Pero no pasa nada, se lo haré a crédito.*

P.A.: *Perfecto. El trato no cuesta mucho.*

Enano: *Hasta luego.*

Guardé el móvil, respiré hondo el aire que invadía mi balcón y sentí que mi energía se renovaba.



Unos minutos después, sonó el timbre y la canción Monalisa, de Jorge Vercilo, invadió mi piso. La letra me vino de perlas, confirmando que nada ocurre por casualidad.

"Paralízame con tu mirada
Monalisa
Tu casi risa ilumina
Todo alrededor, mi vida
Ay, guíame
Contigo o úsame
Para tu placer, me fascinas
Diosa con aire de niña..."



— Hum, me gusta la música — dije en cuanto P.A. abrió la puerta de su piso.

En ese mismo momento, la música se desvaneció en el fondo y le miré de arriba abajo de forma discreta y desvergonzada. Ni siquiera me molesté en disimular.

— ¡Y tú también!

Paulo André estaba de pie con su fuerte y delicioso pecho completamente desnudo. Estaba descalzo y sólo llevaba un pantalón corto alrededor de la cintura, dejando asomar la deliciosa V de su abdomen. Era como el mapa de un tesoro, y yo quería lamerlo todo hasta encontrar el oro. La copa de vino en su mano y la sonrisa pícara en su cara hacían su imagen aún más espectacular. *Delicioso.* Salivé.

— Buenas noches, diosa. — Se refirió a la música que estaba tocando. Su voz gruesa me puso la piel de gallina.

Sin apartar la mirada, bebió el resto del líquido de su vaso. *¡Jesús, sacúdeme!* Incluso

tragando su vino, el hombre era sexy.

— Buenas noches, dios de ébano.

No dijimos ni una palabra más. En lugar de eso, me tiró de la cintura y me llevó al piso, besándome. Mis manos recorrieron su pecho, sus brazos y su culo, mientras su boca devoraba la mía y sus manos se deslizaban por mi cuerpo. Cada parte de mí reaccionó violentamente a su contacto. Se me puso la piel de gallina y me mojé.

Salté a su regazo y P.A. me abrazó con fuerza. Caminó conmigo por la habitación, llevándome al taburete alto de su barra, donde me sentó.

Abrí las piernas y Paulo André se acomodó entre ellas, sin dejar de besarme. Sin demora, se apartó sólo para quitarme la blusa y el sujetador, y gemí al sentir su cálida lengua lamiendo y chupando mis pechos. Me agarré a su cabeza, incitándole a seguir, e inmediatamente mi vagina palpitó, deseosa de recibir también algo de atención.

Mis gemidos resonaron por todo el piso mientras me torturaba con su lengua caliente y hábil. Eché la cabeza hacia atrás y mi cuerpo se puso flácido cuando bajó sus besos y me subió un poco la falda. P.A. me abrió más las piernas, apartó las bragas y me lamió. *Madre mía. Es el paraíso.*

— Un coño perfecto y delicioso, todo meloso para mí. — Su voz sonaba ronca de placer.

Me la chupó y casi me vuelve loca metiéndome un dedo. Incontrolablemente cachonda, moví las caderas y P.A. me agarró de los muslos y me acercó a él, chupándome con voracidad. Mi cuerpo temblaba. Me corrí, con gemidos desesperados saliendo de mi boca. Paulo André lamió hasta la última gota y, cuando levantó su cuerpo, besó mi boca, haciéndome saborear.

Todavía estaba completamente vulnerable cuando P.A. me levantó, como si no pesara nada, y me llevó hasta el sofá. Me puso a cuatro patas, con las manos en el reposabrazos, y pensé que iba a penetrarme. Sorprendido, se tumbó debajo de mí y, sujetándome por la cintura, guió mis caderas para que me sentara sobre su cara. Mis ojos se pusieron en blanco cuando prácticamente me penetró con su lengua.

— Ahhhhh — grité, entre los espasmos de mi cuerpo. Paulo André era sin duda el rey del sexo oral, y yo estaba más que feliz de ser su súbdita.

Me acarició el clítoris con la lengua y gemí, delirando de placer. Una de sus manos me agarró por la cintura, mientras la otra aplastaba la carne de mi culo con un apretón. Sin que me diera cuenta, uno de sus dedos tocó mi ano y ejerció un poco de presión. *¡Joder!*

No me di cuenta de que era tan traviesa hasta que deseé con todas mis fuerzas que me metiera el dedo en el ano. Al principio no lo hizo, sino que se limitó a provocarme con movimientos circulares y una ligera presión en la entrada. La expectación era enloquecedora y alucinante.

Me revolví en su dedo, gimiendo con fuerza, desesperada por su contacto. Sentí el

orgasmo formándose en mi vientre y, en ese momento, P.A. intensificó los movimientos con su lengua y su dedo. Con la llegada de los primeros espasmos, sentí la punta de su dedo penetrarme, llevándome al límite y mostrándome un placer que nunca había imaginado que existiera. Me corrí, delirando, gimiendo y gritando. Él seguía chupándome y deslizando su dedo dentro de mí.

Apenas tuve tiempo de calmarme y Paulo André se levantó rápidamente, se puso un preservativo en la polla, me colocó de rodillas en el sofá, mirando hacia el respaldo, y me penetró por detrás.

Grité cuando sentí su gruesa polla abriendo mi carne, llevándome al borde del placer. Paulo André se acomodó completamente en mi interior y no tardó en entrar y salir de mí. Los dos gemíamos. Yo estaba tan mojada que, a pesar de haber perdido la virginidad hacía poco, él entraba y salía con facilidad. Sus pelotas me golpeaban el culo mientras yo giraba sobre su polla. Esta vez, P.A. no fue suave, y me encantó la nueva experiencia.

— Qué rico. Ese coño caliente se está tragando toda mi polla, niña traviesa. — Casi me corro al oír sus bromas.

Levanté el cuerpo y apreté la espalda contra su pecho, animándole a hablar más cerca de mi oído. Me apartó el pelo a un lado y me besó el cuello, sin dejar de penetrarme cada vez más fuerte y profundo. Una de sus manos fue a mi pecho, la otra a mi clítoris. Masajeó mi nervio hinchado y palpitante, y pronto sentí que me llegaba otro orgasmo. Paulo André empujaba sin parar, me mordía el hombro y gemía en mi oído, volviéndome loca.

Me corrí de nuevo y tan intensamente que la cabeza me daba vueltas y mi cuerpo perdía las fuerzas. Si no me hubiera sujetado, me habría desplomado en el sofá.

— Voy a correrme ahora — me anunció al oído.

— Ven, cariño — le animé.

Su respiración se aceleró y rugió, empujando con fuerza dentro de mí y liberando su placer.

Caímos exhaustos en el sofá. Paulo André estaba encima de mí y seguía dentro, pero sacó rápidamente la polla y se quitó el preservativo, tirándolo al suelo. Se subió al sofá y me acercó a él... Cuando apoyé la cabeza en su pecho, sentí que su corazón se aceleraba, igual que el mío. Nuestras respiraciones siguieron jadeantes durante un rato, pero al cabo de unos minutos se normalizaron. Estábamos totalmente relajados.



No quería moverme ni salir de la posición en la que estábamos, pero mi estómago gruñó

tan fuerte que interrumpió nuestro letargo.

— Creo que alguien tiene hambre. — P.A. me besó la cabeza y me sacó suavemente de sus brazos, tumbándome en el sofá mientras se levantaba.

Recogió el preservativo del suelo, le hizo un nudo y salió desnudo, sin ninguna ceremonia; fue al baño y volvió con la misma calma.

— Tengo la nevera llena de comida congelada que me ha dejado mi madre, pero voy a prepararnos una tortilla recién hecha.

— ¿Y vas a cocinar así, desnuda?

— ¿Alguna objeción?

— Ninguna, cariño. De hecho, voy a aprovechar para disfrutar de la vista. Sólo ten cuidado de no freír el huevo equivocado.

— Adelante, cariño — respondió, luego se rió, guiñó un ojo y se fue.

Estuve a punto de llorar al ver aquel culo tan caliente. En lugar de eso, me levanté del sofá y fui al baño a mear; luego entré en el dormitorio, me puse una de sus camisas y volví al salón.

El piso de Paulo André era *diáfano*[8], así que desde el salón o el comedor podía verle en la cocina y viceversa.

— ¿Son expedientes? — pregunté, refiriéndome a la mesa llena de papeles.

— Sí, lo son.

Cogí algunos y los hojeé, curiosa. Estaban llenos de marcas y notas con inteligentes observaciones sobre los casos.

— En realidad, son copias que traigo para estudiar. — comentó mientras yo leía.

— Gui dice que eres un abogado increíble.

— Él también lo es.

— Y yo también lo seré.

— Desde luego que lo serás. Astuto y persuasivo como eres... — confirmó, y me sentí de maravilla.

— Si no fuera tan persuasivo, hoy no estaríamos aquí, relajados después de un sexo maravilloso. Eres un tipo afortunado por tenerme en tu vida, Paulo André — bromeé.

— No tengo suerte. Me forjo mi propia suerte. — bromeó él.

— Hum... Citando a Harvey Specter[9]. Es mi abogado caliente favorito.

— Creía que tu abogado más sexy y favorito era yo.

— En la vida real, sí. Pero en la ficción, es definitivamente Harvey. Donna y Rachel[10] son maravillosas también.

— Te prefiero a ti.

Miré a P.A. y recibí su sonrisa descarada como complemento a mi respuesta. *El hijo de puta sabe cómo seducir a una mujer.*

— Si sigues diciéndome estas cosas, voy a venir a morderte el culo.

— Deja mi culo en paz.

— Sólo si dejas el mío...

— ¿De verdad quieres que lo haga?

— No — admití, sin pensármelo dos veces, y sentí que se me encendían las mejillas. Paulo André se rió con ganas.

— ¿Rayssa de Castro Marins es tímida? No me lo puedo creer — se burló, y yo resoplé.

— Me has pillado por sorpresa. Fue una cosa del momento. Mira, ya he vuelto a ser desvergonzada — me burlé de él, apoyando una de mis piernas sobre la mesa, dándole total visibilidad de la mitad de mis piernas.

— No me tomes el pelo, enano. — Volvió a reírse, pero apartó la mirada de mí para añadir queso a sus huevos.



La tortilla estaba deliciosa y me la comí rápidamente. Tenía mucha hambre.

— Tus huevos están deliciosos, pero sigo prefiriendo la salchicha — me burlé de él y P.A. casi escupió el zumo de naranja que estaba bebiendo.

Estaba a punto de responder con otra broma, pero el timbre de su móvil nos interrumpió. Miramos juntos el nombre que aparecía en la pantalla y nos miramos.

— Voy a contestar — dijo Paulo André, y yo asentí. Puso la llamada en altavoz y siguió comiendo, intentando ser lo más natural posible. — Habla, hermano.

— *Por su voz animada, apuesto a que se estaba comiendo a alguien.* — Esta vez fue él quien se puso rojo.

— Me alegro de que sea viernes y esté en casa.

— *Llamé para pedirte que vengas a almorzar mañana. También llamaré a mi hermana.*

— Yo también llamaré a mi hermana. En cuanto me despierte, vendré.

— *Estupendo.*

— ¿Alguna razón especial para este almuerzo?

— *No. No nos hemos visto mucho y quiero distraerme. Hablaremos más mañana, amigo.*

— De acuerdo, amigo. Hasta mañana, entonces. Dale un beso a Mel y a Miguel.

— *Gracias, hermano. Buenas noches.*

— Ya te llamará. — dijo Paulo, en cuanto hubo desconectado la llamada con João Guilherme.

Como por arte de magia, mi móvil sonó y el nombre de mi hermano apareció en la pantalla. Me invitó a comer a su casa y dijo que también había invitado a P.A.

Después de las llamadas que recibimos, el ambiente se volvió un poco incómodo entre nosotros. Los dos nos sentíamos un poco incómodos, avergonzados o algo así. João Guilherme era demasiado importante para nosotros, así que nos sentimos como dos traidores.

— No me siento bien con esta situación. Siento que estoy traicionando a Gui, y él no se lo merece. Iba a contárselo todo cuando lo conociera, pero después de la historia de las flores, perdí los nervios.

— Lo sé, lo sé. Yo siento lo mismo. Pero creo que hiciste bien en no decir nada, al menos por ahora. Deja que él lo resuelva primero.

— ¿Sabes si ha encontrado la floristería que envió el ramo?

— No. Incluso consiguió las imágenes de la cámara de la recepción, pero no pudo ver el nombre en la camisa del repartidor. Gui imprimió una imagen de la cara del tipo y recorrió las floristerías cercanas, pero no encontró a nadie con los mismos rasgos.

— ¡Qué tontería! Siempre hay algo que quita el hipo.

— Sí, es verdad. Pero lo superaremos — dije con confianza. — Cambiando de tema, ¿cómo es la relación con tu padre?

— Extraña, fría... distante. A veces parece un profesor autoritario que ha tenido una rabieta con su alumno, o simplemente un jefe. Incluso pensé en irme y montar mi propio despacho, pero...

— ¿en serio? No debería haber un "pero".

— No quiero precipitarme sólo porque me moleste su comportamiento. Mi padre ha trabajado duro para conseguir lo que tiene hoy, y me siento obligada a estar siempre a su lado, aportando algo. Pero es difícil. — Paulo André me contó el episodio del salón y la factura de la tarjeta de crédito. — Sé que mi padre no es un mal tipo, sólo cree firmemente que está haciendo lo correcto por mí. Pero odio que intente manipularme controlando mis gastos y quitándome ventajas. Realmente piensa que así cumpliré sus órdenes, y eso me molesta y me duele.

— Te diré directamente que si te vuelves pobre, no te querré más. No sé si lo sabes, pero el amor de polla no llena la barriga. — Conseguí arrancarle una carcajada, suavizando un poco el pesado ambiente.

— No te preocupes, no seré pobre, gatita. Incluso me gano bien la vida con mis casos y tengo mis ahorros.

— Gracias a Dios. — Pongo las manos juntas delante de mi cuerpo en un gesto de agradecimiento.

— Cambiemos de tema, porque no quiero perder la paz — anunció Paulo André y moqueó. — ¿Cómo está Celina?

— Cada día mejor, gracias a Dios. Después de aquel susto, la tía Carla se volvió más tolerante y hasta aceptó recibir a Clara en casa.

— Son buenas noticias. Estaba preocupada aquel día en el hospital.

— Dímelo a mí. — suspiré. — Otra persona que me preocupa es Roberta.

— La demanda que presenté contra ese bastardo sigue su curso.

— Ya lo sé. ¿Puedes creer que esté intentando quedarse embarazada?

— Valiente.



Paulo André y yo dividimos nuestra velada entre hablar, escuchar música, practicar sexo y beber. Nos acabamos casi dos botellas de vino y nos fuimos a la cama a las 4 de la madrugada.

Cuando llegó la mañana, me desperté con dolor de cabeza y náuseas. Salí de la cama antes que él y corrí al baño a vomitar. Cuando conseguí recuperarme un poco, me di una larga ducha y cuando volví al dormitorio, lo encontré despertándose.

— Buenos días, mi delicia de melanina — le saludé con un beso.

— Buenos días, enano. — Su voz era aún más gruesa por el sueño.

— Qué olor tan agradable. ¿Por qué no me has invitado a ducharme contigo?

— Me levanté con prisas para vomitar, no me dio tiempo.

— ¿De verdad? Deberías haberme despertado. Pero, ¿se te pasaron las náuseas?

— Se me pasaron en cuanto vomité, aunque todavía me duele la cabeza.

— Vamos a desayunar y luego te tomas la medicina.

Paulo André se levantó y nos preparó el desayuno. Me tomé un analgésico y me tumbé en el sofá a esperar a que se duchara.

Por suerte, me había llevado una muda a su casa, así que no tendría que pasar por allí antes de ir a comer con Gui.

— ¿Qué le dijiste a la tía Helena? ¿Dijiste que ibas a dormir en mi casa otra vez? — P.A. entró en el salón.

— Le dije la verdad — respondí con calma, y los ojos de Paulo André se abrieron de par en par. — Tranquilízate. Mi madre es diferente. Nunca he tenido miedo de contarle las cosas, y no me gusta poner excusas, porque siempre me ha hecho sentir que puedo contarle cualquier cosa. Pienso: "Se lo contaré a mi madre y ella me ayudará a solucionarlo" en lugar de "Si mi

madre se entera de esto, romperá conmigo". Así que no te preocupes. Además, me ha prometido que no se lo dirá a mi padre ni a William.

— No quiero que piense que me estoy aprovechando de ti.

— Ella nunca pensaría eso. Mi madre te quiere como a un hijo, P.A.



— ¿Habéis venido juntos? — preguntó João Guilherme en cuanto se abrió la puerta del ascensor y entramos.

— Sí, nos pusimos de acuerdo — respondí, porque Paulo André había echado el freno. Ya no podría mentir ni ocultarle nada a mi hermano.

— ¿Dónde está mi ahijado? — preguntó P.A., cambiando de tema.

— Melinda lo está bañando.

— Voy para allá. Echo mucho de menos a mi bebé. — Los dejé a los dos solos en el salón y corrí a la habitación de João Miguel.

— ¡¡¡Miguelitooooo!!! — grité desde la puerta de la habitación, y el animalito tembló de miedo. Pero en cuanto vio que era yo, esbozó una enorme sonrisa.

Corrí hacia la cama, donde mi cuñada estaba terminando de vestirlo, y me acerqué directamente a su barriguita. Le encantó.

Nos quedamos un rato en el dormitorio, besándonos con Miguel, y luego fuimos a reunirnos con los chicos en el salón.

— Hola, P.A. — Melinda besó la mejilla de nuestro amigo.

— ¿Quieres decir que hoy vas a cocinar para nosotros? — preguntó Paulo André.

— No para nosotros. Ella cocina para mí, y yo he hecho la caridad de invitaros. — bromeó mi hermano.

— João Guilherme insistió en comer gambas en moranga y, como me encanta mimar a mi marido, voy a hacer el plato que él quiera.

— Ay, qué mono eres — fingí admiración, y todos rieron. — Lo bueno es que también sacamos provecho.

— Yo también llamé a tus padres, Ray. Pero mi suegra dijo que Verinha ya había quedado con ellos para comer.

— Es verdad. Ella me lo dijo.



— Me di cuenta de las miradas en sus caras en la sala de estar. ¿Os habéis acostado otra vez? — me preguntó Melinda cuando nos quedamos solos en la cocina.

— Toda la noche. Estoy hecha polvo, cuñada. Por cierto, ¿tienes alguna pomada de Miguel para prestarme? — pregunté con seriedad, pero ella se echó a reír.

— Tengo la mía — contestó sin poder parar de reír.

— Apuntaré el nombre. Me cuesta hasta orinar. Gimo, pero en este caso sufro de alegría.

— ¡Muchacha traviesa! Será mejor que vayas al ginecólogo y empieces a tomar anticonceptivos, porque los condones gotean. ¡Estás usando condones, por cierto!

— ¡Dios es más! No puedo ni pensar en quedarme embarazada. Ya he pedido cita con el ginecólogo, pero usamos condones cada vez que tenemos sexo. Quiero decir, excepto la primera vez, pero se lo quitó cuando se corrió.

— Eso no es seguro, Rayssa. Una gota tiene miles de pequeños guisantes.

— Lo sé, cuñada, pero sólo fue la primera vez. No volveremos a ceder.

— Me encantaría que Miguel tuviera un primito, pero antes será mejor que os arregléis.

— ¡Sigue soñando! No hasta dentro de diez años o así.

— Si sigues así, no lo sé.

— ¡Vuelve la boca! — Toqué madera.



Tuvimos un almuerzo tranquilo y delicioso. Melinda era una gran cocinera, nunca decepcionaba.

— ¿Conseguiste averiguar algo sobre las flores, Gui? — preguntó Paulo André cuando estábamos en el salón después de comer.

— Nada. La filmación no fue lo bastante buena. Incluso visité algunas floristerías de por aquí, pero no encontré nada. Intento no asustarme por eso, pero es una putada.

Nadie hablaba en voz alta, pero la verdad era que todos temíamos que Giovana pudiera estar viva. Aunque los equipos de rescate decían que era prácticamente imposible, el hecho de que no se hubiera encontrado el cuerpo nos hacía sentir ansiosos.



Paulo André y yo llevábamos un mes enganchados y adictos el uno al otro. Ninguno de los dos hablaba nunca de salir, aunque nos juntábamos todos los fines de semana. Yo iba a su piso el viernes por la noche y sólo volvía a casa el domingo.

El sexo mejoraba cada día. Teníamos mucha afinidad en la cama, pero sobre todo fuera de ella. Esto hizo que las cosas fueran muy naturales entre nosotros.

Como no hubo más incidentes en relación con las flores enviadas a Melinda, Paulo André decidió hablarle a mi hermano de nosotros, pero nos sorprendió enterarnos de que a Miguelito le habían diagnosticado una neumonía. Todo fue muy repentino. Melinda y João Guilherme estaban desolados, así que una vez más lo aplazamos.



El lunes me levanté indispuesta y pensé que era mejor quedarme en casa y descansar un poco.

— ¿Estás mejor, hija? — Mi madre entró en mi habitación con cara de preocupación.

— Sí, mamá. Después de vomitar se me quitaron las náuseas. Ahora me siento un poco débil.

— Le he pedido a Dorinha que te prepare algo ligero de comer.

— Gracias, mamá.

La señora Helena permaneció unos instantes en silencio, observándome. Comprendí que quería decir algo.

— Escúpelo, mamá.

— ¿Cómo están las cosas entre Paulo André y tú? ¿Cuándo va a venir a hablar con tu padre? — Me reí nerviosamente.

— Las cosas van tan bien que no puedo mantenerme al margen. Tú, Mel y Celina siempre me decís que no acepte esta situación por mucho tiempo, pero nos llevamos tan bien y es tan bueno estar con él que es difícil decirle que no.

— Te entiendo, hija. Entonces, si estáis bien juntos, ¿qué os queda por hacer antes de empezar a salir? Me encantaría. — Mi madre sonrió soñadoramente.

— Ya lo sé, mamá. Es sólo que llevamos poco tiempo juntos, y le dije que sería sin presiones, así que... Pero ya lo arreglaré. Por ahora, P.A. se está portando bien, pasando todos los fines de semana conmigo...

— Está bien, mi amor. Confío en ti y sé que harás lo correcto. — Mi madre me besó en la frente y luego bajó a comprobar que mi almuerzo estaba listo.

Como quería sentirme mejor, salí de la cama. Me di una larga ducha fría y bajé a comer, o a merendar si la comida no estaba lista. Sentí hambre, pero todo mi apetito se desvaneció cuando llegué a la cocina y el olor a ajo invadió mis fosas nasales. *¡Santo cielo!*

Sólo tuve tiempo de correr al retrete más cercano antes de tener que sacar el resto de mis tripas; después de todo, no me quedaba ni un gramo de comida. Segundos después, la mano de mi madre me agarró del pelo.

— Rayssa, será mejor que vayamos al médico.

— No es nada, mamá. Debo haber comido algo en mal estado ayer. Estaba bien, pero cuando olí a ajo en la cocina, se me revolvió el estómago — respondí, después de enjuagarme la boca.

— ¿Fue todo por el olor a ajo? — preguntó mi madre, pálida y con los ojos muy abiertos.

— Pues sí. Mamá, ¿estás bien? ¿Por qué te sorprendes tanto?

— Estás embarazada. ¡Dios mío!

— ¿De qué? ¡No! ¡Claro que no!

— No te lo estoy preguntando, Rayssa. *Estás* embarazada. Durante el embarazo de tu hermano, no podía soportar el olor a ajo. Era suficiente para hacerme vomitar, incluso desde lejos. ¡Dios mío! Todavía eres tan joven y...

— ¡Basta, mamá! No estoy embarazada.

— Llamaré a la farmacia y les pediré que me hagan unas pruebas.



Mi cuerpo se enfrió y tembló. Estaba en estado de shock y, a mi lado, mi madre lloró mucho cuando vimos aquellas dos marquitas en el test que tenía en la mano. *Estaba embarazada.*

Ya no había ninguna duda. Me hice cinco pruebas, una de cada marca, y en todas aparecían las dos rayitas. *Positivo.*

En aquel momento, lo primero que pensé fue en cómo le iba a contar el embarazo a Paulo André. *Ni siquiera sé si a él le gustaría ser padre algún día.* La desesperación no hizo más que crecer en mi interior. Mi padre, João Guilherme... ¿Qué les diría? *¡Dios mío!*

Intenté respirar profunda y lentamente cuando me di cuenta de que estaba hiperventilando. El cuarto de baño me parecía pequeño y asfixiante. Era difícil creer en nuestra mala suerte, después de todo, nos quedamos embarazados la primera vez.

Paulo André tenía experiencia suficiente para saber que el coitus interruptus era arriesgado. De hecho, ni siquiera hacía falta tener experiencia, bastaba con no ser tan estúpidos. Yo no tenía experiencia, pero lo sabía. Sin embargo, justo cuando estaba besando al chico que amaba, llena de excitación y anticipación, perdí el control y probablemente él también. Fue entonces cuando la mierda sucedió.

— Ven aquí, mi bebé. Todo irá bien — me abrazó mi madre. — No llores, porque el bebé lo siente.

Sólo en ese momento me di cuenta de que estaba llorando. Como siempre, mi madre me estrechó entre sus brazos, haciéndome sentir mejor en su cálido y acogedor abrazo.

Me apoyó y me llevó a mi habitación, donde lo único que quería era esconderme bajo las sábanas y dormirme.

Me tumbé en la cama y ella se tumbó a mi lado, sin dejar de abrazarme. No me gustaba

llorar ni lamentarme por las cosas que me pasaban, pero la carga emocional de aquella situación era demasiado grande. No pude soportarlo mucho tiempo hasta que las compuertas se abrieron y ya no se cerraron más.

— Hija, tienes que calmarte. No es el fin del mundo. — Sus palabras de consuelo me calmaron un poco, pero sólo un poco.

— ¿Cómo voy a decirle a P.A. que va a ser padre, mamá?

— Olvídate por un momento de Paulo André y piensa ahora en ti.

— ¿Olvidar? Nunca quise que eso sucediera. No quería que estuviera atado a mí por obligación. No quería que se sintiera presionado a quedarse conmigo porque estoy embarazada.

— Nadie va a presionarle, hijo mío. Pero tendrá que asumir sus responsabilidades como padre.

— Lo conozco bien, mamá. Nadie tendrá que presionarlo, porque él mismo sentirá que tiene la obligación de quedarse conmigo. Sobre todo por su amistad con João Guilherme.

— Nunca te obligaríamos a casarte. Ni yo, ni tu padre, ni mucho menos tu hermano. Además, no estarás indefensa, Rayssa. Tienes una familia.

— Lo sé, mamá. No me preocupa. Es sólo que no quería que las cosas pasaran así... Dios mío. ¡Embarazada!

— Mírame, mi amor. — Mamá me levantó la barbilla para mirarme a los ojos. — No será fácil. Tendrás que compaginar tus estudios con el embarazo, llevarás el peso de un niño durante nueve meses y tendrás que adaptarte a la vida de mamá... — la señora Helena volvió a llorar.

— Bien hecho, mamá. ¿Cómo puedes animarme llorando así?

— Aún eres tan joven. Mamá siente pena por ti. Sé lo difícil que es ser madre. No me malinterpretes, es lo más feliz en la vida de una mujer, pero la gente idealiza demasiado el embarazo y la maternidad. Es duro, Rayssa. No te voy a mentir. Pero mamá y papá siempre estarán a tu lado para ayudarte en todo.

— ¡Oh, Dios mío! Mi padre estará tan decepcionado conmigo.

— No, no lo estará. ¡Nunca nos decepcionas! Al principio estará triste, pero luego te apoyará en todo, estoy segura.

La Sra. Helena me abrazó aún más fuerte y me acarició la cabeza mientras las lágrimas corrían por nuestros rostros.

— ¿Cuándo se lo vas a decir a Paulo André?

— No... no lo sé, mamá. Necesito un poco de tiempo para digerir la noticia y hacerme a la idea primero.

— Por supuesto, mi amor. Hazlo cuando estés lista, pero no lo postergues demasiado, después de todo, él tiene derecho a saber.

— Por favor, no se lo digas a mi padre y a João Guilherme todavía, mamá.

— No puedo ocultarle algo así a tu padre, Rayssa. Se sentirá herido. Prometo no decírselo a tu hermano, pero tu padre tiene que saberlo. — Tenía razón. Asentí abatida y recibí un beso en la mejilla.

Me sentía agotada, así que, con mi madre acariciándome el pelo, no tardé en dormirme.



Horas más tarde, me desperté con unos ligeros golpes en la puerta de mi habitación.

— Pasa — autoricé.

Tragué saliva al darme cuenta de que era mi padre y me puse nerviosa por no ser capaz de descifrar sus sentimientos. Se acercó lentamente a mi cama y se sentó a mi lado.

— Me lo ha dicho tu madre. — Cerré los ojos, avergonzada. — Mírame, hija. No he venido a criticarte, porque el mundo ya es demasiado crítico. Mi trabajo, como padre, es apoyarte. En todo. — Me cogió la mano con afecto. Me sentí automáticamente aliviado.

— Papá, yo... — Ni siquiera pude terminar, porque me abrazó.

— Nada volverá a ser lo mismo. Paulo André y tú tendréis ahora una misión difícil. Conciliar los estudios con la maternidad es agotador y estresante, y por mucho que P.A. sea un padre presente, en algunos aspectos no podrá ayudarte. Siempre es la mujer la que se lleva las "peores partes". Tú eres muy joven hija, pero él no tanto. Y que yo sepa, ni siquiera pensaba ser padre ahora. Pero ocurrió, y ambos tendréis que lidiar con las consecuencias.

— Por supuesto, papá.

— Confieso que estoy muy disgustada con Paulo André. Muy molesto. Mi orgullo de padre está herido y mi corazón apretado. Ese chico dejó embarazada a mi hijita, así que necesitaré unos días para asimilarlo.

— No todo es culpa suya, papá — le defendí.

— Sé que no lo es. Lo hicisteis juntos, pero él es mayor y tiene más experiencia que tú. Soy un hombre chapado a la antigua, mi amor. Por eso, en situaciones como ésta, siempre considero que la responsabilidad es del hombre. Además, Paulo André es como un hijo para mí, y nunca imaginé una relación romántica entre ustedes.

— Estoy enamorada de él desde que era adolescente, papá — le confesé.

— Tu madre me lo acaba de decir. Nunca me di cuenta de nada, y siempre lo he acogido en casa sin ninguna sospecha. Aunque esté disgustada con Paulo André, sé que es un buen chico. Joyce y Otávio lo criaron tan bien como Helena y yo te criamos a ti y a tu hermano.

— João Guilherme también embarazó a Melinda sin planearlo. Intenté suavizar las cosas.

— Lo sé, pero ellos estaban prácticamente casados, hasta vivían juntos. Por lo que sé, tú y Paulo ni siquiera están saliendo, Rayssa. ¿Cómo puede ser? ¿Y ahora qué? No me gustaría que mi nieto fuera hijo de padres separados.

Una lágrima corrió por mi mejilla. Mi padre tenía razón, pero oír eso me dolió mucho.

— Siento decirte estas cosas, hija. No quería que lloraras. Pero es lo que siento y, en nuestra familia, siempre hemos sido sinceros los unos con los otros, pase lo que pase.

— Lo sé, papá. Yo también lo siento — dije entre lágrimas, y se le aguaron los ojos.

— Ven aquí. Dale un abrazo a papá. — Me levanté rápidamente y me lancé a sus brazos. — Estoy triste, preocupada y disgustada, pero no pienses nunca que estoy decepcionada contigo. Te sigo queriendo igual. — Me abrazó con más fuerza. — Tu madre y yo te ayudaremos en todo, no tienes por qué preocuparte. Ninguno de nosotros hubiera querido que pasara esto, pero ha pasado, así que afrontémoslo. No tiene sentido llorar sobre la leche derramada.

— Te quiero, papá. Gracias por apoyarme.

— Siempre os apoyaré a ti y a tu hermano, Rayssa. — Asentí, llorando.

— No llores. Es malo para el bebé. — Me secó la cara.

— Mi madre dijo lo mismo.

— Ah, ella sabe cosas. Deberías hacerle caso. — Me guiñó un ojo y sonrió. — Ahora, cálmate. Todo va a salir bien.

— ¿Cuándo se lo vas a decir a Paulo André?

— Necesitaré algo de tiempo antes. Por favor, no le digas nada a João Guilherme, papá. Al menos no todavía.

— No se lo diré, pero no te demores.

— Te lo prometo.



Esta vez, la caída fue mucho mayor y sería infinitamente más difícil volver a ponerme en pie, porque no se trataba sólo de mí, sino de todos mis seres queridos.

Mis padres me dieron su apoyo incondicional, aunque estaban disgustados, preocupados e incluso un poco tristes por la situación. Paulo André aún no sabía que iba a ser padre, y yo estaba segura de que se desestabilizaría cuando lo supiera. Mi hermano se enteraría de mi relación con P.A. de la peor manera posible y, sin duda, se sentiría traicionado.

João Guilherme, Paulo André y yo hemos sido un trío toda la vida. Siempre nos hemos protegido y defendido mutuamente, y nunca nos hemos ocultado nada. En toda esta situación,

dejamos a Gui fuera, y eso le haría daño. *Herir a un ser querido es una pesadilla.*

Por último, pero no menos importante, estaba aquel inocente bebé, que en aquel momento ya vivía en mí y era fruto de una relación casual.

Me di cuenta de que unos padres rotos y sin resolver pueden destrozar la vida de un niño. Afortunadamente, tuve la suerte de venir de una familia desequilibrada y acabar en manos de mis padres, Helena y Augusto. Así que no quería que mi hijo tuviera menos de lo que yo tuve: unos padres increíbles, capaces de amar incondicionalmente.

No había duda de que Paulo André y yo amaríamos a nuestro bebé, pero creía que sería mucho más sano para un niño vivir con un padre que amase a su madre.

Agotada de tanto pensar, cerré los ojos y me quedé dormida.



El martes me hice un análisis de sangre, sólo por conciencia, y por supuesto dio positivo.

Pasó la semana y poco a poco me fui acostumbrando a mi nuevo estado. Ya había aceptado el embarazo, pero aún no me sentía preparada para contarle nada a Paulo André.

Intercambiábamos mensajes todos los días y yo fingía que todo iba bien, pero cuando llegó el viernes, empecé a sentir aprensión. Nunca pensé que pasaría, pero aquel día deseé no haberlo visto.

Pasé toda la semana encerrada en mi habitación. Ni siquiera le conté a Celina lo del embarazo. Sabía que tenía que superarlo y seguir con mi vida, así que mi mamá me citó con el obstetra para la semana siguiente. Era inevitable enfrentarse a la realidad, e iba a hacerlo con el corazón abierto, pero aún podía permitirme el lujo de aislarme unos días antes de volver a las andadas.



Conduje hasta el trabajo emocionado, incluso más que los días anteriores. Por fin había

llegado el viernes y yo estaba impaciente por terminar de trabajar y conocer a Rayssa. Mi nombre era tesão, y mi apellido, saudade.

Estábamos pasando tiempo juntos y divirtiéndonos demasiado. Para mi asombro, me sentía bien. Incluso estaba deseando pasar tiempo con ella.

Pasé por la recepción de la oficina, saludando a todo el mundo, y me dirigí a mi despacho. Unos minutos más tarde, Isabelle llamó a la puerta, pidió permiso y entró.

— Buenos días, doctor. Hoy tiene una cita para comer con un cliente. ¿Prefiere comer en la sala de reuniones o en un restaurante?

— Buenos días, Isabelle. Comeremos aquí, después de todo, tengo otra reunión poco después. Y los viernes el tráfico es malo, así que puedo evitar retrasos almorzando aquí. Organízamelo, por favor.

— De acuerdo. ¿Alguna preferencia de menú?

— Ya sabe lo que me gusta, pero por lo que respecta a mi cliente, sería bueno que se pusiera en contacto. ¿Tiene su número de teléfono?

— Sí, lo tengo. Lo arreglaré todo ahora mismo. Puede estar tranquilo.

— Muchas gracias.

Di por terminada la conversación, pero en lugar de salir de la habitación, mi secretaria se quedó de pie frente a mí, observándome mientras encendía el ordenador.

— ¿Qué planes tienes para hoy? — me preguntó. Desvié mi atención de la pantalla del ordenador y la miré.

— Tienes mi agenda y sabes cuáles son mis citas. — Sabía que no se refería al trabajo, pero me hice la tonta y me dispuse a organizar el papeleo de mi mesa.

— Me refiero a después del trabajo. ¿Quieres salir a tomar algo? — De nuevo, dejé de hacer lo que estaba haciendo y la miré. — Como amigos. — Se apresuró a explicarme, pero yo sabía que no era una invitación inocente.

Isabelle me miró, llena de expectativas. Nunca se me ha dado bien decir que no, sobre todo a las mujeres, pero su invitación no me gustó nada.

— Ya tengo una cita, pero gracias por invitarme. — Intenté ser amable, porque no quería herir sus sentimientos.

Ella sonreía, pero en cuanto me oyó, su sonrisa se desvaneció.

— Ah, claro. ¿Están... están saliendo? — Me sorprendió su pregunta.

No estaba de humor para contestar, pero decidí que sería mejor dar alguna justificación, al menos teniendo en cuenta lo que ya habíamos tenido.

— En realidad, he estado pasando algún tiempo con alguien. Aún no es oficialmente una relación, pero nos llevamos bien.

Isabelle abrió lentamente los ojos. Aunque intentó disimularlo, parecía sorprendida. Esto

era nuevo incluso para mí, ya que siempre había dejado claro a todas las mujeres con las que salía que no era el tipo de hombre que salía con alguien.

— Tengo que ir a trabajar. Avísame cuando hayas solucionado todo lo del almuerzo — la despedí.

— Ah, sí, claro. De acuerdo. Empezaré a organizarlo todo ahora mismo. — Sus mejillas estaban rojas y le temblaba la voz.

— Gracias, gracias.

Cuando Isabelle por fin me dejó solo, pude concentrarme en el trabajo que tenía que hacer.



Esa noche llegué a casa cansado pero feliz. Me duché y cogí el móvil para llamar a Rayssa. Pensé en ponerme en contacto con ella en algún momento del día, para que tal vez pudiéramos dar un paseo en lugar de quedarnos en mi piso. Necesitaba tomarme un respiro, y a ella también podría gustarle. Con todo el trabajo que tenía, no la llamé antes.

En el primer intento, llamó hasta que saltó el buzón de voz. Lo intenté una segunda vez y por fin contestó.

— Hola, enano. Me gustaría invitarte.

— *Hola, P.A.* — Su voz era extraña, y eso me preocupó.

— ¿Pasó algo?

— *No. Sólo estoy un poco cansada.*

— Iba a invitarte a salir, pero como estás cansada, podemos quedarnos aquí. ¿Quieres que te recoja para que no tengas que conducir?

— *En realidad, esta noche quiero dormir en casa.*

Esa frase me cayó como un balde de agua fría. Rayssa estaba actuando raro y no quería verme. *Ha pasado alguna mierda y no quiere decírmelo.*

— Si está así por algo que hice, tiene que decírmelo...

— *No es nada, Paulo André. Quiero quedarme en casa, descansar y dormir bien. Ya te he dicho que estoy cansada.* — Me interrumpió impaciente.

— ¿No puedes descansar aquí conmigo? — Volví a intentarlo, sin entender nada. Prácticamente me estaba humillando.

— *No. Prefiero quedarme aquí. Lo siento, lo siento. Hoy no sería buena compañía para nadie.*

Permanecí muda unos segundos, después de todo no había esperado ser rechazada. No sabía qué decir, porque no me había preparado para oírla sonar tan extraña.

— Rayssa, sé que no puedo cobrarte nada, porque no tenemos una situación definida, pero independientemente de todo, somos amigos y entre amigos no puede haber falta de comunicación.

— *P.A., por favor... No quiero hablar ahora.* — Volvió a interrumpirme. No quería hablar.

— No pasa nada.

Colgué enfadado, frustrado y molesto. Mil pensamientos invadieron mi mente en ese momento. *¿Qué había pasado?* Rayssa parecía... triste.

Mi humor del viernes se había ido al garete, y me sentía extraño, ya que me había acostumbrado a pasar los fines de semana con ella.

Pensé en llamar a João Guilherme y presentarme en su piso, pero se daría cuenta de que no me encontraba bien y tendría que mentir una vez más sobre mis motivos. *Ya he mentido más de lo que me gustaría.*

En el último mes pensaba contárselo todo, pero mi ahijado enfermó y volví a perder los nervios. João Miguel estuvo hospitalizado dos días y eso nos desestabilizó a todos, así que no quise abordar el tema.

Tal vez habría sido una buena oportunidad para aprovechar que estaba sola aquella noche y llamarle para hablar, pero después de cómo me trató Rayssa, no tuve valor. Me estaba acostumbrando, porque no solían rechazarme. Todavía no había aprendido a manejar mis frustraciones.

Al final, abrí un vaso de vino y salí al balcón, pero el malestar en el pecho no me dejaba relajarme. Así que me cambié de ropa, cogí las llaves del coche y salí de casa.

Me detuve en un pub frente al mar que solía frecuentar porque conocía al dueño. Tuve suerte de encontrar una plaza de aparcamiento justo al lado del bar. Me senté en una de las pocas mesas vacías y pedí una cerveza.

Renatinho, el dueño, no tardó en acercarse a saludarme. Intercambiamos unas palabras y luego volvió a la barra.

— ¡P.A! Me alegro de verte por aquí, amigo. Cuánto tiempo sin verte. — Estaba tan distraído, dando sorbos a mi cerveza, que me sobresalté al oír aquella voz femenina. Era Andressa, una antigua novia.

Era una chica agradable, con la que me gustaba salir. Dejamos de vernos porque ella quería más y yo no. Sin embargo, lo arreglamos bien, sin herir sentimientos, y nos convertimos en colegas. Al cabo de un tiempo, me enteré de que estaba saliendo con alguien y me alegré por ella.

— Hola, Andressa. Vaya, cuánto tiempo. ¿Qué tal estás? — Me levanté y nos saludamos con dos besos en la mejilla.

— Estoy muy bien. ¿Estás esperando a alguien o puedo sentarme aquí?

— En realidad, no tardaré, pero siéntate.

— ¿Qué clase de milagro es que saliste sin João Guilherme?

— Se casó y ahora es padre de un hermoso niño, mi ahijado João Miguel. Guilherme se ha convertido en un hombre de familia y casi no sale de noche.

— Qué bien. Gui siempre ha sido del tipo familiar. Tú eras el que siempre parecía un caso perdido — bromeó, y yo me reí.

— Pero háblame de ti. ¿Cómo está tu novio?

— Hemos roto. Siempre has tenido razón, el amor da problemas.

— Quizá me equivoqué. A veces es agradable tener a alguien que te hace querer volver a casa...

— Ohhh, ¡espera un minuto! ¿No me dirás que estás enamorado?

— Esa es una palabra muy fuerte, pero estoy bastante involucrado con una mujer. Incluso hoy estoy un poco perdido sin ella.

— ¿Estáis saliendo? ¿Por qué no están aquí juntos?

— Sólo salimos los fines de semana, pero hoy no se encontraba bien y me ha dejado.

— ¡Caramba! Paulo André fue abandonado por el gato. Qué te parece — Andressa se burló de mí con razón.

— Es verdad.

— ¿Quién es tu chica *premium*? ¿La conozco?

— Creo que no. Es Rayssa, la hermana de João Guilherme.

— Realmente no la conozco. Pero te estaré apoyando.

— Gracias, Andressa.

Fue bueno encontrarme con alguien conocido, porque me sentía un poco desconcertada sin la compañía de Rayssa. Andressa era una mujer bien resuelta y divertida, así que pasamos un rato charlando. Me distrajo un poco.

Tras un rato de charla y dos o tres cervezas de barril, Andressa se fue al baño. Aproveché para mirar el móvil por si Rayssa había enviado algún mensaje, pero no había nada. Me distraje cuando oí una voz familiar.

— Hola, P.A. ¿Cómo estás? — me saludó Celina. La acompañaba Clara, su novia.

— Hola, Celina. Me alegro de verte. — Me levanté, feliz de verla bien. Las saludé a las dos.

— ¿Dónde está Rayssa? ¿No quiso venir?

— No, ella... no creo que esté muy bien hoy. — Sentí que el malestar volvía a mi pecho,

y Celina seguramente se dio cuenta, porque se despidió rápidamente.

— Ah, ya veo. La llamaré más tarde. Fue bueno verte, Paulo André.

— Yo también me alegré de verte. — Sonreí, ella me devolvió la sonrisa y se fue.

Unos minutos después, Andressa volvió a la mesa. Charlamos un rato y decidí dar por terminada la noche. Pediría la cuenta y me iría a casa.



Rayssa

Ese viernes por la noche, algún tiempo después de haber despedido a Paulo André, recibí una llamada de Celina. Me preguntó cómo estaba y me dijo que había encontrado a P.A. en un bar de Barra con otra mujer. Casi no me lo creí. *¡Cretino! ¡Mujeriego! ¡Imbécil!*

Mi odio crecía con cada minuto que pasaba después de recibir esa información. La adrenalina me tenía tan excitada que no podía quedarme en casa de brazos cruzados. Me di una ducha rápida, me puse ropa bonita y cogí la llave del coche para ir a por ese perro.

Nunca me había sentido tan estúpida como aquella noche. Mientras yo estaba en casa, lamentándome por tener que darle la noticia de que esperaba un hijo suyo, el cabrón se divertía con otra mujer. *¡Bastardo!*

¡Ya basta! No perdonaría más a Paulo André. No cargaría sola con este peso, después de todo, no hice un hijo yo sola. Decidí ir a verlo, sólo para arruinarle la noche contándole sobre el embarazo. Después, me iría a casa.

Mi intención no era montar una escena en la calle ni jugar a la novia traicionada, después de todo, nunca nos prometimos fidelidad el uno al otro. Sin embargo, no era justo que yo sufriera sola, evitándole la verdad, mientras él disfrutaba de su velada sin preocupaciones.

Mis padres estaban en la cama porque se hacía tarde, así que escribí una nota para decir que salía a hablar con P.A. y la dejé sobre mi cama por si mi madre venía a buscarme. Bajé las escaleras en silencio y entré en el garaje. Entré en el coche, respiré hondo y arranqué. No hacía ni unos minutos que aún no me sentía preparada para esta conversación. La ira alimentó mi coraje.

Sabía que no encontraría sitio en el aparcamiento junto al bar, así que paré con bastante antelación y caminé por el paseo marítimo. Sentí náuseas, consciente de que vomitaría en cualquier momento, así que respiré profundamente la brisa marina. Repetí este proceso varias veces y las náuseas mejoraron un poco.

Caminé deprisa y llegué al bar que Celina me había indicado. Podía verlo desde lejos. Reconocería su ancha espalda en cualquier sitio, incluso de lejos.

Llegué justo cuando estaba pagando la cuenta, sentado en una mesa en compañía de una guapa chica rubia. Ella sonreía por algo que él decía. *¡Zorra! Debe de estar riéndose de todo lo que él dice y llena de expectativas para la velada.*

Sería el momento de tomar una copa e ir a comer a algún sitio. *¡Joder!* Tuve que detenerme un momento antes de acercarme a él, porque las náuseas volvieron con toda su fuerza y el vómito casi me llegaba a la boca. Tuve que respirar hondo varias veces para recomponerme. *¡Te odio, Paulo André!*

No aguantaba más el vómito, pero aguantaría porque tenía cosas más importantes de las que ocuparme. Levanté la cabeza, adopté una postura segura, con la fuerza del odio, y caminé con pasos firmes hacia él. Quería llorar, pero no lo demostraría en aquella situación.

Me detuve detrás del P.A., mirándolos a ambos. La zorra rubia fue la primera en verme y su cara parecía preguntarse quién era la loca que la miraba fijamente. Inmediatamente llamó la atención del libertino, señalando con la cabeza en mi dirección.

Cuando Paulo André miró hacia atrás y me vio, su sorpresa fue tan grande que saltó de la silla y casi se cae. Me habría reído si no le hubiera odiado tanto en aquel momento.

— ¡Rayssa! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

— ¡Qué pretencioso! ¿Quién dijo que te estaba buscando? Te estaba dando esquinazo con un tío de allí, pero parece que elegimos el mismo sitio para ir de fiesta.

— ¿Qué tipo? ¡No puedo creer que me hayas mentido! — Estaba furioso.

— Deja de ser idiota. ¿Ya no puedes reconocer mi sarcasmo? Sólo vine a decirte algo...

Antes de que pudiera terminar la frase, un chorro de vómito salió volando de mi boca, golpeando a Paulo André directamente en el pecho. *¡Qué asco! Pero ¡bien hecho!* Tenía la camisa sucia y maloliente, pero lo miré sin ningún remordimiento.

— ¡Joder, Rayssa! ¿Por qué no me dijiste que estabas enferma? Habría ido a verte. Venga, vamos al hospital — intentó alargar la mano para cogerme, pero me aparté, fulminándole con la mirada.

Parecía preocupado mientras se quitaba la camisa manchada de vómito. Incluso me distraje un segundo, mirando su bonito y bien tonificado pecho, pero pronto volví a tomar las riendas de la situación. *Ese cuerpo es una obra maligna de mugre para distraerme.* Concéntrate, Rayssa. Fui allí por una razón y no iba a dejarme seducir por aquel bombón cargado de melanina.

Justo cuando me sentía preparada para echarle en cara mi embarazo, me di cuenta de que la rubia observaba la escena, conmocionada. Decidí deshacerme de ella primero.

— ¿Te vas a quedar mirando? ¡Sal de aquí o te apuntaré con el próximo jet! — amenacé, y ella abrió los ojos.

— Perdona, Andressa. Voy a llevar a Rayssa al hospital y te alcanzaré más tarde. — P.A. volvió su atención hacia la chica. Ella asintió y se marchó.

Luego, fingiendo incomprensión y preocupación, intentó agarrarme del brazo de nuevo.

— ¡Suéltame! No voy a ninguna parte contigo. Lo que tengo que decirte es rápido, luego puedes ir a por tu presa para pasar la noche — me solté de su agarre.

— No seas inmadura, Rayssa. No es nada de lo que piensas. Andressa es sólo una colega. No pasó nada entre nosotros.

— No pasó, pero habría pasado si yo no hubiera llegado. Eres un libertino tuerto y desvergonzado, Paulo André.

— Basta, Rayssa. Hablemos como adultos. — Se acercó una vez más.

Una cosa tenía que admitir, era valiente. No sé cómo intentó tocarme otra vez, aún sabiendo que podía volar hacia su cuello. *¡Bastardo! ¡No conoce la rabia de una mujer embarazada!*

— ¡Aléjate de mí con ese olor agrio, o te vomitaré encima otra vez!

— ¡Huelo así por tu culpa! Podías haber apuntado a la calle, pero elegiste apuntarme a mí — me acusó P.A., y eso me enfureció aún más. Aunque no me arrepiento, no lo habría hecho a propósito. O quizás sí... — Vamos a mi coche. Hay una toallita ahí. Me limpiaré, luego podemos ir a mi piso a hablar.

— ¡Te lo dije, no me voy de aquí contigo! Además, yo también he venido en coche.

— Dejaremos el tuyo aquí y lo recogeremos mañana.

— ¡No! No voy a dejar aquí mi cochecito, porque le tengo cariño. — Mis disculpas y mi confianza disminuyeron cuando Paulo André insistió en que saliéramos de allí. Y el hecho de que estuviera sin camiseta me lo puso aún más difícil. — ¡Déjate la tuya puesta, entonces!

— Está bien, Rayssa. — Se rindió. — El dueño del pub es un conocido mío y vive cerca.

Le dejaré la llave y le pediré que me guarde el coche. Vamos, primero me aseará.

Se fue, tirándome de la mano, y nos dirigimos a su coche. Paulo André tiró la camisa sucia al maletero, cogió una caja de toallitas húmedas de la guantera y se limpió el pecho. Intenté disimular, pero apenas podía apartar la mirada de aquel abdomen delicioso.

Para mi disgusto, o salvación, abrió la puerta trasera del coche, sacó una camisa limpia y se la puso.

— Ya estás totalmente preparado para el crimen, ¿verdad? — me burlé de él.

— Déjate de tonterías. Siempre llevo una camisa de más en el coche porque me lo enseñó mi padre. Solía decir que un hombre siempre debe estar bien arreglado, después de todo, la primera impresión es la que se queda.

— Ya lo sé. — Le miré con los ojos entornados.

Volvimos al bar y Paulo André pasó por delante de las mesas saludando a varias personas. Parecía un político, pues conocía a todo el mundo. *¡Qué asco!*

Encontramos al dueño del establecimiento jugueteando con una calculadora sobre el mostrador. Aunque estaba concentrado, dirigió su atención hacia nosotros. Paulo André nos explicó la situación, nos entregó la llave del coche y nos fuimos.

Cuando llegamos a la acera, di gracias al cielo. Dentro del bar, el fuerte olor a cerveza, mezclado con todo tipo de perfumes de la gente, me estaba mareando. Sentía que mi sentido del olfato era mucho más agudo de lo habitual.

— ¿Puedo conducir? — preguntó, alargando la mano para coger la llave cuando llegamos a mi coche. Pensé en negarme, sólo para montar una rabieta, pero como seguía sintiendo bastantes náuseas, cedí.

Por el camino, no dijimos nada durante un buen rato. Yo miraba al frente, pero sentía su mirada clavada en mí todo el tiempo. En aquel momento, yo era un torbellino de emociones y sensaciones. Estaba enfadada, quería llorar y me sentía mal, pero también estaba cachonda.

Estábamos casi en su edificio cuando las náuseas se volvieron insoportables. *No, Dios. No puedo vomitar más.*

— ¡Para el coche!

— ¡Para el coche! Estamos llegando...

— Detén el auto, Paulo André, o te vomitaré encima otra vez. ¡Esta vez te voy a apuntar a la cara! — grité.

Encendió rápidamente el intermitente, echó el coche al arcén y se detuvo, encendiendo la luz de advertencia. Tuve sólo un segundo para abrir la puerta del coche y sacar el resto de la comida que tenía en el estómago.

Las manos de P.A. no tardaron casi nada en agarrarme del pelo. Cuando ya no me quedaba nada que vomitar, me enderecé en el asiento y apoyé la cabeza en el respaldo. Respiré

hondo, sintiéndome enfadada y débil.

— ¿Por qué no había dicho que me encontraba mal? No tenía sentido ocultármelo — preguntó preocupado.

— Ahora no quiero hablar, he cambiado de opinión. Llévame a casa.

— Rayssa, deja esto y escúchame, por favor. Entre Andressa y yo no pasó nada. Nos conocimos por casualidad en el bar. Fue una coincidencia.

— Una maravillosa coincidencia, ¿no? ¡Ni siquiera te alegraste de conocerla!

— Hubiera sido más feliz si hubieras estado conmigo.

— Ah, déjalo, P.A. Mira si mi cara dice que soy idiota.

— Deja de tratarme así, porque al menos hoy, no me lo merezco. Yo no he hecho nada. Sé que muchas veces he sido un hijo de puta contigo y no me han importado tus sentimientos, incluso después de que me dijeras que estabas enamorado de mí. Pero ahora es diferente.

— ¡Ah, sí! ¿Por qué es diferente?

— No sé por qué. Es sólo que... ahora me importa.

— ¡Deja de ser cínico y de mentir, Paulo André! — resoplé, irritado.

— Yo no miento. Puedes acusarme de muchas cosas, pero nunca de mentirte. Salí solo porque estaba disgustado y quería despejarme; Andressa vino y charlamos un rato, pero yo ya estaba de camino...

— *Querrás decir que tú y ella ya os estabais yendo.*

— Todo el mundo se fue a casa, Rayssa. No tenía intención de acostarme con ella.

— ¿De verdad? Siempre estás cachondo, así que ¿por qué...?

— Porque quería tener sexo *contigo*. Fue así hoy y ha sido así desde que empezamos esto. Eres la única mujer con la que tengo ganas de acostarme. — Consiguió desarmarme un poco y, le gustara o no, íbamos a tener que hablar y resolver esta situación.

— Yo... Sí... Está bien, vamos a tu piso. Realmente tenemos que hablar.



Llegamos al piso de P.A. y yo estaba toda sudada, porque las náuseas me hacían sudar frío, y tenía un sabor de boca horrible. Fui directa al baño, me lavé los dientes con el cepillo, me quité la ropa y me metí en la ducha. Cerré los ojos, rezando para que todo pasara pronto. *No se me va a pasar pronto. Estás embarazada.*

El ruido de la puerta del baño al abrirse me llamó la atención y abrí los ojos. Paulo André se estaba quitando la ropa y, como había imaginado, entró en la ducha y me abrazó bajo el agua.

Nos abrazamos durante un rato, y sólo entonces me di cuenta de que necesitaba aquel consuelo.

Unos minutos después, cuando me sentí más fuerte, separé un poco nuestros cuerpos y le miré fijamente. Él también me miró, y ninguno de los dos apartó la mirada. Sin decir una palabra, P.A. me apartó parte del pelo que me cubría la cara y me besó.

Nuestro beso nunca me había afectado tanto como en aquel momento. Mis sentimientos por él siempre habían sido fuertes, pero parecía que llevar un trozo de él dentro de mí lo hacía todo más intenso. Me sentía muy diferente.

Nuestras lenguas parecían acariciarse, con calma y cariño. Seguimos besándonos mientras el agua bañaba nuestros cuerpos, sin prisa, parando de vez en cuando para recuperar el aliento. Al cabo de un rato, Paulo André cerró la ducha y secó cuidadosamente mi cuerpo con la toalla. Cuando salimos de la ducha, me cogió en brazos y me llevó a la cama.

Esta vez no hubo preliminares. P.A. tocó suavemente mi piel, me tumbó boca arriba en el colchón y se echó encima de mí, sin soltar mi peso. Abrí las piernas para acomodarme mejor a él. En ese momento, estaba completamente excitada. Mis hormonas enloquecidas me hacían desear nada menos que tener a Paulo André dentro de mí, sobre todo después de sentir su polla dura en mi vientre.

Nos besábamos apasionada y cariñosamente cuando, sin soltar mi boca, movió un poco su cuerpo y colocó su polla en mi entrada. Cuando dejó de besarme, abrí los ojos y le vi mirándome fijamente. Entonces, sin dejar de mirarme, me penetró.

Su polla caliente se deslizó dentro de mí con facilidad. Quise seguir mirándole, pero el placer que sentía era tan fuerte que mis ojos se cerraron automáticamente. No había nada de la desesperación de las veces anteriores; ese día, hicimos el amor.

Mi corazón, antes agonizante, se calmó. Estaba conectada al hombre que amaba y, en sus brazos, me sentía completamente segura.

El orgasmo me golpeó con fuerza mientras él entraba y salía de mí. Sin dejar de mirarme, P.A. también se corrió.

Minutos después, cuando Paulo André salió de mí y descansó a mi lado, estrechándome contra su pecho, sentí un líquido espeso que corría por mis piernas. Sólo entonces me di cuenta de que no habíamos usado preservativo. *Dos desvergonzados irresponsables. Si no estuviera ya embarazada, ¡lo estaría ahora!* Suspiré. Era demasiado tarde para reprochármelo. Tal vez era simplemente nuestro destino y tenía que aceptarlo.



Al día siguiente, cuando me desperté, P.A. ya no estaba en la cama. Me levanté a rastras y me sobresalté al ver en el reloj de la mesilla de noche que eran casi las once de la mañana. Gracias a Dios, no tenía náuseas.

Me lavé los dientes, me lavé bien la cara y fui a buscar a Paulo André. Lo encontré en el salón con sus gafas graduadas, leyendo sus papeles en el escritorio. Estaba concentrado y... atractivo. *Qué difícil es odiar a un hombre guapo. ¿Tenía que ser tan delicioso? ¡Vago!* Me reí de mí misma y él me miró.

— Buenos días, bella durmiente. — Su sonrisa me derritió. Le devolví la sonrisa, me acerqué a él y le abracé.

— Buenos días, mi trocito de estrés.

P.A. me sorprendió y me soltó una sonora carcajada, esa que tanto me gustaba.

— Todavía me estoy preguntando a qué ha venido eso —comentó, aún riendo. *Quiero ver si se reirá cuando se entere de que va a ser padre.* — Habría sido más sencillo si me hubieras dicho que te sentías mal.

— No fueron las náuseas lo que te desanimó. Mi cabeza estaba hirviendo y no me gusta hablar con la cabeza caliente. Pero Celina me llamó, diciendo que te había visto en el pub con la otra chica, y no podía quedarme en casa con los brazos cruzados.

— Ah, Celina. Al menos podría haber dicho que Andressa y yo sólo estábamos hablando. La chica era una amiga.

— ¿Y cómo iba a saberlo?

— Si no estaba segura, no dijera nada. No conocía el lado cotilla de Celina — se burló de mí, sonriendo ya con picardía.

— No hables así de mi amiga. Hizo bien en decírmelo. ¡Eres un cabrón, Paulo André!

— Está bien, pensemos en el lado bueno. Los chismes de Celina te llevaron hasta mí y ahora estamos aquí. — Él sonrió, pero yo me quedé serio. Suspiré, preparándome para contarle lo del embarazo. — ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

Yo estaba de pie entre sus piernas, mientras él estaba sentado a la mesa.

— Tengo algo importante que decirte.

— Lo sabía. Sentí que había algo extraño en ti desde ayer. Dímelo ahora.

— Estoy embarazada, Paulo André. — La mejor manera de decirlo, si había alguna, era sin rodeos.

— ¿Qué has dicho? — Estaba pálido y aparentemente aturdido.

— Exactamente lo que oíste. Vamos a tener un hijo.

— ¿Pero cómo?

— ¿Cómo? Tú sabes cómo. Estabas allí.

— Pero... es que no usé condón la primera vez y me lo quité...

— ¡Mierda, P.A.! ¡Hasta yo, que era virgen, sabía que no era seguro!

Se levantó de la silla y dio una vuelta por la habitación, frotándose la nuca.

— No me lo puedo creer. ¿Cuándo te enteraste?

— El lunes.

— ¿Por qué no me lo dijiste antes, Rayssa? ¿Estás segura?

— Totalmente. Cinco análisis de farmacia y uno de sangre, todos positivos. ¿Es suficiente para que creas? — Ni siquiera esperé una respuesta. — No dije nada porque no tenía el valor. Primero tenía que hacerme a la idea.

— Dios mío del cielo. — Se frotó la cara nerviosamente y me entraron ganas de llorar.

Me senté en el sofá y apoyé la cabeza en el respaldo, respirando hondo en un intento de detener las lágrimas. Pero cuando se sentó a mi lado y me atrajo hacia su regazo, no pude contenerme más. Lloré como un bebé, aferrándome a él, y cuando se me acabaron las lágrimas, nos tumbamos juntos y nos abrazamos. Al cabo de unos minutos, rompí el silencio.

— ¿Tienes miedo?

— Tengo... miedo, no te voy a mentir.

— Yo también — admití. — Dos adultos asustados por un bebé. — Me reí, aunque no quería.

— No se trata de tener miedo a tener un bebé. Creo que tiene más que ver con la inseguridad de criar a otra persona. El bebé crece rápido — comentó P.A..

— Tienes razón.

— Pero estaremos bien. Sucedió, ya no hay remedio. De todos modos, fui muy irresponsable. Te pido disculpas.

— Lo hicimos los dos juntos, Paulo André.

— Lo sé, lo sé. — Suspiró. — No hay vuelta atrás. Lo que puedo hacer es asumir esta responsabilidad y hacerlo lo mejor que pueda.

Su mano se deslizó por mi cuerpo y se posó en mi estómago. Me quedé paralizada durante unos segundos, pero luego me relajé y acabé dormitando.



Paulo André

Rayssa y yo pasamos el resto del sábado y parte del domingo juntas, consolándonos mutuamente en mi piso. Me sentía tan culpable por todo lo que estaba pasando que no quería dejarla marchar. Quería seguir estrechándola entre mis brazos hasta que volviera a sentirse segura y feliz.

En ese momento, la niña se mostró vulnerable y supe que era culpa mía. Verla llorar por una situación que podría haber evitado si hubiera sido más responsable me rompió el corazón. *He dejado embarazada a mi mejor amiga. ¡Soy una cagada!*

Era una puta locura pensar que, dentro de unos meses, sería padre. Los dos juntos habíamos hecho una personita que sería nuestra responsabilidad para el resto de nuestras vidas. Estaba aterrorizado, pero intenté no demostrarlo, porque necesitaba mantener la calma por su bien.



A primera hora de la tarde del domingo, Rayssa quiso marcharse. Llevamos su coche hasta el paseo marítimo para recoger el mío y, como se mareó por el camino, no volvimos inmediatamente. Nos quedamos un rato en el espigón, charlando y respirando la brisa.

— Recuerdo que Melinda solía tomar un medicamento que aliviaba el mareo. ¿Por qué no lo tomas tú también?

Estábamos sentadas en la pared de madera del muelle, frente al mar. Rayssa se sentó entre mis piernas, con la espalda apoyada en mi pecho. Hacía bastante viento y me dijo que el viento ayudaba a reducir las ganas de vomitar.

— Aún no he tenido consulta, así que no quiero tomar nada. Pero mi madre ha concertado una cita para esta semana.

— Quiero ir contigo. ¿Puedo ir contigo?

— Claro que puedes, P.A. Eres el padre del bebé, tienes todo el derecho.

— Pensé que estabas resentido conmigo.

— Pensé que estabas resentido conmigo. ¿Porque me dejaste embarazada?

— Sí.

— Bueno, también podría haberte pedido que usaras condón, pero no lo hice. Así que... lo hicimos juntos.

— Nunca había tenido sexo sin condón, Rayssa. No sé qué me pasó. Lo siento, Rayssa.

— Deja de disculparte o te guardaré rencor — me regañó, seria. — A pesar de las consecuencias, no me arrepiento de nada. No más arrepentimientos. Sigamos adelante, porque todo se arreglará.

Le besé la cabeza y la estreché entre mis brazos. Como siempre, Rayssa demostró fuerza y madurez.

— ¿Ya le contaste a João Guilherme?

— Todavía no, sólo lo saben mis padres.

— Se lo contaré todo hoy. No puedo postergarlo más. Pero primero quiero hablar con tus padres.



— ¿De verdad vas a hablar con ellos? — me preguntó Rayssa cuando salí del coche después de aparcarlo en el garaje de su casa.

— Pues claro que sí. Venga, vamos a entrar. — La cogí de la mano y entramos en la mansión.

Los padres de Rayssa estaban en el salón, viendo una película. En cuanto llegamos al salón, la tía Helena nos sonrió con sus ojos brillantes y cariñosos.

— ¡Hola, mis amores! ¡Me alegro mucho de que estéis aquí! — celebró, mientras su marido me fulminaba con la mirada.

— Buenas tardes — los saludé, y el tío Augusto me respondió secamente.

— ¿Tienen hambre? — preguntó la tía Helena, levantándose para ir a la cocina.

— No, mamá. Estamos bien. — contestó Rayssa, y su madre volvió hacia nosotros.

— Veo que ya habéis hablado. — La tía Helena estaba llena de expectación, mientras el tío Augusto permanecía en silencio.

— Sí. Rayssa me contó lo del embarazo y me propuse venir a hablar contigo. En primer lugar, pido disculpas por mi irresponsabilidad. Sin embargo, quiero dejar claro que asumiré todas mis responsabilidades, tanto con Rayssa como con mi hijo.

— Es lo menos que puedes hacer, ¿no, Paulo André? — El tío Augusto habló por primera vez. Su voz era fría, llena de ira.

En ese momento, Rayssa me apretó la mano como forma de darme confianza. La acerqué más a mí y la abracé bajo su atenta mirada.

— No seas así, Augusto. Dale una oportunidad al chico. Conocemos a Paulo André desde que era un niño y ahora es el padre de nuestro nieto. ¿Tienes que ser tan duro?

— ¿Y tú tienes que ser tan empático? — le reprochó.

— En el mundo crítico en el que vivimos, la empatía a veces puede confundirse con ingenuidad, pero es una ingenuidad necesaria — Rayssa defendió a su madre.

— Así es, hija. — La tía Helena miró a su marido con el ceño fruncido.

— ¿Podemos hablar a solas un momento, Augusto? — No quería provocar roces entre ellos, así que lo ideal sería que estuviéramos a solas, para que él pudiera contar todas las verdades que se estaba guardando. Estaba en su derecho.

Todavía con el ceño fruncido, asintió y salió de la habitación en silencio.

— Ahora vuelvo — le dije a Rayssa, antes de seguirle.

Entramos en su despacho. Sin contemplaciones, el tío Augusto se sentó en su silla y me indicó que me sentara frente a él. Preferí permanecer de pie, pues estaba demasiado nerviosa.

Necesitando una oportunidad para desahogarse, no dudó ni un segundo antes de descargar su ira.

— Te conozco desde que eras pequeño, Paulo André, y aprecio mucho a Joyce y Otávio

porque sé que siempre han sido buenos padres. Es más, siempre he pensado en ti como en un hijo, pero hoy nuestra conversación será de hombre a hombre. — Fue directo al grano y yo asentí. — Siempre te he acogido en mi casa con alegría y respeto. Confié en ti con mi hija, pero me decepcionaste y...

— Yo... lo siento.

— No me interrumpas. Aún no he terminado. — Me callé y Augusto continuó. — Nunca se me pasó por la cabeza que Rayssa estuviera enamorada de ti. Quizá, de haberlo sabido, habría estado más atento, porque la pasión es un sentimiento peligroso.

Guardó silencio un momento, como si estuviera pensando qué decir. Como ya me había reprendido antes, decidí no volver a interrumpirle. Esperé a que volviera a hablar.

— Quiero a mis dos hijos con la misma intensidad, pero Rayssa siempre ha sido mi princesa. En casa, siempre hemos puesto todo el cuidado del mundo para que nada le haga daño.

— Nunca tuve la intención de hacerle daño — me defendí y no me hicieron caso.

— A diferencia de la mayoría de los hombres que conozco, siempre quise ser padre de una niña. Tuvimos a João Guilherme, mi primogénito, y por supuesto me alegré mucho con su llegada. Hice una barbacoa, me llené la boca y lo celebré con todos mis amigos, porque me sentí el padre más orgulloso del mundo cuando nació. Sin embargo, seguía soñando con tener una niña. Al final, Helena y yo lo intentamos, aunque nada estaba garantizado. Existía la incertidumbre de un segundo niño, pero estábamos dispuestos a arriesgarnos. De repente, sin previo aviso, Rayssa saltó en paracaídas a nuestras vidas. Ya conoces toda la historia.

El tío Augusto me miró, pero sus pensamientos estaban más concentrados en los sentimientos que expresaba. Sólo tuve que asentir.

— Cuando miré a Rayssa, mi mundo se detuvo. Ella era mi sueño hecho realidad. Ese día, supe que no necesitaba nada más. Mi niña estaba allí, lista para mí. — Recorría sus pensamientos, sonriendo ante el recuerdo. — Era pequeñita, Dios mío. Incluso recuerdo que estaba aterrorizado, temía cogerla y hacerle daño. Aunque ya fuera padre, João Guilherme nunca fue tan pequeño como ella. Pero no tuve elección, porque Helena estaba desesperada delante de su amiga, muerta en el suelo. Mi mujer gritaba, lloraba... No estaba en condiciones de sostener a un bebé.

Pude ver cómo cambiaba la intensidad de su respiración, su mirada se perdía en los recuerdos y su boca tragaba saliva. La historia de los primeros años de vida de mi pequeña fue sin duda muy trágica.

— Rayssa lloraba mucho. De hecho, gritaba. Debía de estar hambrienta y asustada, después de todo, imagínense lo asustada que se había puesto al oír el sonido del disparo. — Se me estrujó el corazón al imaginarme la escena. — Después de llamar a la ambulancia, cogí a la niña y la apreté contra mi pecho. Inmediatamente, como por arte de magia, se calmó. Ahí supe

que Rayssa era mía. En ese mismo instante se formó nuestro vínculo y supe con certeza que haría cualquier cosa por aquella niña.

El hombre se secó los ojos, que estaban llenos de lágrimas, y a mí también me entraron ganas de llorar. Podría escuchar su historia con Rayssa mil veces, y siempre me resultaría conmovedora.

— La adoptamos y la criamos con todo nuestro amor. Y mi mundo cambió. Rayssa y João Guilherme se convirtieron en la mayor alegría de mi vida. Sentí que no me faltaba nada. — El tío Augusto desbordaba amor al hablar de sus hijos. — Vi a mi princesita convertirse en una hermosa mujer y me sentí tan orgulloso de ella, y entonces, de la nada, un tipo deja embarazada a mi chica. ¿Te das cuenta de lo enfadado que me sentí como padre en esta situación?

— I...

— ¡No! ¡No te das cuenta! — Ni siquiera me dejó contestar. — ¿Habría hecho daño usar un puto condón?

Nada de lo que me atreviera a decir podría explicar la mierda que había hecho, así que preferí callarme.

— Sabía que, inevitablemente, Rayssa atraería la atención de los hombres, y me preparé para el momento en que me presentara a algún tío. Pero eso nunca ocurrió. Me parecía extraño que nunca nos hubiera presentado a nadie. Hasta que... — Dudó en continuar. — Llegué a pensar que Celina y ella eran pareja. Y me parecería bien si eso hacía feliz a mi hija. Pero no estaba preparado, Paulo André, para oír a mi mujer decir que mi hija estaba embarazada a los diecinueve años. Mucho menos estaba preparado para oír el nombre del padre de la criatura.

— Reconozco mi irresponsabilidad, Augusto. Incluso estoy preparado para pedirle a Rayssa que se case conmigo. — Nunca me sentí tan avergonzado en mi vida.

— ¡No! ¡No lo harás! Sólo lo harás el día que estés seguro de amarla. Mi hija merece casarse por amor, no por obligación. — Su respuesta me sorprendió. Sin embargo, una vez más, tenía razón.

— Asume tu responsabilidad como padre y apoya a Rayssa en todo lo que necesite durante y después del embarazo, pero nunca la engañes. Nunca hagas sufrir a mi hija, porque puedo perdonarte que la dejes embarazada, pero nunca te perdonaré que le hagas daño. Así que piénsalo bien antes de tomar cualquier medida respecto a vuestra situación como marido y mujer. Si no estás convencido de tu amor por ella, limítate a ser el padre de mi nieto. Puedo vivir con eso.

— Tienes razón. No estoy orgulloso de haber dejado embarazada a Rayssa, pero nunca eludiría mi responsabilidad. Pero no te preocupes.

— Sé que no eres una mala persona, Paulo André. Sé que no fue deliberado. Pero no puedo evitar estar molesta y decepcionada contigo, al menos en este momento. Con el tiempo,

creo que pasará. Y mientras seas bueno con mi hija y mi nieto, seguirás siendo muy bienvenido en mi casa. Te seguiremos tratando como a un hijo.

— Estoy contento porque me conoces lo suficiente como para saber que nunca haría nada a propósito para dañar a tu hija. Rayssa siempre ha sido una amiga, una persona especial en mi vida.

— Así que eso es todo. No tengo nada más que decir. Si tú tampoco, terminaremos nuestra conversación aquí.

— Gracias, Augusto. No esperaba menos de ti como padre. Por eso siempre admiré la forma en que educaste a tus hijos. Y una vez más, te pido disculpas.

En lugar de responderme, tío Augusto se levantó, pasó a mi lado en silencio y abrió la puerta del despacho para que yo saliera primero.

Volvimos al salón, pasé un poco más de tiempo con Rayssa y, cuando nos despedimos, me prometió que me llamaría para avisarme de cuándo sería mi primera cita con el tocólogo.

Salí de la mansión directa a casa de João Guilherme. *No se lo ocultaré ni un día más.*



Cuando se abrieron las puertas del ascensor, João Guilherme apareció en mi campo de visión con expresión de confusión. No solía aparecer sin avisar.

Mi primera reacción fue darle un fuerte abrazo a mi amigo. Sentía que lo necesitaba y sabía que, después de nuestra conversación, él no reaccionaría tan bien.

— ¿Qué pasó, amigo? — Guilherme me conocía bien. Sabía que algo iba mal.

— ¿Está Melinda en casa?

— Está adentro con Miguel.

— Bien. Tenemos que hablar, pero a solas. Tenemos que hablar, pero a solas.

— Venga, vamos a mi despacho.

Cuando llegamos, aunque no sabía por dónde empezar, decidí no demorarme. Ya lo había aplazado bastante. Nos sentamos y empecé a hablar:

— El día que Rayssa durmió en mi casa, cuando se enteró de la adopción, me confió que estaba enamorada de mí.

— ¿Qué? ¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo? — Ni siquiera tuve que responder a esa pregunta, porque mi seriedad lo decía todo. — ¡Nunca lo sospeché! Quiero decir, yo sabía que ella te amaba, pero no de esa manera.

— Para mí también fue una sorpresa. Nunca había imaginado ni me había dado cuenta de

nada, y esta revelación me disgustó. Esa misma noche, en un momento de locura, nos besamos.

Hice una pausa, esperando la reacción de mi amigo, pero él se limitó a mirarme con extrañeza. *Gracias a Dios que no está loco.*

— Me arrepentí inmediatamente. Le dije que había sido un error, porque éramos casi como hermanos. Lo cierto es que ese beso cambió algo entre nosotros. Por mucho que lo intentara, ya no podía verla como una hermana, y eso me cabreó. Conocí a Rayssa cuando todavía era prácticamente un bebé, así que me costó aceptar que había una atracción entre nosotros. Así que me distancié durante un tiempo.

— Recuerdo que actuabas de forma extraña, no venías mucho... En ese momento, incluso te llamé para charlar.

— Sí, claro. Te dije que estaba confundida y que tal vez la idea de tener una relación exclusiva no era tan mala... Pero realmente no sabía si estaba lista. ¿Recuerdas que te dije que cuando supiera algo con seguridad, te diría de quién se trataba?

— Sí, lo recuerdo. Pero no se me pasó por la cabeza que fuera mi hermana.

— Lo sé, amigo. — Aparté la mirada de él, avergonzado. — Pasó el tiempo, y juro que intenté apartar de mi mente la atracción que sentía por ella, porque nunca trataría a Rayssa como una aventura. Ella era demasiado importante para ser casual. Así que era imposible mantenerse alejado.

João Guilherme se sentó impaciente en su silla, mostrando que por fin entendía a dónde quería llegar.

— Hace poco más de un mes que pasamos los fines de semana juntos.

— ¿Y eso? ¡Maldita sea, Paulo André! ¿Más de un mes y no sabía nada? ¿Por qué carajo me ocultaste esto? ¡No soy tu enemigo!

— Fue tu hermana, João Guilherme. Tú me conoces mejor que nadie y sabes que el riesgo de que yo la lastimara sería grande. Sabía que no me querrías cerca de ella.

— De verdad que no querría, pero no soy yo quien decide eso. Si los dos quisierais, sería vuestra elección. Pero tenía el puto derecho de saber y seguir esta historia. Precisamente porque se trata de mi hermana y mi pareja.

— Tienes toda la razón. Incluso quise contártelo, dos veces, pero salió mal. Primero cuando Melinda recibió esas flores, después cuando João Miguel cayó enfermo.

— Tuviste muchas otras oportunidades, P.A. No me lo dijiste porque no quisiste, y ahora usas esa excusa para ti.

— No era mi intención, amigo. Trata de entenderme. Tenía miedo de tu reacción.

— Saberlo después de mucho tiempo me da derecho a tener una reacción aún peor. — João Guilherme estaba enfadado. — ¡Joder! Tú y mi hermana estabais teniendo sexo a mis espaldas, tío. ¡Qué decepción!

— Trata de no verlo así, hermano. No era sólo sexo.

— ¿Y qué era, entonces? ¿Están saliendo y yo tampoco lo sé? ¡Es mi hermana, Paulo André! ¡Que me jodan! ¿Eres tan semental que no pudiste al menos perdonarla? ¡Ya tienes muchas mujeres por ahí, carajo!

— No he estado con ninguna otra mujer después de ella...

— ¿Por qué no? ¿Me vas a decir ahora que estás enamorado? — El sarcasmo goteaba de la boca de mi amigo.

— Todavía no sé lo que siento de verdad. Es difícil saberlo, dado que he amado a Rayssa toda mi vida.

— Estás cachondo, ¿verdad? — ironizó de nuevo. — ¿Te das cuenta de que ahora que le has quitado la virginidad a Rayssa, y ella está enamorada de ti, su pasión se triplicará? Y cuando te hartes de ella, ¿cómo será? ¡Mi hermana va a sufrir, carajo, Paulo André!

— Pensé en todo esto, João Guilherme. Por eso me contuve todo lo que pude. Pero... no pude más.

— Ni siquiera sé qué decirte. Siento que Rayssa se sentirá herida con esto, así que no puedo decirte que todo está bien conmigo. Mi hermana ya ha sufrido bastante en su vida y lo último que necesita ahora mismo es un corazón roto.

— No voy a hacerle daño.

— ¿No?

— No — respondí con firmeza. — Estoy dispuesto a intentarlo...

— ¿Qué? ¿Salir con ella, sólo para que no me cabree contigo?

— Te respeto mucho, amigo, y te quiero como a un hermano, pero esta situación no tiene nada que ver contigo.

— ¿De qué estás hablando? — Respiré hondo y solté la bomba.

— Rayssa está embarazada. — Suspiré. — Va a tener un hijo mío.

João Guilherme me miró horrorizado y yo me sentí como una mierda.

— ¿Has dejado embarazada a mi hermana, Paulo André? No me lo puedo creer, joder. — Mi amigo se levantó del asiento y se paseó de un lado a otro, alterado.

— Lo siento, amigo. Sé lo irresponsable que fui, pero voy a asumir todas mis responsabilidades con ella y con el bebé.

— No puedo hablar contigo ahora, P.A. Por favor, vete. — me pidió Guilherme con los ojos brillantes. — Cuando me haya calmado, hablaremos.

En lugar de insistir, asentí y me levanté para salir del despacho. Yo no tenía hermana, pero sabía lo apegado que João Guilherme estaba a la suya, siempre intentando protegerla de todo y de todos. Y teniendo en cuenta mi historial con las mujeres, era muy probable que la hiciera sufrir, aunque estaba segura de que haría todo lo posible para que eso no ocurriera.

Salí de su piso muy triste, pero aliviado. Conduje hasta casa, en automático, y cuando llegué, lo primero que hice fue meterme en la ducha para refrescarme.

Después de sentirme más tranquilo, decidí llamar a mi madre para darle la noticia. Ella también merecía saberlo pronto.

— *Hola, hijito. Mamá te echa mucho de menos. ¿Te encuentras bien?* — Así me contestó.

Era agradable sentir que alguien a quien quería no estaba decepcionado conmigo, al menos no todavía.

— Hola, mamá. Estoy... bien. Te llamé para decirte algo.

— *Bueno o malo. Cuéntamelo luego, Dedé.* — Ella usó mi apodo de la infancia. Mi mamá era la única que me llamaba así.

— Voy a ser padre, mamá.

— *¡Eso es mentira! ¡Estás mintiendo! Estás engañando a tu madre, ¿verdad? ¡Dios mío! ¿Es verdad, hijo?*

— Lo es, mamá. La más pura verdad. — Aparentemente, la Sra. Joyce fue la única que se alegró al oír la noticia.

— *¡Dios mío, voy a ser abuela! Estoy tan emocionada, mi amor.* — Sonreí ante su emoción, pero por dentro tenía muchas ganas de llorar. — *¿Quién es mamá?*

— De Rayssa.

— *¿De João Guilherme?*

— De su mamá.

— *Ni siquiera sabía que estaban saliendo.*

— Es complicado, mamá.

— *No importa, hijo mío. ¡Estoy feliz! ¡Dios mío, qué bendición! Amo a Rayssa, y ella es hermosa, ¡así que mi nieto será hermoso!*

— No tengo ninguna duda, mamá — respondí, sintiéndome orgullosa por primera vez.

— *¿De cuántos meses está?*

— Aún no lo sabemos. Tendrá su primera cita con el obstetra esta semana.

— *Un bebé, Dedé. ¡Qué bendición! ¿Quieres que llame a tu padre para decírselo?*

— No, no — respondí enseguida. — Seguro que no estará tan contento como tú. Pues díselo de mi parte.

— *Puede que al principio no se alegre, pero se alegrará cuando sepa que va a ser abuelo. Se lo diré, hijo.*

— Bien, mamá. Ahora voy a desconectar, porque todavía tengo que llamar a Rayssa antes de acostarme.

— *Está bien, hijo. Ven a verme mañana. Quiero darte un abrazo.*

— De acuerdo, mamá. Amor.

— *Amor, mi amor. Duerme con Dios.*

Colgué con mi madre y bebí un poco de agua antes de llamar a Rayssa. Ese día fue una montaña rusa de emociones.

— *Hola.* — Contestó con su dulce voz.

— Llamo para ver si todo ha ido bien después de irme.

— *Por supuesto que sí. Mis padres me están dando todo el apoyo que necesito.*

— Eso es estupendo. Se lo he dicho a tu hermano. — La llamada quedó en silencio un momento. Sabía que la reacción no sería buena. — Estaba muy enfadado conmigo, porque cree que voy a hacerte daño. Me pidió que me fuera porque no podía hablar conmigo con la cabeza caliente.

— *Se le pasará, P.A. Gui te quiere.*

Yo quería tener la confianza que ella tenía, pero en ese momento no podía. No obstante, intenté no castigarme por ello. Iba a darle tiempo.

— ¿Has mejorado de las náuseas? — Cambié de tema.

— *Van y vienen. Es normal en este periodo del embarazo.*

— Espero que esta fase pase pronto. Debe ser realmente malo.

— Hunrun, lo es.

— Bueno, voy a desconectar para dejarte descansar. Yo también necesito dormir un poco a ver si se me pasa el dolor de cabeza. Cuando quieras, si necesitas algo, puedes llamarme.

— *Estoy bien. Buenas noches, compañero.*

— Buenas noches, enano.

— *Paulo André...* — Me quedé en la línea, pero no dije nada. — *No eres culpable de nada. Estábamos y estamos juntos en esto.*

— Gracias por ser así, Rayssa.

— *Buenas noches, Rayssa.* — Desconectó la llamada y me fui a la cama. Desconecté.



Paulo André

Al día siguiente, me desperté con el sonido del timbre. Miré la hora en el reloj de mi mesilla de noche y aún no eran las 7 de la mañana. Me levanté soñolienta y miré por la mirilla para ver a mi padre. *¡Mierda!*

— ¿Has dejado embarazada a la hija de Augusto, Paulo André?

Era la primera vez que mi padre venía a mi piso, y en cuanto abrí la puerta, antes incluso de que me diera los buenos días, empezó con sus acusaciones.

— Siempre supe que eras un mujeriego y que tenías varias parejas por ahí, pero nunca me involucré, aunque no aprobaba tu estilo de vida. Confiaba en ti. Pensé que te había enseñado algo, como la importancia de usar preservativos. Por lo visto, ¡no has aprendido nada! — gritó, lo que no era típico de su personalidad.

Otávio estaba enfadado, pero yo también. Para no alterarme, cerré los ojos, respiré hondo y le di la espalda, invitándole en silencio a entrar en el piso y a parar el escándalo en la puerta.

— ¿Cuándo te volviste tan irresponsable? ¡Esa no es la educación que te di, Paulo André! ¿Qué le dirás a su padre?

Nunca había visto a mi padre tan enfadado, ni siquiera cuando bajaron mis notas en el instituto por salir de fiesta con chicas. En aquella época descubrí lo que era el sexo y no quise otra vida. Ni siquiera cuando me negué a presentarme al examen de juez lo vi tan enfadado.

— ¿Eh? — Su grito me sacó de mis pensamientos. — ¿Qué vas a decir? Lo siento, tío, ¡pero me he follado a tu hija sin condón y ahora está embarazada! — ironizó.

— ¡Ya está bien! ¡Basta, maldita sea! ¡No hables así de ella! — exploté, gritando también. Había llegado a mi límite. — Me han masacrado por todos lados, pero tú eres mi padre. Puedes decirme que cometí un grave error y que la cagué, pero sólo lo aceptaré si, después de todo, estás aquí para darme un abrazo. Si no, ¡te puedes ir! — grité, señalando la puerta.

— Háblame bien, mocosa. ¡Y no grites! Soy tu padre.

— Gritaste tú primero. Si quieres que te traten como a un buen padre, ¡actúa como tal! Y no como un dictador que nunca comete errores — le critiqué. — Soy tu hijo, maldita sea. ¿Crees que no me culpo yo también?

— ¡No me extraña, porque todo es culpa tuya! Rayssa es sólo una niña.

— ¡Ya lo sé! Soy el más experimentado de los dos y el único responsable. Sólo tuvimos sexo una vez sin condón, sólo la primera vez, y ella quedó embarazada. Yo no estaba prevenido en ese momento. No lo planeé...

— Los ganadores no ponen excusas, Paulo André.

— No voy a disculparme, ni mucho menos a eximirme de culpa. — Miré a mi padre y, a pesar de su expresión tensa, parecía más tranquilo que cuando llegó a mi casa. — Créeme, papá, ¡me estoy castigando demasiado por haber cambiado su futuro! Voy a hacerme cargo del bebé, porque nunca huiría de mis responsabilidades, pero es Rayssa quien va a cargar con el niño durante nueve meses, antes incluso de haber terminado la universidad. Por desgracia, ¡no puedo evitarlo! Ni siquiera he dormido esta noche. Estoy hecho una mierda. Fue una pesadilla verla llorar; después de todo, siempre está sonriendo. La conversación que tuve con su padre tampoco fue agradable...

— Debería haberlo pensado antes.

— Debería haberlo hecho, pero no lo hice. ¡Ahora ya no está! ¿Qué quieres que haga, aparte de aceptar las consecuencias de mi error?

— ¡No llames error a tu hijo, Paulo! Es un niño inocente que no tiene la culpa de haber sido concebido antes de tiempo. Un hijo nunca es un error. — mi padre habló más bajo y yo bajé la cabeza.

Sentí ganas de llorar y, sin poder controlarlo, una lágrima corrió por mi mejilla. *¡Joder! No recuerdo la última vez que lloré.* Resoplé, y él se acercó y me puso la mano en el hombro.

— Refresca la mente y piensa en tu mejor opción.

— João Guilherme ni siquiera me miró a la cara, papá. Apenas me dejó explicarme y me pidió que me fuera. Mi amigo está muy dolido porque no le dije que estaba liado con su hermana y, encima, la dejé embarazada. ¿Cómo voy a lidiar con esto? Guilherme siempre ha estado a mi lado en las situaciones difíciles, ayudándome a superar los obstáculos. Ahora está en el lado opuesto, y no sé cómo actuar — me lamenté.

De todas mis inseguridades, no tener a mi mejor amigo a mi lado era la que más me dolía.

— Su dolor pasará, sobre todo si actúas de forma adecuada y responsable con su hermana. Os conocéis desde niños y siempre habéis sido inseparables, así que te perdonará. Hasta que llegue ese momento, respeta su espacio. Dale a João Guilherme el tiempo que necesite.

— Esperaré lo que haga falta, pero no aceptaré que nuestra amistad termine. Sé que cometí un error, pero es mi hermano. No puedo perderlo.

— No lo perderás. — Dijo mi padre con seguridad. — El perdón de tu amigo no tiene que ver con si tienes razón o no, sino con lo mucho que te quiere. Cuando te perdone, hijo mío, no olvides que la lealtad es cosa de dos. Ahora, ven aquí, tu padre ha venido a darte un abrazo.

El señor Otávio me estrechó entre sus brazos. En aquel momento, me sentí como un niño asustado.



Después de abrazarnos y calmarnos un poco, nos sentamos una al lado de la otra en el sofá, disfrutando de un momento de silencio muy necesario, ambas perdidas en sus propios pensamientos.

— Incluso con un niño en camino, ¿no te replantearás el concurso? — mi padre rompió el silencio.

— Papá, por favor, no insistas. Ya me hierve la cabeza...

— Insisto por tu propio bien, Paulo André. Ahora que eres padre, lo entenderás. La competencia te traerá estabilidad — resoplé. Siempre volvíamos a la cuestión financiera. — No voy a vivir para siempre, hijo mío. Cuando me vaya, quiero irme en paz, con la certeza de que irás por el buen camino en la vida.

— No siento ninguna afinidad con el cargo de juez, papá. Sé que mucha gente odia su trabajo, pero no tiene elección porque tiene que mantenerse. Pero ese no es mi caso. Me gusta ejercer la abogacía y gano suficiente dinero con ello. Así que, incluso con el embarazo de

Rayssa, puedo permitirme trabajar en lo que me gusta. ¿Es tan difícil para ti darte cuenta de que la magistratura no me atrae?

— Está bien, Paulo André. ¡Me rindo! Aunque no estoy de acuerdo con tu decisión, no voy a tocar más el tema y anulo una de mis decisiones. A partir de ahora, volverás a participar de las ganancias de la empresa. No quiero que a mi nieto le falte de nada.

— Gracias, papá. Tu apoyo es fundamental para mí, y no me refiero al aspecto financiero. — Volvimos a abrazarnos y me sentí seguro.

— ¿Te casarás con la chica? — cambió de tema.

— No lo sé. No hemos hablado de ello. Acaba de enterarse de que está embarazada, todavía estamos asimilando la noticia y... Bueno, el tío Augusto no quiere que haga nada si no la quiero.

— ¿Y tú amas a esa chica, Paulo André? — Esa era una pregunta que todavía no sabía cómo responder.

— Yo... no sé, papá. Es difícil separar las cosas. No puedo distinguir mis sentimientos, después de todo, he amado a Rayssa toda mi vida. Siempre fue importante para mí, pero nunca la vi con otros ojos. De repente, todo cambió. Me dijo que estaba enamorada de mí, y me di cuenta de que también había cambiado mi forma de verla. Estoy confundido. — Pensé que insistiría, pero afortunadamente no lo hizo. Era difícil explicar lo que ni siquiera yo entendía.

— Tu madre estaba encantada con la noticia del embarazo y ya está llena de planes para el nieto. Siempre quiso tener la casa llena de niños, más niños y así sucesivamente. Yo era la única que no lo permitía. No quería arriesgarme a tener otro hijo y no poder darle todo lo mejor — admite mi padre. — ¿Le habría gustado tener un hermano?

— Tengo a João Guilherme como hermano, pero he querido tener una hermana — respondí con sinceridad.

Nunca eché de menos tener un hermano, porque Guilherme ocupaba ese espacio en mi vida, pero me apetecía tal vez tener una hermanita; alguien a quien cuidar.

— Es estupendo. Me siento aliviada, porque nunca quise privarte de nada.

— De todo lo que me has dado, lo más importante siempre han sido tus enseñanzas, papá. Seguiría siendo afortunado de tenerte como padre, aunque fuéramos pobres.

— Lo dices porque nunca tuviste que dormir para quitarte el hambre, ni ir al colegio en pantalón corto, ni siquiera los días de frío, porque no tenías pantalones. Nunca oíste bromas ni risas de tus compañeros por llevar tus útiles escolares, que ya eran precarios, en bolsas de mercado. Para que te hagas una idea, tu abuela reunía el dinero que ganaba con sus trabajillos y me compraba pan para llevar a la comida, pero nunca había con qué rellenarlo, así que para no ser el hazmerreír, esperaba a que se fuera y rompía el pan para fingir que tenía algo. Al final, se reían igual y yo lloraba a escondidas.

— Lo siento, papá. Ningún niño debería pasar por algo así — dije, recordando las cosas por las que yo también había pasado, pero ni de lejos lo que él había sufrido.

— En efecto, hijo mío. Por desgracia, muchas escuelas son crueles con los negros y los pobres. Pero yo le di la vuelta. Dejé de preocuparme, hice de mis estudios mi principal objetivo para cambiar mi vida y gané.

Se me partió el corazón al oírlo, y de nuevo sentí que las lágrimas me subían a la garganta.

— Gracias por luchar tanto para darme una vida mejor, papá. Gracias no solo por mí, sino también por mi hijo. Te quiero, tío, y estoy orgulloso de ser tu hijo.

— Yo también te quiero, hijo mío, y lo volvería a hacer todo. No te imaginas la satisfacción que me da saber que mi nieto no tendrá que pasar por las necesidades que yo pasé. Me siento en paz porque hoy puedo contribuir a ello. — Mi padre era un gran tipo, y yo me esforzaría por ser para mi hijo al menos un poco de lo que él fue para mí.



El lunes, mi padre y yo llegamos juntos a la oficina. Tras nuestro acercamiento, me sentí mucho más segura sobre el embarazo de Rayssa.

En la primera hora de trabajo, me dediqué a leer una petición. Unas páginas más tarde, sonó mi móvil.

— ¡Hola, chica! ¿Qué tal estás?

— *Me alegra saber que estás viva, P.A. Estoy bien. Llegué a casa tranquilamente, sin que nadie me vomitara encima ni nada. Pero tú... temí por tu vida, ¿sabes? ¡Ay, niña valiente!* — replicó Andressa bromeando, y yo me reí.

— En absoluto. Mi niña parece enfadada, pero es dulce la mayor parte del tiempo. No siempre es así, sólo estaba... nerviosa.

— *Sinceramente, no entendía nada.*

— Es una historia muy larga. Pero te la contaré algún día. ¿Organizamos algo? Esta vez me llevaré a Rayssa para que os conozcáis mejor y os deshagáis de la mala impresión que os habéis formado el uno del otro.

— *Si crees que es seguro para mi salud, lo haremos. Pero, por favor, asegúrate de que no esté enferma. Casi salgo corriendo cuando me amenazaron. ¿Se imagina un chorro de vómito golpeándome el pelo?* — Los dos nos reímos.

— No puedo responder por eso. Rayssa está embarazada, y las embarazadas se marean

todo el tiempo, que yo sepa.

— *¡Y una mierda! ¿Vas a ser papá?* — Andressa casi me deja sordo.

— Eso es.

— *¡Felicidades, amigo! Vamos a reservar esta reunión pronto, entonces. Quiero conocer a la chica que enganchó al intocable Paulo André.*

— Hablaré con ella y te llamaré.

— *De acuerdo. Te espero. Salud.*

Volví al trabajo y, a la hora de comer, Rayssa me llamó para decirme que mi cita con el tocólogo sería por la mañana del día siguiente. Le pedí a mi secretaria que me reservara las citas sólo para el turno de tarde y trabajé hasta tarde para compensar mi ausencia parte del día siguiente.



Rayssa y yo habíamos quedado en el hospital y, por casualidad, llegamos casi juntas. Aparqué el coche y esperé a que ella aparcara a mi lado.

Mi pequeña estaba preciosa. Puede que todo estuviera en mi cabeza, pero noté pequeños cambios en su cuerpo. Su cara parecía más rellena y sus pechos eran definitivamente más grandes.

Cuando se acercó a mí, no sabía cómo saludarla. Toda la vida, como amigos, nos habíamos abrazado y yo le había dado un beso en la cabeza. Sin embargo, en aquel momento, a pesar de nuestra situación indefinida, era la madre de mi hijo.

Decidí hacer lo que me apetecía, lo que me dictaba el corazón. Le abracé la cara y le di un largo beso en los labios.

— Buenos días, pequeña. — Por la enorme sonrisa que apareció en su cara, no había hecho nada malo optando por el saludo más íntimo.

— Buenos días, papá del año — bromeó, y me gustó el adjetivo.

— Quién lo hubiera dicho, ¿verdad? Hasta creo que ese título me queda bien. — Le guiñé un ojo. — Entremos.

La cogí de la mano y caminamos hacia la puerta del hospital.

Rayssa

— Cuidado por donde pisas. — P.A. me advirtió antes de entrar en el hospital. Fue aún más cariñoso y cuidadoso conmigo, y me derretí.

Fuimos a recepción y le entregué mi DNI y la tarjeta sanitaria. La recepcionista rellenó mi formulario y luego nos pidió que esperásemos en la sala de espera.

Cuando llegamos a la sala, vimos a otras dos embarazadas, ambas con la barriga más grande que nosotras.

— Dios mío, ¿voy a estar tan grande? — comenté en voz baja a la asistente. Nos sentamos un poco lejos de ellas.

— Probablemente sí. Pero estarás aún más guapa llevando a mi hijo.

— ¿Puedes dejar de ser tan mona? Ya estoy enamorado de ti, no hace falta que me conquistes — bromeé.

— ¿De verdad quieres que deje de hacerlo? — Enarcó una ceja.

— Pues claro que no. Me encanta que me mimes. — Nos reímos.

— Creía que iba a venir tu madre.

— Dijo que vendría en otro momento, porque hoy, en la primera cita, sólo estamos nosotros.

— La tía Helena es una mujer increíble.

— La tía Joyce también. — Me encantaba la mamá de Paulo André.

— Hablando de ella. No te imaginas lo feliz que se puso al saber que va a ser abuela. También hay otra noticia: mi padre y yo nos hemos reconciliado. — me dijo P.A., sonriendo. — Peazinho aún no ha nacido y ya está uniendo a la familia.

— Tal vez sea un poco Rayss.

— Puede ser. Pero creo que he hecho un niño.

— No cuentes con eso para no frustrarte.

— En realidad, siento que va a ser un niño, pero me da igual el sexo, mientras sea sano.

— Rayssa de Castro Marins — me llamó la enfermera y nos pusimos de pie.

— Hola, soy la Dra. Milene. Por favor, siéntense — nos saludó la amable doctora. Mi madre quería ver a la misma obstetra que Melinda, pero estaba de vacaciones y nos recomendaron a esta, así que probamos. — ¿Cómo estáis?

— Bien. Soy Rayssa, y este es Paulo André, el padre de mi bebé. — Milene nos estrechó la mano antes de empezar la consulta.

— Ya te has hecho la beta HCG, ¿verdad? — me preguntó, y saqué el test del bolso para dárselo. — Así es. Según el recuento de HCG, estás de unas seis semanas. ¿Sabe por casualidad la fecha estimada en la que se concibió el bebé? Así podremos trabajar con más precisión.

— El 1 de noviembre — respondí con firmeza, y P.A. me miró con asombro, probablemente porque había memorizado el día en que tuvimos relaciones sexuales por primera vez. Nunca lo olvidaría.

— Estupendo. ¿Y recuerdas la fecha de tu última regla?

Le pedí un minuto para comprobar mi aplicación. La doctora anotó todas mis respuestas. También me tomó la tensión, me pesó y me hizo una lista enorme de pruebas.

— Si estás en ayunas, te pueden sacar sangre hoy.

— Yo lo estoy. No he podido comer nada muy pronto debido a las náuseas. Hasta el sabor de la pasta de dientes me da náuseas.

— Te recetaré algunas vitaminas y algunos medicamentos para el mareo y por si te dan calambres, que también son frecuentes al principio del embarazo. Es bueno que me hayas hablado de la pasta de dientes, así podré recomendarte una hecha exclusivamente para embarazadas. No te sentará mal.

— ¡Es maravilloso! Muchas gracias. No soporto más odiar a Paulo André y maldecirlo todas las mañanas mientras vomito — bromeé. Tanto P.A. como el médico se rieron.

— Así que ahora vamos a hacer una ecografía transvaginal para ver al bebé. Puedes cambiarte aquí. — Señaló otra habitación. — Y tú, papá, ven conmigo.

Respiré hondo, abrí la bolsa que contenía la bata y me la puse. *Vamos, Rayssa.* Salí de la habitación con actitud altiva, segura de que las cosas irían lo mejor posible a partir de entonces. Me senté en la camilla, en aquella posición maravillosamente incómoda, y me sentí como un pollo asado. Era increíble cómo mi vagina podía alojar alegremente un pene tan grande como el de P.A., pero me sentí tan incómoda cuando me introdujeron el transductor del ecógrafo.

Todas las molestias se olvidaron cuando las primeras imágenes de mi barriguita aparecieron en la pantalla.



Rayssa

— ¿Ves esta cosita de aquí? — El médico señaló un pequeño punto en la pantalla. — Es tu pequeño bebé. Tiene el tamaño de un botón, entre 4 y 6 milímetros. Pero ya está empezando a tomar forma. Puedes ver los bordes y los ojitos. Así que, por lo que puedes ver, es perfecto y la estructura materna también es genial.

— Dios mío, se parece a mí — bromeé, y se rieron.

— No veo ningún final. — P.A. estaba hipnotizado, mirando la pantalla.

— Es difícil para el profano. Pero hay algo que podrá ver bien, o mejor dicho, *oír* bien. De repente, un sonido fuerte y rápido resonó en toda la sala. — Es el corazón de su bebé.

En aquel momento, mi corazón se aceleró tanto como el de mi hijo. Miré a Paulo André. Miré a Paulo André, y él también me miró con su sonrisa de millón de dólares.

— ¡Dios mío! ¡Esto es increíble, Rayssa! — Estábamos encantados con el bebé, y yo me derretía con las reacciones tan lindas de mi asistente personal.

— El bebé está bien, y la gestación es de entre 6 y 7 semanas. — El obstetra me explicó, finalizando el examen, y luego me pidió que me vistiera para que pudiéramos hablar un poco más sobre los próximos pasos.

Tiré la bata usada a la cesta y me puse la ropa, todavía con una enorme sonrisa en la cara. *Dios mío, yo... Ya es oficial. Tengo un bebé.*

— En el primer trimestre de embarazo, es absolutamente normal que aumente la frecuencia urinaria — me dijo la doctora cuando volví a sentarme delante de ella. — Te sentirás más cansada y somnolienta, también puedes tener dolor de espalda, cambios de humor, calambres, sensibilidad en los pechos y, como ya sabes, náuseas, sobre todo por las mañanas.

— Tengo todos estos síntomas, sólo que no los había asociado con el embarazo — comenté.

— Este primer trimestre es el más delicado. En ningún caso debes tomar medicamentos sin mi consejo. También debes evitar tomar infusiones y, creo que no hace falta decirlo, beber alcohol. ¿Alguno de los dos fuma?

— No — respondió Paulo André por los dos.

— Muy bien. Entonces sigan así, lejos del cigarrillo.

— Doctor, antes de saber que estaba embarazada, bebí vino en algunas ocasiones. — dije, avergonzada y preocupada a la vez. — ¿Podría afectar a mi bebé?

— Tu bebé está bien, Rayssa. Sin embargo, a partir de hoy, nada de alcohol. — Asentí con la cabeza. — Evite también los alimentos crudos, como la comida japonesa. Se recomienda la actividad física, pero siempre bajo la supervisión de un profesional de la educación física.

— Sí, señora.

— ¿Tiene alguna pregunta? Después de todo, sois padres primerizos.

— La tengo. — P.A. tomó la palabra. — ¿Cuándo sabremos el sexo del bebé?

— Por ecografía, normalmente en el cuarto mes de embarazo, pero hay un análisis de sangre, el sexaje fetal, que se puede hacer a partir de la octava semana.

— Estupendo. Tengo otra pregunta, que también tiene que ver con el sexo — dijo Paulo André, y la doctora contuvo la risa. — ¿Hay algo que no se recomiende durante las relaciones sexuales, algo que pueda perjudicar o dañar al bebé?

Se me calentó la cara al oír la desvergonzada pregunta de P.A.

— No hay nada que te impida mantener relaciones sexuales, ni durante esta ni durante cualquier otra etapa del embarazo. No hay ninguna posibilidad de que el pene toque al bebé. No te preocupes — explica con una sonrisa. — Lo que le resulte cómodo a Rayssa está bien. Pero tendrás que soportar sus cambios de humor. Un día tendrá la libido alta y, al siguiente, las

molestias del embarazo pueden quitarle todo el interés sexual. — Nos miramos y asentimos. — Le dejaré mi número de móvil para que pueda llamarme si tiene alguna otra duda o emergencia.

— Doctor, las imágenes que hemos visto hoy... — empecé a preguntar.

— En la clínica le imprimirán la ecografía y también le enviarán las imágenes al móvil.

Paulo André y yo nos sonreímos en un silencioso deseo compartido de compartir este momento con nuestra familia.

— Aquí tiene la receta. — El médico me entregó el papel y me explicó cómo utilizar la medicación en caso necesario.

Cuando salimos de la consulta, aproveché el periodo de ayuno y fui a que me sacaran sangre. No tardaron casi nada, porque la sala del hospital estaba muy concurrida.

— Debes de tener hambre — comentó P.A. cuando nos dieron el alta. — Vamos a comer aquí en algún sitio, luego te traigo de vuelta para que recojas el coche y me voy a la oficina.



Cuando llegué a la oficina, encontré a mi padre en la recepción.

— ¿Llegas ahora, Paulo André? — Su expresión era de disgusto.

— Fui a ver a mi hijo. ¿Puedes creer que ya tiene el tamaño de un botón? — Sonreí, y la expresión de mi padre se suavizó inmediatamente.

— ¿Y va todo bien entre él y Rayssa?

— Sí, papá. Incluso hemos oído los latidos de su corazón. — No pude contener la emoción y la euforia.

— Ah, ese sonido es delicioso. Han pasado más de veintiocho años desde que oí el suyo, pero aún recuerdo la sensación. — Sonrió, emocionado. — Enhorabuena, hijo mío.

El Sr. Otávio me abrazó y, mientras nos alejábamos, vi la mirada sorprendida de Isabelle hacia mí. Aparté la mirada de ella, me despedí de mi padre y me fui a trabajar.

Al final de la tarde, Rayssa me envió una foto de la ecografía. Pasé unos minutos intentando distinguir algo que me recordara a un bebé, pero la imagen estaba completamente en blanco. Sin embargo, mi corazón se aceleró al pensar que allí estaba mi hijo. En ese momento, no solo había aceptado que iba a ser padre, sino que estaba completamente enamorado de mi

pequeño muñón, como solía decir Rayssa.

Todo sucedió de forma tan rápida y natural. Era increíble ver cómo había cambiado mi visión de la vida y del mundo de un minuto a otro. Hace unos días, si alguien me hubiera dicho que iba a ser padre, me habría dado un ataque de pánico. Cuando me di cuenta de que era real, de que estaba sucediendo, no pude sentir otra cosa que felicidad.

La primera persona a la que se me ocurrió enviarle la foto fue João Guilherme. Sabía que aún me odiaba, pero quería compartir ese momento con mi mejor amigo. Así que envié la foto, seguida de un mensaje.

P.A.: *Este es tu sobrino. Es enorme, mide unos impresionantes 6 milímetros.*

Inmediatamente, las rayitas del mensaje se volvieron azules, indicando que mi amigo había visto la foto y mi mensaje. Pero no contestó.

P.A.: *Sé que no soy tu persona favorita en este momento, pero necesitaba compartir esto contigo, hermano. Voy a ser padre y tú vas a ser tío. Tal vez, si te portas bien, incluso podrías ser ascendido a tío.*

Cuando envié el segundo mensaje, estaba aprensivo porque no sabía cómo se tomaría la broma mi amigo. Sin embargo, mi corazón respiró aliviado cuando vi que por fin tecleaba.

Gui: *¡Enhorabuena, colega! Aunque las cosas no salieron como me hubiera gustado, estoy feliz por la llegada de mi sobrino*

P.A.: *¿Podemos hablar con más calma alguna vez?*

Gui: *Claro. Pero solo cuando esté preparada. Ya te avisaré.*

Ese pequeño diálogo ya fue un paso hacia la reconciliación.

Envié la foto de mi bebé a mis padres y me puse manos a la obra. *Ahora, más que nunca, lo necesitaré. ¡La leche es cara!*



El viernes por la mañana, me encontré sonriendo como un idiota en la oficina. Estaba mirando la pantalla de mi móvil y vi una llamada de Rayssa.

— Buenos días, enano. ¿Te encuentras bien?

— ¿Y tú? ¿Quién está bien?

— Tú y mi hijo, sí.

— Ah, sí. Sí, estamos bien. Hoy he vomitado las tripas, pero nada raro. Ahora no me siento mal, gracias a Dios.

— Pensé que las medicinas que me dio el médico me ayudarían.

— Y así es. Ahora sólo vomito por la mañana. Créeme, es un gran progreso. Para que te hagas una idea, me daba asco hasta mi propio perfume. Pero no llamé para hablar de vómitos, Paulo André. — Me reí discretamente al otro lado de la línea.

— Por supuesto. ¿A qué hora puedo pasar a buscarte?

— Iiguei, sólo quería decirte que no hace falta que me recojas. Henrique viaja mañana con Dudu para pasar las fiestas de fin de año en Balneário Camboriú, donde vive su familia. Así que mi amigo me ha invitado a una pizza esta noche para despedirnos, después de todo no nos veremos hasta que empiece de nuevo el colegio el año que viene.

— La respuesta es no, Rayssa. — No estaría sola con ese tipo ni aunque se lo follara.

— ¿Qué respuesta? No te pregunté nada, Paulo André. — Abusado.

— No quiero que te encuentres con ese tipo, y menos sola.

— Deja de hacerte la loca. Henrique y yo somos amigos, te guste o no. ¿Desde cuándo crees que tienes derecho a querer cualquier cosa cuando se trata de mis amistades?

— Desde que esperas un hijo mío. ¿Por casualidad llamó a todos sus amigos para despedirse?

— Soy el único amigo que tiene.

— Este tipo está interesado en ti, Rayssa. Sólo un ciego no se daría cuenta.

— No, no lo está. Y si lo estuviera, ¿eres mi novio para estar celoso? Que yo recuerde, no se me ha declarado ni nada. Estoy embarazada, no con amnesia.

— Qué gracioso. Así que llamaré a Andressa para tomar una copa esta noche, mientras estás con tu profesor.

— No te atrevas, o acabaré con tu carrera, Paulo André.

— Igualdad de derechos, gatito.

— Nunca se lo di a Henrique, imbécil. A diferencia de ti, que estoy seguro que ya la tuviste.

— Es cosa del pasado. Ella y yo somos sólo amigos ahora.

— No me pongas nerviosa, Paulo André. ¡Estoy embarazada! Hasta siento algo extraño.

— ¿Qué cosa extraña? ¿Está tu madre contigo? — Mi corazón se aceleró de preocupación.

— ¿No has oído que a las embarazadas no hay que llevarles la contraria? El bebé lo

siente todo.

¡Tramposa! Rayssa me estaba tomando el pelo, me daba cuenta por el tono de su voz, pero aun así no podía seguir con las burlas.

— ¿Tu profesor sabe que estás embarazada?

— Henrique no es sólo mi profesor, Paulo André. Es mi amigo. Así que tengo la intención de decírselo hoy.

— ¿A qué pizzería vas y a qué hora?

— Nos encontraremos a las 7pm en Maccherone. Luego nos vemos en tu piso.

— Toma un taxi. Te recogeré allí.

— De acuerdo.

Colgué el teléfono de mal humor y volví al trabajo.



No quería ser el posesivo, después de todo, Rayssa y yo no éramos una pareja convencional. Así que me tomé mi tiempo antes de llegar al restaurante donde estaban ella y el tipo de la comadreja.

Cuando llegué, aparqué el coche rápidamente y entré en el restaurante. Pronto los vi, charlando y riendo.

— Buenas noches — les saludé. Henrique ya se había dado cuenta de que me acercaba, pero Rayssa no. Parecía sorprendida de verme.

— ¡Acabo de llegar, P.A! — se quejó.

— Me dijiste que estarías aquí a las siete de la tarde.

— Sí, es verdad. Son... — Rayssa miró la hora en la pantalla de su móvil — sólo las 19h17. Aún no hemos pedido.

— Tanto mejor, porque yo también tengo hambre. Adelante, pide una pizza más grande. — Miré a Henrique, que nos miraba en silencio. — No te importa, ¿verdad? — El sarcasmo no sólo estaba en mi voz, sino también en mi cara.

— En absoluto. Siéntete como en tu casa — respondió sombríamente el profesor, y yo me senté bajo la mirada sanguinaria de Rayssa.

Unos minutos después, el camarero se acercó a la mesa para servirnos. Hicimos nuestros pedidos y Henrique habló de su viaje. Rayssa le prestó toda su atención, mostrando siempre interés por el tema. Eso me irritaba.

— Tengo que ir al baño — anunció, antes de levantarse y marcharse.

— ¿Qué te pasa con Rayssa? — No podía desaprovechar la oportunidad, así que me dirigí directamente a Henrique. No parecía sorprendido.

— Somos amigos.

Cara de Comadreja parecía divertirse con mi irritación, ya que una sonrisita tonta asomaba a sus labios.

— *Sólo* es tu amiga. La cuestión es si tú también eres sólo su amigo.

— ¿Se lo has preguntado?

¡Maldito gilipollas! Quería partirle la cara a ese profesorcillo, pero Rayssa se enfadaría conmigo, así que me controlé.

— Te estoy preguntando, amigo.

— Somos amigos, Paulo André. Rayssa es una chica increíble y quiero que sea feliz. Si esa felicidad te incluye a ti, me parece bien.

— Estás o estuviste interesado en ella. No soy idiota.

— Tienes razón, lo era. Pero me di cuenta de la conexión entre ustedes hace mucho tiempo y dejé el campo. Lo que queda es la amistad.

— No creo que hayas dejado el campo. De hecho, no me gusta tu amistad con mi esposa.

— ¿Tu mujer?

— ¡Mi mujer!

La sonrisa libertina estaba de nuevo en la cara de Henrique, y también mis ganas de darle un puñetazo.

— ¿Me he perdido algo, chicos? — Rayssa llegó sin que yo la viera acercarse.

— No te has perdido nada — respondí, cabreado. — ¿Le has dado la noticia a tu amiga?



Paulo André actuaba como un cavernícola y, por mucho que pensase que los celos eran simpáticos la mayor parte del tiempo, en aquel momento me enfadé. Todavía no le había contado a Henrique lo del embarazo y no tenía ningún problema en decírselo, que era una de las razones por las que había aceptado la invitación de mi amigo. Pero el hecho de que P.A. quisiera

restregar su propiedad en la cara de Henrique me puso furiosa.

— ¿Se lo has dicho a Andressa? — respondí a la pregunta.

— Claro que se lo dije. Por cierto, me felicitó y mostró interés en conocerte mejor.

— Qué mona. ¿Ahora también quiere ser mi amiga? Se nota que estáis muy unidas, ya que sólo nuestra familia lo sabía hasta entonces...

— Eh, vosotros dos, me muero por saber el cotilleo. ¿Alguien puede contármelo? Por cierto, ¿quién es Andressa? — Henrique se echó a reír, y yo me sentí avergonzado. Paulo André y yo estábamos siendo infantiles.

— Andressa es una puta[11], una amiga de mi novio...

— ¿Amiga de novio[12]? ¿Ahora soy tu amante, Rayssa?

— Que yo sepa, nunca me has pedido que me case contigo. — Me encantaba echarle eso en cara a Paulo André, porque le dejaba sin argumentos y se acababa el tema.

Delante de nosotros, en la mesa, Henrique se divertía con nuestro debate, pero pensé que era mejor poner fin a las bromas. El problema fue que aquel día, P.A. salió de casa dispuesto a provocarme. Por desgracia, tuvo la mala suerte de no callarse la boca.

— Andressa no es una puta. Es una buena chica.

— ¿Vas a defender a la chica aquí, en mi cara, Paulo André de Carvalho?

— Cuando las mujeres dicen su nombre completo, la situación es grave, compañero. ¡Protégete! — se burló Henrique, pero P.A. no se rió, y yo tampoco.

— No la conoces, Rayssa. Tu primera impresión fue mala, pero ella es buena.

Ese gilipollas quiere morirse hoy, ¡está claro! Sin embargo, antes de que pudiera darle un puñetazo, se le ocurrió una idea que podría ser buena.

— Creo que incluso podríamos presentársela a Henrique.

— Yo también lo creo — bromeó Henrique.

Me quedé en silencio durante un minuto, pensando en esa posibilidad. Mientras tanto, los dos me miraban atentos y llenos de expectativas.

— Me lo pensaré. — Me quedé más tranquila.

— Y ahora, ¿alguien puede darme la noticia? — preguntó mi amiga, mirándome con curiosidad.

— ¡Estoy embarazada! — le dije de golpe, y Henrique me miró, sorprendido y feliz a la vez.

— Y yo soy el padre — añadió P.A. con orgullo.

— ¡Vaya! ¡Enhorabuena!

La alegría de mi amigo era genuina. Me abrazó por encima de la mesa, bajo la mirada furibunda de Paulo André, y luego extendió la mano para estrechar también la mía. P.A. se hizo

el duro, pero aceptó la felicitación.

A partir de entonces, el ambiente se animó. Le contamos a Henrique cómo había conocido a Andressa, y mi amigo casi llora de risa con la historia del vómito. Acordamos que al año siguiente, cuando volviera de viaje, organizaríamos un encuentro entre los dos.



— Mi madre va a llamar a la tía Joyce. Quiere invitar a tus padres, y a ti por supuesto, a pasar las Navidades allí. Doña Helena quiere reunir a las dos familias — le dije a P.A. mientras íbamos a su piso.

— Me parece estupendo. Mis padres no tienen parientes aquí, así que en Navidad estamos los tres solos. Después de medianoche, siempre voy a su casa y ellos se van a dormir. — De repente, su voz sonó triste.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué ese abatimiento?

— Por mi situación con João Guilherme. No quería pasar la Navidad de mal humor con él.

— Ya te habrás reconciliado.

— Navidad es la semana que viene, Rayssa. No sé si las cosas se habrán resuelto en tan poco tiempo.

— Hablamos. Él vino a mí. — Recordé cuánto quiero a mi hermano, cómo siempre sabe decir las cosas correctas.

— ¿Dijo algo que te hiriera? — P.A. estaba preocupado.

— Claro que no. ¡Hola, Paulo André! ¡Tierra llamando! Estamos hablando de João Guilherme.

— Lo sé, Rayssa. Pero la gente buena también lastima a los que ama a veces. Eso es normal. Somos humanos y defectuosos.

— Mi hermano no. Gui es un tipo diferente de ser humano.

— Tiene razón. ¿Qué te dijo?

— Dijo que me apoyaría en todo, que me quería y que se alegraba de la llegada de su sobrino, pero que ojalá hubiéramos confiado en él en lugar de dejarlo fuera. Dijo que siempre habíamos confiado el uno en el otro, así que incluso con ciertas reservas, nos habría apoyado si eso era lo que realmente queríamos.

— Se ve que esta es su principal queja. Y tiene razón. Yo sentiría lo mismo.

— También me dijo que no sería el fin del mundo si no seguíamos juntos, si sólo éramos

los padres del bebé. Me dijo que no me avergonzara si resultaba ser madre soltera, porque era mejor estar separados y querernos como amigos y padres del niño, que juntos por obligación e infelices.

— Yo nunca...

— Gui dijo que no tendría que preocuparme, porque pasara lo que pasara, estaba seguro de que serías un buen padre — le interrumpí, porque sabía exactamente lo que iba a decir. — P.A. miraba la carretera delante de nosotros, pero vi que le lloraban los ojos. — Y yo estaba de acuerdo con todo lo que decía.

Paulo André tragó saliva y abrió la boca como si quisiera decir algo, pero no pudo. Esperé unos segundos para darle el espacio que necesitaba para hablar, pero no salió nada, así que continué.

— Nunca quise que estuvieras atada a mí por obligación. De hecho, sigo sin quererlo. Sabes que te quiero y que nunca me importó que no tuviéramos una relación tradicional, porque me bastaba con estar contigo. Pero ahora todo ha cambiado. Nuestra prioridad tiene que ser el bebé. Si estamos de acuerdo en que será más sano para él que sigamos separados, me parece bien que seamos sólo amigos. — Sentí la necesidad de decir eso.

— ¿Quieres dejarlo? ¿Quieres que volvamos a ser amigos? — Me miró.

— Si te hace sentir mejor... — Le puse la mano en el pecho y sentí cómo se le aceleraba el corazón.

— No quiero. Lo último que quiero ahora es estar lejos de ti, Rayssa.

Estábamos entrando en el garaje de su edificio y me limité a asentir cuando oí eso. Tenía ganas de llorar, así que si decía una palabra en ese momento, no sería capaz de contenerla.

Entramos en el ascensor en silencio y permanecimos así hasta que entramos en el piso. Paulo André abrió la puerta y me dejó pasar primero. Esperé a que cerrara la puerta y le dije que iba a ducharme, porque sólo quería salir de allí un momento.

La posibilidad de alejarme de él, de detener lo poco que habíamos construido, me conmovió. Se me partía el corazón y las lágrimas empujaban las barreras de mis ojos, rabiando por salir.

P.A. asintió y me di la vuelta para marcharme, pero en una fracción de segundo, me tiró del brazo, llevándome de vuelta hacia él, y me abrazó. Me sentí tan bien allí, en su abrazo protector.

Apoyé la cabeza en su pecho y sentí que su corazón latía deprisa. También me di cuenta de que su respiración era más agitada. Cerré los ojos e inhalé su delicioso aroma, el único perfume que no me daba náuseas en ese momento. Me abrazó más fuerte y me besó la cabeza, y entonces no pude contener las lágrimas. El embarazo me había vuelto muy sensible.

— ¿Qué te pasa? ¿Sientes algo? — P.A. me apartó de sus brazos y me miró. Tenía los

ojos asustados y las palabras se me atragantaron en la garganta. — Háblame, por favor. No me gusta verte así. ¿Por qué lloras?

— Porque te quiero. — Dejé que las palabras salieran de mi pecho y me sentí ligera.

Paulo André me miró sin reaccionar. No esperaba que dijera lo mismo, pero tenía que hacerlo. Sin decir una palabra, me agarró la cara con las dos manos y me besó.



Rayssa

Paulo André me besó como si el mundo fuera a acabarse en aquel momento, y yo le devolví el beso con la misma fuerza. Me levantó, me llevó hasta su escritorio y me sentó en él, colocándose entre mis piernas. Cuando nos quedamos sin aliento, detuvo nuestro beso y me miró a los ojos; frotó su nariz contra la mía, me dio un pequeño beso y me mordió ligeramente el labio inferior, arrancándome un gemido bajo.

Me besó la barbilla y el cuello, me bajó los tirantes del vestido, dejando libres mis sensibles pechos. P.A. chupó uno de ellos mientras masajeaba el otro. *¡Oh, Dios mío!* Sus caricias hacían palpitar mi vagina.

Eché la cabeza hacia atrás, disfrutando del placer, y Paulo André siguió chupándome, haciéndome estremecer con el contacto de su cálida y suave lengua. Luego me tumbó lentamente y me arrastró un poco más arriba para que pudiera apoyar los dos pies en la mesa.

P.A. me abrió las piernas, me apartó las bragas y me lamió la vagina, provocándome un

grito. Inmediatamente, mis manos se agarraron a su pelo. Estaba tan desesperada por la excitación que involuntariamente levanté las caderas y empujé su cabeza más hacia mi vagina, ofreciéndole más de mí misma.

Él enloqueció al verme tan receptiva. Muy excitado, Paulo André me sujetó los muslos y me devoró con su deliciosa boca y su lengua. Yo gemía y me retorcía mientras él lamía y chupaba ligeramente mi clítoris. Unos instantes después, cuando introdujo un dedo en mi interior, perdí el control y me corrí entre gritos, gemidos y espasmos. Estaba fuera de control.

Mis hormonas parecían desbocadas y mis espasmos no paraban. Paulo André me chupó hasta el último y, cuando levantó su cuerpo, yo me levanté y tiré de él hacia mí.

— Por favor, lo quiero ahora — le supliqué, besándolo y desabrochándole el cinturón.

— Voy a dártelo, nena. Te voy a dar mi polla ahora.

Me ayudó con el cinturón, porque estaba temblando, se bajó la cremallera de los pantalones y sacó su polla dura y caliente. Me tumbé de nuevo en la mesa y me acurruqué contra él. Sin apartar la mirada, P.A. me penetró de golpe.

Paulo André me penetró masajeándome el clítoris con el pulgar. Estaba al límite del placer. Mis gemidos resonaron por todo el piso, y me puse aún más cachonda cuando él también gimió. De repente, P.A. me levantó y me llevó al sofá.

Por un momento, pensé en lo extraño que era practicar sexo con un bebé dentro de mí. Sin embargo, cuando cerré los ojos y lo sentí en mi vientre, fue como si no hubiera nada diferente, excepto que yo estaba más sensible; y Paulo André supo sacar provecho de ello.

— Quiero follarte a cuatro patas — susurró, colocándome en el sofá.

Cuando volvió a penetrarme, sus embestidas sacudieron mi cuerpo y me arrancaron gemidos. Cuanto más arqueaba la espalda, más fuerte y profundo me penetraba Paulo André. Y cuando llevó un dedo a mi agujerito y me estimuló allí, fue inevitable que me corriera.

Esperó a que terminara y se apartó de mí para sentarse en el sofá. P.A. me sentó en su regazo, frente a él.

— Ahora vas a follarme la polla, niña traviesa.

Como la niña obediente que era, me moví arriba y abajo sobre aquella polla grande y gruesa, mientras P.A. me chupaba los pechos. Sentir su polla y su lengua al mismo tiempo era el paraíso; pero todo se intensificó hasta un nivel casi desesperado cuando me estimuló el ano con el dedo. *¡Qué mierda!*

Paulo André sabía lo que hacía, y sentí que podía morir de excitación en cualquier momento. Al poco tiempo, la sensación del orgasmo nos invadió a los dos.

— Voy a correrme contigo y llenar tu apretado coño con mi semen. — Sus vulgares palabras fueron mi fin. Me corrí, gimiendo desesperadamente, y él rugió y se derramó dentro de mí.

Nos abrazamos durante un rato, en la misma posición, con él aún dentro de mí. Ni siquiera sentía las piernas cuando se levantó conmigo en su regazo y me llevó al baño. Nos duchamos juntos, me llevó a la cama y nos dormimos abrazados, exhaustos.



Al día siguiente, me desperté a las 10 de la mañana. Paulo André no estaba en la cama, así que fui al baño a hacer mis necesidades matutinas y, por primera vez en mucho tiempo, no vomité.

Cuando llegué al salón, me esperaba una mesa llena de comida. P.A. estaba sentado en su escritorio y fui a darle un beso antes de hacer nada más.

— Buenos días, grandullón. ¿Qué es esto? ¿El desayuno del albergue?

— Buenos días, enano. Supuse que tendrías hambre y quería alimentar bien a la madre de mi hijo. Anoche dormiste sin comer nada.

— Te comí y quedé muy satisfecho, por cierto.

— Razón de más para tener hambre.

— De verdad. Cotoquinho y yo os agradecemos vuestros favores y podéis estar seguros de que volveremos una y otra vez. — Los dos nos reímos.

Ataqué la mesa del desayuno, comiendo un poco de todo, con un gran ojo. Pero, por supuesto, le eché toda la culpa al bebé.



Yo estaba tumbada en el sofá, viendo la serie Wandinha, y Paulo André leía sus archivos, sentado en su escritorio. Era imposible no fijarse en lo guapo que estaba con sus gafas graduadas. Me volví loca cuando se puso las gafas. Salió la niña traviesa que hay en mí. De hecho, últimamente estaba muy activa.

Cerré los ojos y recordé la noche anterior, cuando Paulo André metió su cara entre mis piernas. El mero recuerdo me produjo escalofríos.

— P.A., tengo una pregunta. — Acomodé mi cuerpo para sentarme en el sofá y él dejó sus papeles para prestarme atención. — ¿Tu madre te daba mucho Danoninho cuando eras pequeña?

Frunció el ceño y se quedó pensativo unos segundos.

— Creo que sí. De hecho, me sigue gustando. ¿Por qué te gustaba?

— Seguro que eres de los que lamen la tapa, ¿no? — Mi voz estaba llena de picardía, pero él no lo entendió enseguida. *Los chicos son tan listos y tan tontos al mismo tiempo.*

— Todo el mundo se lame la tapa, Rayssa. Sería un desperdicio no hacerlo. — Su respuesta fue tan genuina que estaba segura de que no había captado mi malicia. — No entiendo a dónde quieres llegar.

— No es para tanto. Estaba pensando en su talento para el sexo oral, y entonces me vino la idea: apuesto a que practicaba lamiendo la parte superior de Danone.

Paulo André soltó una carcajada ante mi comentario idiota. No hablaba en serio, por supuesto; sólo quería tomarle el pelo.

— ¿Me estás dando una pista, Rayssa? — Su voz gruesa y seductora me produjo un escalofrío. — Si quieres que te chupe el coño hasta que grites y te corras en mi boca, pídemelo. Me encanta tu sabor.

— Claro que sí. — Me recosté en el sofá y abrí las piernas en señal de invitación silenciosa.

En menos de cinco segundos, Paulo André ya me estaba arrancando las bragas y metiendo la cara en mi vagina para chupármela.



— Entonces recuérdame que te compre más Danoninho — me burlé de él, tumbada sobre su pecho, todavía en el sofá, después de nuestro rapidito.

— ¿Todavía necesito entrenamiento?

— ¡No hay nada tan bueno que no pueda mejorar! ¿En qué piensas? Soy una mujer exigente.

— No me importa más entrenamiento, pero preferiría que fuera directo hacia ti.

— Oh, está bien entonces. Me sacrificaré por ti. — Puse la cara más tonta.

De repente, nos interrumpió el timbre de su teléfono móvil. Paulo André se levantó completamente desnudo, con su glorioso culo contrayéndose y relajándose a cada paso, y fue a coger el auricular que estaba sobre la mesa.

— Es mi padre. Espera un momento. — Entró para contestar, pero no tardó en volver. — Me estaba recordando la fiesta de Navidad de hoy en la oficina. Me había olvidado por completo. ¿Quieres venir conmigo?

Paulo André me invitó, naturalmente, mientras me ponía los calzoncillos que estaban

tirados en el suelo del salón.

— ¡Vaya, qué progreso! Estoy ganando miles aquí —bromeé. — Vamos a la fiesta de tu oficina como novios, ¿te parece?

— ¿Te vas a burlar de mí o vas a aceptar mi invitación, graciosilla?

— Eso depende. ¿Me llevarás a casa para que pueda encontrar un vestido que me ponga guapa?

— ¿Tienes que llegar con una explosión, Rayssa?

— Sí, querida. Si no voy a causar alboroto, ni siquiera saldré de casa.

— Causar alboroto, ¿eh? Ya me veo rompiendo las narices de algunos aprendices que están empezando a tener sexo y no pueden controlar sus hormonas cerca de una mujer guapa.

— No me culpes por haber nacido así, rezumando belleza.

— Haz lo peor que puedas, cariño. Puede que miren, pero soy yo quien va a follarte en todas las posturas y hacerte gritar, corriéndote sobre mi polla y en mi boca al final de la noche.



Rayssa se tomó al pie de la letra mi recomendación e hizo lo peor... o lo mejor. Estaba maravillosa con su vestido ajustado de un solo hombro; era negro con unos discretos destellos y no le llegaba más allá de la mitad de los muslos. En los pies llevaba unas sandalias de tacón muy alto, y en la cara lucía un maquillaje ligero y natural, a excepción del pintalabios rojo. Llevaba el pelo suelto, cayéndole a un lado de los hombros. Todo perfecto.

En el espacio de un mes, el cuerpo de mi pequeña había cambiado mucho. Con el embarazo, estaba más buena que nunca.

— ¡Qué belleza, hija! Sin duda, seréis la pareja más guapa de la fiesta. — La tía Helena la elogió con orgullo en cuanto Rayssa llegó al salón.

— Estás maravillosa, hija mía. Este tío ni siquiera se merece eso. — El tío Augusto me señaló, pero su tono era de broma.

— La verdad es que no me lo merezco — repliqué, riendo.

— Ah, gente, vamos. ¡Seguid! Me gusta — bromeó, haciéndonos reír.

— Sólo creo que podrías haberte puesto sandalias más bajas para evitar una caída — advertí.

— Es verdad, niña. Dios quiera que no te caigas. — La tía Helena estuvo de acuerdo.

— Chicos, sólo estoy embarazada, no he aprendido a andar con tacones. No os preocupéis.

Rayssa siempre tenía una respuesta en la punta de la lengua, y eso me encantaba de ella, siempre y cuando no se usara en mi contra, claro.

— Entonces, ¿podemos irnos? — Le ofrecí mi brazo para que se lo cogiera.

Mi niña asintió, se despidió de sus padres y nos fuimos.



La fiesta de la oficina iba a tener lugar en un local de Barra. Era el salón de un restaurante que mi padre reservaba todos los años.

Cuando llegamos al local, ayudé a Rayssa a salir del coche, entregué la llave al aparcacoches y caminamos de la mano hasta el salón, que ya estaba lleno. Probablemente fuimos los últimos en llegar. En cuanto entramos en el evento, todas las miradas se volvieron hacia nosotras.

— Me encanta este *glamour*. He nacido para esto — dijo Rayssa, sonriente y encantada con la atención. Yo me reí. — Puedes mirar todo lo que quieras.

— Hijo mío, Rayssa, qué guapos estáis juntos. — Mi madre fue la primera en acercarse a saludarnos. — Una pareja poderosa. — Abrazó a Rayssa y luego me abrazó a mí.

— Gracias, tía. Tú también estás maravillosa.

— Estoy tan feliz por la llegada de mi nieto. Dios mío, no puedo esperar a ver su carita. Hasta me estoy emocionando. — Los ojos de la Sra. Joyce brillaron al hablar del bebé en camino.

— Yo también estoy feliz, tía. Al principio fue duro para mí, y un gran susto, porque no lo esperábamos. Pero ahora me siento mejor cada día.

— Un niño siempre es una bendición — comentó mi madre. — Vamos a pasar las Navidades en tu casa; tu madre nos ha invitado. Incluso hemos quedado en ir a Estados Unidos para hacer el ajuar de nuestro nieto.

— ¡Dios mío! Ese niño será muy mimado.

— Realmente lo será. Si depende de la abuela, será muy mimado.

— Ya está. — Mi padre se acercó a nosotros, mucho más comedido que mi madre, pero

más amable de lo que solía ser. — Bienvenida, Rayssa.

— Gracias, tío Otávio.

— Ven, vamos a sentarnos. Tenéis que comer algo — nos invitó mi madre, pero antes de sentarnos a su mesa, recorrí la sala con Rayssa, saludando a algunas personas.

La velada transcurrió con normalidad. Nos sentamos con mi madre y, a ratos, dejaba a Rayssa con ella, mientras yo socializaba con algunos compañeros de trabajo.

Cuando llegó el momento de su habitual discurso de agradecimiento, mi padre subió al escenario. Esta vez, sus palabras me sorprendieron.

— Buenas noches. Con gran alegría termino otro año de éxitos con todos ustedes. Hoy, mi discurso será un poco diferente, porque quiero honrar a una persona muy importante en mi vida. — El Sr. Otávio sonrió y la gente aplaudió. — Los últimos años no han sido fáciles. Nos hemos topado con muchos obstáculos para llegar hasta aquí, pero los hemos superado. Ahora podemos contar nuestros logros.

Rayssa me cogió de la mano e involuntariamente besé la suya.

— Hemos atravesado una pandemia, hemos luchado por nuestras vidas y nuestros trabajos, hemos perdido amigos y familiares... — hizo una pausa y toda la sala le siguió. — Creo que nunca habíamos sentido tanto miedo, porque el futuro era incierto. Sin embargo, hoy, cada uno de los que estamos aquí podemos decir que somos supervivientes, vencedores. Así que tenemos todos los motivos del mundo para celebrarlo.

Más aplausos resonaron en la sala antes de que mi padre continuara su discurso. La gente se miraba y sonreía, como un verdadero signo de gratitud y victoria.

— A veces tenemos que pasar por lo peor para ser y tener lo mejor. Al fin y al cabo, la vida no siempre es fácil. Los comienzos suelen ser difíciles, y siempre habrá un obstáculo en medio. Lo que nos queda son opciones, y entre ellas está rendirse o luchar. Esa elección define nuestro futuro.

La sabiduría de mi padre y sus enseñanzas siempre han sido algo de lo que me he sentido muy orgulloso. Ese momento no fue diferente.

— Siempre le digo a mi hijo que un hombre sin metas es un fracasado. Por eso, la primera gran lección de la vida debe ser fijarse un objetivo y, a partir de ahí, comprometerse a alcanzarlo cada día. No será fácil, y a menudo pensarás en abandonar, pero si tienes el valor de seguir adelante, la recompensa llegará.

A mi lado, mi madre miraba fascinada a mi padre. Aún le brillaban los ojos. Llevaban 30 años casados y esa mirada nunca cambiaba.

— Empecé de cero, sin un céntimo en el bolsillo, pero con un enorme deseo de superar la pobreza en la que vivía. Quería triunfar en la vida y proporcionar un futuro decente a mi mujer y a mi hijo. Reconozco que fui un padre ausente, pero lo que me consuela es saber que mi ausencia

fue el resultado de una lucha incansable por su futuro. Lo haría todo de nuevo si tuviera que hacerlo.

En ese momento, mi padre hizo una pausa y su mirada me buscó entre los presentes. Al mirarnos, le sonreí.

— Siempre había intentado guiar a mi hijo de la mejor manera posible, enseñándole las lecciones que consideraba importantes. Al final, fue él quien me enseñó una de las mayores lecciones.

Rayssa me apretó la mano; la miré y le guiñé un ojo.

— Hace poco tuvimos un desencuentro. — *¡Mierda! No puedo creer que hable de ello.* — Quería que se presentara a las oposiciones a magistrado, pero se dio un golpe en el dedo del pie y me dijo que no lo hiciera. Tengo que admitir que tiendo a ser un padre bastante... autoritario a veces.

Los demás oficinistas y sus acompañantes se rieron, mirando del escenario a mi mesa y viceversa.

— Eso se debe a la educación que tuve y a las dificultades por las que pasé. Por eso no podía aceptar que mi hijo se desviara del camino que, tras un frío análisis, yo había trazado como el mejor para él. Sin embargo, yo siempre he sido un razonador y Paulo André un emocionalista. Yo soy ambicioso y él apasionado. Ahora me doy cuenta de que es la mejor combinación, pero primero quería que todo fuera a mi manera.

Me llamó la atención el carácter personal del discurso de mi padre, después de todo, nunca fue un tipo muy abierto.

— En una de nuestras discusiones, se defendió y me dijo algo que nunca olvidaré. Me dijo: — mi padre resopló y engrosó la voz para imitarme. Casi no le reconocí, tan sensible y espontáneo a la vez. — *"Papá, yo no nací para juzgar. Nací para defender. Eso es lo que me gusta hacer"*. — El tono divertido que empleó hizo reír de nuevo a todos.

— Al principio, cuando lo oí, pensé que no había aprendido nada, que todas mis enseñanzas habían sido en vano. Pero cuando me paré a pensarlo, me di cuenta de que estaba equivocada. Paul André lo había entendido todo; era yo quien no lo había hecho. Todos los días nos señalan con el dedo. Se nos juzga por nuestro color de piel, clase social, nivel de educación, origen... El mundo está lleno de jueces, pero hay pocos abogados, en sentido figurado, claro. Pero es lo mismo, ¿no? — Volvió a centrar su atención en mí. — Así que, hijo mío, quiero que sepas que me has enseñado a ser mejor persona.

Sonreí, sintiéndome tímido por haberme convertido en el centro de atención. Mi madre y Rayssa me miraron con ojos llorosos, orgullosas.

— La segunda gran lección llegó un poco más tarde, cuando me enteré de que iba a ser padre. — La gente me miraba con incredulidad. Nadie en la oficina, salvo Isabelle, conocía la

noticia. Luego aplaudieron y dieron algunos gritos. — Fui a verle, dispuesto a juzgarle y a señalarle sus errores, pero me sorprendió. Me dijo que tenía todo el derecho a decir que se equivocaba, pero que sólo aceptaría ese juicio si, al final del día, yo estaba allí para darle un abrazo.

Oí unos mocos a mi lado y cuando miré, mi madre y Rayssa estaban llorando.

— Lo siento. Son las benditas hormonas del embarazo — susurró mi madre, y yo sonreí.

— La lección que me dio fue la del amor. Sólo en ese momento me di cuenta de que la labor de un padre es guiar a sus hijos y mostrarles sus errores, pero, al fin y al cabo, lo más importante es acogerlos. En vista de ello, doy gracias a Dios por todo lo que he conseguido a lo largo de mi vida, por darme la salud para llegar hasta aquí. Siempre estaré agradecido por la oportunidad de reconciliarme con mi hijo, por haber sido un padre ausente, y por tener la oportunidad de ser un abuelo presente — declaró el Sr. Otávio, emocionado. — Gracias a todos por vuestra colaboración y, como dijo Harvey Specter, "la lealtad es una calle de doble sentido; si yo pido la tuya, tú tendrás la mía[13]". Sed leales a los que queréis y, sobre todo, a lo que sentís; sólo así triunfaréis en todos los ámbitos de vuestra vida.

Al final del discurso, una salva de aplausos resonó en la sala, partiendo de mi mesa, mis manos. Aún tímida, me levanté y me acerqué al escenario para abrazarle.

— Has dicho muchas veces que estás orgulloso de mí, pero creo que nunca he admitido lo orgulloso que estoy de ti —dijo mi padre en cuanto nos separamos del abrazo.

— Gracias, papá. No me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba hasta que lo oí.



21

Rayssa

Era surrealista pensar que estaba allí, con el hombre que siempre había considerado inalcanzable. Sobre todo porque era el padre de mi hijo. Ni en mis sueños más salvajes habría imaginado vivir algo así.

Las palabras del tío Otávio me conmovieron. Fue fantástico ver a P.A. y a su padre unidos de nuevo. Mi corazón se llenó de orgullo por el amor de mi vida, y la sonrisa de su cara me calentó el alma. Como si no bastase para derretirme, Paulo André me miró con admiración y, delante de todos, me dio un largo beso.

Al final del discurso, se sirvió la cena. Todo estaba delicioso, pero unos minutos después de disfrutar de la comida, me incliné sobre el inodoro del servicio de señoras y casi me saco las tripas.

— ¿Así está mejor? — P.A. me estaba sujetando el pelo y, pensativo, me ayudó a levantarme.

— Pues sí. Normalmente, después de vomitar se me pasan las náuseas. Me lavo la boca y estoy como nueva.

Me acompañó hasta el lavabo y me lavé lo mejor que pude. De repente, se abrió la puerta del baño y entró una chica. La pobre se sobresaltó al ver a Paulo André conmigo.

— Puedes esperarme en la mesa con tus padres. Me maquillaré rápidamente y enseguida voy. — P.A. asintió, me besó en la frente y se fue.

La chica utilizó el baño y se marchó rápidamente. De nuevo sola, saqué el *brillo* de labios del bolso y empecé a aplicármelo de nuevo. Unos instantes después, entró otra chica y se dirigió a mí.

— ¿Qué pasa? — Me miró sorprendida. — Estás un poco... pálida.

— Estoy bien. Gracias.

— Eres la cita de P.A., ¿verdad?

Enseguida me di cuenta de lo mala que era la chica. No estaba preocupada por mí. *Apuesto a que es una de las zorras descaradas que pasaron por la cama del digno padre de mi hijo.*

— Esta vez no. Para toda la vida, cariño. Soy la madre de su hijo. ¿Y tú? Déjame adivinar... Eres una ex-puta gruñona porque perdiste tu polla de miel, ¿me equivoco? — Sonreí todo lo que pude, burlándome de aquella vaca.

— Soy su secretaria. Y sí, hemos pasado tiempo juntos. — Quería tomarme el pelo y lo consiguió, pero yo no me bajaba de mis talones.

— Hum, ¡qué fetiche! ¿Cómo te llamas?

— Isabelle.

— Yo me llamo Rayssa. — Le sonreí socarronamente. — Creo que puedo predecir lo que ha pasado... — Cerré los ojos unos segundos y me puse los dedos índices en las sienes, como si realmente estuviera teniendo una visión. — Paulo André y tú tuvisteis sexo, puede que incluso más de una vez, luego quisiste más, y él huyó como el diablo huye de la cruz. Desde entonces, has estado babeando por él en la oficina, tratando de encontrar una manera de atraerlo de nuevo. He acertado, ¿verdad?

La mujer no contestó, pero su expresión mostraba mucha irritación. Me fulminó con la mirada.

— Podrías vender tu historia a una editorial. Estás perdiendo dinero, porque sería una gran novela cliché*: la secretaria frustrada porque ha perdido el palo de miel del director general. Me encantaría. La compraría.* — Volví a sonreír, afrentándola con mi libertinaje.

— No me hace gracia. Además, P.A. y yo somos amigas porque las dos lo quisisteis así.

— Ah, pero seguro que tú querías más. — Sonreí por última vez y luego mi expresión se tornó seria. — Si no, no te habrías levantado de la mesa, dejado de comer, beber, bailar y

divertirte, para venir aquí, al baño, ¡a intentar pisotearme por un palo perdido!

— Lo peor es que crees que estás embarazada de él.

— No creo que lo esté, cariño. ¡Lo estoy! La mujer que, dentro de un rato, llegará a su trabajo y será anunciada por usted como su esposa; la que tiene algo que no ha tenido ninguna otra mujer que haya estado en su cama: ¡atención!

Isabelle me miraba como si quisiera matarme. Se moría de odio hacia mí, pero era algo bueno. *¿Quién te dijo que vinieras a burlarte de mí?*

— Podrías haber dormido sin eso, pero querías molestar a alguien que estaba tranquilo. Ahora espera. — dije sonriendo.

Salí del baño, dejando atrás a la vaca con una mirada llena de veneno. No solía ser tan agresiva, pero la Rayssa de antes, que no quería guerra con nadie, ha sido sustituida por una futura mamá, poseída por las hormonas del embarazo. Esta quiere guerra con todo el mundo.

Estaba distraída fuera del baño, meditando sobre mi enfado, cuando una voz familiar llamó mi atención.

— Rayssa, ¿estás aquí?

Gustavo era un chico de mi universidad que estaba en el último curso de Derecho. Nos conocimos en una fiesta de derecho en la PUC y nos dimos unos besos. Era lindo... pero demasiado lindo. *Prefiero el amor bandido.*

— Hola, Gustavo. Cuánto tiempo sin verte. — Sonrió y me dio dos besos en la mejilla.

— Mucho tiempo, en efecto. La recta final de la universidad, con las prácticas y todo, me está consumiendo. Prácticamente no tengo vida social.

— ¿Eres pasante en Carvalho Advocacia?

— Sí. ¿Y qué haces aquí?

— ¡Está conmigo! — La voz grave de P.A. me produjo un escalofrío.

Se me acercó por detrás, me agarró del brazo y tiró de mí hacia él, marcando claramente su territorio. *Hum, posesivo. Quiero que me pongas en tu regazo y me des unos azotes por ser una niña mala.*

— Oh, eso no lo sabía. Qué bonito. — Mi colega estaba claramente avergonzada. — Rayssa y yo nos conocíamos de la universidad.

En ese momento, el songa monga de Isabelle pasó a nuestro lado, recordándome lo mujeriego que era el padre de mi hijo.

— Pero concretamente en una fiesta en la PUC. Fue una locura. — Me burlé de P.A.

— Una locura, ¿eh? — Paulo André se quedó mirando a Gustavo con cara de asco. Mi colega tragó saliva.

— Bueno, perdona. Acabo de llegar, así que voy a buscar algo de comer. — Gustavo salió a hurtadillas, prácticamente corriendo. *¡Pobrecito!*

— ¿Has estado alguna vez con este chico, Rayssa? — me preguntó P.A., en cuanto Gustavo se hubo alejado lo suficiente.

— Claro que sí.

— ¿Y me lo dices a la cara?

— Deja de ser hipócrita, Paulo André. Ya te comiste toda Barra da Tijuca. ¡Donde quiera que voy hay una ex prostituta tuya! A veces hasta tengo miedo de despertarme al amanecer para beber agua y encontrarme a una de ellas en la cocina, ¡preguntando por ti! — Se lo eché en cara. — ¡Al menos no se te acercó en el baño para restregarte por la cara que ya habías pasado por mi cama!

— ¿De qué estás hablando? ¿A quién conociste en el baño?

— *A la secretaria enamorada del director general.* ¿No parece el nombre de un libro? — Me burlé de él. — ¿O era *la secretaria enamorada del abogado seductor?* Creo que este título tendría más éxito, porque la gente está un poco harta de los CEO.

— ¿De quién estás hablando exactamente, Rayssa?

— Depende. ¿Con cuántas secretarias de tu oficina has estado? ¡Sonso! Estoy hablando de Isabelle. Se me acercó en el baño, toda alterada, para preguntarme si era su cita del día.

— ¿Qué te dijo? Hace mucho que no tenemos nada más, incluso antes de ti.

— No me importa, Paulo André. Si voy a estresarme por cada mujer que pasó por tu cama, voy a terminar en una institución mental. ¡Perro! ¡Desvergonzado! ¡Comedor de secretarias! — Le di una palmada en el pecho, una por cada insulto.

— ¡Estaba soltero! — se defendió, riendo.

— ¿Y ahora no? ¿Qué hay de nuevo? Porque sigo soltero — me burlé.

Paulo André me miró enfadado, pero en lugar de contestar, se salió por la tangente, como siempre hacía.

— Venga, vamos. Vamos a bailar. — Me cogió de la mano y me llevó a la pista de baile.

Sonaba una bonita balada, *Lucky*, de Jason Mars. Me agarré a su cuello y nos movimos sincronizados, envueltos por el ritmo de la música. Cuando llegó el estribillo, le canté al oído.

— "Afortunada de estar enamorada de mi mejor amigo. Afortunada de haber estado donde he estado. Afortunada de volver a casa".

Paulo André me dio un beso y seguimos bailando, hasta que me hizo girar, parándome de espaldas a su pecho. Bailamos, mientras sus fuertes brazos rodeaban mi cintura por detrás. Me sorprendió susurrándome al oído otra parte de la canción, y todo mi cuerpo se estremeció.

— "Suerte que estamos enamorados en todos los sentidos. Por suerte nos quedamos donde nos quedamos. Suerte de volver a casa algún día".

Se me aceleró el corazón. Me volví de nuevo hacia él y nos besamos. Esta vez, fue un beso lleno de lengua y deseo. Estábamos en medio de la pista de baile, pero no nos importaba el

público.



De camino a casa, Paulo André me puso la mano en el muslo mientras conducía. Aquel cálido contacto con mi piel bastó para despertar mi libido. Recordé el sexo oral anterior, que no había correspondido. *¡Qué desagradecida soy!*

Estaba distraído, mirando al frente y cantando suavemente la canción Garotos de Leoni. De repente, se me hizo la boca agua y sentí una absurda necesidad de saborearlo. Esta era una gran oportunidad para devolverle el placer que siempre me había dado.

Me desabroché el cinturón, me senté de lado y, sin reservas, empecé a desabrocharle los pantalones.

— ¿Qué haces? Ponte el cinturón, Rayssa. Es peligroso.

— Tengo un antojo, Paulo André. ¡No puedes negarle nada a una embarazada!

— ¿Quieres chuparme la polla?

— Y beber leche con pajita — respondí con mi cara más traviesa.

Cuando por fin conseguí sacarle la polla del pantalón, salivé. Sin perder tiempo, me coloqué mejor.

— ¡Joder! Estás loco — gimió cuando pasé la punta de mi lengua por su glande. P.A. se volvió loco cuando hice eso.

Pero no estaba satisfecho. Para saciar pronto mi ansia, me metí en la boca toda la polla que pude y la chupé con fruición. Paulo André se colocó en el banco, dándome más acceso, y pude chupársela mejor.

Tragué todo lo que pude y luego pasé la lengua por su glande, repitiendo el proceso varias veces mientras veía cómo se aceleraba su respiración.

— ¡Joder! Me voy a correr... ¡Joder! — gruñó y detuvo el coche.

Intensifiqué mis movimientos y sentí los primeros chorros calientes en la garganta. P.A. me tiró del pelo, levantó las caderas y rugió de placer.

Mientras chupaba su última gota y levantaba un poco la cabeza, vi que estábamos en el aparcamiento de su edificio. Paulo André tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Me acerqué y le di un beso, y él abrió los ojos perezosamente.

Como si saliera de un trance, P.A. abrió mucho los ojos con expresión sobresaltada.

— Rayssa, el tocólogo ha dicho que el bebé come todo lo que tú comes. Si mi cogida le hace daño... — me reí.

— Claro que no, P.A.

— ¿Cómo lo sabes? Será mejor que llamemos al médico.

— ¿Estás loco? No voy a llamar a Milene y preguntarle: así que, doctor, me acaban de hacer una mamada y he tragado semen. ¿Le hará daño a nuestro bebé?

— ¡Oh, mierda! Entonces búscalo en *internet.*

— ¡Cálmate, Paulo André! No pasa nada.

— No voy a sentar la cabeza si no estoy seguro, Rayssa.

Puse los ojos en blanco, saqué el móvil y puse su pregunta en el buscador. La primera respuesta ya era satisfactoria.

— "Un estudio concluye que tragar semen reduce las posibilidades de aborto. Tragar semen ayuda a fortalecer el sistema inmunitario de la mujer, lo que da al feto más posibilidades de desarrollarse sano[14]". — Le leí el artículo en voz alta. — Ya lo ve. Soy una buena madre. Todo lo que hago es por el bien de nuestro bebé. Lo supe desde el principio.

— ¡Ya lo sé! — me fulminó con la mirada. — Vamos arriba, niña traviesa. Ahora vas a mamar todos los días — bromeó, y nos echamos a reír.

Cruzamos el aparcamiento, todavía riéndonos de la situación, y entramos en el ascensor. Nos besamos un par de veces mientras esperábamos a que parara el ascensor y, cuando entramos en el piso, P.A. se tiró inmediatamente en el sofá y apoyó la cabeza en el respaldo.

— ¿Estás cansado? ¿Quieres dormir? — le pregunté, sentándome en el sofá frente a él.

— No, sólo relajarme, porque me has hecho correrme. — Enderezó la postura, preparándose para levantarse, pero abrí las piernas todo lo que pude, atrayendo su atención.

— Así que ahora te toca a ti. Haz que me relaje.

P.A. se rió, pero se levantó del sofá y se acercó a mí.



— Podríamos haber decorado tu piso para Navidad — dije.

Estábamos tumbados perezosamente en el sofá después del desayuno del domingo.

— Ni siquiera pensé en ello. Han pasado muchas cosas a final de año.

— Es cierto. Pero imagínate... Los dos hemos decidido poner el árbol de Navidad, entonces voy a por las luces y descubro que están todas enredadas; te pido ayuda, pero me dices que estás ocupado y me pides que espere. Apresurada como soy, empiezo a desenredar los cables yo misma, pero no puedo, así que empiezo a llorar de odio. Te tiro las luces demoníacas a la cara, nos besamos y follamos locamente en medio de la decoración navideña.

P.A. se ríe tan espontáneamente que casi me asusta.

— ¡Dios mío, Rayssa! ¿De dónde sacas estas cosas? — Se secó los ojos, llenos de lágrimas de risa.

— ¡Dios mío! Estás realmente enamorada. No puedo decir una palabra y te revuelcas por el suelo de la risa. Ni siquiera fue tan gracioso. Más bien diría que fue... caliente. — Le miro fijamente con mi traviesa cara de embarazada.

— Fue gracioso, sí. Eres muy ingenioso. No es sólo *lo que* dices, sino la forma en que lo dices lo que marca la diferencia. Suenas como Tatá Werneck, una perla tras otra.

— Me encanta Tatá. Soy su fan número uno.

— Es muy divertida.



Una semana después

Me desperté emocionada, después de todo era sábado, víspera de Navidad. *Me encanta la Navidad.*

No iba a ir al piso de P.A., ya que esa noche cenábamos juntos en casa de mis padres, pero él me pidió que fuera. *No puedo resistirme a una petición así.* Así que fui.

Era increíble lo necesitado que estaba Paulo André después de su desencuentro con João Guilherme. Todavía no habían hablado, y eso me entristeció. Mi gran hombre no estaba bien, mi hermano tampoco, y se me estrujaba el corazón viéndolos así.

Cada día dormía más. Esa mañana, cuando me desperté, Paulo André ya no estaba en la cama. Me levanté, aún con pereza, y decidí darme una ducha enseguida, pues estaba toda grasienta de la noche anterior. Me tomé mi tiempo, aprovechando el agua de la ducha para relajarme.

Unos minutos después, salí del baño y, desnuda, entré en el *armario*. Al pasar por delante del espejo, me paré a mirarme el estómago. Notaba algunos cambios en mi cuerpo — mis pechos habían crecido considerablemente y eran más pesados, y mi cara se había redondeado ligeramente —, pero nunca me había mirado de cerca la barriga.

Esa fue la primera vez que me di cuenta de que estaba creciendo. Poniéndome de lado ante mi reflejo, pude ver claramente el bulto. Sonreí, emocionada. Nunca pensé que me alegraría tanto de tener un bultito.

— Hola, mi pequeño muñón. Empiezas a notarlo, ¿verdad? Ni siquiera sé de quién has

tirado — dije y me reí.

Me acaricié la barriga, intentando sentir algo, pero no pasó nada. Sin embargo, mi corazón lo sentía y, con cada día que pasaba, el susto daba paso al amor y la expectación.

— Puede que no hayas sido planeado, pero mamá ya te quiere mucho, cariño — le dije a mi hijo. — Y papá también.

Mi cuerpo se estremeció de asombro cuando vi el reflejo de P.A. Estaba apoyado en la pared del *vestidor*, observándome con una sonrisa orgullosa.

— Lo siento. No quería asustarte. No quería asustarte.

Paulo André se bajó de la pared, caminó hacia mí y me abrazó por detrás, poniendo las manos en mi estómago. Nos quedamos en silencio, admirando nuestro reflejo en el espejo. Sus manos negras contrastaban perfectamente con mi pálido vientre. Estábamos preciosos juntos.

— Me pregunto a quién se parecerá. — comenté.

— A mí, claro. Se parecerá a papá. No tiene sentido rezar para que no sea tan blanco como mamá. He venido a traer un poco de melanina a esta familia.

— Me va a encantar, porque tu color es hermoso.

— Eres preciosa.

P.A. estaba siendo dulce, y yo aún no me había acostumbrado. Sin saber cómo reaccionar, cambié de tema.

— Ya estoy enamorada de él. — Se me aguaron los ojos.

— Yo también. Igual que yo, que no me había planteado la posibilidad de ser padre tan pronto... Ahora, todo encajaba tan fácilmente. Ya le quiero.

Ante aquella declaración y la intimidad del momento, una lágrima corrió por mi mejilla.

— ¿Por qué lloras? — Paulo André me giró para mirarle.

— Cuando descubrí que estaba embarazada, uno de mis mayores temores era que fueras infeliz a mi lado, que se convirtiera en una obligación y que perdiéramos nuestra ligereza. Me culparía mucho si dejáramos de divertirnos...

— Siempre estás pensando más en los demás que en ti, ¿verdad? Este embarazo es infinitamente más difícil para ti, enana. A tus 19 años, lo afrontas con el corazón abierto, como siempre haces con cada obstáculo. No soy yo la que se siente mal, ni la que va a llevar un bebé durante los próximos meses. No soy yo quien va a dar a luz. Soy la última persona en la que deberías pensar.

— Es que te quiero tanto que sufro ante la perspectiva de verte infeliz. Quiero que seas feliz, aunque no sea a mi lado. — Cayó otra lágrima y P.A. se la secó. *¡Malditas hormonas del llanto!*

— Nunca estaría triste a tu lado, Rayssa. Quítatelo de la cabeza. Incluso si sólo fuéramos los padres del bebé, si no tuviéramos ninguna relación romántica o sexual, seguiría estando feliz

de compartir esta etapa contigo... ¡Porque eres tú! No puedo imaginar a nadie mejor que mi mejor amiga para gestar a mi hijo.

Paulo André no dejaba de mirarme. Al igual que para mí, aquel momento le parecía muy delicado.

— ¿Te das cuenta de que tenías que ser tú, Rayssa? Lo entiendo y me parece bien. — Asentí y me dio un largo beso, antes de llevarme a sentarme en la cama, frente a él. — Al contrario de lo que puedas pensar, nunca he estado en contra de las relaciones, sólo que antes no quería estar en una porque no creía que mereciera la pena. No para mí, teniendo en cuenta las cosas en las que creo.

¿Antes? Mi tonto corazón saltó en mi pecho. ¿Y ahora? pensé, pero no me atreví a interrumpirle.

— Las citas siempre me parecieron un reto. Todo el tiempo veía gente que empezaba una relación amándose y terminaba odiándose. O gente que estaba junta pero no hacía más que pelearse. Así que siempre tuve en mente que hasta que no estuviera preparada para este reto, no me sometería. Por eso siempre opté por la diversión. Besarse en los labios, tener sexo, besarse sin ataduras... Me di cuenta de que entrar en una relación no sólo significaría sonreír, sino también aguantar la mierda que se me viniera encima. Sabía que detrás de una pareja feliz había batallas diarias que afrontar y superar.

Ni siquiera me atreví a decir nada, porque estaba disfrutando escuchándolo. No recuerdo que Paulo André fuera nunca tan abierto sobre el tema.

— Nunca fui de los que se lanzan sin pensar en las consecuencias, en plan: a ver qué pasa; si no funciona, cada uno por su lado y a seguir con la vida. A mí no me funcionaba así, porque una de las partes siempre salía perjudicada. Y aunque parezca inconsecuente, tengo una responsabilidad emocional. Aquel hombrecillo, el principito, siempre tenía razón cuando decía que nos hacemos responsables de lo que cautivamos. Por eso me tomo en serio los sentimientos de los demás.

No quería interrumpirle, pero acabé riéndome al oírle referirse al principito como "pequeñín". P.A. también se rió, antes de seguir desahogándose.

— La gente sueña con salir con alguien, como si vivieran un cuento de hadas. Olvidan que, desde el día en que se dan el "sí, quiero", compartirán los momentos más dulces y los más difíciles. Y a veces hay que olvidarse de ser novios y ser simplemente viejos amigos que pueden entender las cosas mejor que los amantes. En nuestro caso, por ejemplo, siempre me he preguntado, durante los meses que llevamos juntos, ¿quién sería más perfecto que mi mejor amigo para salir conmigo?

Contuve la respiración. *¡Se acerca la propuesta, señoras y señores! Señor, si es tu voluntad, tu hija está lista.*

— Por todas estas razones, quería asegurarme de que cuando me involucrara con alguien, sería porque estaba enamorada y por ninguna otra razón.

¡Todavía no! ¡Oh, mierda!

— Nunca he sido un cabrón. Siempre he sido transparente con las mujeres con las que he tenido relaciones sexuales, hasta el punto de que a día de hoy mantengo una buena relación con la mayoría de ellas.

Asentí, pero por dentro quería darle una bofetada, porque esa parte no me gustaba. *Dios mío, nada es perfecto.*

— Si alguno de ellos me llamaba, necesitándome, le ayudaría enseguida, aunque hubiéramos decidido poner fin a nuestra diversión. Con todos ellos, me desprendí de todo el peso, manteniendo sólo un gran afecto.

Me di cuenta de lo aficionado que eras a las antiguas prostitutas cuando te vi con Andressa. ¡Imbécil!

— Estoy lejos de ser un tipo perfecto, Rayssa. Soy un gran amigo, pero como novio puedo ser molesto, testarudo y posesivo a veces. Puede que incluso te asfixie o que parezca no tener sentimientos... Aún no he tenido la experiencia, así que no estoy seguro de cómo seré. Sé que cometo muchos errores, pero prometo dedicarme al cien por cien para que funcione, si me dices que sí.

En ese momento, Paulo André hizo una pausa. Estaba nervioso, pero a diferencia de lo que solía hacer, que era hablar por los codos, sólo conseguí decir unas pocas palabras.

— ¿Es una propuesta, Paulo André? — Utilicé un tono sarcástico, pero la pregunta iba en serio.

— Es una propuesta, Rayssa. — Él sonrió, y yo me morí... *¡Pero estaré bien!* — Te prometo que nunca te sentirás sola y que haré todo lo que esté en mi mano para que te sientas segura con mis sentimientos.

Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no llorar, porque mi cara era muy fea cuando lloraba. ¡Mierda! El asistente personal estaba tan cerca de mi cara. *Espera, Rayssa. No pongas cara de llorar.* Arruinaría toda la perfección de ese momento.

— Entiendo que la gente tenga miedo de entregarse completamente y ser decepcionada, y sé que te he decepcionado unas cuantas veces. Tal vez te decepcione otras veces en el futuro, pero ahora, en el presente, quiero aprender a amar contigo. Estoy dispuesta a empezar un futuro contigo y con nuestro bebé.

¡Oh, mierda! No puedo contener más las lágrimas. ¡A la mierda la mueca! Me estaban proponiendo matrimonio y escuchando lindas promesas del chico que he amado toda mi vida. *Tengo derecho a llorar y hacer muecas, ¡sí!*

— Te prometo que, aunque seamos novios, seguiremos siendo inseparables, defensores,

cómplices y mejores amigos el uno del otro. — Por si fuera poco, me dedicó una sonrisa encantadora. — Así que, enano, ¿listo para ser todo mío? Porque yo estoy lista para ser toda tuya.



Rayssa

— Depende — respondí bromeando, para aligerar el ambiente y librarme de las lágrimas pertinaz, después de todo, este momento sólo debía ser de alegría.

— ¿De qué?

— ¿Prometes fidelidad o serás un novio *Bluetooth*?

— *¿Bluetooth?* — Me miró con el ceño fruncido.

— Sí, de esos que cuando está cerca de mí, estará conectado, pero cuando está fuera de mi alcance, siempre estará buscando otros dispositivos.

P.A. se rió, y yo también. Mi método de utilizar el sarcasmo en los momentos delicados siempre funcionaba.

— Ay, Rayssa, no te soporto. — dijo Paulo André, secándose los ojos llenos de lágrimas de la risa. — No pasa nada, prometo fidelidad. Entre otras cosas porque el único dispositivo en el que mi cable USB quiere entrar es el tuyo.

— ¡Así que acepto nuestra conexión! — Volé a sus brazos y le besé. — ¿Quién iba a pensar que pronto sería capaz de ponerme a Paulo André de Carvalho en camiseta de tirantes?

Le di un beso más a aquella boca deliciosa y luego me quedé mirando a mi sexy novio.

— ¿Qué te pasa? — preguntó.

— Sólo estoy admirando lo que es mío. ¿No puedo?

— Claro que puedes. Sé que es difícil dejar de mirarme.

— Es verdad. Eres tan guapa que ni siquiera parece que te tires pedos como un camello[15] — bromeé.

— Qué gracioso. Pues deberías saber que eres tú el que se tira pedos todo el tiempo.

— ¡Eso no es verdad, Paulo André!

— ¡Sí que lo es! No lo ves porque es cuando estás dormido.

— ¡Ay, Dios mío! Nunca más voy a dormir.



Después de comer, Paulo André me dejó en casa de mis padres para que pudiera prepararme tranquilamente para la cena. Nos despedimos con otro beso, acordamos volver a vernos más tarde y entré en casa.

— Ya estoy en casa, ¡mamá poderosa!

Mi madre estaba en la cocina con Dorinha, Sônia y la tía Verinha. En Navidad, era sagrado que las cuatro se reunieran para preparar la cena. Besé a cada una con emoción y me senté a la mesa.

— ¿Has venido pronto para ayudarnos con la cena, Rayssinha? — preguntó Dorinha, bromeando.

— Por desgracia, no. Estoy de baja por maternidad. — bromeé, y ellos se rieron.

— Como si yo cocinara antes — se burló mi madre.

— Déjala en paz, Helena. Su único trabajo ahora debe ser cuidar de este pequeño bebé que lleva en su vientre. — La tía Verinha habló cariñosamente, sentándose conmigo a la mesa.

Me alegró ver que tenía buen aspecto. Tal vez, en aquel momento, pude comprender un poco más su dolor. La maternidad me ha hecho más sensible en este sentido. Las madres nunca deberían perder a sus hijos, después de todo, ese no era el orden natural de las cosas.

— Tienes mejor aspecto, más alegre — comenté.

La tía Verinha sonrió y estiró el brazo para cogerme la mano por encima de la mesa. Me acarició la piel en silencio durante unos segundos.

— Y lo estoy, hija mía, aunque siga de luto. Echo de menos a Giovana todos los días y aún hay un hilo de esperanza en mí de que vuelva, pero tengo que seguir adelante y aceptar la voluntad de Dios. — Su voz se volvió un poco espesa por la emoción, pero mantuvo el equilibrio.

— Dios siempre sabe lo que hace, y nosotros no sabemos lo que pedimos — dije con sinceridad. — Me alegra verte sonreír.

— Pues bien, olvidémonos de las penas de la vida. Háblanos de ti, ¿cómo te sientes con la maternidad?

— Extrañamente a gusto. Al principio me daba miedo, pero cada día me siento más maravillosa. Creo que también tiene que ver con la reacción de Paulo. Él lo aceptó mejor que yo y ahora somos felices.

— Ah, hija, gracias a Dios que todo está saliendo bien. ¿Puedes creer que voy a ser abuela otra vez, Verinha? — dijo mi mamá con orgullo.

— Es una bendición, Helena. Me alegro por ti, amiga. Y, por supuesto, yo también voy a considerarme una abuela de corazón — respondió tranquilizadora la tía Verinha.

— Y lo serás. Mi hijo tendrá el honor de tener varias abuelas; todas las que estáis aquí y la tía Joyce podréis mimarlo a vuestro antojo. ¡Se lo permitiré! — bromeé. — Ahora quiero contarte algo nuevo.

Me levanté, moqueé y todos dejaron lo que estaban haciendo para prestarme atención.

— A partir de hoy, soy una mujer comprometida. Paulo André me ha pedido matrimonio esta mañana.

La cocina se convirtió en un manicomio. Había tantas mujeres gritando que casi me quedo sorda. Después de toda la euforia, recibí un abrazo colectivo. Me sentí aún más feliz por la familia que tenía y que mi hijo también tendría.



Al principio de la noche, me duché tranquilamente y me maquillé ligeramente, pero en lugar de arreglarme, me quedé un rato tumbada en la cama, todavía vestida con una bata. Me daba mucha pereza.

— Rayssa... — sonó la voz de João Guilherme desde fuera, seguida de suaves golpes en la puerta. Te he dicho que entres. — ¿Estás bien? ¿Por qué estás acostada a estas horas?

Tenía cara de susto y me miraba desde la puerta. *¡Dios mío, qué guapo es mi hermano!* Gui llevaba vaqueros oscuros, zapatillas de deporte y un polo blanco, de estilo deportivo; sus

ojos azules y el pelo corto, al estilo hot man, no hacían más que completar su aspecto perfecto.

— ¿Rayssa? — salí de mi ensoñación al oír su voz preocupada.

— Estoy bien, Gui. Solo estoy perezosa. Me distraje con lo guapo que eres. A Melinda le ha tocado la lotería, porque eres guapa por fuera y por dentro. — Me retorcí y me senté en la cama cuando entró en mi habitación.

— ¿Te has dado cuenta de lo maravillosa que es tu cuñada? Me ha tocado la lotería.

— Sois la pareja con la que todo el mundo querría hacer un *ménage*[16]. — bromeé, y mi hermano se rió, moviendo la cabeza negativamente.

— ¡Jamás! — replicó.

— Vaya, qué posesivos sois.

— ¿Ah, sí? ¿Quieres decir que lo harías?

— Jamás. Sólo me gusta mirar. — Se encogió de hombros. — Muy bien, tú ganas, ¡coño! Yo también soy posesivo, lo admito.

— ¿Cómo te encuentras? ¿Han remitido las náuseas? — La expresión de mi hermano cambió, se puso serio.

— Sí, sí. Ahora vomito muy poco.

— ¿Y cómo lleva P.A. la paternidad?

Conocía bien a mi hermano, así que sabía que su pregunta era sincera. Estaba preocupado por mí, pero también por la cabeza y el corazón de su amigo.

— Deberías preguntarle. Seguro que tendríais mucho de qué hablar... quizá incluso intercambiaríais experiencias como padres primerizos. Pero respondiendo a tu pregunta, se lo toma todo con más naturalidad de la que imaginaba.

— La mente de un hombre cambia cuando se entera de que va a ser padre. Es increíble cómo todo encaja. — Aunque el tema era feliz, mi hermano parecía triste.

— ¿Cuánto tiempo vas a dejar a Paulo André en hielo, Gui? Los dos están sufriendo...

— ¡No es hielo, Rayssa! ¿Crees que me alejé para castigarlo? ¡Claro que no! P.A. es mi hermano y no tuvo el honor de decirme que se estaba liando con mi hermana. ¡Siempre nos lo contamos todo, joder! Estoy dolido.

— Lo sé, Gui. Pero créeme, nunca quisimos dejarte fuera. Soy testigo de que él intentó decírtelo, pero algunas cosas pasaron en su vida durante ese período, y P.A. no tuvo el coraje de hablar. Tampoco fue fácil para él, porque tenía miedo de decepcionarte.

— No me decepcionó quedándose contigo, sino no diciéndomelo. Comprendí tu implicación, aunque no me pareciera lo ideal, al fin y al cabo los dos sois adultos. El problema fue enterarme cuando ya estabas embarazada.

— Para nosotros también fue una sorpresa — respondí con tristeza, y una lágrima

recorrió mi mejilla. Odiaba hacerle daño a mi hermano.

— No llores, pequeño. Yo estoy bien. Paulo André y yo vamos a hablar y a arreglar las cosas. — Me secó la mejilla y me dio un beso. — ¿Cuánto hace que mi sobrino no está?

Guilherme volvió a sonreír y yo pude animarme de nuevo.

— Tendrá ocho semanas. Pronto me harán la prueba del sexo fetal para saber el sexo — respondí eufórica.

— Creo que es otro niño. Miguel y él serán los mejores amigos.

— Como tú y Paulo André — dije, sonriendo con naturalidad.

— Como nosotros.

Salté a su regazo y me abracé a él, apoyando la cabeza en su hombro. Gui me puso la mano en el estómago y abrazó a su sobrino, emocionándome.

Justo entonces, oímos que llamaban a la puerta y, poco después, la cabeza de P.A. apareció en la habitación.

— Hola, yo... lo siento, no quería molestaros. Sólo he venido a ver si Rayssa estaba bien. — Se puso nervioso cuando chocó con João Guilherme.

— Pasa, amigo. No estorbas — respondió mi hermano.

Paulo André entró en mi habitación, invadido por la timidez. Salté del regazo de Gui y besé a mi novio, ajena a la presencia de mi hermano. Ya se acostumbrará.

— Voy a prepararme. Sentíos como en casa.

Les sonreí y me dirigí a mi *armario*. Esta era una gran oportunidad para que se arreglaran, así que no iba a entrometerme.



— ¿Podemos hablar ahora? — le pregunté.

Guilherme asintió, se levantó y se dirigió al balcón. Le seguí. Mi amigo se apoyó en un lado de la balaustrada, con las manos en los bolsillos y de cara a mí; yo me apoyé en el otro lado, suspiré y, sin rodeos, empecé a hablar.

— Cuando tú fuiste al colegio por primera vez, yo ya llevaba allí una semana. Las clases

habían empezado la semana anterior y muchos niños, como tú, no iban la primera semana. No era mi caso, porque mi padre siempre había sido estricto con mis estudios. Sólo me permitía faltar a clase si estaba enferma.

Hasta entonces, tenía la cabeza gacha, pero me levanté para ver si Guilherme me oía. Cuando confirmé que me prestaba atención, continué.

— Aquella primera semana fue una pesadilla. Acababa de entrar en aquella escuela de ricos. Como sabes, mi anterior colegio, aunque privado, no tenía un nivel tan alto. Sin embargo, ese año, los negocios de mi padre mejoraron exponencialmente, y me metió en un colegio mejor — resoplé. — ¡Lo odiaba todo! No quería dejar a mis antiguos compañeros y abandonar una escuela en la que me sentía a la altura para ir a otra en la que sería el único negro de la clase.

Seguro que João Guilherme lo recordaría. No era difícil darse cuenta, incluso para los más distraídos.

— Me sentía completamente excluido. De hecho, *estaba* excluido. Era el único chico nuevo, el único negro y, desde luego, el único que no era tan rico como los demás chicos de allí. La oficina de mi padre estaba en pañales, así que no teníamos ni de lejos el dinero que tenemos ahora. Aunque entonces sólo tenía cinco años, recuerdo que mi padre tuvo que esforzarse mucho para que yo entrara en aquella escuela, porque la enseñanza allí era muy superior a la anterior.

Guilherme no dejaba de mirarme en silencio, pero atento a cada palabra que salía de mi boca.

— Aquel lunes, esperé a que mi madre se fuera y me fui a llorar a un rincón escondido del patio, porque no quería quedarme allí. Pensé en saltar el muro para escapar, pero era demasiado alto para mí, así que me acurruqué allí y lloré copiosamente, anticipando otra semana difícil.

Volví a mirar a João Guilherme y, por la expresión de su cara, supe que él también recordaba aquel momento.

— Ahí fue donde nos vimos por primera vez — dijo mi amigo con voz quebrada, confirmando que se acordaba. Asentí con la cabeza.

— Tenía la cabeza gacha y decidí que era hora de seguir adelante. Levanté la cabeza, con la cara aún húmeda, y casi me sobresalté cuando te vi, estabas allí de pie mirándome. Me pareció gracioso, porque eras muy grande y llevabas una fiambrera de Superman con una mochila a juego a la espalda. — Los dos nos reímos al recordarlo.

— Ya basta. Siempre he sido fan de Superman, no es para tanto. Y João Miguel va por el mismo camino. — Nos reímos un poco más.

— Lo primero que pensé fue: este blanco rico está aquí para burlarse de mí, pero no me voy a callar más. Le voy a dar un puñetazo. — Me reí, recordando lo que se me pasó por la cabeza. — Caminó hacia mí en silencio y me preparé para darle un puñetazo. Sin darte cuenta de

mi intención, toda inocente, intentaste consolarme y me rompiste.

Mi amigo sonrió un poco. Se había salvado de recibir un puñetazo en mitad de la nariz. *¡Bicho con suerte!*

— Te presentaste, luego me preguntaste mi nombre y por qué lloraba. En ese momento, aunque no te había visto nunca, me abrí a ti. Te conté que no quería ir a clase porque no le caía bien a nadie, al fin y al cabo era una nueva alumna negra. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

João Guilherme asintió, pero en lugar de hablar, bajó la cabeza.

— No tienes que llorar más, P.A. — Repetí las palabras que me había dicho. Era la primera vez que alguien me llamaba así. — A partir de ahora, voy a ser tu mejor amigo, y si alguien no te quiere, deja que yo lo solucione.

Mi amigo volvió a mirarme y nos sonreímos. Joder, ¡ese momento fue jodido! Éramos dos críos, y él me apoyaba como un adulto. Nuestra conexión fue inmediata.

— Me animó y, confiando ciegamente en lo que decía, hinché el pecho y caminé a su lado hacia el aula, sintiéndome más fuerte. Ya había sonado el timbre y todo el mundo estaba allí cuando entramos. No había un solo niño que no nos mirara. Me pasaste el brazo por encima de los hombros y me anunciaste como tu nueva amiga y, a partir de ese momento, la amiga de toda la clase.

Nadie dijo nada cuando João Guilherme hizo aquel anuncio. Pero después de aquel día, poco a poco, los demás niños me aceptaron y dejaron de excluirme.

— Nunca lloré ni me sentí sola después de aquel día. Desde entonces somos inseparables. Me acostumbraste, amigo. Me demostraste que siempre que te necesitara, estarías ahí.

— Recuerdo eso. Incluso recuerdo que pensaba que lo que te estaban haciendo era realmente estúpido — Gui finalmente dijo algo.

— Eso es porque, desde que eras un niño, has sido un fuera de serie. Por desgracia, la mayoría de la gente no piensa lo mismo — le felicité. — Has estado a mi lado en los mejores y peores momentos de mi vida. Cuando nos hicimos mayores, compartimos el descubrimiento de las chicas, el sexo, las fiestas y las juergas; lo disfrutamos todo juntos, hermano. Y luego vino el accidente de coche que tuve. Me rompí la pelvis y tuve que guardar cama durante 60 días. Estuviste a mi lado todos los días, incluso los sábados por la noche, cuando podría haber estado disfrutando.

Aunque siempre hablábamos mucho y rememorábamos cosas que habíamos pasado juntos, esos recuerdos eran los más antiguos, así que nunca volvimos a ellos.

— Juntos también descubrimos la pasión por el voleibol y el amor por el Derecho. Casualmente, nuestros padres tenían la misma profesión, y decidimos que nosotros también la seguiríamos. Estuvimos codo con codo durante nuestros estudios en la universidad y en la graduación; sin olvidar que nos dimos el mayor atracón de nuestras vidas cuando aprobamos el

examen de la OAB[17].

En ese momento, João Guilherme se echó a reír, sin duda recordando el desastre que fue el día siguiente. Nada nos curó la resaca y juramos no volver a beber.

— Eres mi hermano, amigo. El hermano biológico que nunca tuve, pero al que no echo de menos porque te tengo a ti. ¿Cómo voy a sobrellevar tu ausencia en el momento más importante de mi vida? ¡Voy a ser un puto padre! ¡Te necesito conmigo! — Mi voz salió entrecortada, y João Guilherme también estaba conteniendo las lágrimas. — Sé que me equivoqué al ocultarte mi aventura con tu hermana, pero no fue premeditado. Las cosas ocurrieron y yo no sabía cómo afrontar todo aquel cambio dentro de mí. Es más, no sabía cómo explicar lo que ni siquiera yo entendía.

Los nervios me hicieron empezar a hablar, sin darle a mi amigo la oportunidad de interrumpirme en ese momento. Él permaneció en silencio, prestándome toda su atención

— Rayssa era como una hermana para mí. Yo estaba en tu casa cuando llegó tu mamá con ella en su regazo recién nacida y la vimos por primera vez. Seguí contigo todas sus etapas. ¿Cómo podría explicarte que las cosas han cambiado si ni siquiera sabía cómo había sucedido?

— Lo entiendo... — respondió Gui, y me alivió darme cuenta de que empezaba a comprenderme.

— Sigo confusa. Es una locura pensar que la niña y yo vamos a tener un hijo, pero creo... Creo que estoy enamorado de ella. Por cierto, le pedí que se casara conmigo.

— Paulo André, piénsalo...

— He pensado mucho, amigo. No me estoy precipitando. No es por el bebé ni por obligación. ¡Es exactamente lo que quiero!

— Por favor, no hagas sufrir a mi hermana.

— ¡Te doy mi palabra! Rayssa y el bebé son mi prioridad, y estoy feliz con esta nueva etapa. Ya no tengo miedo... — No fui todo lo clara que hubiera querido, porque me faltaban las palabras.

Nunca se me ha dado bien esto de sentir, pero sabía que João Guilherme había entendido lo que quería decir. Entonces, para mi total alivio, se acercó a mí y me abrazó, de la misma forma que yo le abracé cuando supe que iba a ser padre. El abrazo de un hermano orgulloso del crecimiento del otro.

— Dejemos esto atrás, al fin y al cabo estoy feliz por la llegada de mi sobrino — admitió Gui. — Tú también eres un hermano para mí, así que no eres el único que no sabe lidiar con la ausencia. Estos últimos días lejos de ti han sido... extraños.

— Eso significa...

— Sí, tú y Rayssa tenéis mi apoyo.



Cuando salimos del balcón, no vimos ni rastro de Rayssa en el dormitorio. Bajamos y la encontramos en el salón con Melinda y João Miguel. Mi padre estaba en un rincón, hablando con el tío Augusto, y mi madre salía de la cocina con la tía Helena y Verinha. Todos se pararon a mirarnos.

— ¿Qué estáis mirando? — pregunté, fingiendo no entender tanta expectación.

— ¿Está todo bien... entre ustedes? — preguntó ansiosa la tía Helena.

— Este chico de aquí aceptó mis disculpas, pero sólo después de que le prometiera que si mi hijo es un hombre, se llamará João Guilherme Sobrinho.

— ¡Ni siquiera estás loco para hacer una promesa así, Paulo André! — Rayssa me miró con seriedad.

— Estoy loco, pero no tanto, enano. — Todos rieron con aquella escena y el ambiente mejoró.

Rayssa y Melinda se acercaron a abrazarnos y, gracias a Dios, el mundo volvió por fin a la normalidad.



La semana siguiente fui a que me sacaran sangre para la prueba del sexo fetal; en el hospital me pidieron una semana para los resultados, pero como estábamos de viaje en Nochevieja, no me los darían hasta que volviera, a pesar de mi ansiedad por saber el sexo de mi bebé.

Cuando salí de la clínica, fui a casa de Celina para charlar. Le conté todas mis novedades, igual que ella me contó las suyas, incluso que las cosas iban muy bien entre Clara y ella.

Aproveché para invitarla a pasar la *Nochevieja* con nosotros en nuestra casa de Itaipava, pero ya tenía planes con su novia. Esta vez, mis suegros tampoco irían, pues habían decidido viajar a la playa. Tía Verinha y Dorinha irían con nosotros.



El día del viaje estaba muy emocionada. Paulo André quedó en venir a mi casa por la mañana para que nos pusiéramos en camino juntos. Gui, Mel y João Miguel irían en su coche; la tía Verinha y Dorinha, con mis padres.

Programé el móvil para que me despertara temprano porque aún tenía que hacer la maleta, pero cuando me despertó, apenas podía abrir los ojos. Me había invadido el espíritu de la pereza. Desde que estaba embarazada de dos meses, el sueño y la pereza se habían triplicado. Sólo quería tumbarme. Tenía suerte de estar de vacaciones en la universidad.

Todavía estaba en la cama cuando se abrió la puerta de mi habitación y entró P.A., sorprendiéndome.

— ¿Todavía en la cama, dormilona? — Se tumbó a mi lado y me dio un beso.

— Sal de ahí. Estoy resfriada. Llegas demasiado pronto.

— Lo sé, lo sé. Es que te echaba de menos, así que vine en cuanto me desperté. Ven aquí, ven aquí. Me encanta tu aliento de león. — Paulo André intentó seducirme.

— Dios mío, sí que estás enamorado — bromeé, liberándome de sus brazos y levantándome de la cama para lavarme los dientes.

Estaba de pie frente al lavabo, terminando de lavarme la cara, cuando entró P.A.

— Estos calzoncillos son demasiado cortos, se te ve medio culo. — Me abrazó por detrás y le miré a través del espejo.

— Es un *baby doll*, precioso. Claro que es corto.

— No quiero verte paseando con él.

— ¿De verdad tengo que recordarte que no quieres? Además, aquí en casa sólo está mi padre, ¿estás celoso de él? — Alcé las cejas.

— No, pero un guardia de seguridad podría verte.

— Nuestros guardias de seguridad llevan armas, precisamente porque no tienen superpoderes, querido novio celoso. Para que me vieran aquí dentro, tendrían que tener visión de rayos X.

— Mejor no arriesgarse. Si alguno de ellos necesita entrar en la casa, te verá vestida así y...

Antes de que terminara de hablar, salí del baño, me dirigí a la puerta de mi habitación y la cerré. Cuando me volví, Paulo André estaba de pie en medio de la habitación, mirándome fijamente.

— ¿Y si me veían así? — Me quité el top de *baby doll*.

— Entonces tendría que matarlos por ver los deliciosos pechos de mi mujer. — Rápidamente, mi novio acabó con la distancia que nos separaba y acercó mi cuerpo al suyo, besándome desesperadamente.

Hacía unos días que no nos veíamos, así que me sentía tan desesperadamente cachonda como él. Mi embarazo fue todo pereza, sueño y libido alta. Siempre era una de las tres cosas, o las tres.

Salté sobre el regazo de P.A. y rodeé su cintura con las piernas, sin interrumpir nuestro beso.

— Cuidado, enano. Cuidado con la barriga. — Me soltó la boca para susurrarme, muy atento, convirtiéndome en un charco en sus brazos.

No tardó en besarme de nuevo y llevarme a mi cama. Desde que Paulo André se había enterado del embarazo, su tacto se había vuelto delicado. Seguía siendo ardiente e intenso, pero suave.

Su boca fue directa a mis pechos, haciéndome tragar un gemido. No podíamos hacer ruido porque mis padres estaban en la habitación de al lado, así que era una tortura sentir aquella lengua caliente y hábil y no poder explotar de placer.

Mientras P.A. chupaba uno de mis pezones, masajeaba el otro. Pronto su boca recorrió mi cuerpo hasta llegar a mi vientre. Lo besó amorosamente. Poseída por el espíritu de la picardía, empujé la cabeza de mi novio hacia abajo, encajándola entre mis piernas. Me miró brevemente, sólo para dedicarme su sonrisa traviesa.

Paulo André me quitó los calzoncillos a toda prisa, y yo arqueé las caderas, ofreciéndome. Me agarró de los muslos y enterró la cara en mi vagina, chupando y lamiendo; y yo agarré la sábana y la mordí para acallar mis gemidos.

Cuanto más me lamía, más me retorcía, sintiendo mi orgasmo cada vez más cerca. Al poco, exploté en su boca. P.A. me chupó hasta la última gota y rápidamente levantó su cuerpo para colocar su polla en mi entrada.

— Te vas a tragar toda mi polla con tu apretado y goloso coño.

Me encantaba cuando decía guarradas. Así que, obediente como siempre había sido, hice exactamente lo que me pedía. Se la chupé hasta el fondo y moví las caderas con él, haciendo que la penetración fuera más profunda.

Le arañé la espalda y lo apreté más contra mí, mientras sus embestidas se hacían más fuertes y rápidas, cada vez más profundas. Nuestros gemidos se mezclaban y nuestros cuerpos se movían en sincronía.

Le rodeé la cintura con las piernas y tiré de él por el culo para penetrarle aún más. Sus caderas se movían sin parar y yo me frotaba contra él, provocando una deliciosa fricción en mi clítoris que pronto me hizo correrme de nuevo. Todavía estaba corriéndome cuando Paulo André

se corrió dentro de mí, escondiendo su cara en mi cuello y ahogando sus gemidos.



Después de nuestro delicioso sexo matutino, nos duchamos juntos y P.A. me ayudó a hacer la maleta. Cuando bajamos, encontramos a todo el mundo ya reunido en el salón.

— Buenos días, hija. Iba a llamarte. No me había dado cuenta de que Paulo André estaba allí — comentó mi madre en cuanto entramos en el salón.

— Buenos días — saludamos todos al unísono. — P.A. me estaba ayudando con la maleta, pero ya estoy lista. Solo necesito comer algo y luego nos podemos ir.

— Desayuna con calma. — La señora Helena señaló la mesa, que aún estaba puesta. — Come algo también, Paulo André.

— Gracias, tía. — Mi novio me acompañó. Nos sentamos a la mesa, comimos y, al cabo de unos minutos, nos pusimos en camino.

Llegamos a Itaipava bajo la lluvia, así que el tiempo era delicioso, como a mí me gustaba.



Me estaban mimando por todas partes y me sentía tan feliz por esta nueva etapa de mi vida que ni siquiera quería dormir. Quién me iba a decir que las cosas se pondrían en su sitio de una forma tan increíble, con P.A. siendo tan cariñoso conmigo. Todavía no me había acostumbrado.

Nuestro Año Nuevo fue mágico, tanto que tenía miedo de todas las cosas buenas y bonitas que estaban ocurriendo. Sin embargo, en nuestro último día en Itaipava, tuve la mejor sorpresa de todas.

João Guilherme y Melinda nos pidieron a P.A. y a mí que fuéramos con ellos al Centro. Insistieron tanto que, aunque me daba pereza, fui. Cuando volvimos a casa, nos encontramos con una fiesta montada. Globos azules y blancos adornaban el salón, se había colocado una preciosa mesa con tarta, dulces y *magdalenas* — todo decorado en azul — y, para rematar la perfecta ambientación, una gran pancarta rezaba: "¡Esperamos un niño!".

Tardé en darme cuenta hasta que leí las palabras de la pancarta. Estaba asimilando todo aquel azul, esparcido por todas partes, cuando me di cuenta de que mi bebé era un niño.

Miré a Paulo André, que estaba tan sorprendido como yo, y me lancé a sus brazos, dejando que las lágrimas fluyeran libremente.

— ¿Cómo lo has sabido? — pregunté, después de recibir numerosos abrazos y recuperarme del susto.

— ¿De verdad creías que tu madre no llamaría al laboratorio? — respondió mi padre, orgulloso del logro de mi madre.

— ¿Te ha gustado la sorpresa, Rayssinha? — preguntó la tía Verinha, abrazándome de nuevo.

— Me ha encantado. — Fui completamente sincera. — Creo que sólo P.A. estaba más contenta que yo.

Mi novio dijo que no tenía preferencia por el sexo del bebé, pero yo sabía que quería un pequeño. Su semblante radiante era la prueba de ello.

— Nuestro hijo y João Miguel serán los mejores amigos. Como nosotros. — Fue lo primero que dijo Paulo André cuando mi hermano se acercó a abrazarlo.

Sin duda lo serán.



A principios de febrero empezaron las clases. Inevitablemente, todo el mundo se enteró de mi embarazo, pues mi barriga ya era muy evidente. No había forma de ocultarlo. En realidad, no me importaba. De hecho, si alguien se atrevía a burlarse de mí, lo pagaría. Como dice la sabia Wandinha Addams*: "Si la vida te da un limón, exprímelo en el ojo de alguien"*. A alguien que se lo merezca, ¡por supuesto!

Llegué a la universidad y me pasé por la cantina. Por desgracia, había dejado el café por culpa del bebé, así que opté por un zumo frío antes de clase, ya que el calor en Río de Janeiro rozaba lo insoportable. Era pleno verano.

Mientras saboreaba tranquilamente mi zumo, vi a Roberta y Luiz Felipe caminando hacia mí. *¡Joder! Justo hoy, cuando no sentía náuseas, viene este tío a ponerme enferma.*

Estaba embarazada de poco más de doce semanas y las náuseas matutinas por fin habían remitido, pero no estaba segura de poder controlar las ganas de vomitar al ver la cara de aquel hetero[18] de primera.

— ¡Buenos días, Rayssa! Te he echado de menos — me saludó Roberta, toda emocionada. Me alegré de verla bien, a pesar de la figura con cara de vago que tenía detrás.

— Buenos días, Roberta. Me alegro de *verte*. — acentué la última palabra a propósito.

Nuestro último encuentro, antes de las vacaciones, no fue el mejor, pero en general nos llevábamos bien, así que este tiempo fuera sirvió para calmar las cosas. — Yo también te he echado de menos.

— ¿Y Melinda?

— Sólo tiene una clase online hoy.

— Ah, sí. Hablando de clases, ya es hora. ¿Vamos? — Incapaz de negarme a acompañarla, me levanté para ir al aula y vi el momento exacto en que sus ojos se fijaron en mi barriga.

Llevaba unos vaqueros adecuados para embarazadas, una camiseta negra de tirantes y en los pies todo eran estrellas. En el último mes, había perdido todos mis vaqueros, así que antes de volver al colegio, invité a Celina a ir de compras conmigo para que me ayudara a renovar mi vestuario.

— Tú... Tú... — respiró hondo hasta que pudo terminar la pregunta. — ¿Estás embarazada? — La cara y el tono de voz de Roberta dejaron clara su sorpresa. La pregunta era retórica, ya que mi mono no dejaba lugar a dudas de que estaba embarazada, pero aun así respondí.

— Estoy de doce semanas, entrando en la decimotercera — respondí orgullosa, con la cabeza bien alta.

No me avergonzaba de mi embarazo y sabía que la reacción de Roberta no era por despecho. Pero la mirada de desprecio de Luiz Felipe me puso a la defensiva y me enfadó un poco.

— Ni siquiera sabía que tenías novio o que estabas intentando...

— En realidad, *ahora* tengo novio. Y en realidad no lo estaba intentando, simplemente sucedió — aclaré.

Sabía que Roberta no estaba movida por malos sentimientos. Seguramente su asombro o insatisfacción se debía a que estaba intentando quedarse embarazada y aún no lo había conseguido, mientras que yo... No era difícil descifrar la tristeza en sus ojos. Los seres humanos a veces tenemos pensamientos egoístas, pero eso no significa que seamos malos.

— Parece tan fácil para otras personas. Sin embargo, a mí nunca me sale bien — comentó, con ligereza, más para sí misma.

Antes de que pudiera replicar, el gilipollas de su marido abrió la boca. *¡Gilipollas!*

— No sé cuál es tu problema, porque no es falta de práctica. Yo hago mi papel con regularidad, así que te toca a ti hacer el tuyo. Pero por lo que parece, lo único que crece en esa barriga tuya son gusanos. — Se rió de su propia idiotez, pero a Roberta y a mí no nos hizo ninguna gracia.

— ¿Nunca te cansas de ser un imbécil? — No pude mantener la lengua dentro de la boca

ante aquel comentario sexista. — ¡Dios mío, qué talento para decir tonterías!

— ¿Estás loca, chica? Tú no... — cambió un poco el tono.

— ¡Estás loca! — Puse mi tono al mismo nivel que el suyo y mantuve mi postura altiva. — ¿No te das cuenta de la mujer tan maravillosa que tienes? Si lo único que le crecen en la barriga son lombrices, me gustaría que lo que te creciera en la cabeza fuera un bonito cuerno. Pero Roberta tiene demasiada integridad para darte lo que te mereces.

— Deja de ser abusada, Rayssa. Lo que necesitas es un hombre que te ponga en tu lugar.

No pude contener una carcajada. *¡¿Tienes que ponerte encima de mí con esa charla de tíos?! ¡En absoluto!*

— ¡Estás a punto de nacer, querida! Ahora espero que encuentres a una que te ponga en tu sitio, porque sólo eres machista con las mujeres. — Dejé de prestar atención a aquel imbécil y me volví hacia mi amiga, que parecía a punto de llorar. — Roberta, ¡nunca dudes de que eres un infierno de mujer! Pero entiende, de una vez por todas, que no tiene sentido ser una mujer de puta madre para un hombre que no vale un carajo.

Le dediqué una débil sonrisa y me marché antes de golpear a aquel engrasador en la cara. De camino, fui al baño y luego a clase.

En ese momento, Roberta no se presentó a clase. Así que, al final de la clase, salí a buscarla, pero me topé con Henrique.

— Hola, mamá del año. ¿Cómo estás? — Me abrazó.

— Hola, Henrique. Estamos bien. — Le devolví el abrazo, pero pronto lo solté porque estaba preocupada. — ¿Estaba Luiz Felipe en tu clase?

— Sí, estaba. ¿Por qué estaba allí?

— Como siempre, se portó como un idiota con Roberta, y ella no vino a nuestra clase.

Le conté a mi amigo todo lo que había pasado, y estaba tan indignado como yo.

— Roberta es una buena chica, no se merecía a ese imbécil.

— Podrías robártela para ti, Henrique. Por cierto, eres mucho más lindo y agradable que esa basura. Con tu cara de Jesús Luz[19], conquistarías a Roberta fácilmente.

— ¿Jesús Light, yo? ¡Ojalá!

— No seas modesto, Henrique. Creo que eres aún más guapo que él.

— Excepto que no conseguí a Madonna. Entonces, sí, ¡ojalá!

— Al final, todos querían a Madonna. Incluso yo iría *por* Madonna. — Nos reímos.

— Hablando de "conseguir". — Hizo comillas con las manos. — ¿Cuándo conoceré a esta Andressa?

— ¡Sinvergüenza! ¿De verdad quieres conocerla? — pregunté, poniéndome las manos en la cintura.

— Bueno, ¿por qué no? Su digno novio dice que es simpática. Y tenemos que estar de acuerdo, Paulo André y yo tenemos gustos similares.

— ¿Se suponía que era un cumplido, Sr. Henrique?

— ¡Claro que lo era!

— ¡No me gusta! Estoy celoso — bromeé.

— ¿De mí? Que no se entere la megafonía, porque no quiero que me den un puñetazo.

— De ti, no. ¡Celosa de la situación! Me siento en desventaja. Si se quedan juntos, ella se habrá quedado contigo y Paulo André, mientras que yo sólo tengo P.A.

— No es que eso sea un problema. Si quieres, podemos rectificar la situación ahora mismo, después de todo, no se le puede negar nada a una mujer embarazada. — Me guiñó un ojo.

— ¡Chico travieso! — Le di una bofetada. — Tú no eres así. No te quedarías con una mujer comprometida.

— No soy tan santo, Rayssa. — Fingí asombro, abriendo la boca ante aquel comentario. — Estoy de broma. No soy una santa, pero prefiero evitar el estrés. Además, tu novio tiene pinta de pegar fuerte.

— Él y mi hermano se han peleado durante años.

— Verás, a partir de ahora, háblame al menos a un metro de distancia. — Los dos nos reímos.

— Ahora, en serio, voy a quedar con Paulo André para que nos veamos. Te daré ese empujoncito. Así que siéntete muy privilegiado, porque me estoy esforzando mucho por ayudarte. Estoy muy celosa.

— Gracias, pequeña.

— Luego te mando un mensaje. Ahora, déjame ir a buscar a Roberta. Creo que sé dónde puede estar. ¡Hasta luego! — Me despedí de Henrique y fui tras mi amiga.

Cuando entré en el baño de mujeres de nuestro bloque, no encontré a Roberta. Pensé que estaría allí. Salí de la habitación y miré a mi alrededor. Para mi alivio, la encontré sentada en uno de los bancos de madera del parterre cercano.

Me acerqué y me senté a su lado. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, típicos de un largo rato de llanto. No abrí la boca porque no supe inmediatamente qué decir. Me limité a sentarme a su lado en silencio.

Para mi sorpresa, al cabo de unos segundos, ella habló, sin apartar los ojos del horizonte.

— Las ofensas son siempre en forma de bromas, pero se deshace de mí todo el tiempo.

Aunque Roberta hizo una pausa, yo permanecí en silencio, escuchándola.

— "Tienes el pelo tan fino, ¿por qué no te crece como a fulanito?", "Vaya, has engordado tanto. No sé por qué vas al gimnasio", "Mira el cuerpo de fulanita. Está concentrada. No es como

tú", "Fulana cocina bien, ¿por qué no aprendes a cocinar como ella?". Nunca seré suficiente para él, Rayssa. Ahora me comparará contigo por estar embarazada sin siquiera intentarlo. Y tiene razón, porque...

— No caigas en la trampa, Roberta. Nunca cometas el error de ser tan comprensiva con él que ignores el hecho de que eres tú la que está siendo irrespetada.

— Pero él tiene razón...

— ¡No, no la tiene! Nunca serás lo suficientemente bueno para la persona equivocada. No importa cuánto lo intentes, nunca serás lo suficientemente buena, porque el problema está en él, no en ti.

— Tengo miedo de que me deje, miedo de estar sola. No quiero volver a casa de mi madre. — admitió, mirando al frente, y una lágrima corrió por su mejilla.

— No tenemos que tener miedo de perder a nadie, amigo. Lo que no podemos hacer es *perdernos* intentando convencer a alguien de que se quede y nos quiera. — Le cogí una mano. — Eres maravillosa, Roberta. Si Luiz Felipe no ve eso, no te merece.

— No es tan simple como eso.

— Pero tampoco es tan difícil como parece. Sé que no puedes verlo porque estás enamorada, pero este tipo es tóxico. Estás en una relación abusiva, tienes que salir de ella mientras estés a tiempo. — Desenredó su mano de la mía. — Si le dejas, destruirá tu psique. Tenemos que aprender a protegernos y deshacernos de lo que no nos conviene, y no siempre es fácil, lo sé. Pero la vida es demasiado valiosa para estar atascada con alguien que no vale la pena. Historias como la tuya pueden acabar muy mal.

— Ya no es agresivo conmigo. Antes, cuando se ponía nervioso, había un empujón, una sacudida o, en algunos casos, una bofetada como la que viste, pero era raro. Ahora ya no. Tenemos la esperanza de que me quede embarazada, así que me trata con más cariño.

— Independientemente de la agresión física, hay palabras que duelen más que una bofetada, Roberta.

— Él no me hará nada si duda que estoy esperando un hijo suyo. Luiz... Él no es tan malo.

— Amiga, por favor... — Mi voz tenía un tono suplicante. Ella me miró. — No te hagas esto, y mucho menos a tu bebé. ¿Y cuando ya no estés embarazada?

— Nunca haría daño a la madre de su hijo.

Dios mío, ¿no ve el periódico? ¿No ve las noticias en todo el mundo? Empecé a desesperarme, sintiéndome impotente ante aquella situación.

— No debería haber ninguna condición para que te tratara como a una princesa. Mereces ser amada y respetada, pase lo que pase. Paulo André me trata con más cariño y cuidado después de quedarme embarazada. Es normal que los hombres sean más atentos. Pero la palabra "más"

marca la diferencia. Ahora es "más", pero siempre lo fue, incluso cuando sólo éramos amigos.

— Eso es sólo en teoría, Rayssa.

— ¡No, no lo es! Tengo muchos ejemplos positivos, pero también negativos. Una relación así, abusiva y tóxica, puede acabar con la vida de una persona. La ex novia de mi hermano murió por eso, pero en este caso, ella era la tóxica. Mi madre se suicidó por un hombre que no valía nada; ella era la víctima y llegó un momento en que no pudo soportarlo y se rindió.

Poca gente conocía esta parte de mi vida, sobre todo en aquel ambiente universitario. Me resultaba difícil hablar de ello, pero sentía que tenía que hacerlo. Esa fue quizá mi última carta.

— ¿De qué estás hablando? — Roberta por fin parecía menos aireada y prestaba verdadera atención a mis palabras.

— Eso es lo que has oído. Son historias un poco diferentes de las tuyas, pero con una gran similitud: la gente que no sabe amar, que es peor que la gente que no siente amor.

— ¡Basta, Rayssa! ¡Tus padres están vivos!

— Augusto y Helena no son mis padres biológicos. Te lo explicaré mejor.



Rayssa

— ¿Te gustaría ir a un sitio más tranquilo? — pregunté, y Roberta asintió. Me alegré de que estuviera interesada en escucharme.

No sabía adónde llevarla, así que recordé que hacía unos días P.A. me había dado una copia de la llave de su piso. Decidí hablar con él allí, ya que a esa hora estaría en su despacho y tendríamos intimidad.

— ¿De quién es el piso? ¿No vivías en una casa?

— Es de mi novio, el padre de mi hijo.

— ¿Vives con él?

— Todavía no. Pero paso aquí todos los fines de semana y a veces incluso algunos días a la semana, así que me dio una llave — respondí, sin reservas. — Venga, siéntase como en casa. ¿Te traigo algo de beber?

— No, gracias. Estoy bien.

— Ah, pero yo sí. Mi cachorro me deja seco, siempre tiene hambre — dije con naturalidad. — Me traeré un zumo, ¿seguro que no quieres un agua?

— Un agua, entonces.

Corrí a la cocina, cogí nuestras bebidas y me senté a su lado en el sofá, dispuesta a abrir mi corazón para ayudarla de alguna manera.

— Las historias son largas. Así que empezaré por la de mi hermano, que es la que he seguido más de cerca. Luego os hablaré de mis padres biológicos[20].



— ¡Dios mío, Rayssa! Estoy conmocionada. No tenía ni idea de que João Guilherme... Y tu madre biológica... — Dejó las frases sin terminar y abrió la boca, asombrada.

En ese momento, los dos estábamos llorando. Lo que João Guilherme pasó con Giovana fue terrible, y la historia de mi vida tampoco fue la más bonita, al menos hasta que la señora Helena y el señor Augusto me acogieron.

— ¿Sabes qué es lo que más me hace pensar ahora que estoy embarazada? — Me llevé las manos a la barriga y me alisé el nido de muñones. — ¿Cómo pudo Leticia suicidarse y dejarme allí sola? Yo era una recién nacida. ¿Y si, por alguna razón, mi madre Helena no hubiera podido quedarse conmigo? Habría acabado en un orfanato o incluso... También podría haber muerto.

— Por lo que me dijo, ella conocía muy bien a su amigo Ray. Leticia sabía que Helena no te abandonaría.

— Aún así, Roberta. Mi hijo aún no ha nacido y ya lo quiero tanto. Ahora mismo soy plenamente consciente de que nadie lo querrá más que P.A. y yo; nadie lo criará mejor que nosotros, los padres. ¿Cómo podría? — Se me quebró la voz y Roberta me abrazó. *¡Maldita sea! Odio ser débil.*

— Hay cosas que no se pueden entender. Los sentimientos son individuales, así que cada uno siente de una manera diferente. — Me consoló, dejando que sus brazos acariciaran mi tristeza.

— No me malinterpretes. La he perdonado. No la juzgo, pero sinceramente no puedo entenderlo. — Interrumpí nuestro abrazo y me recompuse. — ¿Ahora entiendes por qué digo que las personas que no saben amar son peligrosas? Tanto tú como Luiz Felipe podríais acabar muy mal...

Antes de que pudiera decir algo más y Roberta pudiera contestar, sonó el timbre de la

puerta. *Qué extraño.*

— Un momento. Enseguida vuelvo. — Le pedí a mi amiga que me disculpara y fui a contestar.

Cuando llegué a la puerta, vi al portero, a través de la mirilla, con un paquete de regalo en las manos.

— Disculpen. Han dejado este paquete en la puerta y me han pedido que se lo entregue a usted o al Dr. Paulo — dijo el hombrecillo sonriente, entregándome el paquete.

— ¿Quién se lo ha dejado? — Cogí el paquete de sus manos, analizándolo superficialmente.

— No sé el nombre, señora. Fue mi hijo quien lo recibió. Estaba jugando delante del edificio cuando se lo entregaron. Cuando me lo dio, me acerqué a la puerta para identificar al remitente, pero lo único que pude ver, de lejos, fue a una mujer en un coche, con una gorra verde con ese dibujo de cocodrilo, no sé el nombre.

— Lacoste.

— ¿Cómo se llama?

— La marca con el pequeño cocodrilo se llama Lacoste.

— Ah, ya. — El hombre se rió. — Es ésa. Sólo la reconocí porque todos los *playboys* del edificio la llevan, y me parece bonita. Algún día yo también tendré dinero para comprarme uno.

— ¿Cómo se llama, señor? — Me gustó ese tipo tan simpático.

— Severino.

— Gracias, Sr. Severino. Debería poner una cajita en la puerta para que los *playboys* le ayuden a comprar su gorra Lacoste. — El hombre sonrió pensativo. Creo que le gustó la idea. — Hasta luego, señor Severino. Tengo que atender a mi visita.

Volvió a sonreír, se excusó y se dio la vuelta. Cerré la puerta, casi incapaz de contener mi curiosidad por saber qué contenía aquel paquete. *¡Apuesto a que es una sorpresa de P.A.! Pero... ni siquiera sabe que estoy aquí.*

— ¡Mira! ¿Recibiste un regalo? — preguntó Roberta con curiosidad, mirando la caja envuelta en papel llena de ositos de peluche.

— Sí, me lo acaba de dar el conserje. Vamos a abrirlo.

Volví a sentarme a su lado y abrí la caja. Dentro había algo envuelto en papel de seda negro. Cuando desenvolví el papel, se me heló la sangre y dejé caer la caja, con todo lo que había dentro, al suelo.

Roberta se sobresaltó por mi reacción y se levantó inmediatamente para recoger la caja. Contenía dos ataúdes en miniatura, uno más grande que el otro, como si representara un ataúd de adulto, y el otro un ataúd de bebé.

Sentí que se me escapaba todo el aire de los pulmones y un ligero mareo. Me recosté un

poco en el sofá, intentando encontrar fuerzas para no desmayarme.

— ¡Dios mío! ¿Quién ha hecho eso? — gritó Roberta, también horrorizada. — Rayssa, estás pálida. ¿Te encuentras bien?

No pude contestar. En lugar de mi voz, sonaba como si el corazón estuviera a punto de salírseme por la boca, de lo fuerte que me latía en el pecho. Se me revolvió el estómago y sudé frío, sintiendo que el mareo empeoraba; los ojos me pesaban cada vez más y, en unos segundos, perdí el conocimiento.



Mi padre acababa de salir de mi salón cuando sonó mi móvil.

— Hola, enano. ¿Qué tal estás?

— *Hola, buenas tardes. Soy la amiga de Rayssa.* — Me quedé helada, porque que alguien me llamara desde su número no era buena señal.

— ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Rayssa? ¿Se encuentra bien?

— *Se ha desmayado. La estoy llevando al hospital ahora. El portero me está ayudando a meterla en el coche.*

— ¿Dónde estás tú?

— *En tu piso. La conexión...* — No entendí bien — *en el ascensor.*

— Llévala a Barra D'Or. Nos vemos allí. — Apagué el móvil, nervioso. Aquello era inusual. Conocía a Rayssa de toda la vida y nunca la había visto desmayarse, ni siquiera cuando estaba enferma.

Cogí la llave del coche, salí corriendo del despacho y pasé por delante de la recepción sin hablar con nadie. Conduje como un loco. Afortunadamente, el tráfico era bueno y en pocos minutos llegué al hospital. En recepción pedí información sobre la niña y la recepcionista me dijo que ya la estaban tratando. Me identifiqué como su novio y me llevaron a la consulta.

Cuando la encontré, parecía una niña asustada. Estaba sentada en la camilla con las piernas estiradas y cara de asombro. No vi a nadie más en la habitación; toda mi atención estaba puesta en ella.

— Enano... — Fue todo lo que dije, antes de abrazarla.

A pesar de que siempre fingía ser fuerte, su cuerpo estaba tenso y temblaba ligeramente. La estreché entre mis brazos durante un rato, frotándole la espalda para calmarla.

— ¿Qué te pasa? — Le besé la cabeza y la saqué de mi abrazo para mirarla a los ojos. Me sentí tan asustada como ella.

— Me dio un susto y me desmayé, pero el médico me estaba explicando que probablemente sólo había sido una bajada de tensión. Cuando llegué aquí hace unos minutos, mi tensión seguía siendo muy baja.

En ese momento, me fijé en la doctora, que estaba al otro lado de la camilla, y en la amiga de Rayssa, que estaba a su lado.

— Buenas tardes, doctor. Siento interrumpir, doctor. Estaba muy preocupada. — Después de hablar con el médico, saludé a la chica que no me era desconocida. Cuando se presentó como Roberta, recordé que era la chica de la fiesta de cumpleaños a la que fui con Flávia.

— No te preocupes. Entiendo tu angustia, y eso es señal de que eres un padre preocupado. — La doctora fue tan amable que me tranquilizó.

— ¿Está todo bien con ella y nuestro hijo?

— Sí, todo va bien. No es raro que las embarazadas tengan bajadas de tensión, sobre todo con el calor de Río de Janeiro. De todos modos, le haremos una ecografía para tranquilizarla. — La voz del médico era tranquila, y eso me calmó un poco más. — Pero tienes que evitar esta agitación, Rayssa. No es buena para el bebé. — Volvió su atención hacia mi novia.

Rayssa se limitó a asentir. El color de su cara volvía poco a poco a la normalidad. Y su expresión también se suavizaba.

— Venga, vamos. Vamos a hacer la ecografía.

El médico nos envió a la sala de exploración, y la amiga de mi novia se fue a esperar a la sala de espera. Yo aún no sabía qué había pasado para asustarla tanto, y me angustiaba, pero decidí hablar de ello sólo después de ver a nuestro bebé.

Rayssa permaneció en silencio hasta los primeros minutos de la exploración. Pero nuestra angustia se calmó un poco en cuanto nuestro hijo apareció en la pantalla. Para mi sorpresa, estaba mucho más formado. Pude identificar sus extremidades, que ya se parecían más a la imagen de un bebé.

Todavía pegada a la pantalla, oí latir rápidamente su corazoncito perfecto. *Gracias, Dios mío. ¡Mi hijo está bien!*

— ¿Sabe ya el sexo? — El médico me sacó de mis pensamientos.

— Sí, hemos hecho el análisis de sangre — respondió Rayssa, sonriendo por primera vez desde que la conocí en el hospital.

— Me alegro. No siempre se puede saber a las pocas semanas, pero ya se puede decir que

es un niño — comentó el médico, sonriendo.

Rayssa tiró de mi corbata para que estuviera más cerca de su cara. Al principio pensé que iba a besarme y me sorprendí, pero sólo quería soltarme una de sus perlas.

— Vas a ser igual que tu padre — me susurró al oído, y yo sonreí tranquilamente.

Después de confirmar que todo iba bien con nuestro bebé, hicimos caso a todas las recomendaciones del médico y salimos del hospital. Llevamos a Roberta a su casa y luego fuimos a mi piso.

— ¿Qué ha pasado para que estés tan asustada? — le pregunté aparcando el coche en el garaje de mi bloque de pisos.

— ¿Podemos hablar arriba? Así lo verás por ti misma.



Rayssa me contó la historia y me enseñó el regalo ensangrentado. En ese momento, no supe qué pensar ni qué hacer. Me sentía perdido.

— Cálmate, grandullón. Nadie quiere hacerme daño. El idiota que envió eso sólo quería asustarme. Si de verdad quisieran pegarme, me habrían disparado. — Intentó tranquilizarme con su habitual sentido del humor.

— No digas tonterías, porque no sabemos nada con seguridad. De todos modos, no quiero que nadie te asuste, es perjudicial para el bebé, ya has oído al médico. Esto es muy serio, Rayssa. — Señalé la caja con los ataúdes en miniatura. —Cosas de psicópatas. Así que, si su intención era asustarnos, este desgraciado lo ha conseguido. Estoy completamente asustada.

Aunque Rayssa siempre intentaba suavizar las cosas, se dio cuenta de que yo tenía razón sobre la gravedad de lo ocurrido.

— Voy a llamar a la policía, pero antes voy a llamar a Guilherme. Le explicaré todo para que podamos actuar juntos. Estoy muy nervioso, no puedo pensar con claridad y no quiero hacer nada con la cabeza caliente.

— Está bien, gran hombre. Pero cálmate ya, por favor. Puede que sólo haya sido una broma de mal gusto. De todas formas, no es cualquier cosa lo que me tumba, cariño. ¡Soy fuerte! Soy de los tiempos en que el Merthiolate picaba como el demonio, y me hacía daño un día sí y otro también. Mi madre incluso me soplaba, pero seguía ardiendo demasiado. Yo podía soportarlo. ¿En qué estás pensando?

— No dudo de lo fuerte y resistente que eres, enano. Pero quiero y voy a cuidarte. Lo necesito, por el bien de mi cordura.



Cuando João Guilherme me dijo que venía, bajé a encontrarme con él en el garaje de mi edificio; Melinda subió a quedarse con Rayssa, mientras mi amigo y yo íbamos a aclarar algunas cosas con Severino.

— ¿No pudiste ver ningún otro detalle aparte de la gorra verde de Lacoste? — preguntó Guilherme a mi portero.

— No, señor. Si hubiera sabido que era para hacer daño, no habría aceptado el regalo. *Perdóneme,* doctor. — Se volvió hacia mí, justificándose.

— Tú no tienes la culpa de nada, Severino. Mantén la calma. — Le tranquilicé, porque nunca le culparía de nada. Sólo hacía su trabajo. — Ni siquiera viste si era rubia o morena, ¿verdad?

— Ni siquiera me fijé, señor, porque no me di cuenta de que era algo así. Pensé que era una amiga suya. Sólo me llamó la atención la gorra, porque me gusta esa marca y hace tiempo que quiero una de esas.

— Muy bien, Severino. Pondremos una denuncia policial, así que es posible que tengas que declarar — dije, y los ojos del hombre se abrieron de par en par, asustados. — No se preocupe, nada de esto le hará daño, es sólo que la policía necesitará su versión de los hechos.

— Por supuesto, señor.

Cuando volví mi atención hacia João Guilherme, noté que estaba pensativo.

— ¿Qué pasa, Gui?

— ¿Recuerdas que teníamos una gorra Lacoste verde? Eran iguales.

— Sí, me acuerdo. La tía Helena nos la trajo de los Estados Unidos.

— Esa es. ¿La tuya está aquí?

— Sí. Rara vez lo uso, pero lo traje conmigo cuando me mudé. Lo traeré de arriba.

Pulsé varias veces el botón del ascensor, ansioso por resolver la situación rápidamente. Sabía que João Guilherme tenía una buena razón para hablar de aquella gorra, así que ni siquiera le pregunté antes de subir a buscarla. Cuando por fin llegué a mi piso, encontré a las chicas en el salón, charlando y sonriendo. Me pareció increíble cómo Rayssa tenía el poder de superar las cosas con tanta facilidad; o al menos lo intentaba.

Recogí mi gorra en el dormitorio y ni siquiera me prestaron mucha atención. La única razón por la que no pasé desapercibido fue porque me detuve a darle un beso a mi novia.

Bajé corriendo y le enseñé la gorra a mi portero.

— Es igual a la que vi, doctor.

— Gracias, Severino. Vamos arriba, P.A. — me llamó Guilherme, que ya caminaba hacia el *vestíbulo* de mi edificio. Le seguí. — Tío, ¡me estoy volviendo loco!

João Guilherme apoyó la cabeza en el espejo del ascensor mientras subíamos solos. No sabía exactamente lo que estaba pensando, pero tenía una ligera y extraña sospecha.

— ¿Dónde está tu gorra, hermano? — Aunque me asustaba mucho la respuesta, tenía que preguntar.

— Poco después de conseguir la gorra de mi madre, Giovana confiscó la mía. Estábamos juntos en ese momento, obviamente. Se la probó, le gustó lo que vio en el espejo y dijo que no iba a devolverla. — João Guilherme se pasó las manos por el pelo en señal de nerviosismo. — Incluso después de romper, no quiso devolverlo, así que lo dejé así.

— ¡Por el amor de Dios, João Guilherme! Ahora es cuando dices que estás bromeando conmigo. Sin demora, hombre. — Mi corazón se aceleró.

Hubo un momento de silencio entre lo que mi amigo no dijo y la puerta del ascensor abriéndose.

— Ojalá fuera así, amigo. Pero hablo muy en serio.

— No me lo puedo creer, joder. — Caminé de un lado a otro del pasillo, frente a la puerta de mi piso.

— Vamos a casa de la tía Verinha. Mi madre dijo que no se deshizo de nada de Giovana, así que si encontramos la gorra allí, creeremos que todo fue una terrible coincidencia.

— Sí, claro. Y será mejor que no les digamos nada a las chicas todavía. Digamos que vamos a ir a la policía. — Le di una palmada en la espalda a mi amigo. — Pensemos en positivo. No puede ser lo que estamos pensando.

— Espero de verdad que no.

Respiré hondo antes de entrar en mi piso. Recogí la caja que seguía tirada en un rincón del salón, nos despedimos de las chicas y salimos, diciéndoles que íbamos a denunciar el incidente en comisaría.



Cuando llegamos a casa de la tía Verinha, me invadió una sensación extraña. De hecho, era una mala sensación.

João Guilherme se identificó en la puerta de entrada y, tras una rápida llamada telefónica, uno de los guardias de seguridad nos dejó pasar. A partir de entonces, la propia Verinha nos

recibió en la puerta.

— ¡Gui, mi amor! Me alegro mucho de que hayas venido a visitar a tu tía. — Ella lo recibió calurosamente, tirando de él para abrazarlo.

— Hola, tía. — Él le devolvió el abrazo y, mientras los dos se alejaban, Verinha se acercó a mí para abrazarme también.

— ¡Pasad, niños! Por fin habéis venido a visitarme. Sentaos. — Me indicó el sofá y nos sentamos. — ¿Queréis tomar algo?

— No, tía. Gracias — respondió João Guilherme con toda la naturalidad que pudo. — En realidad, no tardaremos mucho. Hemos venido a hablar contigo.

— Me alegro mucho de que estés aquí. Hace mucho que no recibo visitas, aparte de Helena. Y esta casa se volvió demasiado grande para mí después que mi Giovana se fue.

La alegría de la mujer era desgarradora. Se notaba lo necesitada que estaba. Toda la situación era muy triste y, lo peor de todo, es que justo cuando parecía que estaba superando la muerte de su hija, sacábamos el tema.

— Tía, ¿te acuerdas de una gorra Lacoste verde que era mía y se quedó Giovana? — Guilherme fue directo al grano.

— Claro que me acuerdo, hijo mío. A mi Gio le encantaba esa gorra, incluso la llevaba en casa. La recogí el otro día mientras ordenaba sus cosas. ¿Volviste por ella?

— Así es. Como fue mi madre quien me la regaló y Giovana ya no está para ponérsela, pensé en recuperarla.

— Ah, sí. Tienes todo el derecho, hijo — comentó tranquilizadora. — Ven conmigo. Lo recogeré en su habitación.

Verinha se levantó y la seguimos. Cuando entramos en la habitación, todo mi cuerpo se estremeció; la incomodidad de Guilherme por estar allí también era visible. La habitación estaba impecablemente limpia y organizada. Toda la decoración era de colores claros y tonos pastel, pero aun así me pareció lúgubre.

Eché un vistazo mientras Verinha abría el armario para coger su gorra y vi tres marcos. En uno había una foto de Giovana con João Guilherme. Recordé que había sido tomada en uno de mis cumpleaños. Hasta aquel momento de la foto, me habían parecido una pareja de lo más normal. En el otro marco, había una foto de Giovana con Verinha y Rubem, los padres adoptivos de la niña. La tercera foto era de madre e hija delante de la Torre Eiffel. Las dos estaban muy sonrientes en esa foto. *Es una pena que las cosas acabaran tan mal.*

— ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde estará? Lo vi el otro día. Estaba aquí mismo. — La voz angustiada de Verinha me sacó de mis pensamientos.

— ¿Seguro que estabas allí? — preguntó João Guilherme, acercándose a ella.

— Sí, hijo. Anteayer recogí esta gorra y estaba aquí. — Señaló uno de los

compartimentos del mueble.

— Vamos a mirar en los otros sitios. A lo mejor te distrajiste, la cambiaste de sitio y no te acuerdas — dijo João Guilherme, y la mujer asintió.



Registramos toda la habitación de Giovana, pero también buscamos en la lavandería y en la habitación de Verinha. En un momento dado, el personal de la casa nos ayudó a registrar otras habitaciones, pero nadie encontró la gorra.

Después de casi media hora, cuando desistimos de buscar, Verinha parecía aprensiva y avergonzada.

— Andrea, por favor, llama a los guardias de seguridad — le pidió a la empleada, y la chica se marchó rápidamente para cumplir la orden de su jefe.

Unos minutos después, los guardias de seguridad entraron en la habitación y Verinha preguntó si alguien había estado en su casa en los últimos días durante su ausencia. Todos lo negaron y le dijeron que ni siquiera la tía Helena había estado allí esos días.

— João Guilherme, perdóname. Debes pensar que no quiero darte la gorra, pero te juro que no es así. No sé qué pasó, hijo mío. No sé dónde fue a parar.

Mi amigo, amable como siempre, se acercó a la mujer y la abrazó. Verinha estaba a punto de llorar cuando él la cogió en brazos.

— No lo habría pensado, tía. Tranquilízate. Sé que nunca harías algo así. Además, no importa. Sólo era una gorra.

— Pero era tuya, hijo mío. Pensé en devolvértela cuando la vi anteayer, pero no dije nada porque pensé que no querrías recuperar algo que estaba con Giovana. — Se notaba la sinceridad en sus palabras. De nuevo, sentí pena por la mujer.

— No pasa nada, tía — volvió a tranquilizarla Guilherme. — ¿Podemos acceder a las cámaras de la casa?

— Desgraciadamente, no. Llevan mucho tiempo estropeadas. Tenía cámaras dentro y fuera de la casa, pero Giovana destruyó la mayoría. Dijo que yo quería vigilarla, así que las dañó una por una. Y han pasado tantas cosas últimamente que ni siquiera les pedí que las arreglaran.

— Si me dejas, puedo arreglarlo. Enviaré un equipo para arreglarlo lo antes posible. Es importante para tu seguridad — se ofreció João Guilherme.

— Por supuesto, hijo. Te agradecería que lo hicieras. Y una vez más, perdóname.

— No tengo ninguna razón para perdonarte. No pasa nada. — Mi amigo volvió a abrazar

a su ex suegra. — Ahora tenemos que irnos. Pero hoy más tarde, un equipo de apoyo vendrá aquí.

— Así es, hijo mío. Muchas gracias.

João Guilherme y yo nos despedimos de Verinha y salimos de la mansión aún más perdidos que cuando llegamos.



Paulo André

— Hombre, esa mujer es una sufridora. Me dio pena desde que llegamos hasta ahora. — Se lo comenté a João Guilherme cuando subimos al coche.

— A mí también siempre me dio pena, porque Giovana nunca la trató como debía. La tía Verinha siempre fue una madre maravillosa, pero aquella loca no era una buena hija; siempre estaba siendo traviesa y haciéndole pasar malos ratos, por no hablar de las irresponsabilidades que cometía constantemente. Nunca dejaba en paz a su madre — se desahogaba mi amiga. — Cuando estábamos juntas, yo la regañaba por cómo trataba a Verinha, pero así era Giovana, ¿no? Nunca se preocupó de nadie más que de sí misma.

— No queriendo ser paranoica, pero ya siéndolo... Piensa en el susto que se va a llevar si la loca de Giovana realmente está viva. Tanto llanto y desesperación por la muerte de una hija que en realidad no está muerta.

— ¿Tienes idea de en cuántos problemas nos meteremos si eso resulta ser cierto? Tomaré a Melinda y a mi hijo y me iré de Brasil. E incluso convenceré a mis padres y a Rayssa para que

vengan conmigo, porque no tendré ninguna paz si los dejo aquí, a merced de ese psicópata. Sé que mi hermana está unida a ti, entre otras cosas porque tendrás un hijo, pero la prioridad ahora es mantener a todos a salvo.

— Si la niña se va de Brasil con nuestro hijo, iré tras ella. No me quedaría aquí sin ellos, amigo. No bromeaba cuando te dije que cuidaría de los dos.

João Guilherme me miró, sorprendido. Aún no se había dado cuenta de lo comprometido que estaba con su hermana, de lo importante que era para mí. No era sólo por el bebé.

Permanecimos reflexivos el resto del camino hasta la comisaría, pues aún estábamos asimilando los últimos acontecimientos. Presentamos una denuncia, contándoles todo lo que sabíamos, así como nuestras sospechas; el paquete ensangrentado y la gorra se guardaron como pruebas para que las analizara el equipo forense.

En el viaje de vuelta a casa, unos minutos más tarde, Guilherme y yo hablamos de los pasos que daríamos a partir de entonces. Hasta que no aclaráramos las cosas, no podíamos dudar de la seguridad de las niñas.



Cuando llegamos a mi piso, Rayssa dormitaba en el sofá y Melinda preparaba un tentempié en la cocina, pues Guilherme le había dicho que íbamos a venir.

— ¿Cómo te fue allí? — preguntó Melinda en cuanto entramos en casa. En el mismo momento, mi novia se despertó y se sentó en el sofá.

— Hemos abierto un informe policial. Las investigaciones comenzarán de inmediato — respondió João Guilherme a su mujer, y luego le dio un beso.

— Tú y tu amiga seréis llamadas a declarar, en breve —dije, y Rayssa asintió, con cara de cansancio.

Me acerqué a ella, le di un beso y me senté a su lado, estrechándola entre mis brazos. João Guilherme se sentó en el sofá de enfrente y Melinda se unió a nosotros poco después, trayendo una bandeja con café, zumo y algunas galletas.

— Paulo André y yo lo hablamos y llegamos a la conclusión de que lo más seguro ahora es contratar a un guardia de seguridad privada para vosotras. — En cuanto João Guilherme dejó de hablar, esperé las protestas de Rayssa, pero no llegaron. En lugar de eso, se limitó a asentir, aunque estaba claramente disgustada.

— ¿Yo también? ¿Por qué? — Melinda fue la que protestó.

— No sabemos quién está detrás de esto, amor. Primero fue el episodio de las flores,

ahora esto. Y hay algunos hechos que todavía no sabes.

Al principio, debido al embarazo y al hecho de que Rayssa necesitaba evitar cualquier lío, no estábamos seguros de si contaros lo de la gorra perdida de João Guilherme. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que lo más seguro sería optar por la verdad.

Con las investigaciones que se han iniciado, sería difícil ocultarles nada. Además, diciéndoles la verdad, comprenderían la gravedad de la situación y cooperarían con las medidas que tuviéramos que tomar para su seguridad.



— ¡Dios mío! ¡Es increíble! Justo cuando crees que te has librado de ese fantasma, ocurre algo así — comentó Melinda conmocionada, mientras Rayssa permanecía en silencio.

— ¿Qué pasa, Ray? — dije suavemente, besándole la cabeza.

— No, pero así será. Es todo demasiado surrealista, parece sacado de un libro. — Rayssa se acarició el vientre. — Lo que más temo es por nuestro bebé.

— No te preocupes, no dejaré que nadie les haga daño. Te lo prometo. — Volví a besarla en la cabeza y la abracé con fuerza, aspirando su aroma en busca de calma.

Esa misma tarde, João Guilherme y yo contratamos a dos guardias de seguridad para nuestras hijas. Mi amigo también envió un equipo para arreglar las cámaras de la casa de Verinha.



Al día siguiente, Rayssa y Melinda fueron a la universidad acompañadas por sus guardias de seguridad. Esto nos tranquilizó un poco, pero nos dimos cuenta de que aún teníamos que pasar a la acción.

A la hora de comer, João Guilherme y yo fuimos a casa de la tía Helena para contárselo todo y encargarle la tarea de hablar con Verinha. Nos habría gustado ahorrarles esta historia hasta que hubiera algo más concreto, pero el delegado encargado del caso nos dijo que le avisáramos, ya que Verinha y todo el personal de su casa tendrían que declarar esa misma semana.

Aprovechamos ese momento, ya que el tío Augusto estaría en la oficina. Optamos por

dejarlo fuera debido a su delicado estado de salud. Tras el episodio previo al infarto, mi suegro desarrolló hipertensión arterial y tendrá que tomar medicación continuamente. Es más, el médico le recomendó que evitara cualquier molestia.

— ¡No, Gui! ¡No, no, no! No puede ser. — La tía Helena se negaba a creer lo que decíamos. Inmediatamente se echó a llorar.

— Lamentablemente, es verdad, mamá. Y tendrás que ser fuerte para ayudar a la tía Verinha. El golpe será aún mayor para ella.

— Piedad, hijo mío. ¿Es posible que esta historia nunca termine? — Mi suegra no paraba de llorar, dejándonos con el corazón estrujado. — ¡Por el amor de Dios! ¡Qué pesadilla! Mi hija está embarazada, Señor. ¿Por qué todo esto? Protege a mi hija y a mi nieto. ¡Protege a mi familia, Dios! Ten piedad de nosotros. ¡No aguanto más! — La tía Helena tenía la mano en el corazón, mirando al cielo y llorando, como si hablase directamente con Dios.

Guilherme se acercó a ella y la abrazó, dejándola llorar en la comodidad de los brazos de su hijo. Cuando se calmó, volvimos a hablar.

— No he visto a ningún guardia de seguridad por aquí esta mañana, cuando Rayssa se ha ido a la universidad — comentó.

— Esperó fuera. Siempre será así, para que mi padre no lo vea — explicó Guilherme.

— Bien, porque el corazón de tu padre aún no se ha recuperado del todo. Dios quiera que no se entere ahora y tenga una recaída. — Respiró hondo y, más tranquila, ajustó la postura en el sofá. — ¿Quieres que hable hoy con Verinha?

— Sí, tía. Es importante hablar pronto con ella, porque la llamarán a declarar esta misma semana — respondí.

— Llámala, dile que te vas y que la llevaremos — le ordenó João Guilherme a su madre, y ella asintió.



Cuando llegamos a casa de Verinha, la mujer esbozó una enorme sonrisa, pero enseguida se le borró al vernos a João Guilherme y a mí. Era la segunda vez que íbamos en tan poco tiempo, así que se dio cuenta de que la visita iba en serio.

Con toda la calma que exigía la situación, la tía Helena le contó a su amiga los últimos acontecimientos. Como predijimos, Verinha tuvo un ataque de llanto compulsivo. Tía Helena y ella lloraron, abrazadas durante largos minutos; Guilherme y yo no pudimos hacer otra cosa que quedarnos allí, declarando nuestro apoyo a las dos.

— Saber que mi hija podría estar viva es una alegría, pero el problema es pensar que podría haber vuelto aún más enferma. Dios mío, qué crueldad con Melinda y Rayssinha. Me duele el alma sólo de imaginar que la responsable del sufrimiento de las personas que amo es mi propia hija. Dios es testigo de que no crié a Giovana para esto; al contrario, siempre intenté enseñarle buenos valores. — declaró Verinha al cabo de unos minutos.

Estaba un poco más tranquila que cuando recibió la noticia, pero seguía llorando mientras hablaba entre los brazos de su amiga.

— No sé qué hice mal. Crié a Giovana con tanto amor, le di todo lo que quería... La cuidé, la quise, la mimé, y al final las cosas llegaron a esto — se lamentó.

— Verinha, no debes culparte... — Tía Helena intentó suavizar las cosas, pero fue inútil.

— Claro que me culpo, Helena — replicó la mujer, un poco dura. — Lo siento, es que estoy nerviosa... — Mi suegra se limitó a asentir, comprensiva. — Nunca había importado que Gio no fuera mi hija biológica. Yo la quería, de hecho, la sigo queriendo con toda mi alma y mi corazón. Siempre he intentado devolverle el amor que perdió. Renuncié a mi marido por ella y estuve a su lado todos estos años, incluso cuando cometió errores. Recé, lloré, aconsejé e hice todo lo que pude para llevarla por el buen camino, para que pudiera olvidar su obsesión por Gui y seguir adelante con su vida. Una chica tan hermosa, Dios mío. Podría haberse enamorado de nuevo, formar una familia... En lugar de eso, se convirtió en una chica obsesionada, amargada y cruel. Mi corazón sangra al decirlo, pero es la verdad.

— Soy testigo de que el mismo amor, afecto, cuidado y educación que yo les di a mis hijos, tú se los diste a Giovana. Así que, por desgracia, estas cosas son su personalidad. Lo siento, amigo mío, pero la realidad es que ella adoptó la mala raza de su padre biológico.

Lo mejor que hicimos fue delegar este papel a la tía Helena. Eran íntimas, así que hablaban de igual a igual. Una mamá siempre entendía a la otra. João Guilherme y yo nunca podríamos ser tan francos, pero eran amigos desde hacía mucho tiempo y se entendían bien.

— Serás llamada a declarar, tía. Igual que a todo el personal de la casa — le advirtió Guilherme.

— No pasa nada, hijo mío. Colaboraré en lo que sea necesario, pero me gustaría preguntarte algo. — Miró esperanzada a João Guilherme.

— Por supuesto, tía.

— Si Giovana está realmente viva y es responsable de estos crímenes, me gustaría tener la oportunidad de salir del país con ella, si la encontramos antes que la policía. Por favor, Gui. Te prometo que nos iremos de Brasil y no volverás a saber de nosotros, hijo mío. Te doy mi palabra de honor, pero no dejes que arresten a mi hija. Te lo ruego.

— No funciona así, tía — intentó hablar Guilherme, pero ella lo interrumpió.

— Ayúdame, Gui. Escúchame. Sé que te ha hecho mucho daño a ti y a tu familia, pero no

soportaría ver a mi hija encerrada, sobre todo después de tanto tiempo pensando que estaba muerta. Por favor, déjame cuidar de ella. Danos esta oportunidad. Sé que puedo hacer las cosas bien.

— Salir del país con Giovana sólo complicaría su situación y la policía la consideraría una fugitiva. — Pensé que era mejor intervenir, ya que Verinha no dejaría que Guilherme se explicara. — Pero si la entrego a la policía, tendrá derecho a un abogado. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado y que los delitos de Giovana se consideran menores, ya que no ha habido asesinato, la defensa alegará demencia y la enviarán a una institución especializada para que reciba tratamiento. — La mujer me miró con ojos brillantes, pero asintió.

Como abogado, sabía que eso era exactamente lo que ocurriría. Sin embargo, no mencioné que si Giovana estaba realmente viva, sería procesada por fraude, por fingir su muerte y no denunciarla a las autoridades, después de todo, estaba siendo perseguida por la policía cuando desapareció, tras amenazar e intentar secuestrar a João Guilherme con un arma de fuego.

Salimos de casa de Verinha un rato después, dejándola más tranquila. Aun así, la tía Helena se quedó para consolar a su amiga. La verdad era que, viva o muerta, Giovana seguía causando estragos en nuestras vidas.



Un mes después

En la medida de lo posible, las cosas volvieron a la normalidad. Las chicas seguían con los guardias de seguridad y no se produjo ningún incidente durante este tiempo. Se tomaron todas las declaraciones y las investigaciones continuaron, aunque sin grandes avances.

Intenté por todos los medios distraer a Rayssa de este embrollo, y una de las formas que encontré fue invitarla cada vez más a quedarse en mi piso. Estaba disfrutando de esta cercanía. Su cepillo de dientes y sus artículos de aseo ya estaban en mi cuarto de baño, parte de su ropa y sus zapatos habían invadido mi *armario*, y mi escritorio se había convertido también en su mesa de estudio. Nuestros programas de fin de semana se repartían entre el piso de Gui y el mío;

íbamos allí o venían aquí.

Preferíamos pasar más tiempo en casa por esa situación incierta de tener quizá a Giovana merodeando. Pero, excepcionalmente ese día, acordamos salir a cenar para promover por fin el encuentro entre Andressa y el tipo de la comadreja. Yo dudaba en reservar esta cena, la pospuse todo lo que pude, pero Rayssa me chantajeó emocionalmente y acabó convenciéndome. *¡Pequeña zorra manipuladora!*

— El cara de comadreja ya ha llegado — me burlé de Rayssa, mientras nos dirigíamos a la mesa donde nos esperaba Henrique.

— Pero no el otro invitado. Además de puta, llega tarde. — me reí.

Nos encantaban las bromas, pero no eran bromas de verdad, ya no. Teníamos muchas otras preocupaciones, Andressa y Henrique eran las menores.

— Buenas noches, encantadora pareja — nos saludó el hombre con cara de comadreja, luego se levantó y abrazó a mi novia. — ¿Tú también quieres un abrazo, gata? — bromeó mientras se acercaba a saludarme.

— En absoluto. Un apretón de manos es todo el contacto que puedo soportar contigo — le respondí bromeando, apretándole la mano.

Nos sentamos y, unos minutos después, Andressa entró en el restaurante.



Era imposible negar que la ex novia de mi novio era muy guapa. *Pero yo nunca se lo diría.* Era igual que yo — pelo largo y castaño, piel clara, un cuerpo bonito y una sonrisa enorme. Odiaba admitir que tenía una simpatía natural, pero no importaba, porque la mantendría hasta que me demostrara lo que valía.

— ¡Buenas noches, señoras y señores! — nos saludó con buen humor la putilla.

Los chicos se levantaron inmediatamente para hablar con ella, así que no tuve más remedio que levantarme yo también. La primera persona a la que miró fue a mí.

— Me alegro de que tengamos la oportunidad de empezar de nuevo, Rayssa — declaró, dando un discreto paso atrás. — Por cierto, tengo muchas ganas de darte un abrazo, pero antes

tengo una pregunta.

— Haz tu pregunta. — Mi voz sonó divertida, al igual que la suya. Intentaba ser desagradable y antipática, pero definitivamente no era mi estilo. *¡Estoy muy enfadada!*

— ¿Por casualidad estás enfermo? Lo siento, amiga, pero cuando salimos a conocer a un *chico*, la producción lleva mucho tiempo... Un baño de vómito arruinaría mi atuendo.

Lo dijo tan en serio que fue inevitable reírse. *¡Santo cielo! Está tan loca como yo. ¡Ya no me importa ella!*

— No te preocupes, las náuseas han pasado. Estoy embarazada de casi cinco meses y esta etapa es fácil. Además, hoy te apoyo, así que dirigiría el chorro hacia otro lado.

— ¡Maravilloso! — Antes de que pudiera prepararme, me estrechó en un fuerte abrazo. — Eres preciosa y hueles bien. Encantada de conocerte, mujer de P.A.

— Un placer, Andressa. — Le devolví la sonrisa. — Bueno, este es mi profesor y amigo, Henri... — antes de que pudiera presentarlos, me interrumpieron.

— ¡Oh, no! ¿Has dicho profesor? Nunca he leído un libro entero, hacía trampas en el colegio y siempre me aprobaban... ¡No me lo merezco! — Andressa miró fijamente a Henrique, fingiendo estar decepcionada. Nos reímos.

— Lo bueno es que si eres mala estudiante, necesitarás un profesor particular que te enseñe — dijo Henrique, lleno de malas intenciones. — Mucho gusto. Henrique.

— Ahí, ¡he visto una ventaja! — Ella se rió y se acercó para saludarle con dos besos. — Es un placer, Henrique. Como ya sabes, soy Andressa, y estaba bromeando. No era tan mala alumna, sólo *un poco*.

Por la expresión de sus caras y la forma en que se miraban, supe que se gustaban. Sí, lo celebré mentalmente. *¡Siempre he sido todo un cupido!*

Nos sentamos y, sin demora, el camarero llegó a nuestra mesa. Hicimos nuestros pedidos y entablamos una conversación ligera sobre temas aleatorios.

— ¿En qué curso estás en la universidad, Rayssa? — preguntó Andressa.

— Todavía en cuarto curso.

— Por el desánimo de tu voz, creo que no te gusta mucho.

— Me gusta, tanto la universidad como la carrera de Derecho, pero después de quedarme embarazada no ha sido fácil; he estado muy cansada y con sueño. Pero sigo adelante. ¿A veces odio a Paulo André por haberme dejado embarazada? Claro que sí. Pero adelante — bromeo.

— Cuando acabes la carrera, lo echarás de menos. Te aburres, luego echas de menos el ambiente, la gente, incluso las clases — comentó Henrique.

— No lo sé. Recuerdo que al final de Crepúsculo[21], Edward le aconsejó a Bella que fuera a la universidad en lugar de convertirse en vampiro. En aquel momento, estuve de acuerdo

con él, pero analizándolo fríamente ahora, después de vivir la experiencia de la universidad, creo que he cambiado de opinión. Creo que es más fácil perder mi alma y vivir para siempre, mantenida por un apuesto anciano asquerosamente rico, que ir a la facultad de Derecho. Bella era una chica inteligente, ¡hizo la elección correcta! — Todos se rieron de mí.

— ¿Puede ser un viejo o puede ser un joven guapo y asquerosamente rico? — Paulo André se burló de mí y yo le besé.

— No tan joven — bromeé.

— En mi caso, me encantan los viejos ricos. No me extraña que mi película favorita sea Una mujer guapa — declaró Andressa.

— Ahhh, pero Richard Gere sería un coñazo — comenté, riendo.

— Y no digamos Julia Roberts — añadió Paulo André y recibió una palmada juguetona. — Será mejor que cambiemos de tema o iré directamente al hospital.

Nos estábamos riendo cuando el camarero nos trajo la comida. *Ya era hora*. Me moría de hambre.

— ¿Ya has elegido el nombre de Peazinho? — preguntó Andressa.

— Todavía no, pero tenemos algunos en mente —respondió P.A.

— Me gustaría que fuera Paulo Gustavo, así honraríamos a papá y a mi eterno ídolo — añadí.

— Ah, me encanta, chicos. Paulo Gustavo y Tatá Werneck son un orgullo brasileño — comentó Andressa, y dimos una palmada en la mesa en señal de acuerdo.

— A mí también me gusta el chico y me gusta el nombre, pero no sé si es suficiente para ponérselo a mi hijo — P.A. mostró sinceridad. Todavía no habíamos hablado de ello en profundidad.

El tema seguía fluyendo maravillosamente bien. De hecho, Andressa y yo hablábamos tanto que Paulo André y Henrique apenas podían abrir la boca, salvo para comer. Hablando de comida, habíamos devorado nuestra comida y estábamos listos para pedir el postre. Mi novio hizo una señal al camarero, elegimos lo que queríamos y pedimos.

— Ray, vamos al baño — me llamó Andressa.

Estábamos casi al nivel de los amigos de la infancia, con apodos y todo. Tuve que admitir que la chica era simpática.

— Ahora volvemos. No te comas mi mermelada o te la arranco...

— Está bien, enano. No pasa nada — me interrumpió Paulo André, temeroso de la perla que pudiera soltar.



Después de ir al baño, nos retocamos el maquillaje delante del espejo que hay fuera del reservado.

— Chica, ya no soporto que estas bragas se me metan en el culo — se quejó la loca.

— Por eso llevo tangas. Se me va a meter igual.

— ¡Muchacha traviesa! — nos reímos. — Yo prefiero las bragas de abuela, muy grandes, pero no me pondría unas bragas para quedar con el chico, ¿verdad? No es que piense regalarlas en la primera cita... ¡Ni mucho menos! ¡Dios me libre! Soy heterosexual, porque no escribo con la mano izquierda. — Andressa me guiñó un ojo. — Pero... más vale prevenir que curar.

— ¡Sonsa! — Fue imposible contener una carcajada. — *Dios quiera* que hoy no pase nada. Ya sabes cómo es esto, ¿verdad? La carne es débil, el fuego es grande, y el maestro es caliente — me burlé, y volvimos a reír.

— Señorita, hablando de maestros. Desde que leí un libro llamado La profesora, de la autora Tatiana Amaral, tengo un fetiche con las profesoras. — Hizo un gesto con las manos. — Pero nunca he estado con uno, así que... Este será mi debut.

— Conozco a esta autora. Mi favorito es Función CEO. ¡Me encanta!

— Tomaré nota de eso.

— Bueno, disfruta de tu fetiche.

— ¡Ciertamente lo haré!

— Ahora, en serio, Andressa. Usa y abusa del cuerpo de Henrique, pero ten cuidado con su corazón. El tipo es increíble y tiene una historia difícil, que creo que te va a contar. Así que sé amable con mi amigo, por favor.

— Lo tienes, Ray. Estoy así de loca, pero en el fondo me considero más una princesa que una arpía. Me gusta tener citas tranquilamente, ser una puta de un solo hombre. Aún no he tenido esa suerte, pero quién sabe ahora.

— Ha llegado tu hora, cariño. ¡Henrique es un príncipe!

— ¡Ya lo creo! Y hasta se parece a Jesús Luz. Qué suerte tengo.

Me reí, y ella me siguió. *No había forma de evitarlo, mi corazón estaba blando.* Había ganado un nuevo amigo.



Rayssa

El viernes por la tarde fuimos al centro comercial a comprar el ajuar de mi bebé. Íbamos casi en caravana — Melinda, Celina, mi madre, la tía Verinha, la tía Joyce, los supuestos guardias de seguridad y yo.

La señora Helena hacía todo lo posible para distraer a su amiga, porque después de enterarse de que había una posibilidad de que Giovana estuviera viva, tuvo una recaída en su estado emocional. Los empleados de la tía Verinha le contaron a mi mamá que algunos días, cuando llegaban a la mansión para ir a trabajar, la encontraban durmiendo en el cuarto de su hija, donde pasaba algunos momentos del día encerrada. Seguía en terapia, pero después de los últimos acontecimientos, todos estábamos más conmocionados.

— Rayssa, mira esta, ¡qué monada! — Melinda sostenía un precioso mono azul con la inscripción: Soy de Dinda.

Hace algún tiempo, Paulo André y yo habíamos decidido que mi hermano y mi cuñada

serían los padrinos de bautizo de nuestro bebé, y Celina los padrinos de consagración.

— ¡Dios mío! Ya me imagino a mi nietecito con este mono. Lo voy a apretar tanto — respondió mi mamá, mientras yo sólo sonreía, imaginando a mi pequeño vestido con ese modelito.

Entramos en todas las tiendas infantiles del centro comercial. Compramos todo para el ajuar, pues la habitación ya estaba siendo decorada en casa de mis padres. Doña Helena y tía Joyce querían haber comprado las cosas en Estados Unidos, pero yo me empeñé en elegir personalmente cada artículo para la habitación y el armario de mi pequeña.

Veíamos una cosa más bonita que la otra y era difícil elegir. Sin embargo, lo que más feliz me hizo del proceso fue que estaba enamorada de mi fase de mamá.



Ese mismo día, por la noche, fui al piso de Paulo André, donde pasaríamos juntos el fin de semana. Pasamos una velada deliciosa, los dos solos y nuestro bebé.

Al día siguiente, el piso estaba lleno y animado. Nos visitaron Gui con Mel y Miguelito; y Andressa con Henrique y Dudu. Nuestros amigos estaban firmes y contentos, así que me sentí bien por haber tendido ese puente entre ellos. Además, Andressa y Dudu se llevaban muy bien, y eso era esencial para que las cosas funcionaran.

Era sábado, noche de pizza. Melinda sabía hacer masa, así que las hicimos con varios rellenos diferentes. Cotoquinho y yo fuimos los campeones, por supuesto. Comimos más que nadie. El niño ni siquiera había nacido y ya era un glotón; sin duda, había salido a su padre.

Como nuestros amigos estaban con niños, nuestra juerga terminó pronto. Yo también estaba agotada, así que me tumbé a descansar en cuanto se fueron.



Al día siguiente me levanté de buen humor, pero aún había momentos en los que la pereza se apoderaba de mí. Tuve un momento así justo después del desayuno, así que me tumbé un rato en el sofá. Estaba todo relajado cuando se acercó el asistente personal, que olía fresco y apetitoso después de su ducha. Acomodé mi cuerpo para verle mejor.

— Deja de mirarme con esa cara.

Abrí las piernas de forma tentadora, mostrándome lo más traviesa posible. Se rió, se acercó a mí y me besó el interior del muslo.

— Tu invitación es tentadora, pero tenemos una cita.

— ¿Negar el sexo, Paulo André? Ves, esa es una de las desventajas de salir con un joven caballero.

— Más tarde, cuando tengamos tiempo, te mostraré de lo que es capaz este joven caballero. — Su voz salió sexy, y me dieron ganas de morder esa boca deliciosa.

— ¿De verdad tenemos que irnos? — Puse mala cara. Tres cosas en este embarazo eran infinitas: el sueño, el hambre y la calentura.

— ¡Nos vamos! El viejo tiene una cita importante y tu nueva chica va a acompañarle.

— Muy bien, viejo amigo. ¡Tú ganas! — Me levanté del sofá y me dirigí hacia el dormitorio. Pero antes de desaparecer por el pasillo, volví a burlarme de él empujando hacia él mi trasero, más grande a causa del embarazo. — ¿Nos vamos de verdad?

— Prepárate, traviesa.

Corrí hacia el dormitorio al son de la deliciosa risa de Paulo André. *¡Cómo me gusta esa risa!* Unos minutos más tarde, volví al salón, arreglada.

— ¿Adónde íbamos?

Como no sabía cuál era la cita, opté por un precioso vestido que me había regalado Melinda y sandalias planas. Hacía un día precioso y, además de fresca, me sentía cómoda con este conjunto.

— ¡Es una sorpresa, gatita! — Paulo André me guiñó un ojo, se acercó y me besó. — Por cierto, ¡estás guapísima! Ese vestido hace que tu barriga parezca enorme, y estoy muy orgulloso de que todo el mundo pueda ver que llevas a mi hijo.

Me abrazó y me acarició la barriga, haciéndome sentir aún más tonta y enamorada.



Paulo André estaba muy misterioso cuando salimos del piso. No sabía qué se traía entre manos, pero fuera lo que fuese, la emoción ya me había consumido.

— ¿Ya hemos llegado? — bromeé, recordando Shrek, la película que había hecho ver a P.A. conmigo el día anterior, antes de que llegaran nuestros invitados.

— No, no hemos llegado. — Se rió, pero yo seguía sin entender la referencia.

— ¿Hemos llegado ya? — volví a preguntar, tras un minuto de silencio.

— No, burro. Todavía no hemos llegado. — Nos reímos. *¡Por fin lo entendía!*

No tardamos en llegar a una casa que no conocía. Paulo André aparcó cerca de la puerta, bajó del coche y me ayudó a bajar. Mi barriga de cinco meses era demasiado grande para mí y cada vez me costaba más bajar de su coche, que era alto. Por mi cuenta, tendría que saltar, pero con lo perezosa que soy, las posibilidades de caer como un plátano podrido serían enormes.

— ¿De quién es esta casa? — Todavía estábamos en la puerta, pero me quedé hipnotizado por la imponente fachada.

— Pronto lo sabrás.

P.A. me cogió de la mano y tiró de mí hacia la puerta. Entonces sacó una llave de su bolsillo y abrió la casa para que entráramos. No entendí nada. *¿Había comprado él esta casa?*

En cuanto entramos, me fijé bien en lo que nos rodeaba. La parcela era enorme y había un césped bien cuidado justo en la entrada; la zona, hasta donde yo podía ver, estaba toda arbolada, y varias palmeras adornaban los alrededores. El centro del césped estaba cortado por un camino de piedra que conducía a una puerta gigante, la entrada a la casa.

Me gustó enseguida, ya que siempre me ha gustado la naturaleza, incluso después de que un escarabajo me persiguiera cuando tenía 10 años. Podría haberme traumatizado, pero resistí al insecto molesto y mantuve mi amor por los entornos naturales.

— Hermoso, ¿verdad? — Paulo André me sacó de mis pensamientos.

— ¡Hermoso! Muy fresco, bonito y elegante. Me encanta.

— Entremos — me invitó, cogiéndome de nuevo de la mano.

Dimos una vuelta por la casa de dos plantas. Arriba había cinco suites y un despacho; abajo, un maravilloso salón-comedor, luminoso y ventilado, así como una enorme cocina con muebles empotrados, un cuarto de baño y otra habitación que tal vez podría ser una biblioteca.

Cuando el asistente personal me llevó a la parte trasera de la casa, me encontré con una enorme piscina y una maravillosa zona gourmet totalmente equipada. La casa era perfecta.

— Este sitio es increíble, grandullón — dije asombrado. — ¿Quién vive aquí?

— Eso depende.

— ¿De qué?

— Si aceptas vivir aquí conmigo... En ese caso, seremos los residentes.

Me quedé mudo y sentí que se me calentaba la cara. Estaba ciertamente roja como un tomate maduro. Tras unos minutos en silencio, asimilé lo que había oído.

— ¿No vas a contestarme? — La voz ansiosa de P.A. llamó mi atención. — No tienes por qué aceptar, pero por favor, di algo.

Cuando le miré, vi inseguridad en su rostro. Respiré hondo e intenté que mis labios expresaran la respuesta que inmediatamente apareció en mi corazón.

— Claro que quiero vivir contigo. Te quiero, y tú lo sabes; pero no sé si tú me quieres, así que...

No quería que sonara como una exigencia, aunque sabía que irnos a vivir juntos era un paso muy importante, que podía unirnos para siempre o separarnos si no estábamos preparados.

— Rayssa, no estoy actuando por impulso, ni quiero que pienses que la única razón de mi decisión es mi hijo. Lo he pensado mucho antes de dar este paso, sobre todo porque les prometí a tu padre y a tu hermano que nunca te haría daño. Me hicieron jurar, bajo pena de muerte, que sólo daría este paso cuando estuviera seguro. — Paulo André intentó mostrarse serio, pero luego sonrió. Era una risa nerviosa. — Aparte de la pena de muerte, el resto era... real.

¡Ay, Dios mío! ¿Me quiere? Tragué saliva, controlando mi euforia y mi inseguridad al mismo tiempo.

— ¡No esperaba que esta certeza llegara tan rápido! — admitió. — La gente dice que el amor te hace temblar, sudar frío y suspirar. Estas señales no tenían sentido para mí, hasta el punto de que me lo cuestioné. Después de un tiempo, me di cuenta de que nuestro amor es diferente, y por eso no me había dado cuenta antes. Este amor enloquecedor, que provoca las famosas mariposas en el estómago y hace soñar despierto, es en realidad más bien un enamoramiento. Y, en su mayor parte, esta explosión pasa con el tiempo. Pero esto que tenemos... — Hizo un gesto con los dedos, señalándonos a los dos, sin dejar de mirarme a los ojos. — ¡Esto es para siempre!

Paulo André me estaba haciendo una prueba cardíaca. *Dios mío, ¿cómo sobreviviré a tanto amor ante aquella declaración?*

— No tuvimos la fase del enamoramiento, porque siempre hubo amor entre nosotros, aunque fuera un sentimiento amistoso. Con el tiempo y los acontecimientos, ese amor pasó de fraternal a romántico.

Hice todo lo posible por no llorar, pero en ese momento no tenía fuerzas. Había esperado tanto para oírlo que llorar de alegría era inevitable. Paulo André pasó sus dedos por mi mejilla, secando algunas lágrimas, y volvió a hablar.

— La gente debe pensar que las cosas sucedieron demasiado rápido entre nosotros y que el embarazo llegó demasiado pronto. Sin embargo, si lo pienso bien, he llegado a la conclusión de que todo sucedió en el momento adecuado, cuando nuestros sentimientos maduraron y cambiaron. Nuestro hijo llegó para consagrar ese amor.

Abandoné la batalla y me invadieron los sollozos que brotaban de mi garganta. P.A. parecía dispuesto a matarme, pues no se amilanó y siguió mirándome y hablando.

— Poco se habla del amor tranquilo, ese al que vuelves después de un mal día. Te alivia, a veces sin hacer nada, sin saber siquiera el bien que hace. Es donde todos tus miedos pierden un poco de fuerza y el peso del mundo se desvanece en un abrazo. Un amor ligero pero irrefutable. Así es como veo nuestro amor. Así es como descubrí que te quería — declaró con todas las letras. — Cuando tenía un día estresante, bastaba con mirarte para olvidarme de todo.

— Siempre he sentido algo así por ti, pero nunca imaginé que tú pudieras sentir algo así por mí. — Rompí mi silencio y hablé entre sollozos, todo dulzura. *¿Qué le ha hecho este embarazo a mi lado duro? No hago más que llorar.*

— La mera expectativa del viernes y de conocerte me alegraba la semana. Supe que te quería cuando empecé a preferir quedarme en casa contigo, aunque no estuviera haciendo nada, antes que salir a disfrutar de la noche en cualquier otro sitio. — Paulo André me dio un besito, luego apoyó las manos en mi barriga y la besó. — Cuando me dijiste que esperabas un hijo mío, sentí que era lo mejor que podía hacer. Me sentí preparada para amarte y cuidarte el resto de nuestras vidas. Ya no tengo ninguna duda de lo mucho que te quiero, pequeña.

¡Oh, Señor! Este es mi momento.

— ¿Quieres casarte conmigo, Rayssa de Castro Marins, mi niña, la madre de mi hijo; mi mejor amiga, mi primer y único amor?

En lugar de responder, me arrojé a sus brazos y lloré. Mis lágrimas eran de alegría, de amor y de emoción. Paulo André me abrazó con fuerza y apretó mi cuerpo entre sus brazos. De repente, justo cuando pensaba que el momento era perfecto, nuestro hijo me dio una patada en el vientre tan fuerte que nos asustó a los dos. *Ahora sí, todo era perfecto.*

— ¿Lo has sentido? — Miré a P.A. y su expresión ya respondía a mi pregunta.

A menudo sentía que nuestro muñón se movía, pero era algo muy sutil que nadie más podía sentir. Era la primera vez que me daba una patada tan fuerte.

— Lo sentí. — Paulo André se inclinó hacia mi estómago, puso ambas manos sobre él y lo besó. — Hola, hijo mío. Te he sentido. Tú también quieres que mamá se case con papá, ¿verdad?

Me habló a la barriga y, como por arte de magia, mi muñón volvió a dar patadas. Como loca, reí y lloré, mientras Paulo André sonreía y besaba el pedacito de cielo que vivía dentro de mí.

— Papá te quiere, cariño — declaró a nuestro hijo, luego se levantó y me cogió de las manos. Nuestros rostros estaban a centímetros de distancia. — Entonces, enano, ¿aceptas?

— Claro que sí, grandullón.

Eufórico, le rodeé el cuello con los brazos. Paulo André estrechó nuestro abrazo y me besó apasionadamente.



Una semana después

Le dije a mi madre que Paulo André y yo teníamos que hacer un anuncio, y ella no tardó en organizar una cena para nuestra familia y la suya. La tía Verinha también estaba invitada; en primer lugar, porque siempre había estado muy unida a nosotros y, en segundo lugar, porque mi madre estaba haciendo todo lo posible para que se sintiera querida y no volviera a caer en una profunda depresión.

Aquella noche, todos estaban en el salón cuando bajé. Paulo André me esperaba en el último escalón, me cogió la mano y me la besó cuando llegué hasta él.

— Estás maravillosa, enana.

— Lo sé, nací maravillosa y modesta. — Le di un besito, luego acerqué mi boca a su oído y le susurré: — Tú también estás preciosa, y absurdamente caliente. Tan caliente que quería ponerme delante de ti ahora mismo, abrirte los pantalones y chuparte la polla hasta que te corrieras en mi boca.

— Eso no es algo que se dice al oído de un hombre en una sala llena, Rayssa. ¿Quieres matarme? — dijo en voz baja, y yo me reí.

Siempre he tenido mi lado travieso bien definido, pero últimamente me he felicitado a mí misma.

— ¿Vas a quedarte ahí, saliendo y aislando al resto de la familia? — João Guilherme interrumpió nuestro momento travieso.

— ¡Calma, familia! Hay Rayssa para todos. — Todos sonrieron.

Nos unimos a ellos. Mi madre había puesto música ligera, así que el ambiente era agradable.

— Rayssa y yo tenemos que hacer un anuncio — dijo Paulo André, después de haber saludado a todos con besos y abrazos.

Miré a mi madre y vi que le brillaban los ojos. Seguro que ya sabía de qué se trataba. *Quiero ser una mamá así para mi pequeño muñón.* La atención de todos en la sala se volvió hacia P.A. y habló sin ninguna inhibición.

— Hace unos dos años, esta niña valiente... — Estiró el brazo, llamándome, y yo me acerqué y me puse a su lado. Nos cogimos de la mano. — Me cogió completamente por sorpresa cuando declaró, con toda su valentía y desparpajo, que estaba enamorado de mí desde la adolescencia. Nunca me había dado cuenta de nada, ni había imaginado que pudiera ocurrir algo romántico entre nosotros, después de todo, nunca la había mirado así. Sin embargo, en aquel mismo momento, algo cambió.

Apreté ligeramente la mano de Paulo André y, cuando me miró, nos sonreímos. *Lo volvería a hacer, porque le quiero demasiado.* No lo dije en voz alta, pero él sabía que eso era lo que decía mi sonrisa.

— Me volví loca. — Él se rió levemente, y todos en la habitación se rieron también. — ¿Cómo podía aceptar sentirme diferente por la hermana pequeña de mi mejor amigo? La niña a la que prácticamente vi nacer, a la que seguí en cada etapa de su infancia... Luché contra mis sentimientos y pensamientos hasta que ya no pude más, ¡porque todos los caminos llevaban a ella! Salí corriendo y, al final, allí estaba Rayssa sonriéndome.

Una lágrima perdida corrió por mi mejilla y P.A. me la limpió rápidamente. Yo no era muy romántica ni sensible, pero nuestro amor siempre me emocionaba, porque era un sentimiento que nunca pensé que dejaría de ser mío para convertirse en nuestro. Pero estaba ocurriendo.

— Rayssa es la persona más iluminada que conozco. — Me besó la cabeza. — Y esa luz es contagiosa y me atrae de una manera incontrolable. Durante el tiempo que luché contra mis sentimientos, fue por miedo a hacerla sufrir, a decepcionar a João Guilherme y, por supuesto, miedo a amar a alguien. No sé a ti, pero a mí el amor me da miedo. No es seguro, porque cuando amas a alguien, tienes que enfrentarte al hecho de que puedes perderlo. Eso es aterrador.

En ese momento, no sólo yo me emocioné. Paulo André consiguió hacer llorar a todas las mujeres de la familia.

— Pero dejé de luchar cuando me di cuenta de que la guerra estaba perdida. Yo ya era suya. — Paulo me miró con cariño y me dio un beso lleno de amor y complicidad. — Necesitaba un tiempo para pensar y aceptar mis sentimientos, pero al vivir con ella y, mientras tanto, descubrir que iba a ser padre, las cosas tomaron otro rumbo.

Esta vez, fue Paulo André quien me apretó ligeramente la mano, como buscando seguridad para continuar. Yo le devolví el apretón.

— Al principio, me aterrorizó la noticia del embarazo y pensar que, por primera vez, tendría una personita que dependería de mí para todo. Pero mi miedo era insignificante comparado con la culpa que sentía por haber dejado embarazada irresponsablemente a mi mejor amiga. — P.A. me miró y, aunque estábamos de acuerdo con la forma en que había sucedido todo, sus ojos se mostraron compungidos. — No era justo para ella, que era la que iba a sufrir el mayor cambio de todos. Sin embargo, nadie mejor que ella para ser la madre de mi hijo.

Paulo André me acercó y me besó la mejilla.

— Lo más duro era saber que había defraudado a las personas que amaba. Y mi peor pesadilla fue cuando João Guilherme me pidió que me fuera de su piso porque no podía ni mirarme a la cara.

En aquel momento, los ojos de P.A. y de mi hermano se encontraron y brillaron. Nunca había visto una amistad tan hermosa y fuerte como la suya. Si realmente hay otras vidas, João Guilherme y Paulo André han sido sin duda hermanos en todas ellas. El vínculo que tienen es irrompible e inconmensurable, es la fuerza de una verdadera amistad.

— Nunca me había sentido tan perdido como en aquella situación. Fue duro darme cuenta de que había decepcionado al chico al que siempre había querido como a un hermano. — P.A. respiró hondo. — Acepté el castigo y esperé pacientemente a que me perdonara. Cuando eso ocurrió, todos mis miedos e inseguridades quedaron atrás.

Miré a Gui y sonreí, dándole las gracias en silencio por todo. Él me devolvió la sonrisa.

— Después de eso, no tardé en darme cuenta de lo que sentía por Rayssa. — En aquel momento, dejó de mirar a todo el mundo, me giró hacia él y me dedicó toda su atención. — Tío Augusto y João Guilherme me hicieron prometer que nunca le haría daño ni diría esas palabras sin estar seguro de mis sentimientos. Hoy, con toda la certeza de mi corazón, te pregunto una vez más, ahora delante de todos... ¿Quieres, Rayssa de Castro Marins, casarte conmigo? Porque no tengo ninguna duda de que te amo.

La sala se quedó en un silencio ensordecedor, esperando mi respuesta. No iba a perder la oportunidad de burlarme de mi familia, así que contuve la respiración durante unos segundos hasta que cedí por completo.

— Sí, Paulo André de Carvalho. Siempre he sido tuya, y ahora acepto ser ascendida de mejor amiga a esposa.

Salté a sus brazos, y P.A. me levantó del suelo, haciéndome girar alrededor de su cuerpo mientras nos besábamos entre aplausos. Luego recibimos abrazos y besos de nuestras familias. El último en saludarnos fue mi hermano. Me estrechó en un fuerte abrazo, sin apretarme demasiado el estómago, y luego me besó la mejilla.

— Felicidades, mi amor. Te quiero mucho y me alegro mucho de que te vayas a casar con este chico de aquí. — Apretó el hombro de Paulo André y dirigió sus palabras a él esta vez. — Felicidades, hermano. Eres un tipo con suerte, y este es el futuro feliz que siempre quise para ti. No voy a darte la bienvenida a la familia, porque siempre has formado parte de ella, pero siéntete más bienvenido que nunca.

Los dos se abrazaron, y mi corazón se llenó de amor y gratitud hacia mi familia.

— Tienes una gran responsabilidad, pero sé que te las arreglarás. Cuida bien de esta niña y de este pequeño. — João Guilherme me acarició la barriga y Cotoquinho pateó la mano de su tío. — ¿Se movió?

Mi hermano ya era padre, lo había sentido durante el embarazo de Melinda, pero fue precioso ver la sorpresa y la emoción en su cara cuando sintió moverse a su sobrino y ahijado.

— Sí, llevaba una semana moviéndose así.

Mi hermano se agachó y me besó la barriga.

— Hola, cielo. Dindo ya está deseando que llegues.

En aquel momento, más que nunca, me consideré una chica afortunada, de hecho, la más afortunada del mundo. *¿Quién no se sentiría así cuando se da cuenta de que lo tiene*

absolutamente todo?



Paulo André y yo decidimos esperar a que naciera nuestro pequeño antes de casarnos oficialmente, pero acordamos no esperar para mudarnos a la nueva casa. Así que, dos meses después de la cena de compromiso, y con la ayuda de nuestras familias, nos mudamos.

Los muebles tardaron poco en estar listos e instalados, porque ya habíamos comprado los artículos de decoración y ajuar, con la incansable ayuda de nuestro equipo. Sí, nosotros y nuestra familia éramos un equipo. La tía Verinha, Celina y Dorinha también estuvieron siempre ahí, ayudándonos en todo, lo que nos ayudó a organizarnos en un tiempo récord.

— Siéntate un poco, hija mía. Se te van a hinchar las piernas porque hoy has estado mucho tiempo de pie — me advirtió mi madre. Me dolían mucho las piernas, porque mi hijo pesaba cada vez más. Y también me dolía mucho la espalda.

Estábamos reunidas en la zona *gourmet* de mi nueva casa — los hombres jugaban al billar; Melinda, la tía Joyce y Dorinha preparaban unos aperitivos en la cocina; y mi madre,

Celina, la tía Verinha y yo estábamos en una parte más apartada, junto a unos sofás y puffs que habíamos decorado.

Era nuestro primer día en aquella casa y no podía ser más maravilloso, después de todo, todos mis seres queridos estaban a mi lado. Habíamos terminado de ordenar y estábamos muy emocionados, ya que empezaba una nueva etapa en nuestras vidas y en nuestra relación, pero las cosas no eran perfectas, ya que aún no se había resuelto nada sobre el caso de Giovana, la muerta viviente. Lo menos malo hasta el momento era que no había habido nuevos incidentes. *Gracias a Dios.*

Obedeciendo la recomendación de la señora Helena, me senté en el sofá. Mi madre se sentó a mi lado y la tía Verinha y Celina se sentaron en las sillas colgantes que había a mi lado.

— ¿Cómo estás, tía? — pregunté con curiosidad, notando que la tía Verinha de repente parecía perdida.

— Mejorando, hija. He intensificado mi tratamiento con la terapeuta, porque la inminencia de que Giovana estuviera viva me hizo retroceder mucho. De todos modos, sigo intentándolo.

— Nos alegramos por ti, amiga. Y estaremos a tu lado, porque queremos volver a verte bien — la consoló mi madre.

— El terapeuta me aconsejó que me deshiciera de sus pertenencias. Empezaré por vender el coche. — La tía Verinha suspiró.

La situación no era fácil para ninguno de nosotros, y para ella, como madre, debía de ser aún peor. Sin embargo, me alegré de que intentara recuperarse.

— ¿No conducía su propio coche el día del accidente? — preguntó Celina. Mi amiga se había vuelto más comunicativa últimamente.

— No sé por qué, pero el día de la tragedia conducía un coche de alquiler. Unos días después, la policía encontró su coche abandonado en Niterói con dos ruedas pinchadas. Cuando me avisaron, lo mandé reparar y hasta hoy lo guardo en mi garaje.

— Así que véndelo pronto, tía. Será lo mejor.

— El terapeuta también me está preparando para afrontarlo todo si realmente está viva. Dice que tengo que darme cuenta de que mi hija nunca volverá a ser la misma, a menos que se someta a un largo e intenso tratamiento psiquiátrico, así que tengo que prepararme para ver un lado de ella que no conocía.

— ¡Giovana está enferma! — dije, más bruscamente de lo que me hubiera gustado. — Lo siento, tía. No era mi intención...

— No hay necesidad de disculparse, Ray. El terapeuta me advirtió sobre esto. Dijo que si Gio está vivo y planea vengarse, esto caracteriza una serie de trastornos que deberán ser tratados con urgencia. Si mi hija está viva, tendré que enfrentarme a la dura verdad de que no va a volver

conmigo ni por mí, sino con otros fines. En terapia, estoy trabajando la idea en mi corazón y en mi cabeza de que mi niña tendrá que asumir las consecuencias de sus decisiones. Si la quiero, entenderé que debe aprender de sus errores. — Una lágrima corrió por la mejilla de la tía Verinha.

— Tiene razón en todo esto, amigo mío. No siempre podemos proteger a nuestros hijos. Además, no le harás ningún bien si le pones la mano en la cabeza. Giovana necesitará una ayuda que nosotros no podremos darle, porque no estamos capacitados para ello — dijo mi madre, entristecida al ver sufrir tanto a su mejor amiga.

— Lo sé, Helena. Estoy rezando para que esté viva de verdad, así tendré una oportunidad más de ayudarla a recibir tratamiento y a curarse de todo el resentimiento que siente. — La tía Verinha suspiró, visiblemente agotada. — Pero antes de hacer nada, lo que más deseo es darle a mi niña un abrazo largo y apretado. Necesito que sepa que la quiero pase lo que pase y que puede contar conmigo cuando todo esto acabe.

Más lágrimas de terquedad mojan su cara, haciéndome sentir que se me estruja el corazón.

— ¡Tengo una idea! — exclamé, poniéndome en pie. Esperaba cambiar el pesado ambiente. — Cantemos karaoke para ahuyentar todos estos pensamientos. ¿No dicen que los que cantan ahuyentan sus males?

— Oh, no, Rayssa. Yo canto muy mal. Estoy fuera — negó Celina, riendo.

— Yo tampoco tengo la más mínima vocación — mi madre también rechazó mi invitación.

— Eres una aburrida. Quédate aquí, entonces, y mira mi *actuación.*

Me dirigí confiada a la sala de karaoke de nuestra zona *gastronómica*, seleccioné una canción y encendí el micrófono.

— Paulo André, cariño, esta canción es para ti — anuncié alto y claro, ganándome la atención de todos; la sonrisa de mi prometido era la más grande que había visto nunca.

Los primeros acordes de Velha infância sonaron en el equipo de sonido y, sin una pizca de vergüenza en la cara, o tal vez de afinación, empecé a cantar.

"Eres así, un sueño para mí
Y cuando no te veo
Pienso en ti
Desde el amanecer
Incluso cuando me acuesto
Me gustas
Y me gusta estar contigo

Mi risa es tan feliz contigo
Mi mejor amigo es mi amor..."

Esa canción era tan nuestra que estaba a punto de demandar a los Tribalistas y exigir derechos de autor.

— "Mi mejor amigo es mi amor"... — cantaba sin dejar de mirar a Paulo André mientras se acercaba.

Los últimos versos los canté abrazada al hombre que amaba, mi mejor amigo. Si yo no hubiera sido la protagonista de aquella escena y la hubiera visto desde fuera, en una película, seguramente estaría en el sofá, llorando como una tonta. La sensación era exactamente esa, que mi historia de amor con Paulo André merecía una película.



Después de muchos momentos de alegría, sonrisas y fiesta durante nuestra mudanza, Paulo André y yo por fin estábamos solos. Ese sábado, pasamos la primera noche en nuestra nueva casa. Me sentía inmensamente feliz.

Me di una ducha relajante y me acosté mientras P.A., que ya se había duchado, se afeitaba. Ya no tenía camisas que me quedaran bien, así que siempre optaba por dormir con una de sus blusas y sólo un par de bragas debajo.

Me tumbé de espaldas en la cama con las piernas abiertas, mostrando descarada y deliberadamente mis diminutas bragas. Unos instantes después, Paulo André salió del baño en calzoncillos. A pesar de mi enorme barriga de siete meses, nunca me había sentido tan guapa y sexy. Y me encantaba exhibirme ante mi ardiente prometido.

Cuando me vio en la cama, la mirada que me lanzó P.A. me produjo escalofríos de pies a cabeza y me hizo palpitar las piernas. Era una mirada hambrienta y ansiosa, igual que yo.

Abrí más las piernas, porque era una niña traviesa, y Paulo André avanzó hacia mí como un león. Sin embargo, antes de tocarme con la lengua, miró mi vagina como si fuera la comida más suculenta del mundo.

P.A. presionó su pulgar contra mi clítoris, masajeándolo sobre mis bragas; gemí y cerré los ojos. Todo mi cuerpo estaba tan sensible que el placer de aquel contacto era casi insoportable. Me masturbó y, cuando estaba toda mojada y a punto de correrme, su mano apartó mis bragas y su deliciosa lengua tocó mi nervio. *¡Santo cielo! Estoy en el cielo.*

Me retorcí y gemí mientras Paulo André me chupaba y lamía. La sensación trascendental

del orgasmo se formó rápidamente y gemí con fuerza, revolcándome en su boca mientras me corría. P.A. apenas esperó a que terminaran mis últimos espasmos y se levantó. Se quitó apresuradamente los calzoncillos y volvió a ponerse encima de mí, penetrándome hasta el fondo.

Mi vagina estaba tan húmeda que él entraba y salía de mí, el roce de sus movimientos resonaba en toda la habitación. Mi novio era como una máquina incansable, penetrándome con fuerza y profundidad. Entonces me moví con él y estaba a punto de correrme cuando sentí que su respiración se volvía más jadeante y oí los roncos gemidos que salían de su boca.

Intensificó sus movimientos y se corrió dentro de mí, rugiendo de placer. Yo no me corrí en aquel momento, pero antes de que pudiera sentirme frustrada, Paulo André sacó su polla, embadurnando mi vagina con su semen. Bombeó su pene con la mano unas cuantas veces antes de colocarse en mi entrada y volver a enterrarse en mí.

Su virilidad no me sorprendió, pues siempre había sabido que P.A. estaba lleno de ímpetu y era totalmente capaz de volver loca a una mujer en la cama. Sin embargo, sentir esa fuerza y vigor en mi piel era, cuando menos, impresionante.

Al principio, Paulo André empujaba lentamente, y yo sentía su polla hincharse cada vez más dentro de mí, hasta que volvió a estar dura. Con mi gran barriga, no teníamos muchas opciones de posiciones, así que lo más cómodo para mí era mamá y papá. Pero estaba dispuesta a variar un poco las cosas, aunque eso significara que al día siguiente me dolería el cuerpo. En ese caso, sufriría feliz.

— Quiero cambiar de postura — susurré mientras él me empujaba y me besaba.

Sin demora, P.A. salió de mí y me ayudó a levantarme. Me condujo hasta la pared, apoyó mis manos en ella y se colocó detrás de mí. Sujetándome firmemente la cintura con una mano, volvió a penetrarme, arrancándome un grito.

Con la otra mano, Paulo André me agarró firmemente del pelo y me giró ligeramente el cuello para tener libre acceso a mi nuca. Besó mi piel en esa zona, mientras penetraba con fuerza en mi vagina, sacudiendo mi cuerpo. Poco después, la mano que me sujetaba la cintura bajó hasta la mitad de mis piernas. Sus dedos masajeaban intensamente mi clítoris y, sin poder contenerme más, volví a correrme, rodando sobre su polla, gimiendo y retorciéndome de placer.

Paulo André siguió empujando fuerte y rápido, hasta que él también se corrió, llenándome de nuevo con su semen.



Nuestro domingo en la nueva casa fue como una deliciosa luna de miel anticipada. Me

desperté con el desayuno en la habitación, y no salimos de la cama en todo el día. La suite era enorme, con una cama king perfecta y contraventanas que mantenían la habitación oscura y acogedora a todas horas; el aire acondicionado aseguraba el clima de montaña, así que nos acurrucamos bajo las sábanas, alternando momentos mimosos y traviesos.

Hicimos el amor, nos duchamos juntos y coqueteamos. Volvimos a comer, hablamos, dormimos la siesta y, por último, vimos una película. Yo elegí, por supuesto. Opté por una película vieja y repetida, porque no había error, y cuando llegué a la escena que más me gustaba, lloré como cada vez que la veía.

— *Te quiero, Dex. Te quiero tanto... ¡Lo que pasa es que ya no me gustas!* — Hice la sincronización labial de la escena, como siempre.

A diferencia de mí, P.A. nunca había visto esa película. Aun así, dejó de prestar atención al televisor y me miró, riéndose.

— Incluso se sabe la película de memoria.

— Es increíble y me encanta, sobre todo esta escena. A ver si esa frase no es la definición perfecta de madurez emocional. Además, Anne Hathaway es una gran actriz, que representa a todas las mujeres decididas.

Paulo André me miraba estupefacto mientras le explicaba mi forma de entender la historia. *¡Oh, hombre enamorado!*

— Lo que el personaje quería decir es que amar a alguien no nos condiciona a estar de acuerdo y vivir con sus actitudes dañinas, porque nos amamos más a nosotros mismos y eso nos lleva a ver lo que no queremos en nuestras vidas. A partir de ese momento, empezamos a detestar a la persona, aunque la amemos. Ya no podemos tolerar las cosas malas que hace, porque nos afecta de diferentes maneras. El amor sigue ahí, pero por muy doloroso que sea, es más sano dejarlo ir. Es más doloroso perder tu propio amor que el de otra persona.

— Estoy de acuerdo contigo, mi pequeña sabia. — Se rió y me besó.

He perdido la cuenta de cuántas veces he visto la película *One Day*, su título original. Recuerdo que muchas de las veces que vi la película, me imaginé diciéndole las mismas palabras a Paulo André. Al fin y al cabo, llegaría un momento en que sería tan doloroso estar cerca de él, sin tenerlo realmente, que necesitaría alejarme de ese dolor. Afortunadamente, estaba muy equivocada.

— Enano... — Salí de mis pensamientos cuando oí la voz de P.A. llamando mi atención. — Tenemos que elegir el nombre de nuestro hijo. Nacerá pronto y no tiene nombre. Soy fan de Paulo Gustavo como artista, pero ese nombre no me gusta lo suficiente para mi hijo.

— Tampoco creo que Paulo Gustavo le quede bien a nuestro pequeño tronco. ¿Qué tal sólo Gustavo?

— ¿El nombre de ese chico al que besaste en el pub? ¡Imposible!

— ¿Todavía te acuerdas de eso, Paulo André? ¡Imposible!

— Claro que me acuerdo. Todos los días tengo que mirar la cara de ese hijo de puta en el trabajo.

— ¡Afecto! ¡Celoso! — Me burlé de él. — Y Paulo Henrique, ¿qué te parece?

— Henrique es el nombre del tipo comadreja que hasta te gustaba. ¡No puede ser!

— ¿Y qué? Él está con Andressa ahora, no tiene nada que ver con él.

— Aun así, ¡no quiero! — Puse los ojos en blanco.

— Entonces sugiere un nombre.

— Hay uno que me gusta y me parece fuerte, pero...

— ¿Cuál? Dilo.

— Ravi.

— Ravi — dije en voz baja, probando el sonido. — Ravi — repetí.

— ¿Qué haces?

— *¡Espera!* Tengo que probarlo — le regañé por interrumpirme. — ¡Ravi, deja ese videojuego y vete a dormir, chico!

Mientras gritaba, bromeando, como si estuviera hablando con mi hijo de hace unos años, Paulo André me miraba, incrédulo y conteniendo una carcajada.

— ¡Me encanta! Será Ravi.

Sonreí a P.A. y salté a sus brazos, sintiéndome feliz. Por fin, nuestro bebé tenía nombre, un nombre precioso.



El lunes llegué tarde a la universidad. No me di cuenta de que mi móvil se había dado de baja, así que sólo me desperté cuando sonó el móvil de P.A., media hora después de lo previsto.

Cuando entré en clase, todo el mundo me miró. Era imposible pasar desapercibido con una barriga más grande que yo. Me encogí de hombros y busqué a Roberta para sentarme a su lado, pero no estaba. Acabé sentándome en la primera silla vacía que encontré.

En los últimos meses, mi amiga había estado diciendo que las cosas estaban mejor entre ella y Luiz Felipe. Por desgracia, no veía sinceridad en sus palabras y mi intuición me decía a gritos que mentía.

Cuando terminó la clase, corrí a casa, pues era el día en que había que montar los muebles de la habitación de Ravi. Como Paulo André no podía ausentarse de la oficina, acordamos que yo llegaría temprano para recibir al equipo.

En cuanto llegué a casa, llamé a mi madre. Quería charlar un rato y contarle la noticia del nombre de su nieto.

— *Hola, hijita. Tres días sin ti en casa y mamá ya te echa de menos.* — Me contestó con voz llorosa.

— Ay, mamá, no llores. Estoy a la vuelta de la esquina, puedes venir a verme cuando quieras.

— *Está cerca, pero no aquí, al alcance de mis ojos* — me regañó. — *Oh, Rayssa, lloro tanto cuando entro en tu habitación. Me alegro por ti, pero ha sido muy duro, hija. Incluso fui a terapia esta semana para ver si me sentía mejor, y el terapeuta me explicó que se trata del síndrome del nido vacío*[22].

No pude evitar soltar una risita. Pero en el fondo sentí pena por mi madre. Vaya.

— *Te estás riendo, ¿verdad? Algún día pasarás por esto.* — Lloriqueó.

— Ven a mi casa, mami. Hoy vas a preparar la habitación de Ravi.

— *¿Ravi?*

— ¡Sí! Ayer elegimos el nombre de su nieto, Sra. Helena.

— *¡Qué bonito, hija! Va con Rayssa. ¡Me encanta!*

— A mí también me encanta. Fue idea de Paulo André y significa sol.

— *Es precioso, hija. Bueno, ya que me invitaste, voy a darme una ducha y estaré en tu casa en unos minutos. Mamá te traerá comida deliciosa.*

— De acuerdo, mamá. Ravi y yo te agradecemos tu amabilidad. Nos morimos de hambre, como siempre.

En cuanto colgué el teléfono, llegó el equipo de instaladores, acompañados por el diseñador de interiores. Media hora más tarde, mi madre llegó llena de emoción.

Incontables horas de trabajo después, la habitación de Ravi era un sueño. El tema de decoración que elegí fue El Principito, y a mi madre le gustó tanto que dijo que mandaría hacer los personalizados inmediatamente.

La señora Helena no se fue hasta última hora de la tarde. Cuando se fue, me duché y me aventuré a hacer una lasaña mientras esperaba a que Paulo André llegase del trabajo. Me moría de ganas de que lo viera todo.



Cuando mi novio entró en el salón, parecía muy cansado. Corrí hacia él y me lancé a sus brazos, haciéndole soltar una carpeta llena de papeles que llevaba en la mano.

— ¿Todo esto es nostalgia? — me preguntó cuando dejamos de besarnos.

— Has tardado demasiado. — volví a besarle.

— Siempre es el momento, enano. Eres tú quien me quiere tanto que no puede vivir sin mí mucho tiempo.

— ¡Tienes razón! Pero... tal vez la verdadera razón es que estoy un poco ansioso.

— ¿Por qué, exactamente?

— ¿Estás muy cansada? — respondí con otra pregunta.

— Eso depende. ¿Demasiado cansado para hacer qué? Si es para tener sexo, no estoy nada cansada. — me reí.

— Tener sexo siempre es una buena opción, pero no me desanimes porque hayas llegado con cara de agotada.

— Siempre tengo ganas de follarte. — P.A. me besó el cuello.

— Yo también estoy siempre dispuesto a dártelo, pero antes quiero que veas algo. — Le cogí de la mano, dejando su maletín en el suelo.

Cuando abrí la puerta de la habitación de Ravi y encendí la luz, la mirada de P.A. se iluminó. Todo su cansancio parecía haber desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Entró en la habitación, observando cada detalle. Dos paredes de la habitación tenían cuadros, así que mi prometido los observó detenidamente.

"Te vuelves eternamente responsable de lo que tomas cautivo".
"Tengo que soportar dos o tres larvas si quiero conocer a las mariposas".

— Elegí estas dos frases como mis favoritas del primer libro que leí cuando aún era una niña. En realidad, lo que me leyó mi padre — expliqué. — ¿Te gustó? — pregunté ante su silencio.

— Es increíble, amor — respondió tras un rato de silencio.

Me encantaba que Paulo André me llamase amor. Normalmente, me llamaba bajito, un apodo que también me gustaba y me resultaba entrañable, pero que me llamara amor tenía más impacto.

— No será perfecto hasta que llegue nuestro hijo. — declaró, abrazándome por detrás.

— Vamos. — Me volví hacia él, le di un beso y le cogí de la mano para alejarnos.

— ¡Tengo hambre! ¿Hay comida en esta casa? — comentó cuando volvimos al salón.

— Como has sido tan buen novio, te he preparado un pequeño capricho. He hecho mi especialidad. De hecho, una de las pocas cosas que sé cocinar.

— Lasaña.

— ¡Has acertado, Sherlock! — A veces olvidaba que P.A. sabía casi todo sobre mí.

— Déjame darme una ducha rápida y comemos.

P.A. recogió su maletín del suelo y salió en dirección a nuestra suite. Unos minutos más tarde, cuando regresó, cenamos. Charlamos sobre nuestro día, luego vimos un poco la tele, flirteamos y nos fuimos a la cama. *¡Nunca pensé que la rutina pudiera ser algo tan bueno!*



Paulo André

Era casi el final de mi jornada laboral del jueves cuando João Guilherme me llamó.

— Hola, hermano. ¿Cómo estás?

— Hola, P.A. Todo bien. Te llamo para preguntarte si te apetece tomar algo en algún sitio.

— ¿A mitad del jueves? ¿Pasó algo?

— No, es que hace un calor del carajo y me apetecía tomarme una cerveza con mi amigo y charlar. Nada hasta tarde. Estoy un poco estresado, necesito un poco de distracción.

— Vale. Llamaré a Rayssa para ver si todo está bien. Si está tranquilo allí, podemos ir. — Como mi prometida estaba embarazada de casi ocho meses, temía dejarla sola demasiado tiempo.

— Le pediré a Melinda que se quede allí con Ray hasta que volvamos.

— Genial, entonces.

— Iremos directamente desde el trabajo. Deja tu coche allí, porque cogeremos un Uber.

— Trato hecho. Envíame el nombre del pub al que quieres ir.

— *Gracias.*

Colgué e inmediatamente llamé a Rayssa. Me dijo que mi suegra y Verinha estaban en casa con ella y que se encontraba muy bien, así que era más fácil salir con Guilherme.



Cuando llegué al bar, João Guilherme ya estaba allí. Se levantó a saludarme, nos dimos la mano y un rápido abrazo. Llamé al camarero, pedí una cerveza y me senté.

— Tengo que confesar que me moría de nostalgia. Soy consciente de que Melinda no es tan simpática como yo. — bromeé, y se echó a reír.

— Es tan simpática como tú, y... lo que ella me da, tú no puedes dármelo, amigo.

— No puedo y no quiero. — Nos reímos. — Ni tú puedes darme lo que me da Rayssa, así que mejor nos quedamos como estamos.

— ¡Qué desgracia! Cállate. No quiero saber nada de tu vida sexual con mi hermana. — João Guilherme se echó a reír y luego dio un largo sorbo a su bebida.

— Ah, tío, la habitación de Ravi está lista. Es una mierda. Tienes que ir a verla. — Cambié de tema.

— Nos vemos este fin de semana. — Respondió João Guilherme, un poco aireado.

— ¿Qué pasa, amigo? Me sorprendió un poco esta repentina invitación. No me malinterpretes, sé que no necesitas un motivo para que salgamos y esas cosas, pero...

— Hum ron, está bien. Sólo las preocupaciones habituales. Esta historia sobre Giovana, el hecho de que la policía no haya averiguado nada... Me da aprensión, como si una bomba estuviera a punto de explotar. Mi único momento de paz es cuando estoy en casa con Melinda y mi hijo, y cuando sé que Rayssa está en casa contigo. Nadie merece vivir así, hermano.

Gui hizo una pausa porque el camarero llegó a la mesa con mi cerveza. Le hice una seña de agradecimiento y volví a centrar mi atención en mi amigo.

— Estoy cansado. De verdad, ¡estoy *muy* cansado!

Supe que algo iba mal cuando Guilherme me invitó a salir. Desde luego, no quería hablar con Melinda, para no preocuparla más, así que me llamó para desahogarse.

— Melinda odia caminar con un guardia de seguridad detrás — se lamentó.

— Rayssa también. Pero ahora que está embarazada, se preocupa más por su propia seguridad y lo acepta mejor. Con su avanzado embarazo, su hermana prácticamente sólo va a la universidad y, cuando está en casa, hasta se olvida del guardia de seguridad, que se queda fuera

con los demás.

— Sólo quiero paz, tío. Tengo todo lo que un hombre necesita para ser feliz: una esposa maravillosa, un hijo hermoso y sano, pero esta amenaza constante no me permite disfrutar plenamente de esta felicidad. — Guilherme estaba irritado, y yo lo comprendía.

— En este momento, estoy tan involucrado con la paternidad que soy capaz de olvidarme un poco de todo, pero también me he vuelto un poco neurótico, accediendo continuamente a las cámaras de la casa para ver a Rayssa. No me preocupan tanto las imágenes externas, porque las vigilan los guardias de seguridad, pero las del interior de la casa, a las que sólo yo tengo acceso, las miro todo el tiempo. Lo que también me tranquiliza es que su madre, Celina y Melinda siempre están ahí.

— No me hagas hablar de ser neurótica. Incluso estoy pensando en no celebrar la fiesta del segundo cumpleaños de Miguel. He pensado en viajar con él y Melinda, escaparme unos días para tener un poco de paz.

— Me parece una idea estupenda. Si pudiéramos, sería perfecto viajar con vosotros, pero Ravi nacerá el mismo mes que el cumpleaños de Miguelito, así que no funcionará. Será demasiado pequeño para viajar.

— Hablando de eso, ¿el obstetra ha fijado una fecha para el nacimiento?

— No la fecha exacta, pero dijo que sería en julio.

— Nuestros hijos cumplirán años el mismo mes y se llevarán exactamente dos años. Serán tan buenos amigos como nosotros.

— Estoy tan jodidamente feliz por eso.



João Guilherme y yo acabamos bebiendo más de lo debido un jueves, pero estuvo bien. Necesitábamos este momento de relax.

Cuando terminó la noche, cogimos un Uber hasta mi casa, donde Melinda esperaba a mi amigo. Cuando entramos en el salón, las encontramos a las dos bajo las sábanas, viendo una película. A su lado, João Miguel dormía serenamente en un colchón, disfrutando del frío que proporcionaba el aire acondicionado central.

— Hijo, ¡ya llegó papá! — João Guilherme habló demasiado alto, y las niñas lo miraron con cara de enfado.

— ¿Estás borracho? — preguntó Rayssa, fingiendo irritación, mientras Melinda amenazaba con matar a João Guilherme si despertaba a Miguel a esas horas. Las dos estallamos

en carcajadas. En aquel momento, todo parecía muy divertido. — Paulo André de Carvalho, ¿estabas de fiesta mientras tu mujer embarazada te esperaba en casa?

— Sí, estaba. Y no estás muy enfadado, porque sabes que te quiero. — Me acerqué a ella, me senté a su lado y la abracé.

— Es verdad, no estoy enfadado. El culo de un borracho no tiene dueño, así que ya estoy lleno de travesuras. Me gustaría probar algunas cosas, pero nunca me dejas cuando estás sobrio, así que... ¿Quizá lo intentemos hoy? Es todo para tu placer, cariño.



Paulo André abrió mucho los ojos y me soltó. Se puso en pie tan deprisa que ni siquiera tuve tiempo de sujetarle cuando se tambaleó, tropezó con el brazo del sofá y casi se cae.

— ¡Corre, es una trampa, P.A.! Por ahí, amigo. ¡Pon el culo contra la pared! — gritó mi hermano, para risa de todos, y mi novio, muy borracho, obedeció a su amigo.

Paulo André caminó hacia atrás, tambaleándose un poco, hasta apoyar el culo contra la pared, todavía con cara de espanto.

— ¡Quédate quieto, João Guilherme! Vas a despertar a nuestro hijo — lo regañó Melinda, todavía riendo.

Mi cuñada se levantó y se acercó a él, y mi hermano la atrajo hacia sí, besándola exageradamente, doblando su cuerpo hacia atrás. — Te quiero, preciosa. — le dijo Gui a Mel cuando dejaron de besarse.

— Yo también te quiero, aunque estés completamente borracha y apestes a cerveza. — João Guilherme se rió como si Melinda acabara de decir la cosa más graciosa del mundo.

— ¡Oh, Dios mío! Están locos — dije riendo. — Será mejor que duermas aquí, Mel.

— No hemos traído ropa.

— Te prestaré una mía y la de P.A. para él. La habitación de invitados está lista, y mañana tu clase es online, así que tranquilo — le recordé, y ella asintió. — Pon a Gui bajo la ducha fría. Yo haré lo mismo con P.A.

Recogí su ropa, luego mi cuñada cogió a Miguelito y se lo llevó al dormitorio. Menos

mal que se había llevado una bolsita para él, con ropa y otras cosas, porque mi madre nos enseñó que siempre hay que ir preparado cuando se sale con niños.

Cuando Melinda volvió al salón a recoger a mi hermano, apagué todo y subí al dormitorio con Paulo André. Se tiró en la cama, boca abajo, con traje y todo. Aproveché, me acerqué a él y le mordí el culo. El hombre saltó de la cama, cayó al suelo y se arrastró unos metros, arrancándome una carcajada.

— Deja de hacer el tonto. Te sentará bien — insistí, sólo para asustarlo. Y para divertirme, claro.

— No te acerques a mi culo, Rayssa.

Paulo André estaba tan aterrorizado que se levantó a trompicones del suelo y volvió a apoyar la espalda contra la pared. Me entraron ganas de reír, pero me controlé, sólo por esta vez, para mantener mi teatro. Le miré de arriba abajo, me lamí los labios y me mordí el labio inferior, todo de forma muy exagerada para que él lo viera.

— No puedo evitarlo. Tu culo es muy sabroso. — Di unos pasos hacia él.

— No te acerques más. — P.A. estiró las manos, desesperado por detenerme.

— ¿Vas a negar los deseos de una mujer que está embarazada de tu hijo, Paulo André? En serio... ¿Y si nuestro bebé nace con cara de vago?

— ¡Oh, mierda! Nada de chantajes emocionales cuando se trata de tu culo — siguió mirándome angustiado, y yo seguí mirándole con cara de mala leche. — ¡Deja de mirarme así, Rayssa! Es imposible que me mires el culo. Pide otra cosa que no implique un culo. Por favor, amor... — Juntó las manos en señal de súplica, y estuve a punto de reírme, pero fui fuerte y aguanté.

Paulo André seguía mirándome como un pobre hombre, apoyado contra la pared, así que decidí poner fin a su desesperación.

— Voy a hacer otra petición. Pero también tiene que ver con el culo. — Acorté la distancia que quedaba entre nosotros y susurré sin pudor. — Dejaré en paz tu culo si me comes el mío.

Inmediatamente, los ojos de P.A. se iluminaron. Estaba claro lo mucho que le habían excitado mis palabras. Ya habíamos hablado de sexo anal y estaba claro que los dos lo deseábamos, pero siempre que hacíamos el amor era tan delicioso que acabábamos posponiéndolo.

Tenía muchas ganas de experimentar ese tipo de placer. Sabía que dolería, pero en realidad me gustaba sentir un poco de dolor durante el sexo.

— Primero tengo que ducharme — dijo sin aliento.

— Hagámoslo juntos.

Lo cogí de la corbata y lo besé eufóricamente, antes de quitársela por la cabeza. Luego le

quité el traje y le desabroché la camisa blanca. P.A. se quitó los zapatos y casi se cae al quitarse los calcetines, lo que nos hizo reír. Se bajó la cremallera de los pantalones y le ayudé a quitárselos.

— ¡Qué rico! — declaré, mientras yo también me quitaba la ropa.

Descubrí que Paulo André era más salvaje cuando estaba borracho, y me encantó saberlo. Me excitaba aún más.

Dejé las bragas a un lado, él se puso los calzoncillos y fuimos juntos al baño. Se lavó rápidamente, luego se agachó, me abrió las piernas y me la chupó desesperadamente. Me corrí a los pocos minutos, prometiéndome a mí misma que lo emborracharía una y otra vez.

Pensé en agacharme para chupársela, devolviéndole el favor, pero no sería buena idea, dada mi enorme barriga. Sin embargo, antes de que pudiera intentarlo, me sacó de la ducha y me puso de espaldas a él, agarrándome al lavabo.

— ¿Quieres darme ese culo hoy, perra? — me susurró al oído. Casi me corro de nuevo al oír sus vulgares palabras.

— ¡Tengo muchas ganas de sentir tu polla en mi culo! — respondí muy traviesa, y P.A. gimió en mi oído.

— Vamos a la cama. Será más cómodo para ti. La primera vez es más dura.

Paulo André me llevó al dormitorio, rodeándome por detrás y besándome el cuello. Cuando llegamos a la cama, me tumbó con cuidado boca arriba, me abrió las piernas y me penetró la vagina.

— Primero voy a comerte tu delicioso coño y hacer que te corras. Luego, voy a follarte el culo y a hacer que te corras.

Todo mi cuerpo se estremeció y abrí más las piernas para él. Al principio, P.A. no empujó despacio, como solía hacer. En lugar de eso, penetró rápido y con fuerza, sacando y metiendo hasta el fondo. Grité, gemí y me retorcí mientras él me miraba. Paulo André no podía besarme más durante las embestidas, debido a mi barriga, así que siguió mirándome a los ojos todo el tiempo, porque sabía que eso me excitaría aún más.

Sin dejar de mirarme, acercó su pulgar a mi clítoris y lo masajeó, volviéndome loca y haciéndome estallar rápidamente en otro fuerte orgasmo.

Todavía jadeaba y mi cuerpo sufría los últimos espasmos cuando Paulo André me puso de lado y se tumbó detrás de mí. Mi mente estaba un poco en blanco después del orgasmo, pero sentí cómo frotaba su polla contra mi abertura, untándola con mis fluidos. P.A. colocó su polla en mi entrada y empujó un poco, pero la impresión era que no cabía.

Ya te he dicho que si Dios lo hizo es porque cabe, Rayssa. Pero Dios no hizo el sexo anal. Lo creamos los pervertidos. ¡Oh, mierda! Me va a romper el culo. Mi mente era un revoltijo de ideas.

— Relájate, Rayssa, o te dolerá más — susurró, y pude notar por el tono de su voz lo excitado que estaba.

Soy brasileña y nunca me rindo. Me relajé, aunque temía perder mis pliegues, y Paulo André entró muy despacio, centímetro a centímetro. Me invadió y me ensanchó, matándome de dolor. *No lo negaré.*

Empecé a sudar y casi me arrepentí de mi petición. *Yo y mi puta bocaza.* De repente, P.A. besó mi cuello y estimuló mi clítoris con su dedo, haciéndome sentir un poco de placer. Me resultó más fácil relajarme. Se movió despacio y volvió a dolerme muchísimo, así que involuntariamente me detuve.

— Relájate, amor. Relaja tu culito caliente para tu hombre — susurró, intensificando los movimientos con su dedo en mi vagina.

¡Joder! Aquellas palabras eran como un potente afrodisíaco. Sentí que mis músculos se relajaban e inmediatamente me desconecté un poco del dolor. Estoy segura de que Paulo André se dio cuenta del impacto de sus palabras, porque siguió hablándome al oído, relajándome cada vez más.

— Eso es, amor. Relájate. ¿No querías que te comiera el culo? Pues tómame la polla, traviesa. Trágate toda la polla de tu hombre.

— ¡Oh! Se está poniendo bueno. ¡No pares! — Gemí con dificultad, y Paulo aumentó un poco el ritmo de sus embestidas, así como los movimientos de su dedo sobre mi clítoris.

— Sólo voy a parar cuando te haya llenado el culo con mi semen, nena. — *¡Mierda, esto es tan bueno!*

— Voy... voy a... Oh, voy a correrme. — Mi voz salió débil.

— Ven, preciosa. Córrete con tu hombre comiéndote el culo.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Mierda! — Esas palabras fueron mi fin.

Me corrí como una loca, y Paulo André rugió y se corrió justo después de mí. Fue uno de los orgasmos más completos y potentes que he tenido nunca.



Al día siguiente, me estaba duchando para ir a la universidad cuando P.A. entró en el baño, más dormido que despierto. Levantó la tapa del váter y, sin ninguna ceremonia, orinó delante de mí. *¡Dios, qué asco de intimidad!*

— Ay, joder, se me ha despellejado la polla — se quejó con voz ronca por el sueño, sin mirarme.

— ¿De qué te quejas? Mi situación es mucho peor. Estoy muerto de miedo porque creo que me voy a cagar si me tiro un pedo. Y lo más cruel es que descubrí que las embarazadas se tiran pedos de sopetón, sin sentirlos — bromeé, y Paulo André se echó a reír.

— No me hagas reír. Me estalla la cabeza. — Entró en la ducha conmigo y se metió bajo la ducha.

— Sólo quería consolarte. Siempre hay alguien que está peor que nosotros. — Volvió a reírse y me dio un beso.

— Buenos días, amor. De hecho, una mañana estupenda, a pesar del dolor de cabeza.

— Tómate un calmante y se te pasará. Pero, ¿y mi culo? Estará en mantenimiento durante un tiempo. — Nos reímos.



Cuando bajamos, Melinda estaba en la cocina, preparando el desayuno; João Miguel caminaba por todas partes detrás de ella, y Gui estaba sentado en uno de los taburetes altos de la cocina, con la cabeza apoyada en la encimera.

— Buenos días — les saludé, yendo a recoger a Miguelito y P.A. vino detrás de mí.

— Es demasiado pesado para ti, Rayssa. — P.A. se me adelantó, recogiendo a su ahijado antes que yo y sentándose junto a mi hermano.

Al ver sus caras de resaca, me acerqué a los armarios y cogí medicinas y agua, entregándoselas a ambos.

— ¿Vas a trabajar hoy? — le pregunté a mi hermano mientras comíamos.

A mi lado, P.A. tenía la cara desencajada, pero delante de mí, João Guilherme tenía mucho peor aspecto, probablemente había bebido más.

— Claro que voy. Como nuestro padre no va mucho a la oficina, yo trabajo el doble — respondió mi hermano, suspirando.

En cuanto terminamos de desayunar, Melinda y Gui se fueron a casa, pues él tenía que prepararse para ir a trabajar. Mi cuñada no tenía tanta prisa, porque ese día su clase sería online. Paulo André y yo salimos poco después de ellos, con mi guardia de seguridad siguiéndonos. Yo dejaba a mi prometido en el trabajo y me dirigía a la universidad.

Unos minutos más tarde, cuando llegué a la universidad, me di cuenta de que Roberta no estaba allí. Había faltado a todas sus clases esa semana, y eso me preocupó. *Algo había pasado. Tenía que averiguarlo para intentar ayudarla.* Decidí no quedarme en clase aquel día, pero primero comprobé si Luiz Felipe estaba en la facultad.

Pasé por delante de la puerta del aula donde Henrique impartiría su clase y esperé unos minutos a que llegara alguien. Cuando uno de los chicos entró en la sala, aproveché que la puerta estaba abierta y miré dentro. El cabrón del marido de Roberta estaba allí, así que fui tras mi amigo.



Rayssa

Sabía dónde vivía Roberta, porque el día que caí enfermo, Paulo André y yo la llevamos a casa. No estaba lejos. Vivía en Jacarepaguá, cerca del Retiro dos Artistas.

Aparqué delante de su casa y mi guarda de seguridad paró el coche justo detrás.

— Espérame aquí. Enseguida vuelvo — le dije, y luego llamé al timbre.

La casa de Roberta estaba completamente cerrada por delante, con una verja y altos muros, así que no pude ver si había alguien en casa. Llamé al timbre tres veces más y, cuando estaba a punto de rendirme, apareció en pijama y con un aspecto horrible. Tenía unas ojeras enormes y el pelo recogido en un moño incómodo.

— ¿Qué haces aquí, Rayssa?

Su voz sonaba tan débil y triste que inmediatamente sentí un apretón en el corazón y una mala intuición.

— Estaba preocupada porque no has aparecido por la facultad en toda la semana y nunca

habías faltado a tantas clases, así que he venido a buscarte. ¿Puedo pasar?

Mi amiga parecía estar no sólo triste, sino también un poco ida. Noté, por una fracción de segundo, que no estaba segura de dejarme entrar.

— Por favor. Necesito hacer pis. — No era mentira. Ravi ejercía cada vez más presión sobre mi vejiga y tenía ganas de ir al baño cada diez minutos. Simplemente combiné lo útil con lo agradable.

— No pasa nada. Pasa. — Abrió más la puerta y se colocó un poco más a un lado, dejándome paso. — ¿Siempre eres así?

Acababa de volver del baño y no entendía lo que quería decir. Pensé que lo entendería mejor, pero primero necesitaba descansar las piernas, así que me senté a su lado en el sofá.

— ¿De qué tipo?

— De esas que se preocupan tanto, incluso por alguien que no es tu amiga y que nunca ha valorado ese cariño. ¡No merezco tu tiempo, Rayssa!

— No hables así, Roberta. Si estoy aquí es porque creo que te lo mereces. Ni siquiera sé si hago bien en entrometerme así en tu vida, pero así soy yo. No puedo darle la espalda a alguien que necesita ayuda.

— ¡Soy un fracaso! Como persona, como mujer... soy débil y lamentable, y por eso me faltan al respeto. — Empezó a llorar, copiosamente, y yo la cogí de la mano, animándola a desahogarse. — Tenías razón, Luiz Felipe no es bueno, es un cobarde. Es que... ni siquiera sé por dónde empezar mi vida de nuevo. No sé cómo seguir sin él.

Su llanto aumentó y la abracé. La dejé llorar todo lo que quiso y, cuando noté que se había calmado un poco, aflojé el abrazo. Ella se zafó de mis brazos y enderezó su postura en el sofá.

— Perdona. Te he mojado la blusa. — Ella moqueó y se limpió la nariz.

— Y yo también me he hecho un lío. Pero no pasa nada, no ha sido nada. No soy fresca. — Utilicé mi táctica infalible de decir tonterías en momentos delicados. Funcionó, porque se rió. — ¿Quieres contarme qué ha pasado? — pregunté, poniéndome serio de nuevo.

— Luiz Felipe es un animal. Esta vez, como ya me había advertido, no fueron sólo empujones y golpes. Fue... mucho peor. — Guardó silencio durante un minuto y luego se abrió los botones de la blusa del pijama.

Tenía manchas moradas en los hombros, el vientre y las costillas. La visión hizo que se me revolviera el estómago y que Ravi se removiera dentro de mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no las dejé caer. Tenía que ser fuerte por ella, así que me tragué la bilis que me llegaba a la garganta y respiré hondo en un intento de recomponerme.

— Yo... lo siento mucho. Sabes que no tienes la culpa de nada de esto, ¿verdad? — En lugar de responderme, mi amiga bajó la cabeza avergonzada. — Tú sólo eres la víctima, Roberta.

Estoy aquí para ayudarte, pero tienes que querer mi ayuda. Esto no parará hasta que tomes medidas, amiga mía. Si aceptas la agresión, sólo empeorará.

— Estoy devastada, tan herida. No es sólo mi cuerpo el que está herido, mi alma está completamente herida también. Nunca imaginé que pudiera llegar tan lejos, y mi decepción es tan grande que ni siquiera tengo energía para actuar. Me ha quitado las ganas de vivir. No sé cómo salir de esto.

— Siento lo que estás pasando y que ese asqueroso te haga sentir así. Busquemos una solución, ¿vale? — No pude contener más las lágrimas y lloramos juntos. — Estás en medio de un huracán, por eso te sientes tan perdida, pero yo estoy aquí para ayudarte.

— Yo... — se lamentó. — Aceptaré tu ayuda.

— ¿Puedes volver con tu madre?

— Mi madre no sabe nada, no tiene ni idea de lo que pasa en mi casa. Si lo supiera, odiaría a Luiz Felipe, y yo nunca quise eso. Mis padres son amigos de los suyos desde hace muchos años. Le vieron nacer, igual que mis suegros me conocen a mí desde que nací; son amigos de la familia. Nadie conoce la personalidad negativa de Lipe, y no quería que nadie más que yo sufriera esta decepción.

— Lo entiendo, pero por desgracia no puedes guardarte esta situación para ti por más tiempo. Tus padres merecen saberlo, y necesitarás mucho su apoyo. — Roberta asintió.

— ¿Sabes qué es lo más triste, Rayssa? — Era una pregunta retórica. — Es que a pesar de todo el daño que me ha hecho y me sigue haciendo, le quiero. ¿Cómo puedo seguir amándolo? ¡Me avergüenzo de mí misma!

— No pienses así. Nadie deja de amar de un momento a otro, Roberta. Eres una mujer fuerte y tendrás que serlo aún más, porque aunque hace falta mucho valor para quedarse, hace falta más valor para irse. — Hice una pausa para que asimilara mis palabras. — Es normal que le quieras, al fin y al cabo llevas años en una relación. El gran reto seguirá siendo dejarlo. La cuestión es darse cuenta de que, por mucho que le quieras, no es bueno para ti. ¿Lo entiendes?

— Yo lo entiendo. Aunque tengo el corazón roto, sé que tengo que sacarlo de mi vida.

— El otro día, vi una película llamada One Day. Me gusta tanto esta película que la he visto un millón de veces. Y, para mí, la frase más impactante es cuando la protagonista le dice a su pareja sentimental que le quiere mucho, pero que ya no le gusta. Quizá sea eso lo que sientes.

— Eso es exactamente, Rayssa. — Me abrazó brevemente y luego me miró con admiración. — Gracias por no rendirte conmigo, incluso cuando yo ya me había rendido.

— Cuenta siempre conmigo, Roberta. Ahora, ve a darte una ducha. Recogeremos tus cosas y te llevaré a casa de tu madre. — Ella asintió y se fue en dirección a su habitación.



Al salir de una vista judicial, sentí vibrar mi teléfono móvil en el bolsillo. Me asusté cuando me di cuenta de que era Marcos, el guardia de seguridad de mi prometida.

— ¿Rayssa está bien?

— Está bien, doctor. Pero no está en la universidad. La señora Rayssa apenas ha llegado a la PUC y ya se ha vuelto a ir. Hemos venido a Jacarepaguá, al Retiro dos Artistas. Pensé en avisarte, ya que esto no sucede a menudo. Entró en casa de una chica.

Tenía la idea de que estaba en casa de Roberta, que estaba en esa zona, pero aún no sabía por qué habría dejado la universidad para ir allí. *Joder, ¿en qué anda metida Rayssa?*

— Has hecho bien en decírmelo, Marcos. Voy a llamarla. Gracias, Marcos.

Colgué con Marcos y la llamé enseguida, pero no contestó. Algo me decía que Rayssa se estaba metiendo en problemas.

Volví a llamar al guardia de seguridad.

— Señor.

— No contestó, pero ya he estado allí, en casa de su amiga. Vigila, porque no me fío del marido de esta chica. Envíeme su ubicación exacta. Voy para allá.

— De acuerdo.

Colgué el teléfono y corrí hacia mi coche. Unos minutos después, cuando llegué, vi a Marcos llevando una maleta al coche de Rayssa. Aparqué y me acerqué a ellos.

— ¿Qué pasa, Marcos? — le pregunté al guardia de seguridad.

— Parece que la amiga de la señora Rayssa se va a mudar.

No entendía una mierda. Así que cuando Marcos entró en la casa para coger otra maleta, le seguí.

— ¿Paulo André? ¿Qué haces aquí? — Rayssa se sorprendió al verme. Parecía una niña que, después de hacer arte, se sobresaltara al ver a su padre.

Me acerqué a ella, le di un beso y luego saludé a Roberta. Era imposible no darse cuenta de que la chica estaba abatida y... avergonzada.

— He oído que dejaste la universidad poco después de llegar. Pensé que sería mejor averiguar qué pasaba, ya que llamé y no contestaste. — No pude disimular mi irritación y

descontento.

— Me dejé el móvil en el coche. Sólo vine a ayudar a Roberta, porque se está mudando con su madre. Hablaremos en casa, P.A. — Rayssa también estaba disgustada.

— Está bien, hablaremos más tarde. Pero ya que estoy aquí, voy a ayudar. No me iría sin ella, ni mucho menos.

Llevé algunas maletas con Marcos, porque eran muchas. Las cosas de la chica llenaban el coche de Rayssa y el del guardia de seguridad. Habíamos guardado casi todo el equipaje y estábamos en la puerta, listos para salir, cuando un coche aparcó detrás del mío.

El marido de Roberta salió del coche, aparentemente furioso. Miró directamente a la maleta rosa con ruedas que llevaba en la mano, la única que aún no habíamos guardado. *¡Se va a la mierda!*

— ¿Qué coño está pasando aquí, Roberta? ¿Te has vuelto loca? ¿Dónde crees que vas con esa maleta?

Tiré de Rayssa detrás de mí y mi cuerpo se tensó en señal de advertencia. No me interpondría entre la pareja, siempre y cuando él no la tocara. *Delante de mí, ese hijo de puta no pegaría a una mujer.*

— Me voy a casa de mi madre, Luiz Felipe. Se acabó. Hablaremos en otro momento. — A diferencia del tipo, la voz de la chica era tranquila y firme. Hablaba despacio, como si estuviera cansada.

— ¡Tienes que estar loco! Vete ya a casa. Quiero hablar contigo sin público — dijo con voz gruesa, pero ella no estaba intimidada; eso le ponía nervioso.

— No te metas, porque si este tipo te dice alguna estupidez, le parto la cara — le dije en voz baja a Rayssa, que estaba tensa.

— No voy a entrar, Luiz Felipe. Ya tomé mi decisión y no voy a volver. Se acabó. Déjame en paz, por favor. No te echaré de menos.

— Se acabó, carajo. ¡Vas a entrar ahora!

El cabrón agarró a la mujer por el brazo y la zarandeó. La chica era tan delicada y más pequeña que él, y estaba tan débil que casi se cae al suelo con la sacudida. *Joder, ¿cómo pudo?* Me subió la sangre.

— ¡Suelta a la chica, tío! Hablaremos más tarde. Ella ya ha dicho... — intenté resolver el asunto civilizadamente, pero me interrumpieron.

— ¡No te metas! Seguro que esto es idea suya. — Señaló a Rayssa. — Deberías controlar mejor a la zorra de tu mujer y mantenerte al margen...

Ni siquiera llegó a terminar de hablar, porque mi mano voló hacia su barbilla. El puñetazo fue tan bien asestado que el cobarde cayó al suelo. Esta vez, se levantó rápidamente e intentó devolver el golpe, pero yo lo esquivé y le di un rodillazo en el estómago, tirándolo al

suelo de nuevo.

Miré a Roberta, pensando que iba a interferir como la última vez, pero lo único que hizo fue llorar. Rayssa corrió rápidamente a abrazarla.

— Ya te han demandado por agredir a tu mujer aquel día. Lo mejor que puedes hacer ahora es despejarte y esperar el momento en que *ella* quiera hablar. De hecho, *si ella quiere*. — Le señalé con el dedo a la cara. — Y lo diré por última vez: no vuelvas a acercarte a Rayssa ni te refieras a ella de forma irrespetuosa, porque tiene un hombre de verdad para protegerla. Si te acercas más, te voy a partir la cara de cobarde, hijo de puta.

— Vámonos de aquí. — Puse mi mano en la espalda de ambos y los conduje al coche de mi prometida.

— Roberta, Rayssa viene conmigo. Lo prefiero así. Conduce su coche hasta la casa de tu madre y nosotros te seguiremos. — La chica asintió y Rayssa le dio la llave.

Nos fuimos, dejando atrás al gilipollas, que seguía levantándose del suelo.



Paulo André estaba muy enfadado, pero no sabía si conmigo o con Luiz Felipe. Tal vez era con los dos.

Si fuera por él, yo no conduciría más, ni siquiera para ir a la universidad. Mi barriga era muy grande y él temía que me hiciera daño, pero aún me sentía en condiciones de conducir, así que no cedí a sus deseos. *Quizá dentro de un mes.*

— ¿Estás enfadado conmigo? — le pregunté por el camino.

— Sí, lo estoy. Hablaremos en casa.

— Sabía que algo le pasaba a Roberta y no pude evitar ayudarla, Paulo André. La chica está llena de moretones, ¿sabes?

— ¿Por qué no me llamaste para que te acompañara en vez de intentar arreglar las cosas tú solo?

— ¡Era una emergencia, Paulo André!

— ¡Estás jodidamente embarazada! — Mi prometido estalló, y yo me sobresalté, ya que

no solía ponerse tan nervioso.

No me gustó cómo lo dijo, pero era mejor para los dos aclarar las ideas antes de hablar. Nuestros ánimos estaban caldeados en ese momento.

— Hablaremos en casa, Rayssa. No quiero ser grosera contigo; ahora mismo estoy muy nerviosa. — Asentí y guardamos silencio durante el resto del camino.

Cuando llegamos al destino de Roberta, fue recibida por su madre. Estaba sorprendida de que su hija hubiera llegado con todas las maletas, pero mi amiga le dijo que se lo explicaría todo más tarde. Paulo André y Marcos ayudaron a sacar el equipaje de los coches y Roberta nos acompañó hasta la puerta para despedirse.

— Puedes llamarme cuando quieras — le dije.

— Te va a doler mucho, pero se te pasará. — Tenía la voz llorosa, así que acorté la despedida. Sabía que no querría llorar delante de la megafonía.

— Este tipo te lo hará pasar mal. No aceptará el fin de la relación fácilmente. Necesitarás un abogado — dijo el P.A.. — Te proporcionaré uno de mi despacho, no te preocupes.

Mi prometido era el mejor, pero no se lo diría tan pronto.

— Gracias, Paulo André. Sois dos ángeles en mi vida. — Sonrió débilmente y me miró. — Rayssa, no sé cómo agradecértelo. Perdóname por haber sido tan grosera con Luiz Felipe. — Me abrazó.

— No tengo nada que perdonarle. Además, mi prometido defendió mi honor dándole un puñetazo en la cara a ese imbécil — bromeé, y ella sonrió abatida.



Creía que Paulo André iba a volver al trabajo, pero se quedó en casa. Nada más llegar, me fui directamente a la ducha y él se fue a su despacho. Unos minutos después, cuando salí del baño, seguía encerrado allí, probablemente trabajando.

Mi estómago rugía de hambre, así que fui a la cocina a calentar la cena de la noche anterior. Mi prometido y yo estábamos aprendiendo a cocinar juntos, así que siempre hacíamos suficiente cena para que me sirviera de almuerzo al día siguiente cuando llegaba a casa de la universidad. Como P.A. siempre almorzaba en la oficina, no había problema. Pero ese día, la comida que tenía no servía.

— Voy a pedir a domicilio, porque no hay comida para los dos — dije entrando en la oficina.

— No tengo hambre. Puedes comer lo que tengas, luego comeré algo. — Paulo André

estaba tan concentrado en su ordenador que ni siquiera me miró.

— ¿Vas a coger una rabieta y no me vas a hablar?

— Estoy trabajando, tengo mucho que hacer, Rayssa.

— Entonces, ¿por qué estás en casa y no en la oficina? — Ese hielo que me estaba dando me molestó.

— Porque temo que ese gilipollas vaya a por ti, o peor, que tú vayas a por él. Pensé que sería mejor quedarme en casa, ya que no pareces tener suficiente sentido común para cuidarte solo. — La ironía de sus palabras me alteró aún más.

— ¿Te has vuelto loca? Quiero alejarme de Luiz Felipe. Además, no soy una niña que necesita que me cuides. Marcos es suficiente.

— ¡Si no eres una niña, no actúes como tal! ¿Te das cuenta del peligro que corres hoy? ¡Es más, tienes que pensar en Ravi también! Mientras esté ahí dentro — P.A. apuntó a mi vientre — haré todo lo que pueda para protegerte. Pero tú eres el máximo responsable de su seguridad y has puesto en peligro la vida de los dos.

Paulo André estaba tan nervioso que decidí callarme. Nada bueno saldría de una discusión en la que ambos estábamos acalorados. Aun así, siguió hablando

— ¡Ese tipo está desequilibrado! Podría hacerte daño y entonces, Rayssa, no vería nacer a mi hijo, porque si te pusiera un dedo encima, lo mataría y sin duda iría a la cárcel.

No podía decir que mi prometido estuviera equivocado, pero me dolía la forma en que me hablaba. Para evitar que el problema fuera aún mayor, guardé silencio hasta estar segura de que no tenía nada más que decir y salí del despacho dando un portazo.

Paulo André pasó el resto de la tarde en la oficina y no volví a buscarlo. A primera hora de la noche, me dispuse a preparar la cena y él apareció para ayudarme, como de costumbre.

— ¿Qué estamos cocinando? — me preguntó, entrando en la cocina en calzoncillos y descalzo. Su tono de voz ya no era de enfado.

— Dorinha me dio la receta del risotto de gambas y voy a probarlo.

— ¡Qué bueno! Me encantan las gambas.

— Ya lo sé.

— Voy a buscar los ingredientes. — Cogió mi móvil de la encimera, leyó la receta en voz alta y fue a buscar cosas en los armarios y la nevera.

Cuando todos los ingredientes estuvieron sobre la encimera, ya no le quedaba nada para ayudar, pues las gambas ya estaban limpias y se trataba de un plato único.

— Hoy no necesitaré ayuda. Puedes irte — le despedí.

— ¿No necesitas ayuda o no quieres estar cerca de mí ahora?

— Ambas cosas. — Mostró su descontento, pero mi respuesta fue sincera.

Era un día atípico, ya que ambos estábamos entrando en estado de shock. Así que se

limitó a asentir y salió de la cocina. Unos minutos después, cuando la cena olía bien y estaba casi lista, volvió.

— ¿Puedo poner la mesa? Tengo hambre.

— Sí, adelante.

Cenamos en silencio, sólo interrumpidos por el roce de los cubiertos contra nuestros platos. Después, subí a darme una ducha y P.A. entró en el baño detrás de mí.

— Siento la forma en que te hablé, sigo pensando que actuaste de forma irresponsable, pero podría haber sido más delicado al hablar. Por eso, te pido disculpas. — Fue humilde y reconoció su error.

— Le pido disculpas — yo también cedí. — Actué sin pensar en las consecuencias y no me di cuenta de que había pasado el tiempo. Ojalá hubiera salido de allí con ella antes de que llegara ese desgraciado.

— No intentes resolver todos los problemas del mundo tú sola, y menos de improviso, Rayssa. — Se acercó y me abrazó. — Es demasiado peligroso para ti y para el bebé.

— Te lo prometo. — Le devolví el abrazo.

— Entonces dame el número de móvil de Roberta. Le pediré a uno de nuestros abogados que se ponga en contacto con ella y le indique cómo proceder a partir de ahora.

— Muy bien. Gracias. Muchas gracias. — Recuesto mi cabeza sobre su pecho con los ojos cerrados.

— Ahora, vamos a ducharnos y a dormir. Es tarde. Menos mal que mañana es sábado, porque esta semana se ha alargado demasiado.



Un mes después

Llegaron las vacaciones, muy bien recibidas.

Ya no podía conducir por el tamaño de mi barriga, tampoco encontraba una postura para dormir; las piernas hinchadas me dolían a todas horas y la espalda me mataba. Ravi pesaba tanto dentro de mí que era casi imposible estar de pie mucho tiempo. La recta final del embarazo fue más difícil de lo que había imaginado.

Incluso empezamos a tener relaciones sexuales con menos frecuencia, en lugar de todos los días, como cuando nos fuimos a vivir juntos por primera vez. Aunque seguía teniendo muchas ganas, el cansancio acabó venciéndome.

Lo maravilloso fue que Paulo André siguió siendo el príncipe que siempre supe que sería. Me daba masajes en la espalda para aliviar el dolor, y también en los pies para reducir la

hinchazón. A veces, cuando no podía dormir por falta de una posición cómoda e incluso por falta de aire, se sentaba en la cama, despierto, a hablar conmigo.

La doctora Milene dijo en la última cita que todo esto era normal; mi madre y Melinda lo confirmaron. *Si todos los embarazos son así, ¿por qué la gente tiene segundos hijos?* Ravi probablemente sería hijo único. *¡Dios me libre de tener que volver a pasar por todo esto!*

El día anterior, Paulo André y yo organizamos una comida en nuestra casa. En realidad, nuestras madres, la tía Verinha, Dorinha y Melinda se encargaron de todo, porque yo sólo tenía energía para sentarme a que me mimaran por todas partes. También estaban invitados nuestros amigos más íntimos. Me alegré por todos, al fin y al cabo, parecía que las cosas se estaban asentando en la vida de todos.

Celina y Clara decidieron irse a vivir juntas y, para mi sorpresa, con la bendición de tía Carla. Cuando mi amiga me dio la noticia, lloré tanto que temió que me pusiera enferma. Esa era mi realidad durante el embarazo: una mujer con sensibilidad en la piel. Además de alegrarme por mi mejor amiga, era imposible no emocionarse al ver que Henrique y Dudu se llevaban tan bien con Andressa; o que Roberta aceptaba mi invitación de estar con nosotros, sin esa escoria a su lado.

Aquella era la época más feliz de mi vida, y vivía cada minuto como si fuera el único. Sin embargo, mi felicidad nunca sería completa si las personas que amaba no fuesen felices también.

Andressa y Henrique estaban cada vez más unidos. La ex puta loca de mi prometido era una chica de oro que le venía muy bien a mi amigo y a su hijo. El adorable chiquillo ya había aceptado completamente a la novia de su padre; y estaba claro que ella también le quería. A Henrique le brillaban los ojos al verlos interactuar.

Roberta me llenó de orgullo, demostrando la fuerza y el coraje que sabía que tenía. Luiz Felipe no le hizo la vida más fácil a mi amiga, ya que no aceptaba la ruptura. Decía que la quería y prometía que cambiaría si volvía con él, pero ella ya no le creía. Lo sorprendí llorando en la universidad varias veces, pidiéndole que se casaran de nuevo, y temí que ella cediera, pero Roberta fue tajante al decir que no tenía ningún interés.

Me parecía increíble cómo los hombres no entendían que las mujeres aguantamos mucho, a veces incluso más de lo que deberíamos; pero cuando lo dábamos por terminado, significaba que se había acabado para siempre. Normalmente luchábamos por quedarnos, pero no nos echábamos atrás cuando decidíamos irnos.

Luiz Felipe perdió a una mujer maravillosa y tendría que asumir las consecuencias de sus errores. Su valentía desapareció cuando empezó a humillarse, pero Roberta ya no lo quería. Sólo con mirar a mi amiga, se podía ver el bien que le había hecho la ruptura.

El gran problema de algunas relaciones es que te acostumbras a lo malo. Roberta, por ejemplo, se había acostumbrado a que la maltrataran. Sin embargo, en cuanto se liberó, empezó a

sonreír, a cuidar más su belleza, a arreglarse... El amor propio promueve una alegría que viene de dentro.

Su situación me recordó una frase que leí una vez en una novela. En ella, la protagonista, Lili, salía con un mafioso llamado Enzo. Era un galán que no quería comprometerse, el famoso *chico malo* buenorro al que a veces odiábamos, pero que siempre llevaba un paño rosa con purpurina. Lili estaba enamorada, pero como no tenían las mismas expectativas de una relación, puso fin a su romance y dijo que: *"a veces tiene que doler mucho, para que nunca vuelva a doler"*. Nunca he olvidado esa frase. ¡Es la verdad más pura! El otro día se lo dije a Roberta, y me dio la razón.



Me levanté al mismo tiempo que Paulo André y nos duchamos juntos. Tenía una cita para ese día, y Melinda se ofreció a acompañarme, ya que P.A. tenía una vista judicial exactamente a la misma hora y mi madre se había resfriado, así que preferimos pasar desapercibidos debido al embarazo.

Me puse un vestido y me senté en la cama, esperando a que Paulo André saliera del baño para ayudarme. Cuando salió con un traje precioso y fresco, quise tirarle de la corbata y llevármelo a la cama, pero no pudimos porque era demasiado tarde.

Ni siquiera tuve que decir para qué necesitaba ayuda, porque P.A. vio mis sandalias en el suelo junto a la cama y se agachó rápidamente para ponérmelas en los pies.

— Melinda está hoy sin su guardia de seguridad, así que sólo Marcos te acompañará. Ven directamente a casa después de tu cita, Rayssa — me dijo abrochándome la sandalia.

— No sé adónde iría así, caminando como un pato melancólico. — Resoplé.

— Un ánade real muy hermoso. — Me besó el muslo y se levantó.

— ¿Por qué está Melinda sin Adriano?

— Su hija está en el hospital con neumonía. No tiene mamá, y la abuela que ayuda a criarla no pudo permitirse quedarse en el hospital con ella.

— Pobrecita.

Después del embarazo, ése era uno de mis mayores temores: dejar a Ravi en el mundo sin mí.



Salí de la consulta eufórica y aterrorizada. Mi obstetra programó el parto para el 27 de julio, a menos de un mes vista. El 10 de ese mes, Miguelito cumpliría dos años. Mi hermano y Melinda pensaron en viajar en vez de hacer una fiesta, pero como se acercaba mi parto, optaron por quedarse y hacer una celebración sólo para la familia, en el salón de fiestas de su condominio.

— ¿Qué tal, Ray? ¿Listo para conocer a este niño? — Mel me acarició la barriga antes de arrancar el coche en el aparcamiento.

— Estaba ansiosa por ver la cara de mi bebé, pero un poco asustada.

— ¿De qué?

— No lo sabía. Miedo de no poder levantarlo, de que se me cayera al suelo, de ahogarlo en la bañera. ¡Dios mío! Soy tan torpe, Melinda. — Estaba aterrorizada, pero mi cuñada seguía riéndose.

— Realmente tenemos todos estos miedos. Es normal. Tu hermano hasta soñó que lastimaba a João Miguel, pero nunca lo lastimamos, gracias a Dios.

— No sólo eso... Ahora es más fácil proteger a Ravi, porque está aquí, dentro de mí. — Me acaricié el vientre. — Pero, ¿y cuando esté fuera? Especialmente con la historia no resuelta de Giovana...

— Lo entiendo, porque yo también vivo con ese miedo. Apenas he salido de casa para nada más que lo necesario desde que empezó esto. Pero lo superaremos. — Melinda suspiró y dio la vuelta al coche.



Íbamos de camino a mi casa, por una carretera algo desierta, cuando de repente oímos un ruido muy fuerte. Asustada, miré hacia atrás y mi pavor aumentó al ver que el coche de Marcos se desviaba hacia la calzada y chocaba contra el muro.

— ¡Dios mío! Melinda, para el coche. Marcos ha tenido un accidente, tenemos que llamar a una ambulancia — grité.

Melinda redujo la velocidad para encontrar una entrada donde aparcar con seguridad, pero antes de que lo hiciera, otro vehículo, que ni siquiera vi de dónde venía, se estrelló contra

nuestra parte trasera. Mi cuñada y yo gritamos. Unos metros más adelante, volví a mirar hacia atrás, justo a tiempo para ver cómo el coche volvía a chocar contra nosotros. No fue un accidente. Fue deliberado.

— ¡Aguanta, Rayssa! — gritó Melinda, ya acelerando.

El coche de detrás también aceleró y chocó contra nosotros por segunda vez. En ese momento, entré en pánico. *Vamos a morir. Mi hijo está en peligro*. Nerviosa, empecé a llorar desesperadamente, mientras mis manos temblorosas luchaban por abrir mi bolso en busca de mi teléfono móvil.

— Cálmate, Rayssa. El coche está blindado — intentó calmarme Melinda, mientras trataba de controlar el volante. — Coge mi móvil, que es más fácil, y llama a la policía.

El teléfono de Melinda estaba en un compartimento bajo el panel multimedia del coche, así que me estiré un poco para cogerlo. Como mi barriga me lo ponía difícil, cogí el aparato con la punta de los dedos, pero se cayó al suelo después de que nuestro coche tuviera otra colisión.

— Déjalo en el suelo. Ni se te ocurra quitarte el cinturón de seguridad — gritó inmediatamente Melinda. — Respira, cálmate y coge el tuyo de la bolsa.

Estaba segura de que mi cuñada también estaba nerviosa, pero yo lo estaba mucho más, porque tenía una preocupación mayor: mi hijo.

Cuando por fin conseguí abrir el bolso, sentí que mi móvil vibraba. Lo saqué y contesté, llorando al ver el nombre de Paulo André en la pantalla.

— Nos están siguiendo y han chocado contra nuestro coche. Marcos ha tenido un accidente. Por el amor de Dios, P.A.

— Cálmate, enano. Quédate en la línea conmigo. Marcos está bien, ya llamó a la policía, después me lo dijo a mí, y yo se lo dije a Guilherme. La policía está en camino, rastreando el coche de Melinda. No apagues el móvil. Yo también voy para allá.

— Viene la policía, están rastreando tu coche — le dije a Melinda, sin poder dejar de llorar.

— Mantén la calma, amor. Todo saldrá bien. — P.A. captó mi atención en la llamada. — ¿Dónde estás?

— Ya ni siquiera lo sé. Yo... creo que...

No terminé de hablar, porque el coche que nos seguía se detuvo a nuestro lado y golpeó mi puerta. Grité con todas mis fuerzas y Paulo André se desesperó al otro lado de la línea. Seguía gritando mi nombre, pero yo no podía responder porque estaba en estado de shock. De repente, como en un lapsus de cordura, reconocí aquel coche.

— Es el coche de Giovana. — Conseguí encontrar mi voz de nuevo.

Al oír ese nombre, Melinda aceleró aún más y el otro coche volvió a quedarse atrás. Eché un vistazo rápido por el retrovisor y confirmé que era lo que había imaginado.

— Rayssa, ¿estás bien? ¿Estás herida, amor?

— Golpeó mi puerta, pero estoy bien. El coche de Mel está blindado.

— ¿Estás segura de que es el coche de Giovana? — Preguntó P.A. nervioso.

— Completamente. — Estaba conmocionada por todo. Parecía que estábamos viviendo una escena de una película de terror. En ese momento, el pavor compartió espacio con la conmoción.

Oí un sollozo y, cuando miré a mi cuñada, vi que lloraba copiosamente. Miré por el retrovisor justo a tiempo para ver que el coche iba a golpearnos de nuevo, así que nos preparamos para otro impacto.

— ¡Aguanta, Mel!

Paulo André decía muchas cosas por teléfono, pero yo no oía nada. El Jeep Renegade de Giovana volvió a chocar contra nosotros, pero esta vez parecía haber perdido el control de la dirección, ya que su coche se salió de la carretera y se detuvo en sentido contrario.

Pensé que maniobraría con el vehículo y volvería a perseguirnos, pero en lugar de eso renunció a atormentarnos y se dirigió en dirección contraria.

— Se marcha — dije en voz alta, para que tanto P.A. como Melinda pudieran oírme.

Temerosa de ser sorprendida, o tal vez escandalizada, mi cuñada siguió conduciendo a gran velocidad. Poco después, gracias a Dios, oímos el sonido de las sirenas.

— Venía la policía. — Esta vez lloré de alivio y de miedo. Con la adrenalina por las nubes, sólo podía pensar en lo mucho que deseaba llegar a casa.

Finalmente, Melinda encendió el intermitente y se detuvo en el arcén. En cuanto el coche se detuvo por completo, se llevó las manos a la cara y lloró desesperadamente. Su cuerpo se estremecía con los sollozos y estaba casi sin aliento por las lágrimas; yo no era diferente.

Concentrada en nuestra desesperación, me sobresalté cuando un policía apareció a mi lado e intentó abrirme la puerta. Suspiré aliviada e intenté abrirla desde dentro, pero estaba atascada; el golpe la había dañado. Pero conseguí abrir el cristal.

— La puerta está atascada — le dije al policía.

Unos instantes después llegó otro policía para abrir la puerta de Melinda. Ella consiguió abrirla desde dentro.

— ¿Os habéis hecho daño? — preguntó el policía, y Melinda me miró con ojos interrogantes. Moví la cabeza negativamente y el policía empezó a ayudar a mi cuñada a salir del coche.

— Tendrá que bajar por aquí — me indicó, señalando el lado del conductor, pero yo no estaba segura de si mis piernas funcionarían y si mi barriga me permitiría hacer esa maniobra.

— No... no sé si podré.

— Entonces espera unos minutos más hasta que llegue la ayuda. La ambulancia ya está

en camino.

— No me deje aquí, por favor. Quiero salir. — El nerviosismo de mi voz inquietó al policía.

— Así que disculpe, voy a quitarle el cinturón. — Me limité a asentir y, con cuidado de no oprimirme el estómago, me desabrochó el cinturón y me indicó cómo colocarme para que pudiera ayudarme a salir, despacio, por la puerta del conductor.

— ¿Has visto el coche que te seguía? — preguntó el otro policía a Mel, mientras yo salía del coche.

— Era el Jeep Renegade de Giovana. La están buscando por haber fingido su propia muerte, después de perseguir a mi hermano hasta el puente del Río Niterói y precipitarse desde allí con el coche y todo. — Me entrometí, contándole todo rápidamente. Estaba muy nerviosa. — No pude verla al volante, porque el cristal es muy oscuro, pero estaba segura de que era su coche. Se marchó en esa dirección. En ese momento, el policía ordenó a gritos que algunos coches la persiguieran.

Se me saltaron las lágrimas cuando vi aparcar el coche de Paulo André, seguido del de mi hermano. Bajaron de los vehículos y corrieron hacia nosotros.

Mi novio llegó primero y me abrazó con fuerza. No podía decir nada, lo único que podía hacer era llorar. Él también tenía los ojos enrojecidos y, cuando me abrazó, me di cuenta de que también lloraba.

— No pasa nada. Se acabó — susurró, frotándome la espalda mientras llorábamos abrazados.

João Guilherme también corrió hacia Melinda para consolarla en sus brazos. Mi cuñada no paraba de llorar. Todos estábamos viviendo una pesadilla.

— ¿Estás herida? ¿Sientes algún dolor? — P.A. palpó algunas partes de mi cuerpo en cuanto nos alejamos, para asegurarse de que todo estaba bien.

— Sólo tengo el corazón acelerado.

— Shorty, ¿estás bien? — Mi hermano se acercó con Melinda. Ambos con los ojos rojos.

— Estoy bien, Gui. Sólo me estoy recuperando del susto.

Uno de los policías se apartó un poco, ahuyentando a algunos curiosos, mientras el otro se acercaba de nuevo para hablar con nosotros. Hizo más preguntas, y Melinda respondió a casi todas, porque yo seguía en el aire.

Unos instantes después, oímos otra sirena, esta vez de la ambulancia. En ese momento, sentí que el agua me corría por las piernas y un dolor agudo me golpeó el vientre. Grité y todos me miraron asustados.

— ¿Qué ha pasado, enano? — Paulo André me miró angustiado.

— Se me ha reventado la bolsa. — Respiré hondo, intentando contener el pánico.

— ¡Dios mío! Pero aún es pronto. — Mi novio estaba claramente asustado, sin saber cómo reaccionar.

— Vamos a la ambulancia — intervino João Guilherme y sólo entonces Paulo André me cogió en brazos, dándose cuenta de lo que había que hacer.

A pocos metros, los paramédicos salieron a nuestro encuentro con una camilla. P.A. me tumbó con cuidado y me besó la frente.

— ¿No vienes conmigo en la ambulancia? — Mi cuerpo temblaba de angustia y miedo, así que no había nada que deseara más que el hombre al que amaba cerca de mí. Y a mi madre también, si podía.

— Claro que voy contigo. — Me apretó la mano con firmeza y dejó paso a los paramédicos para que cargaran la camilla en la ambulancia. Subió por detrás, se sentó en un taburete junto a la camilla y volvió a cogerme la mano.

— Seguiremos a la ambulancia. — Oí la voz angustiada de mi hermano y cerré los ojos, intentando calmarme. *Dios, protege a mi bebé.*

— Coge la llave de mi coche y que alguien te recoja aquí. — P.A le tiró la llave a mi hermano, antes de que cerraran la puerta de la ambulancia. — Cálmate, enano, estoy aquí contigo. Te quiero.

— Todo va a salir bien, ¿verdad?

— Claro que sí. Nuestro hijo nacerá bien y sano — me consoló Paulo André, pero pude ver el pavor en sus ojos.

Era increíble cómo todo había cambiado de una hora a otra y se había convertido en un completo caos.



Intenté por todos los medios transmitir calma a Rayssa, pero era jodidamente difícil. Sentía que iba a derrumbarme en cualquier momento. Había tanto en juego en aquella situación. Mi vida y mi cordura estaban en peligro, porque si algo le ocurría a mi mujer o a mi hijo, moriría.

El rostro demacrado y la mirada asustada de Rayssa me maltrataban. Quería protegerla de todo el dolor del mundo, pero había fracasado estrepitosamente.

Cuando recibí la llamada de Marcos, diciéndome que un coche había provocado su accidente y luego había perseguido a las chicas, sentí que el corazón casi se me paraba. Me dijo que había llamado a la policía, así que sólo me molesté en decírselo a João Guilherme para que rastrease el coche de Melinda.

Mi amigo estaba tan disgustado como yo. No podíamos permitirnos perder a ninguno de los tres. Nuestras vidas dependían de ello, de tener a nuestra familia a nuestro lado.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando sentí que la delicada mano de Rayssa apretaba la mía.

— Todo irá bien. Todo irá bien. — Sonrió débilmente, tratando de tranquilizarme.

Era increíble la fuerza que siempre mostraba mi pequeña, incluso en los momentos en que era yo quien tenía que calmarla.

— Sé que así será. — Cogí su mano y la besé.



La ambulancia llegó rápidamente a Perinatal, la maternidad de Barra da Tijuca. Mientras se llevaban a Rayssa para examinarla, yo seguía rellenando su expediente en recepción.

Después de terminar la parte burocrática, fui en busca de alguna información. Una enfermera me dijo amablemente que mi novia ya estaba siendo examinada y que el equipo se había puesto en contacto con su obstetra. A continuación me pidió que esperara en la sala de espera.

Me senté solo en aquella sala de paredes claras, sosteniendo la bolsa de Rayssa como un salvavidas y con mil pensamientos rondándome por la cabeza. Cada parte de mi cuerpo temblaba de ansiedad.

En un intento de distraerme del torbellino de emociones, llamé a mi padre y le dije que estaba en la maternidad con Rayssa porque se le había reventado la bolsa. No mencioné los demás acontecimientos, sino que le pedí que se lo dijera a mi madre y a mis suegros.

El tiempo parecía correr de forma un poco extraña en aquel ambiente. Sabía que no había pasado mucho tiempo, pero las horas parecían arrastrarse y tenía la impresión de que llevaba muchas horas lejos de mi mujer.

Estaba con la cabeza gacha, respondiendo a un mensaje de João Guilherme, cuando me llamó la enfermera. Salté de la silla, ansioso por tener la oportunidad de ver a Rayssa.

— Acompáñeme, por favor. Necesitarás ponerte la ropa adecuada para ver nacer a tu bebé.

— El mío... ¿Ahora?

— Sí. A su mujer ya la están llevando al quirófano, porque vamos a tener que hacerle una cesárea de urgencia.

El corazón casi se me sale por la boca. Caminé en automático detrás de la enfermera hasta llegar a una especie de habitación. Me entregó algo de ropa y me pidió que me cambiara en el baño; una vez vestida, me condujo a un armario para guardar mis pertenencias y la bolsa de Rayssa, lo cerró con llave y me pidió que la siguiera.

Caminamos deprisa por los pasillos del hospital y, al entrar en el quirófano, fui directa hacia Rayssa. Estaba desesperado por cogerla de la mano. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, los ojos de mi niña se iluminaron.

— Te quiero — dije suavemente, acariciándole el pelo, y luego le besé la frente. Ella asintió y cerró los ojos mientras una lágrima corría por su mejilla.

— Bueno, ya que estamos todos listos, empecemos — anunció la Dra. Milene con entusiasmo, y sentí que me iba a desmayar.



Paulo André

Durante el parto, contuve las lágrimas y no solté la mano de Rayssa ni un minuto. Mi atención se centraba en ella, aunque observaba atentamente lo que ocurría en aquella sala helada.

A diferencia de mí, durante todo el tiempo que el equipo llevó a cabo los procedimientos para el nacimiento de mi hijo, las lágrimas no dejaron de correr por el rostro de Rayssa. Sabía que estaba asustada; yo también lo estaba. Las palabras de la enfermera — *cesárea de urgencia* — pronunciadas minutos antes no dejaban de darme vueltas en la cabeza. Si se trataba de una emergencia, significaba que algo estaba en desorden.

Observé el sudor en la frente de mi prometida, las líneas de expresión que aparecían en su frente de vez en cuando, quizá pensando lo mismo que yo: ¿tardará mucho? ¿Saldrá todo bien? La ansiedad nos consumía.

En ese momento, una película de toda mi vida se reprodujo en mi cabeza. Todo lo bueno y lo malo por lo que había pasado, todas las emociones que había sentido a los veinte años; alegrías, penas... Nada comparado con la sensación que invadió mi pecho en aquel quirófano.

Hubiera dado cualquier cosa por salir de allí con Rayssa y Ravi fuera de peligro.

Aunque no sabía rezar, hablé en silencio con Dios. Sentía la necesidad de apaciguar mi aflicción de alguna manera. *Por favor, Señor, protege a las dos personas que más quiero en esta vida. No podría soportar vivir sin ellas,* supliqué.

La mano de Rayssa sudaba y temblaba mientras sujetaba la mía con fuerza. Estaba distraída, mirando nuestras manos conectadas, hasta que un fuerte grito resonó en el quirófano, ganando toda mi atención. Inmediatamente miré y vi a Milene sosteniendo a mi hijo en su regazo, todo sucio y con cara de llorar.

Ante aquella escena, perdí el aliento y mi cuerpo se sintió ligero, como si flotara. No sé si alguna vez podré expresar ese sentimiento con palabras. Yo no era un hombre religioso, pero algo tenía mucho sentido para mí: después de la tormenta, llega la calma. En mi caso, fue real. Después de la tormenta, nació mi arco iris, mi Ravi.

El llanto retenido hasta entonces salió de mi garganta involuntariamente, fuerte e incapaz de contenerse de nuevo. Mis ojos se empañaron de lágrimas, pero una enorme sonrisa no salía de mi boca.

— Ven a conocer a tu bebé, papá — me llamó Milene.

Caminé en modo automático hacia el médico, sintiendo que me temblaban las piernas. Me quedé mirando a aquel pequeño ser, la criatura más preciosa del mundo, un trocito de mí y de la mujer a la que amaba. Nunca había sentido tanto amor. Todo lo que decían sobre la paternidad, sobre la llegada de un hijo, no se acercaba ni de lejos a la verdadera emoción de vivir aquel momento.

— Corta aquí el cordón umbilical, papá. — La doctora me entregó unas tijeras y me señaló la dirección correcta.

Hice lo que me indicó y pude sostener a Ravi en mis brazos por primera vez. Mirando aquel pequeño muñón, como solía decir Rayssa, me sentí el hombre más invencible del planeta. Era mío. Yo lo había creado. Mi hijo era un milagro.

— Es... ¡perfecto! — balbuceé.

Abracé el pequeño cuerpo, acunándolo contra mi pecho. Su llanto se calmó, mientras el mío no hacía más que aumentar.

— Llévaselo a mamá para que lo conozca. — me animó Milene.

— ¿Está bien? ¿Ha nacido sano? — Se me entrecortaba la voz. Ravi nació prematuro y parecía muy pequeño. Eso me preocupaba.

— Aún vamos a examinarlo más a fondo, pero por lo visto es un niño fuerte. — El médico sonrió, y yo di mentalmente gracias a Dios, antes de llevar a nuestro hijo a Rayssa para que lo conociera.

— Qué bonita rodilla de mamá — bromeó ella, riendo y llorando mientras me acercaba

con Ravi.

Puse al bebé sobre su pecho y los abracé a los dos. Aquel momento fue sin duda el más feliz y perfecto que he vivido nunca.



La enfermera me envió de vuelta a mi habitación para cambiarme y recoger mis cosas, ya que el equipo médico tenía que ultimar los cuidados de Rayssa y del bebé. En unos minutos volveríamos a vernos.

Miré mi reflejo en el espejo del baño después de quitarme la ropa del hospital y vi que tenía los ojos rojos e hinchados. Hacía mucho tiempo que no lloraba tanto.

Cuando salí de la habitación, otra enfermera anunció que nuestra familia estaba en la sala de espera y que les habían informado del nacimiento de Ravi. Fui hacia ellos y, cuando entré en la sala, mi madre fue la primera en verme y corrió hacia mí. Me abrazó llorando y yo la abracé.

— Hijo mío, tienes los ojos muy hinchados. ¿Era por la emoción? — Me cogió la cara con las dos manos y me sonrió, aunque tenía la cara mojada de lágrimas. No quería decir nada todavía sobre el ataque y la angustia que habíamos vivido hasta el momento del parto, así que me limité a asentir.

La segunda persona que me abrazó fue mi padre y luego mi mejor amigo.

— No le conté nada de lo que había pasado. Solo le dije que Rayssa se había puesto de parto cuando volvía de la consulta — Guilherme me habló suavemente al oído y se apartó. — Felicidades, amigo. Me alegro por ti. Que Ravi nos traiga la paz a todos.

Asentí y rápidamente volví a abrazar a mi amigo. Las felicitaciones no cesaron. Me abrazaron Melinda y mis suegros. La tía Helena tenía su rosario en la mano, como siempre, porque era muy devota de la Virgen.

— ¿Cómo está mi hija? ¿Se la llevan a su habitación? — su voz sonaba angustiada. Mientras la mayoría de nosotras sólo pensábamos en el bebé, ella pensaba en su hija.

— Está bien, tía. Pronto podremos verla.

— Gracias a Dios. ¿A quién se parece mi nieto? — Sonrió.

— No lo sé. Estaba muy sucio, así que no pude verlo bien, pero creo que se parece a mí — dije riendo. — Precioso.

A pesar de la preocupación que aún sentía por el atentado, me permití disfrutar de la inmensa felicidad de la llegada de Ravi.



Cuando llegamos a la habitación, una enfermera estaba ayudando a mi prometida a acostarse. Rayssa seguía un poco pálida, pero ya no lloraba como hacía unos minutos y, a pesar de su palidez, parecía menos demacrada.

Antes de que ninguno de nosotros pudiera tomar la iniciativa, la tía Helena corrió hacia su hija y la abrazó cariñosamente.

— ¿Estás bien, hija? ¿Sientes algún dolor?

— Estoy bien, mamá. El procedimiento fue rápido, gracias a Dios. Y Paulo André se quedó conmigo todo el tiempo, tomándome de la mano, así que me sentí más tranquila.

Después de acomodar a Rayssa, la enfermera salió de la habitación. Unos instantes después, entró la obstetra, acompañada por el pediatra que había atendido el parto.

— Buenas tardes. Vaya, qué familia más grande y bonita — nos saludó con un cumplido. — Soy Milene, la obstetra de Rayssa. Y ella es la Dra. Lia, la pediatra que atendió a Ravi por primera vez.

— ¿Cómo está mi hijo, doctora? Estamos preocupados, después de todo, nació prematuro. — No pude contener mi ansiedad.

— Ravi nació demostrando para qué había venido al mundo. Nos preparamos para traerlo al mundo a las 40 semanas, pero él quiso llegar antes, a las 35. — Sonrió. — No es tanto tiempo, así que estate tranquila. Nació con 47,5 cm y 2,7 kg, suficiente para estar sano. De hecho, es un bebé grande. Pasará las primeras 24 horas en observación en la unidad de cuidados intensivos neonatales, por si acaso, y luego otras 48 o 72 horas en el hospital, en su habitación con su mamá.

— Entonces... ¿Mi bebé no necesitará hospitalización? — pregunta Rayssa con la voz entrecortada.

Ese era también mi mayor temor, porque no quería tener que irme a casa con mi prometida y dejar a mi hijo en el hospital.

— Si todo va bien, y así será, le darán el alta contigo.

— Hoy podrás ver al bebé a través de la ventana de la UCI. Dentro de un rato estará listo para presentárselo a la familia — dice el pediatra.

— Ni siquiera tiene ropa aquí, pobrecito. Le he preparado un traje precioso para que lo lleve en este estreno. Iría elegante, pero todo fue inesperado. Su bolso estaba listo, pero no hubo tiempo de recogerlo en casa — se lamentó Rayssa.

— De momento, llevará la ropa del hospital. No te preocupes — la tranquilizó Milene.

— Luego iré a casa a por la bolsa de maternidad, amor. — le ofrecí, y mi prometida asintió y sonrió.

— Si quieres, te acompaño a la UCI neonatal — dijo Milene.

— Sugiero que nos turnemos, para que Rayssa no esté sola — dijo la tía Helena.

— Luego irán los abuelos, luego iremos nosotros — dijo João Guilherme, y nuestros padres estuvieron de acuerdo. Entonces se fueron, acompañados por los médicos.

Cuando la habitación se quedó más vacía, me acerqué a la cama y volví a coger la mano de mi niña.

— ¿Sientes alguna molestia? — pregunté cuando Rayssa se movió en la cama e hizo una mueca.

— Estoy bien, físicamente. No es como si me hubieran hecho un corte en el estómago y me hubieran sacado un bebé. — Nos reímos. Mi prometida tenía el poder de aligerar cualquier estado de ánimo. — En el momento del parto, aunque no sentí ningún dolor, sentí cierta agitación en el vientre. Todavía no siento las piernas, pero Milene dice que es normal. Ahora sólo quiero ver a Ravi y llevármelo a casa lo antes posible.

— Sólo serán dos o tres días más. Me quedaré aquí contigo. — La besé y le acaricié la mejilla.

En aquel momento, Guilherme y Melinda se acercaron y se pusieron a mi lado. Estábamos anestesiados por la alegría del nacimiento de Ravi, pero aún no nos habíamos recuperado del susto que habíamos pasado en las últimas horas, y no íbamos a hacerlo pronto. *No voy a sentar la cabeza hasta que atrapen a la nuera de Giovana.*

— ¿Has ido a la comisaría? — preguntó Rayssa, mirando a su hermano y a su cuñada.

— Todavía no, porque estábamos preocupados por ti. Melinda contestó allí mismo a unas preguntas, y ya están detrás del vehículo. Giovana no podrá escapar esta vez. Antes de venir aquí, uno de los policías ya había informado a la central de la matrícula del coche. Es cuestión de tiempo que la encuentren —respondió Guilherme.

— Casi no me lo creía cuando vi el coche. Estaba en estado de shock. Incluso con las sospechas de que pudiera estar viva, hasta entonces eran solo sospechas — dijo Rayssa, un poco al aire.

— Incluso yo conseguía mantener la cordura, centrándome en que no nos mataríamos en un accidente, pero me desesperé cuando dijiste que era su coche — dijo Melinda.

— No sé tú, pero yo le temo más a la locura de Giovana que a la de nadie — comenté.

— ¿Sabes lo que me extraña? Ni siquiera sabía que el vehículo que cayó por el puente era alquilado. La tía Verinha fue quien nos lo dijo, hace un mes más o menos, y dijo que vendería el coche de Giovaca, que fue encontrado por la policía días después del accidente. Mi madre incluso comentó hace poco que ya había conseguido venderlo. — El semblante de Rayssa era

confuso.

— Había estado pensando en algo, pero creí que sería una locura de mi cabeza. Ahora, al oírte decirlo, creo de verdad que Verinha puede estar encubriendo a su hija. Le dio el coche a Giovana, pero dijo que lo había vendido. — Mi sangre hirvió al pensar que esto podría ser real.

— Ella no haría eso, Paulo André. La tía Verinha es buena y nos quiere. No haría algo así, porque sabe que Giovana es un riesgo para nosotros — la defendió Rayssa.

— Sí, lo haría, Rayssa. Nos quiere, pero quiere más a su hija. Su amor por Giovana también es una enfermedad, así que estoy segura de que lo haría, pero no por despecho. Seguro que la loca le dijo a su madre que quería que el coche desapareciese en el mundo o algo así. Y la tía Verinha, inocente como siempre, la creyó. Giovana siempre manipulaba a su madre y conseguía de ella lo que quería. ¿No crees que ahora, después de pensar que su hija estaba muerta todo este tiempo, daría el mundo para que Giovana se pusiera bien? — João Guilherme dejó la pregunta en el aire, y noté que mi prometida estaba aún más intrigada.

— Bueno, Verinha denunciará este coche a la policía, al fin y al cabo, estaba a su cargo — dije.

— Me voy de aquí directamente a la comisaría con Melinda. Quiero vigilar esto de cerca, a ver si esta vez consiguen ponerle fin. Probablemente llamarán a declarar a la tía Verinha, y quiero tener acceso a todo. No voy a descansar hasta que esta situación se resuelva — dijo Guilherme con decisión.

— ¿Y cómo está Marcos? — preguntó Melinda.

— Se encuentra bien. Se ha hecho un corte en la frente y se ha fracturado la muñeca, pero se recuperará pronto. Recibí un mensaje suyo hace un rato — respondí a Mel.

— Hablando de él, la agencia va a enviar nuevos guardias de seguridad para vosotros dos. Uno estará aquí en el hospital y el otro con Melinda — dijo João Guilherme, y asentimos.

— Cambiando de tema, ¿alguien le ha dicho a Celina que ha nacido su ahijado? — preguntó Ray.

— Yo — respondió Melinda. — Estaba triste por no estar aquí para conocerlo pronto. Pero Clara y ella aún no han vuelto de su viaje.

— Yo también estoy triste porque no estará aquí celebrándolo con nosotros, pero contenta de verla bien y disfrutando de unos merecidos momentos de felicidad con la persona que ama.

De repente, se abre la puerta de la habitación y entran nuestros padres, eufóricos.

— Rayssa, es tan hermoso. Ni siquiera parece prematuro. Es grande, regordete y muy bonito, hija mía — Helena se emocionó al hablar de su nieto.

— Igual que Paulo André cuando nació — dijo mi mamá, y mi papá asintió con la cabeza.

— ¡Ay, Dios mío! Yo también quiero verlo bien. — Rayssa se emocionó mucho más tras estas muestras de admiración.

— Por desgracia, no puedes levantarte, niña. Pero mañana por la mañana, las enfermeras deben llevarte a verlo. Paulo André está autorizado a entrar en la UCI, ya que es el padre; puede hacerte una foto — sugirió mi suegra.

— Mi nieto es muy guapo, hija. Un niño grande. — Mi suegro mostró todo su orgullo.

— Claro que lo es. Ha sido hecho con mucho amor, producido en cinco minutos por papá y en casi nueve meses por mamá — bromeó Rayssa, arrancando las risas de todos nosotros.

— ¿Qué? ¿Cinco minutos? ¿Cinco minutos? ¡Este chico es una máquina! ¡Una leyenda! — bromeó João Guilherme, haciéndonos reír aún más.



El pediatra de la UCI me autorizó a entrar para ver de cerca a Ravi, así que me puse la ropa y los accesorios de protección. Mientras João Guilherme y Melinda miraban a través del cristal, yo pude acercarme a la incubadora. Mi hijo era precioso, perfecto, un milagro de Dios.

Estaba despierto y muy listo, mirando todo lo que le rodeaba. En su bracito había una pulsera azul con el nombre completo de Rayssa y la fecha de aquel día escritos.

— Hola, hijo. Ha llegado papá. — La voz me salió entrecortada. Aquello era un amor gigante y tan delicioso de sentir, de una forma que nunca antes había experimentado.

Aún no podía identificar a quién se parecía, pero sin duda era tan hermoso como su madre. No tenía mi color ni el de Rayssa; de hecho, su piel era muy roja y su pelo negro y muy liso. Me resultaba imposible dejar de mirarle y sonreír. Era surrealista haber creado a este pequeño ser humano.

En ese momento, los ojitos atentos de mi hijo se cruzaron con los míos y mi corazón se desbordó de amor. Supe por esa mirada que mi vida nunca volvería a ser la misma.



Salí del hospital con João Guilherme y Melinda. Necesitaba ir a casa para ducharme y recoger las cosas de Rayssa y del bebé. Acordamos que nuestros padres se quedarían con ella hasta mi regreso.

— Mantenedme informada de todo. Estaré aquí en el hospital hasta que le den el alta a Rayssa, pero necesito estar al día de todo o no tendré paz. Estoy muy preocupado, amigo. — Me despedí de João Guilherme en el aparcamiento.

— Ya lo tienes, hermano.

Melinda había llevado mi coche a la maternidad, ya que el suyo se lo había llevado la grúa, y yo le había cogido la llave a mi amigo unos minutos antes.

Cuando llegué a casa, me sentí angustiado por el silencio. Era extraño no tener a Rayssa allí. Evité pensar demasiado en ello y me apresuré a ducharme y a meter parte de mi ropa en la bolsa que Rayssa había preparado para llevársela al hospital. Luego cogí la bolsa del bebé y salí rápidamente de casa.

De camino al hospital, João Guilherme me llamó para decirme que Verinha sería llamada a declarar al día siguiente. Le agradecí la información y le dije que le pidiera a Melinda que se quedara con Rayssa en el hospital durante el día para poder ir a comisaría con él después de la declaración de su mujer.



Dormí muy mal. El sofá de la habitación del hospital era cómodo, pero la historia con Giovana no dejaba de darme vueltas en la cabeza.

Cuando me levanté, Rayssa seguía dormida. Tranquilamente, fui al baño a hacer mis necesidades matutinas y, en cuanto regresé a la habitación, oí unos suaves golpes en la puerta. Una fracción de segundo después, entró la enfermera, empujando un catre con Ravi. En ese preciso instante, me olvidé por completo del mal sueño nocturno y de cualquier signo de cansancio.

Me acerqué a la cama de mi prometida y le acaricié el pelo. Sabía que no me perdonaría si no la despertaba para que viera a nuestro bebé. Todavía somnolienta, Rayssa me miró y sonrió. Poco después, cuando se dio cuenta de quién estaba al otro lado de la cama, se puso eufórica.

— Buenos días, mamá y papá. He llegado pronto. — La enfermera imitó la voz de un niño, levantó a Ravi de la cuna y se lo entregó a su madre.

Ese momento me enamoró. Mi amor por Rayssa creció hasta niveles estratosféricos, porque me di cuenta de que me había hecho el mayor regalo que una mujer puede hacerle a un hombre: su continuidad, un hijo.



Todavía me dolía un poco el cuerpo, no sólo porque la anestesia había desaparecido, sino también por haber dormido mal. La historia de Giovana, alias mi hermana biológica psicópata y no muerta, no dejaba de darme vueltas en la cabeza. Aun así, nunca había sido tan feliz.

El nacimiento de mi hijo me trajo tanta esperanza y energía. Era inexplicable, como si después de mirar esa carita hermosa, inocente e indefensa, me hubiera vuelto invencible, inquebrantable e inmortal. *Viviré y lucharé incansablemente por mi hijo, por nosotros, por la felicidad de nuestra familia, por un mundo mejor para él.* En ese momento, sentí que nadie podría detenerme.

Ningún intento de describir el amor maternal podría hacer justicia al amor real que sentía por Ravi.

Mirando la escena que tenía delante, me enamoré aún más de mi vida. Ravi acababa de tomar el pecho y estaba en el regazo de su padre. Paulo André lo levantó para ponerlo a eructar, pero incluso después de que nuestro hijo hubiera eructado, no lo puso en la cuna; en lugar de eso, se quedó con el bebé tumbado sobre su pecho, alimentándolo lentamente mientras paseaba por la habitación.

P.A. llevaba unos vaqueros ajustados, de la talla justa, que le daban un trasero que parecía más sexy que el de Carla Pérez[23]; también llevaba deportivas blancas y un polo amarillo chillón. *¡Qué hombre más guapo!* Su belleza era aún más evidente porque llevaba a nuestro bebé en brazos. *¡Irresistible!* En aquel momento, mi útero tenía ganas de tener otro hijo.

Sin embargo, tendría que esperar un poco. Sólo entonces me di cuenta de las recomendaciones del médico. *Dios mío, ¿cómo puedo estar 30 días sin hacer el amor con este hombre?* Incluso podía verme como Bella en la primera parte de la película Amanecer[24], cuando literalmente lloraba de ganas de dárselo a Edward en su luna de miel.



Rayssa

Todavía por la mañana, mi madre llegó al hospital para vernos. Tras la emoción inicial de ver a su nieto de cerca y cogerlo en brazos, lo colocó en su cuna y me dedicó toda su atención.

— Siento mucho que las cosas hayan acabado así, hija. Estoy contenta porque mi nieto nació sano, pero ojalá todo hubiera sucedido en el momento adecuado, como estaba previsto.

La señora Helena estaba de pie junto a mi cama, cogiéndome de la mano. Mientras tanto, Paulo André seguía en el sofá del dormitorio, silencioso y mirando hacia otro lado, con el talón apoyado en la rodilla y los brazos cruzados. La postura seria de mi novio demostraba su preocupación por todo lo que estaba ocurriendo en nuestras vidas.

— Estoy bien, mamá. No tengo miedo de Giovana, porque sé que el mal nunca vencerá al bien. Esta loca no podrá hacernos daño. Y si intenta acercarse a mi hijo, la mataré; le arrancaré los ojos con las uñas y tiraré su cuerpo por el puente Río-Niterói, después de asegurarme de que esta vez está muerta de verdad.

— ¡Jesús, Rayssa! No hables así, niña. No eres una asesina y no tienes mal corazón — me regañó mi madre con los ojos muy abiertos. — Sólo quiero que se aleje de ti...

— ¡Eso es lo que más quiero! Pero esa vaca loca no quiere eso, así que espero que esté preparada para afrontar fuertes consecuencias. Porque tengo la intención de ahorcarla con mis propias manos si aparece delante de mí o incluso si mira en la dirección de mi bebé. ¡Y no es una promesa vacía! El odio que siento por esa psicópata es indescriptible, y ya sabes que las madres hacen cualquier cosa para proteger a sus hijos.

— Lo sé, hija. Pero tengamos fe en que todo se resolverá sin... Bueno, sin que tengas que usar las manos, literalmente — me habló, y luego miró a Paulo André. — Verinha debe estar declarando ahora. Dentro de un rato, João Guilherme os llamará para ir juntos a comisaría y saber cómo van las cosas.

Mi madre ni siquiera disimuló el cambio de tema. Pero yo sabía que era porque no le gustaba que dijera cosas malas. A mí, en cambio, me gustaba imaginarme matando a Giovaca de una vez por todas.

— Lo sé, tía. Me envió un mensaje antes. Gui traerá a Melinda y Miguel para que se queden aquí mientras estamos en la comisaría, después de su declaración.

— No puedo creer que Verinha esté encubriendo a Giovana, aun sabiendo que es un riesgo para ti — dijo mi madre con tristeza, intentando defender a su amiga. — Verinha es una buena persona, no haría eso.

— Estoy de acuerdo en que es una buena persona, tía, pero Verinha también es una madre que quiere a su hija por encima de todo. Giovana lo sabe y seguramente manipularía los sentimientos de su madre para conseguir ayuda.

En aquel momento, como para aligerar el pesado ambiente de la habitación, Ravi se despertó para mamar. Paulo André lo sacó de la cuna y me lo puso en los brazos. Hasta hacía unos meses, mi única experiencia con la lactancia materna había sido con mi prometido, y aprendía rápido cuando se trataba de travesuras. En esta parte divina de la maternidad, me sentía insegura, pero seguía siendo muy natural y tranquilo amamantar a mi hijo. Nuestra conexión era inmediata y cuando él se alimentaba de mí, nos sentíamos más conectados que nunca.

— Qué cosita más blandita es la abuela — bromea mi madre mientras Ravi me chupa el pezón con avidez.

Doña Helena y Paulo André estaban de pie junto a la cama, admirando a mi pequeño hambriento disfrutando de la leche de su madre.

— Es tan glotón como su padre. No puede ver mis pechos y los quiere...

— ¡Rayssa! — me interrumpió mi madre con una reprimenda, pero no pudo contener la risa. P.A. también se rió, sin humor. — Deja de ser desvergonzada.

Tras un suave golpe en la puerta del dormitorio, João Guilherme entró con Miguelito en

el regazo y Melinda detrás de ellos.

— Buenos días a todos — nos saludaron sonrientes mi hermano y mi cuñada, a lo que respondimos al unísono.

— Ah, por fin vamos a ver a Ravizinho de cerca — comentó Melinda emocionada, cogiendo a Miguelito del regazo de su padre y acercándose a la cama. — Mira, hijo, este es tu primo.

— *¿Es un pimo?* — preguntó Miguel, señalando a mi hijo, curioso.

— Sí, hijo. Se llama Ravi — respondió Gui.

— *¿Avi?*

— Sí. Ravi, hijo de la tía Rayssa y del tío Paulo André — explicó mi hermano.

— ¿Tía *Ayssa* y *tío Dedé?*

— ¡Así es! ¿No es precioso, mi amor? — preguntó Melinda, acercándose un poco más con Miguelito en brazos.

— *Munito, mamá. Neném munito* — respondió mi ahijado, inflando el fofurometro, y nos reímos.



João Guilherme y Paulo André no tardaron en despedirse de nosotros para ir a la comisaría. Unos minutos después de que se fueran, llegó mi suegra.

— ¡Dios mío! ¡Es tan perfecto! — Estaba encantada de tener a su nieto en brazos por primera vez. — Hacía tanto tiempo que no tenía un bebé en brazos.

— Me dan ganas de tener otro — comentó Melinda mirando la escena.

— ¡Lo apoyo! Cuantos más nietos, mejor — dijo mi madre emocionada.

— Ahora no, suegra. Necesito terminar la universidad antes de poder darle un hermano a João Miguel. Además, con todos estos acontecimientos, tu hijo se asustaría si apareciera embarazada.

— Sí, es verdad. Pero no tardes mucho, por favor. Eso te incluye a ti, Rayssa. Quiero mi casa llena de nietos.

— ¡Estoy totalmente de acuerdo, Helena! Cuantos más nietos, mejor — se unió la tía Joyce, animándonos.



Cuando Paulo André y João Guilherme volvieron al hospital, mi suegra ya se había ido, pues era el cumpleaños de su amiga, y mi suegro fue rápidamente a ver a su nieto y a recogerla.

— La situación de la tía Verinha es muy complicada. En opinión del diputado, su testimonio fue insatisfactorio. Estaba muy confusa, cambió varias veces su versión de la historia y dijo que no recordaba algunos hechos importantes. De todos modos... El diputado está convencido de que está encubriendo a Giovana. Como no ha confesado, esto la convierte en cómplice de un criminal. Los guardias de seguridad de la casa serán llamados a declarar, y las imágenes de las cámaras serán recogidas por la policía — nos explicó Gui.

— ¡Dios mío! ¡No es posible! Mi amiga no... Cuando salga de aquí, iré a su casa y hablaremos. Pero la policía tiene que tener en cuenta su salud. Verinha está desorientada desde que recibió la noticia de que su hija podría estar viva.

— Lo sé, mamá. Aún así, la policía está buscando a Giovana, es una fugitiva. Si la tía Verinha lo está encubriendo, podría meterse en problemas.



En cuanto João Guilherme llegó a la maternidad y nos contó el desastroso testimonio de Verinha, sentí que tenía que verla. *Es increíble cómo una persona emocionalmente desestructurada puede cambiar no sólo su propia vida, sino también la de todos los que la rodean.* Giovana y su obsesión por mi hijo causaron este tipo de daño generalizado.

Todos los días daba gracias a Dios por la vida de mis hijos y por que fueran tan perfectos, honestos, rectos y cariñosos. También agradecía que hubieran conocido a personas tan maravillosas como Melinda y Paulo André, con quienes compartieron sus vidas.

En momentos tan difíciles, João Miguel y Ravi llegaron para alegrarnos la vida. Mis nietos me demostraron que ser abuela era realmente una experiencia indescriptible. Los quise de una forma inconmensurable. En aquel momento, podría haber considerado mi vida perfecta y

completamente feliz, si no hubiera sido por el desequilibrio de Giovana.

Siempre amaré a Leticia por haberme dado a Rayssa, mi querida hija; desgraciadamente, Verinha no tuvo tanta suerte como yo.

— Carlos, llévame a casa de Verinha — le pedí a mi chófer nada más llegar al aparcamiento del hospital, donde ya me esperaba en el coche.

Mirando por la ventanilla del coche, reflexioné sobre todo, admirando los paisajes de Barra da Tijuca. Recordé que cuando era joven, antes de perder a mis padres, la vida era tan feliz y sin complicaciones. Vivía como una princesa, hija única de una familia acomodada; papá y mamá me lo daban todo, tanto en bienes materiales como, sobre todo, amor y buenos principios. Me educaron de la misma manera que a mis hijos.

Era una joven guapa, rica y sana, con unos padres cariñosos y dos amigas que eran como hermanas. No quería nada más en la vida hasta que conocí a Augusto. En aquella época, mi marido era guapo, alto, con un cuerpo atlético y una sonrisa cautivadora. Era igual que João Guilherme: un hombre que nunca pasaría por la vida de una chica sin ser echado de menos.

Augusto era el sueño de todas las chicas de Barra da Tijuca. En el pasado, las chicas suspiraban cuando lo veían pasar, igual que varias veces en el presente he sorprendido a chicas suspirando por Gui. Así que, hasta cierto punto, entendía la fascinación de Giovana por mi hijo. Sin embargo, cuando se volvió cruel, ya no pude entenderla.

Así como Giovana se enamoró de João Guilherme, yo me enamoré inmediatamente de Augusto y, para mi alegría, el sentimiento era mutuo. Empezamos a salir y pronto nos prometimos. Pero como la vida no siempre era bonita, a mi madre le diagnosticaron meningitis meningocócica[25] y pronto murió. Mi padre y yo quedamos desolados por su partida. En esos momentos difíciles, Augusto fue mi roca.

Mi padre ya no era joven — mi madre era su segunda esposa. Tenía 13 años más que mamá y 68 cuando ella murió, así que nadie imaginaba que ella se iría antes que él. Nunca imaginamos la vida sin ella, porque no era el orden natural de las cosas, así que cuando ocurrió, la caída fue demasiado grande para él y para nosotros.

Como madre, me di cuenta de que el amor de un hijo nos sostendría en cualquier situación. Podía perderlo todo y sobrevivir, mientras siguiera teniendo a mis hijos y a mis nietos. Podía vivir un infierno, mientras mis hijos estuvieran bien. Si Augusto me dejaba, sobreviviría por mis hijos y mis nietos. Viviría por ellos. Sin embargo, en aquel momento, mi existencia no era suficiente para el Sr. Otaviano de Castro.

Tras la muerte de mi madre, mi padre se consumió y, apenas un mes antes de mi boda, tuvo un ataque y no pudo resistir. Estuve a punto de morir con él. Si no hubiera sido por el amor de mi prometido y de mi mejor amiga Verinha, me habría marchado poco después.

Pasé por una profunda depresión. No podía comer bien, no podía dormir y seguía sin poder levantarme de la cama. Ante este panorama, pensé que lo mejor era aplazar la boda unos tres meses, hasta que me hubiera recuperado. Por aquel entonces, Augusto y Verinha se mudaron a la casa donde antes había vivido con mis padres. Me cuidaron sin descanso.

Aunque sólo tenía tres años más que yo y éramos bastante jóvenes, Verinha asumió el papel de madre. Mi amiga siempre ha sido el tipo de mujer que cuida, apoya y nutre. Letícia solía decir que yo tenía el abrazo más reconfortante y que siempre decía las palabras adecuadas, pero Verinha era todo acción. Hacía lo que había que hacer, cuidaba de todos y solucionaba lo que hiciera falta.

Nunca me he avergonzado de decir que, en los días siguientes a la muerte de mi padre, fue Verinha quien me bañó y a menudo me llevó comida a la boca. Si no hubiera sido por ella, tal vez no habría sobrevivido a aquella profunda depresión.

Con Augusto no fue diferente. Se quedaba conmigo por la noche, porque tenía que trabajar durante el día para cubrir el enorme coste de la construcción de nuestra casa. Incluso podía ayudar con mi herencia, pero entonces las cosas eran diferentes; los hombres pensaban que era su única obligación.

Letícia venía siempre a visitarnos, pero fue Verinha quien dio su vida por mí. Yo estaba en estado de shock, habiendo perdido a mis padres en el espacio de seis meses y en vísperas de mi boda. Sin mi amiga, no sé qué habría sido de mí. Incluso con todo el apoyo y el cariño de mi prometido, la presencia de Verinha fue fundamental para mi recuperación.

Cuando pude recuperarme, Augusto y yo nos casamos, y mi amiga reanudó su vida. Verinha se casó y formó su propia familia, pero seguimos siendo inseparables. *Cuando el cinturón aprieta, siempre sabemos que nos tenemos la una a la otra.*

Estuve al lado de Verinha cuando murieron sus padres, pero no fue lo mismo, porque mi amiga siempre fue más fuerte. Nunca se dejaba abatir. De hecho, Vera era la mujer más fuerte que he conocido. Después de todo lo que pasó en su infancia y adolescencia, se mantuvo firme y se convirtió en una mujer de fibra.

Cuando murieron los padres de mi amiga, ella ya estaba casada y tenía a Giovana; fue justo después de la muerte de Letícia. Mi amiga se enfrentó a una tragedia tras otra. Perdió a su padre al año siguiente, a su madre. Luego vino el divorcio y, durante el resto de su vida, todos los problemas con Giovana. Sin embargo, nunca se rindió. Verinha no era de las que se rinden o dan la espalda a sus seres queridos; siempre luchó hasta el final.

La parte de mi vida entre la muerte de mis padres y mi matrimonio fue tan delicada que preferí no hablar de ella con nadie a lo largo de los años. João Guilherme y Rayssa oyeron la historia una sola vez, al fin y al cabo también formaba parte de su historia, pero yo dejé muy claro que no volvería a hablar de ello nunca más. Era un recuerdo demasiado doloroso para

seguir reviviéndolo, así que lo único que mis hijos necesitaban saber era que Otaviano y Ana serían unos abuelos maravillosos y que los querrían incondicionalmente si tuvieran la oportunidad.

Mis suegros murieron en un accidente de coche cuando Augusto aún era un adolescente, así que nunca llegué a conocerlos. Lamenté profundamente que mis hijos no llegaran a conocer a ninguno de sus abuelos, pero, con la gracia de Dios, João Miguel y Ravi tendrían ese privilegio durante muchos años. Los querríamos y los mimaríamos.

— ¿Señora? — Oí que una voz grave llamaba mi atención. — Llegamos, señora Helena.

Mi chofer estaba parado frente a la casa de Verinha. Debía de estar allí hace unos minutos, porque me miraba con cara de preocupación.

— ¿Está bien, Sra. Helena?

— Sí, estoy bien. Gracias, Carlos.

Al mirar aquella propiedad, se me apretó el corazón. *Debería mudarse de aquí.* Después de todo lo que había pasado recientemente, aquella casa había acumulado una energía negativa. Aparté los pensamientos e hice una señal a mi chófer para que se acercara a la puerta. Abrí la ventanilla trasera para hablar con el guardia de seguridad.

— Buenas tardes, Edgar. ¿Está Verinha?

— Buenas tardes, señora. La señora acaba de llegar. Le avisaré de su visita un momento...

— ¡Espera! ¿Cómo está, Edgar? ¿Has notado algo diferente en su comportamiento? — Intenté actuar con naturalidad, pero debía de estar ansioso, porque el guardia de seguridad dudó en contestar. — Continúe. Todos saben que Verinha y yo somos como hermanas. Sólo quiero ayudarla.

— Se ha comportado de forma extraña, señora. — Miró a su alrededor y se acercó a la ventanilla del coche para bajar la voz. — El jefe nos ordenó apagar todas las cámaras de la casa unos días después de que el equipo de mantenimiento, enviado por su hijo, estuviera aquí.

— ¿Por qué ha hecho eso, Dios mío? — pregunté, más para mí misma que para Edgar.

— Dijo que necesitaba intimidad, señora — respondió él de todos modos. — Estoy preocupado. Nos han llamado a declarar, y no quiero hacer daño a la señora Verinha, porque siempre se ha portado bien con nosotros; pero, por desgracia, vamos a tener que contárselo a la policía.

— No te preocupes, cariño. Haz lo que haya que hacer. Estoy seguro de que tu jefa no es culpable, así que, a pesar de estos indicios, quedará absuelta. — El hombre asintió y luego se calló. — Ahora sí, puedes decirles que he llegado, por favor.

Edgar regresó al cuerpo de guardia y se abrió el portón de la casa. Carlos lo siguió y aparcó delante de la entrada. Verinha no tardó en aparecer en la puerta para darme la bienvenida.

— Me alegro mucho de que estés aquí, amigo mío. — Estaba tan alegre como siempre.

Nos abrazamos y me hizo pasar. Nos sentamos en el salón y le pidió a uno de los empleados que nos trajera una jarra de zumo.

— ¿Qué tal el testimonio? — Fui directo al grano, sin dilación.

— ¡Fue horrible, Helena! Intentaron acorralarme y me trataron como si fuera un criminal. Tenía miedo de no salir de allí si decidían arrestarme, a pesar de ser inocente.

— ¿Qué pasó con el coche de Giovana? Me dijiste que lo habías vendido. — No era mi intención ponerte más nerviosa, pero sentí la necesidad de aclarar estas dudas, incluso para ayudarte.

— Helena, yo... yo lo vendí, pero no sé... no me acuerdo. Estoy confundida.

— ¿ Qué quieres decir? ¿Lo vendiste o no?

— Se me ocurrió poner el coche en venta. Les envié fotos del coche y se interesaron, incluso me preguntaron si me lo llevaba o si quería que vinieran a recogerlo. Preferí llevármelo, para poder despedirme, conduciendo el coche de Giovana por última vez, pero entonces... no recuerdo lo que pasó después. Es como si mi mente se hubiera quedado en blanco.

Dios mío, cómo va a entender esto la policía si ni siquiera yo, que conozco el carácter de mi amiga, creo que sea honesta. En ese momento, supe con certeza que Verinha mentía. Esa constatación me hizo sangrar el corazón.

— Necesitas recordar. También necesitas una coartada, si no...

— ¡Ya sé! — Se levantó del sofá, claramente nerviosa. — Lo sé y tengo mucho miedo, Helena, pero soy inocente. No estoy ayudando a Giovana. Tienes que creerme. Me crees, ¿verdad?

Frente a su angustia, ni siquiera tuve el coraje de responder la verdad. Una parte de mí aún creía que ella no sería capaz de algo así, pero la otra comprendía que, por el bien de un hijo, una madre es capaz de hacer cualquier cosa.

— Me gustaría hablar con su terapeuta.

— El doctor Júlio tuvo que viajar de urgencia al interior porque su madre tenía un problema de salud. — Aparentemente más calmada, Verinha volvió a sentarse.

— ¿Cómo? ¿Cuánto tiempo lleva allí y tú sin terapia?

— Calculo que unos diez días, tal vez un poco más.

— ¡Dios mío! ¿Por qué no me lo has dicho?

— Estoy bien, Helen. No quería preocuparte.

— Pero lo hago. Estás pasando por un momento delicado, no podrías pasar sin asesoramiento ahora mismo.

— Cálmate, Helen. ¡Todo está bien!

— ¿Está todo bien, Verinha? — Me dejé llevar un poco. — Estás a punto de ser acusada

de encubrir a un fugitivo de la policía. Lo que Giovana hizo fue muy grave, podrías terminar en la cárcel si ayudas. ¡Nada es correcto! La policía quiere saber cómo salió su coche de aquí, pero tú no te acuerdas y...

— ¡Yo lo cogí! Iba a llevarlo a la agencia, pero no sé qué pasó, estoy confundido. Hablé con el doctor Julio por teléfono y cree que mis emociones me están causando una especie de desmayo.

— ¿Y si has encontrado a Giovana y la estás ayudando? Por la emoción de reencontrarte con ella, podrías sufrir desmayos y olvidar las cosas que estás haciendo para ayudarla.

— ¡No! No voy a hacer eso...

— ¿Puedes garantizarlo, Vera? — pregunté con firmeza, y la vi palidecer. — Respóndeme. ¿Puedes garantizarme que no estás ayudando a Giovana?

— Yo... no sé, Helena. Estoy confundida. ¡Aiii! — Ella se puso las dos manos en la cabeza y lloró con la cabeza gacha.

Era desesperante para mí ver todo esto. Se volvió imposible decir que Verinha no estaba ayudando a Giovana con esto, porque se volvió demasiado extraña, ya ni siquiera parecía mi amiga.

Yo sabía que ella nunca haría algo así por despecho, pero Paulo André tenía razón cuando decía que, por amor a Giovana, Verinha haría cualquier cosa. Ella haría cualquier cosa.

— Si estás escondiendo a Giovana, no te condenaré. Puedo entenderlo, ya que las madres no siempre hacen lo correcto, sino lo que creen mejor para sus hijos. Pero tengo que advertirte, amigo mío, que al tratar de proteger a tu hija, estás poniendo en riesgo la vida de mis hijos, de mis nietos y de toda mi familia. Sé que no quieres eso, así que déjalo ya. Si la policía descubre que estás escondiendo a Giovana, serás arrestado. Entrega a Giovana a la policía para que podamos ayudarte. Pero si algo le pasa a mi familia...

— Es fácil decirlo, ¿verdad? — Verinha levantó la cabeza. Su rostro, bañado en lágrimas, se transformó. Me miraba de otra manera, llena de rabia y resentimiento. — Tienes una familia perfecta, hijos equilibrados, dos nietos preciosos y un matrimonio bien estructurado. Lo tienes todo, Helena. ¿Quién eres tú para juzgarme?

Me sorprendió su exaltación y la forma en que me miraba fijamente. Antes de que pudiera responder, la cocinera entró en la habitación con una bandeja en la mano para servirnos el zumo. Cuando la mujer se acercó a Verinha para servirla, mi amiga dio un manotazo a la bandeja, tirando todo su contenido al suelo y asustándonos.

— ¡Fuera de aquí! — gritó. — ¡Fuera de aquí, las dos!

En señal de respeto y, estoy segura, un poco de miedo a su jefe, la empleada salió corriendo, pero yo me quedé.

— ¡No me voy, Vera! No estás bien. Será mejor que te lleve a la clínica, allí hay otros

terapeutas para sustituir al Dr. Julio.

— ¡No voy a ninguna parte! ¡Vete de aquí! Ve a preocuparte por tu nuera perfecta y tus hijos prodigio. ¡No necesito a nadie! ¡Fuera de aquí! — Gritó tan fuerte que Carlos entró en la habitación, asustado por lo que pudiera estar pasando.

Yo estaba en estado de shock, ajeno al comportamiento de mi amiga. Nunca había visto a Verinha levantar la voz, y mucho menos ser tan agresiva.

— ¡Fuera de aquí! — Bastó que volviera a gritar para que Carlos me sacara de la habitación.

— *Suéltame*, Carlos. No puedo dejarla sola así.

— Ella necesita un médico, Sra. Helena. No es seguro que se quede aquí ahora. Vámonos. En el camino, vamos a llamar al Sr. Augusto y...

— ¡No! Mi marido no puede alterarse. Llamaré a mi hijo.

Al darme cuenta de que mi chófer tenía razón, subí al coche y le pedí que parara en la puerta. Dije a los guardias de seguridad que pidieran a uno de los empleados que se quedara con Verinha, al menos hasta que llegara la ayuda, y luego saqué el móvil para llamar a João Guilherme. Seguía en el hospital con Rayssa, así que decidí ir allí para hablar con él y con Paulo André de una vez por todas.



Paulo André

— Fue horrible, Gui. Ni siquiera sonaba como tu tía Verinha. Estaba alterada, definitivamente no estaba bien.

La tía Helena, João Guilherme y yo estábamos charlando en la cafetería del hospital. Mi amiga ya se había despedido de Rayssa y estaba a punto de marcharse cuando mi suegra llamó nerviosa, diciendo que necesitaba hablar del encuentro con Verinha. Así que decidió esperarla.

Para no preocupar a las chicas, Guilherme no dijo nada, sólo me invitó a tomar un café en la cantina, mientras Melinda y Miguel hacían compañía a Rayssa y Ravi. Fue en el camino cuando mi amigo me dijo que, por el nerviosismo en la voz de su madre, algo iba muy mal.

— ¿Ahora crees que está cubriendo a Giovana? — La tía Helena me miró con los ojos llenos de lágrimas antes de contestar.

— Lo creo. Pero también sé que no está en sus cabales. Verinha nunca haría esto por despecho. Está enferma, incluso creo que debería ser hospitalizada.

— Primero tiene que decirte dónde está Giovana, mamá — dijo Gui.

— Lo sé, hijo. Pero tal como está, no quiere hablar. Verinha dice que no se acuerda de las cosas y, según su terapeuta, son desmayos emocionales. Creo que ella sufre estos desmayos después de sus encuentros con Giovana. Son emociones muy fuertes, hijo mío. Después de aceptar que su hija está muerta, encontrarla viva es demasiado para el corazón de una madre.

— Tenemos que encontrar a su terapeuta, tía. ¿Sabes dónde viajó o tienes su número de teléfono?

— Ninguno. Pero podemos ir a la clínica donde trabaja. Quizá, si le explicamos la situación, nos dé sus datos. La clínica ya ha cerrado, así que iremos mañana. — Helena miró la hora en su reloj.

— Lo haremos entonces. A estas alturas, la tía Verinha ya ha creado un vínculo de confianza con el terapeuta, y él podrá ayudarla consiguiendo que diga la verdad o que recuerde los momentos que dice haber olvidado. — João Guilherme pensaba lo mismo que yo: necesitábamos sacarle esa información.

Acordamos ir al día siguiente. En cuanto le dieran el alta a Rayssa, la dejaría en casa con nuestro hijo e iría con mi suegra a la clínica, ya que Gui tenía una vista judicial y no podría acompañarla.



Río de Janeiro amaneció bajo la lluvia. Ravi y yo recibimos el alta a las 8.30 y nos esperaban en casa mi madre, mi tía Joyce y Dorinha.

Me senté en la recepción de maternidad con mi bebé en el regazo mientras Paulo André iba a recoger el coche al aparcamiento. Debido a la fuerte lluvia, habría sido arriesgado mojarse por el camino, incluso con paraguas.

Unos minutos más tarde, P.A. paró rápidamente el coche delante de la maternidad y bajó a ayudarme. Él sujetaba las bolsas, mientras yo sostenía a nuestro hijo. Uno de los empleados abrió un enorme paraguas para protegernos de las gotas mientras colocábamos al bebé en la silla del coche, y yo también me acomodé en el asiento trasero.

— Todo es más bonito los días de lluvia. — Admiré las gruesas gotas que golpeaban el

parabrisas. — Siempre he considerado que la lluvia es curativa, una especie de manta y consuelo. Nuestro hijo no pudo nacer en una estación más hermosa.

— A mí también me gusta. — Mi prometido no mostró mucho entusiasmo.

— ¿Estás bien, P.A.? Sé que estás feliz porque nuestro hijo vuelve a casa, pero también es... extraño.

— Es sólo preocupación, enano. Hasta tu mamá cree que Verinha está encubriendo a Giovana. Esta hija de puta parece haber tomado el té de la desaparición. — Su voz sonaba irritada. — Si tu tía colaborara diciéndonos dónde está su hija, se acabarían nuestros problemas.

— No estamos seguros de que esté encubriendo a Giovana, Paulo André. No vamos a juzgarla. Pero si es así, la policía encontrará a ese psicópata. Lamentablemente, la tía Verinha sufrirá las consecuencias de sus actos.

Todo lo que estaba pasando era una mierda. Me preocupaba el regreso de Giovana y tenía miedo de imaginar cuál sería su próxima locura. Pero me permití disfrutar de la época más bonita de mi vida, sin dejar que Giovaca también la estropease. Me sentí como una leona, firme y fuerte para luchar por mi cachorro. *¡Que lo intente!*

— Lo sé, Rayssa. Pero mientras Giovana siga huyendo, no tendré paz. No sé de qué es capaz esta loca, y no voy a pagar por verlo.

Ravi refunfuñó en el sillón y se ganó nuestra atención, haciendo que el tema de los muertos vivientes volviera a olvidarse momentáneamente.

Al llegar a casa nos recibieron con una fiesta. Melinda, Miguelito y Celina también estaban allí. Había una hermosa mesa de desayuno y globos azules y blancos esparcidos por la habitación.

— ¿Dónde están mi padre y mi hermano? — pregunté, después de saludar a todos con un abrazo.

— Gui tiene ahora una vista en el juzgado, a las diez de la mañana, pero vendrá más tarde a recogernos y a visitarte —contestó Melinda.

— Tu padre está trabajando, pero también vendrá más tarde — añadió mi madre.

La tía Joyce cogió a Ravi de mi regazo y nos fuimos a sentar al salón mientras Paulo André sacaba nuestras maletas del coche.

— Rayssa, imagino que tu madre se quedará contigo los primeros días, pero si quieres, yo también puedo quedarme — se ofreció mi suegra.

— Siempre eres bienvenida en nuestra casa, tía. Quédate todo el tiempo que quieras. — Todavía me sentía insegura respecto a Ravi, así que toda ayuda era bienvenida.

— Si puedes dormir aquí la primera semana, Joyce, te lo agradeceré. Aún no me siento segura dejando que Augusto duerma solo después de su problema cardíaco, así que saber que ayudarás a Rayssa me dará tranquilidad. Dorinha también se quedará aquí este mes, he hecho

arreglos con ella. — La tía Joyce estuvo de acuerdo con mi madre.

— ¿Cuándo vais a tomar café? Mi hijo y yo tenemos hambre — declaró Melinda. — Salimos pronto de casa, Miguel sólo ha tomado un biberón y yo estoy en ayunas.

— Yo también tengo hambre, cuñada. Vámonos. — Me levanté despacio, a causa de los puntos, y todos me siguieron hasta el comedor. Paulo André se reunió con nosotros allí unos minutos después.

— Dios mío, qué cosa más bonita de parte de la abuela. Déle aquí, señora Joyce, para que coma — se ofreció Dorinha, y mi suegra le entregó a su nieto.

— ¿No vas a comer, Dorinha? — pregunté.

— He mordisqueado tanto mientras preparaba el café que se me ha quitado el hambre, Ray. — Ella sonrió y se paseó por el comedor abrazando a Ravi.

— Rayssa, ¿cómo es ser madre? — me preguntó Celina cuando empezamos a comer. Estaba sentada a mi lado.

— Es increíble y da miedo, pero te lo recomiendo. Clara y tú deberíais pensar en tener un hijo biológico — le guiñé un ojo a mi amiga, que se puso roja. Aunque estaba más comunicativa que antes, Celina seguía siendo tímida.

— Quiero quedarme embarazada en algún momento, pero no ahora. Clara dice que me apoyará en todo, pero no quiere dar a luz, así que nuestros planes son adoptar a uno y dar a luz al otro — respondió suavemente.

— Estoy totalmente de acuerdo. Encuentra una hermosa donante y sé feliz.

— Gracias, Ray.

El interfono sonó cuando ya habíamos comido y estábamos de nuevo en el salón. Paulo André contestó, autorizó la entrada y, después de saludar a nuestros visitantes, me dijo que tenía que irse a arreglar unas cosas en la oficina.

— ¿Dónde está la mamá del año? — Andressa llegó excitada y juguetona.

— Estoy aquí, guapa, sexy y lista para otra.

— Eres realmente hermosa — me piropeó Roberta, sonriendo.

Las dos se acercaron a mí y me besaron. Mi madre ayudaba a Dorinha en la cocina, y la tía Joyce la había acompañado con Ravi; arriba, Melinda cambiaba el pañal de Miguelito. Mi cuñada empezaba a quitarle el pañal, pero aún se lo ponía para dormir y salir.

— Bueno, chicas, ¿qué hay de nuevo?

— Tú eres la que tiene mucho que contar. Empieza por decirme quién es ese nuevo guardia de seguridad que hay fuera — dijo Roberta entusiasmada, sorprendiéndome.

— ¿Nuevo guardia de seguridad? No hay ninguno. Todos trabajan con nosotros desde hace tiempo.

— Este es nuevo, eso seguro. Nunca lo había visto por aquí. Es alto, blanco y tiene una

barba rala pero bien cuidada; su cara es fea, sobre todo cuando lleva gafas de sol — Andressa describió al hombre, y yo recordé.

— Ah, es Adriano, el guardia de seguridad de Melinda. Está aquí por ella.

— Su hermano y su asistente personal son muy seguros de sí mismos. Por qué contratar a guardias de seguridad tan guapos... — Nos reímos. — Pero admitámoslo, João Guilherme y su prometido no necesitan ser inseguros; los tipos son tan guapos que dan asco — bromeó Andressa. Estaba a punto de contestar, pero Roberta volvió a sorprenderme.

— Pero ese tal Adriano... Es guapísimo. Mi número. — Se rió un poco, y me encantó ver sus progresos.

Tras su ruptura con Luiz Felipe, Roberta no se imaginaba seguir adelante, conocer a otra persona y volver a enamorarse. *Me alegro de que eso esté cambiando. Ella se lo merece.*

— Amiga, estás hablando con el mejor cupido de Río de Janeiro. Me casé con João Guilherme y Melinda, pronto me casaré con Andressa y Henrique, ¡no será difícil casarme contigo! Investigaré los antecedentes de Adriano y veré si es bueno y si te merece. ¡No te preocupes! Haré mi trabajo, porque la baja por maternidad no existe — bromeé, y los dos se rieron.

— Me gustó su atrevimiento. — Andressa habló de Roberta. — Pero no te emociones mucho, colega, porque las gafas de sol son afrodisíacas y hacen que todo el mundo esté más guapo. Necesitamos verle sin ellas para comprobar la realidad.

— Le he visto sin gafas, ¡sigue siendo guapo! — Yo defendí a Adriano. — No por mí, claro, porque mi Paulo André pone en aprietos a cualquiera.

— Mi Jesús Luz, alias Henrique, también. ¡No tengo ojos para nadie más! — Andressa comentó.

— ¡Qué mono! ¡El gato está enamorado! — bromeé, y ellas se rieron.

— Lo admito. Henrique sólo parece un santo.

— ¡No queremos saber los detalles de la vida sexual de nuestro profesor! Imagínanos viendo su clase y recordando estas cosas — dijo Roberta.

— ¡Habla por ti! Sí, quiero saber. Entonces, dinos. ¿Tiene la polla grande? — Las dos volvieron a reírse.

— ¿De qué se ríen? Ya sabes que las mujeres son así: cuando se juntan para decir tonterías, son peores que los hombres.

— Sólo te lo diré si me hablas de la P.A.

— ¡Como si no lo supieras, zorra! ¡Conseguiste a mi hombre antes que yo! Zorra — bromeé, pero hablaba un poco en serio.

— Relájate, Ray. He tenido tantas pollas en mi vagi... en mi vida, ¡que ya ni me acuerdo! Es todo tuyo, no te preocupes.

— ¡Sólo he tenido una polla en mi vida, pero estoy muy satisfecha! Mi prometido, además de estar bien dotado, sabe lo que hace.

Suspiré, recordando la polla de miel que me tenía prohibida durante los próximos veintiocho días. *Pero, ¿quién lleva la cuenta?*

— Sólo he tenido una polla, y no puedo decir que fuera mala. Pero quiero conocer otras para evaluarlas mejor — bromeó Roberta. *¡Chica traviesa!*

— Por favor, no quiero saber nada de la polla tóxica de Luiz Felipe. Seguro que era pequeña y torcida — dije seriamente, pero las dos estallaron en carcajadas. — No estoy bromeando. Cuando un hombre es tan macho, ¡seguro que necesita reafirmar su masculinidad! Pero ahora vas a conocer pollas de verdad, Roberta. Apuesto a que la polla de Adriano no está torcida y...

— ¿Qué, Rayssa? — La voz profunda de Paulo André me sobresaltó.

Mi prometido entró en la habitación con Ravi en el regazo, escuchando ya la conversación sobre pollas. *¡Eso no está bien!*

— ¡Qué susto! ¿Quieres matarme? — Me puse la mano en el pecho, recuperándome.

— Sólo se ha asustado porque hablaba de pollas. ¿Pero qué coño...? — Estaba ciertamente celoso, pero no realmente enfadado.

— No te preocupes, amor. Sólo estaba comentando que tu polla es la más perfecta. No hay otra polla que se le compare a la tuya.

— ¿Y cuántas conoces para comparar? — *¡Mierda! Sólo hay peores.*

— ¡Sólo la tuya, pero seguro que es incomparable!

— Ya lo sé. — Entrecerró los ojos. — Nuestro hijo quiere mamar.

— Ven aquí, rechoncho. — Extendí los brazos hacia mi prometido y él me entregó a Ravi. Al mismo tiempo, Roberta y Andressa emitieron sonidos de excitación. Lo conocían por primera vez.

— Tengo que salir, pero no tardaré. — P.A. besó la cabecita de Ravi.

— ¿Adónde vas? Acabas de llegar...

— Tengo que ir a la consulta de Verinha. Tu madre viene conmigo, así que podemos intentar encontrar al Dr. Julio. Tal vez él pueda ayudarnos.

Tenía mil preguntas que hacer, pero como no estábamos solos, dejé la curiosidad para más tarde y asentí.

Paulo André

Antes de llegar a la clínica, sonó el móvil de mi suegra. Mirando la pantalla, Helena palideció.

— Es la casa de Verinha, tengo que cogerlo.

Contestó rápidamente y, por sus respuestas y su expresión de sorpresa, me di cuenta de que había pasado una mierda.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté en cuanto colgó el teléfono.

— Verinha se encerró en la habitación de Giovana ayer, después de que yo me fuera, y no habló con nadie más. Hoy, cuando la limpiadora fue a buscarla, no la encontró en casa. Los guardias de seguridad dijeron que se fue anoche, sola y sin coche, y que no ha vuelto desde entonces.

— ¡Mierda! ¿Dijeron si llevaba equipaje?

— Sólo un bolso.

— Fue a encontrarse con Giovana. ¡Estoy seguro! Verinha debe estar tratando de convencer a su hija loca para huir juntas. — Estaba enojada con la situación.

— Dios mío, ¿qué está haciendo Verinha con su vida? Esto no va a terminar bien.

— Cálmate, suegra. Si conseguimos entrar en contacto con el terapeuta, tal vez él pueda convencerla de volver.

El semblante de la tía Helena se volvió triste. Intentó llamar al móvil de su amiga, pero saltó el buzón de voz.

— ¿Cómo va a convencer el terapeuta a Verinha si tiene el móvil apagado? — me preguntó, y luego habló más consigo misma que conmigo: — Dios mío, ¿dónde está mi amiga?

— A lo mejor te está buscando. — Quise calmarla, pero no creía en mis propias palabras.



— Buenas tardes, me llamo Taíssa. ¿En qué puedo ayudarle? — nos saludó amablemente la encargada de la clínica psiquiátrica.

— Buenas tardes, querida. Me llamo Helena y este es mi yerno Paulo André. Necesitamos hablar urgentemente con el Dr. Júlio Prates.

— Bienvenidos a Vila Verde. Lamentablemente, el Dr. Júlio está de licencia por razones familiares, pero tenemos otros profesionales igualmente calificados para atenderlo.

— Gracias, pero no es para mí. Mi amiga es su paciente y se está volviendo loca. Necesitamos localizarlo.

— De acuerdo. En ese caso, intentaré localizarle ahora mismo. Siéntese un momento, ahora le llamo.

— Gracias — dije y puse la mano en el hombro de mi suegra, conduciéndola a una zona con sillones.

Desde donde estábamos, podía ver el mostrador donde la recepcionista estaba haciendo la llamada. No era difícil darse cuenta de que no lo estaba consiguiendo. Unos minutos después, confirmó mis sospechas.

— Señores. — Nos acercamos de nuevo. — Desgraciadamente, no pude comunicarme con el Dr. Julio. Las llamadas fueron directamente al buzón de voz. Pero antes informó a RRHH de que volverá al trabajo dentro de cinco días. Tan pronto como sea posible, le haré saber que usted estuvo aquí.

— Por favor, en cuanto puedas localizarle, pídele que nos llame. Es urgente — le pedí a la recepcionista.

Cogí una de mis tarjetas, escribí el nombre de mi suegra y los datos de contacto en el reverso, así como el nombre de Verinha, y le entregué el papel a la chica.



Paulo André

Atravesé las puertas de mi casa a primera hora de la tarde, ansiosa por ver a mi hijo y a Rayssa. En cuanto entraba en casa y abrazaba a los dos, sentía que todo estaba bien y bajo control.

Después de la clínica, la tía Helena y yo fuimos a la comisaría a denunciar la desaparición de Verinha. El comisario nos acompañó a su casa y tomó declaración a todo el personal. Allí descubrió que Vera había ordenado a los guardias de seguridad que desconectaran las cámaras de la casa, por lo que no teníamos ninguna grabación de su marcha. Antes de marcharse, el comisario ordenó que se volvieran a encender las cámaras y dio a los chicos sus datos de contacto para que le llamaran inmediatamente si la jefa volvía a casa o si ocurría algo sospechoso.

Justo entonces, la tía Helena nos dijo que le habían informado de las cámaras el día anterior. Pero con tantas cosas sucediendo al mismo tiempo, se olvidó de decírnoslo.

Cuando Verinha prestó declaración, el comisario le dijo que no podía salir de la ciudad.

En ese caso, sería considerada una fugitiva.



Encontré a Rayssa en el salón, sentada en un sofá. Ravi dormía a su lado en un cochecito; mi madre y Dorinha le hacían compañía, sentadas en el otro sofá.

— Vaya, ¡cuánto habéis tardado! — se quejó mi novia. — ¿Cómo te atreves a dejarme aquí todo el día, con tu hijo colgando de mis pechos, y desaparecer? ¡Cabrón!

Sonreí ante aquel tirón de orejas y me acerqué. Primero me detuve junto al cochecito para besar la cabecita de mi hijo y luego le di un beso.

— Perdona, amor. Estábamos intentando arreglar el lío de Verinha. — dije en voz baja, sentándome a su lado.

— ¿Qué ha pasado? — Rayssa me miró preocupada.

— Hablaremos más tarde.

— Tu padre viene a recogerme y a ver a su nieto — dijo mi suegra, acomodándose también en el sofá.

— Gui salió de aquí hace un rato, no tenía muy buen aspecto — comentó Rayssa.

Era de esperar que João Guilherme no estuviera bien. Mi amigo estaba al tanto de toda la situación de Giovana y Verinha, así que, como yo, estaba muy preocupado.



Por desgracia, no pude seguir muy de cerca el primer día de mi hijo en casa, ni pude dar a Rayssa el apoyo que se merecía. Pero esa noche decidí que sería toda suya.

Mi padre y mi suegro vinieron a casa a ver a su nieto, se quedaron un ratito y se marcharon; mi madre y Dorinha se quedaron a dormir y a ayudar en lo que necesitara mi prometida.

Ya entrada la noche, monté el catre portátil que estaría en nuestro dormitorio, como una extensión al lado de nuestra cama. Fueron João Guilherme y Melinda quienes nos dieron este consejo. Dijeron que en el primer mes de vida del bebé, más o menos, acababa durmiendo con sus padres, así que con esta cuna todos estaríamos más cómodos.

Era más de medianoche cuando Rayssa y yo nos fuimos a la cama. Ravi acababa de

tomar el pecho y dormía plácidamente en su cuna.

— Ya eres mayorcito, todo un padre de familia. — Rayssa rompió el silencio de la habitación. Llevábamos unos minutos tumbados uno frente al otro.

— ¿Por qué? ¿Era yo un tipo inmaduro?

— Inmaduro no. Eras un prostituto, un bon vivant[26] y un playboy. Gracias a Dios te salvé y ahora eres un hombre de familia. — Nos reímos. *Y cómo me gusta verla sonreír.* Alisé su fragante cabello, sostuve su rostro y la besé.

— No puedo negar que has cambiado mi vida por completo, enano. Hoy veo el mundo con otros ojos. Y tienes razón, me siento más maduro.

— Eso es bueno, porque una de las peores cosas que hay es un hombre con síndrome de Peter Pan. ¿Conoces a esos hombres a los que les cuesta verse como adultos? Parece que nunca maduran.

No pude contener una carcajada. Incluso ante el torbellino de emociones que me había invadido en los últimos días, era imposible estar triste cerca de mi pequeña.

— Tú no existes, Rayssa. — Le di un beso y luego le acaricié la cara, mirándola fijamente. Quería memorizar cada rasgo de mi mujer mientras me miraba de aquella forma tan apasionada. — Te quiero tanto, enano. No tienes ni idea de cuánto.

— Sí, porque yo te quiero tanto o más que tú.



Un débil llanto me despertó. Cuando me senté en la cama, vi que Rayssa también se había despertado. Ella se sentó en la cama y yo me levanté a buscar a nuestro hijo para darle el pecho.

— ¿Quieres un poco de agua? — le ofrecí, y ella asintió, dando el pecho a Ravi.

Miré el reloj de la mesilla de noche, eran poco más de las cuatro y media; era la tercera vez que se despertaba esa noche. Fui a la nevera, llené un vaso grande de agua y se lo di. Mi pequeña debía de tener sed, después de todo, nuestro hijo la había dejado seca varias veces aquella noche.

Cuando Rayssa hubo bebido el agua, me senté a su lado y olisqueé la cabeza de Ravi. Olía a gloria.

Aquella toma duró un rato más, así que acabé tumbándome de nuevo y dormitando. Cuando me desperté, me sobresalté porque Rayssa no estaba en la cama, pero mi hijo dormía plácidamente en su cuna. Fui al baño a buscar a mi novia, pero tampoco estaba. Salí del

dormitorio, recorrí la casa buscándola y la encontré en la cocina, de pie sobre una de las encimeras, de espaldas a la puerta.

— ¿Qué haces?

Rayssa se sobresaltó tanto que casi se le cae al suelo la olla que tenía en la mano.

— Madre mía. ¡Qué susto, Paulo André! — gritó. — Estoy amamantando, tengo mucha hambre y necesito comer. ¡Con permiso!

Se puso a la defensiva, y yo me reí al darme cuenta de que el enorme bote que tenía en las manos era de dulce de leche.

— ¿Tienes hambre de dulce? — me burlé de ella.

— Tengo hambre de lo que quiera. Y si sigues burlándote de mí, tendré hambre de tu polla rebanada. — Su voz era tan amenazadora que casi sentí miedo.

— ¡Me cago en la puta! *Déjame* en paz, bonita caníbal. — Caminé hacia ella, le quité la olla de la mano y la besé. — Hum, eso sabe a dulce de leche.

— ¡Fuera de aquí, Paulo André! No voy a compartir contigo. — Rayssa agarró con fuerza la olla que estaba sobre la encimera.

— ¡Dulce! Puedes comértelo, amor. Te lo mereces.

— De verdad, pero me gustaría no ser tan golosa. Me parece muy chic si sabes controlarte para no comerte todo el bote de dulces de una sola vez. Va, se come una cucharada y ya está, se da por satisfecha. Una semana después, se acuerda y come un poco más. Eso está muy bien. — Me hizo reír con la espontaneidad de su reflexión.

— ¿Sabes lo que es hermoso? — La cogí por la cintura y la estreché entre mis brazos.

— Tu gran *polla*. — Esta vez nos reímos los dos.

— ¿Existe esa palabra?

— No lo sé, pero creo que tu polla venosa es hermosa.

— Hermosa eres tú y tus deliciosas tetas; tu boca, tu pelo, tu piel... toda tú.

Rayssa se deshizo en mis brazos y volví a besarla, sintiendo su cuerpo cálido y delicioso apretado contra el mío. En ese momento, sufrí por no poder darle más que un beso. Estos casi 30 días de encierro iban a ser un martirio.



A la mañana siguiente, cuando nos levantamos para desayunar, nos encontramos con mi madre, mi suegra y Dorinha. Me moría de hambre y di gracias a Dios porque cuando llegamos al comedor, la mesa ya estaba puesta.

— Buenos días, hija. Buenos días, yerno. — Mi madre fue la primera en vernos.

La tía Joyce estaba sentada a la mesa, pero cuando vio a Paulo André con Ravi en el regazo, corrió a buscar a su nieto.

— Buenos días, niños. Dejad que la abuela coja a este precioso bebé para que podáis comer tranquilos. — Cogió a Ravi en brazos y nos sentamos a comer.

— Necesita su baño esta mañana, Ray — dijo mi madre.

— Ya lo sé. Le cambiaremos el pañal, pero necesitaremos ayuda con el baño. Nos sentimos inseguros haciéndolo solos, así que hemos venido a tomar un café y a pedirte ayuda.

— Así son las cosas. Al principio nos daba pánico bañarles, pero luego te acostumbras y es muy práctico —respondió mi suegra.

Después de desayunar, fuimos en comitiva al baño de mi hijo. Nuestras madres bañaron a Ravi bajo nuestra atenta mirada; Paulo André y yo queríamos aprender cada paso. Mi bebé lloró un poco, poniéndome nerviosa y aprensiva, pero al final todo salió bien.

Una vez limpio y oliendo bien, Ravi se calmó; le di el pecho y se durmió. Lo puse en el cochecito y lo llevé al salón, mientras mi madre, Dorinha y la tía Joyce se quedaban para organizar mi habitación.



Paulo André había planeado tomarse unas vacaciones cuando nació Ravi, pero como el parto fue prematuro, las cosas se liaron un poco y tuvo que trabajar desde casa. En muchas de esas ocasiones, yo me quedaba en el sofá del salón, jugueteando con el móvil o viendo la tele para pasar el rato, mientras P.A. trabajaba.

Ese fue uno de esos días. Estaba viendo una película aburrida cuando me vino un pensamiento al azar a la cabeza. Dentro de unos días, Miguelito cumpliría dos años. Inmediatamente cogí el móvil y envié un mensaje al grupo familiar de Whatsapp. Hace tiempo, mi hermano y mi cuñada habían dicho que harían algo sencillo, en el salón de su finca municipal, pero después de los últimos acontecimientos, debieron desistir, porque no vi a nadie hablar de ello.

Rayssa*: ¿Te has olvidado del mayor acontecimiento del año? Pronto será el cumpleaños de nuestro Miguelito. No puede pasar desapercibido, son dos años de lío.*

Gui: *Claro que no me he olvidado del cumpleaños de mi hijo. Su regalo ya está comprado, sólo que no hemos decidido la fiesta. No se me ocurre nada.*

Rayssa*: ¿Cómo que gente? ¡ES EL CUMPLEAÑOS DE MI BEBÉ!*

Mel*: Lo sabemos, cuñada. Pero en vista de los últimos acontecimientos, no nos hemos animado a organizar nada.*

Rayssa: *Eso no lo acepto. Sí, ¡haremos una fiesta!*

Poderosa mamá: *Ravi es muy pequeño y aún no ha sido vacunado, hija. No es bueno que salga de casa ahora. Pero estoy de acuerdo en que deberíamos celebrar el cumpleaños de Miguel de alguna manera.*

Rayssa: *¡Pues lo haremos aquí en casa!*

P.A. Delícia*: ¡Apoyo, amor!*

Gui: *Mel y yo lo hablaremos cuando llegue a casa.*

Rayssa: *¿Así que ahora lo único que vamos a canalizar son las cosas malas? ¿Desde cuándo dejamos que los problemas guíen nuestras vidas? ¡NO! ¡ABSOLUTAMENTE NO! Más que nunca, tenemos que celebrar lo bueno que Dios nos ha dado y dejar las penas de la vida en un segundo plano. Los dos años de vida de mi ahijado tienen que ser alabados, porque es una parte buena de la vida y merece toda nuestra atención. ¡Y YO LO HE DICHO!*

Papis: *Tienes razón, hija.*

Mi padre, como siempre, me apoyó en todo. Le quería y me preocupaba mucho por él, más aún después de su problema de salud. Intentamos evitarle todas las preocupaciones y el estrés posibles. Cuando se trataba de Giovana, por ejemplo, João Guilherme y mi madre esperaban el momento oportuno y se lo decían con cuidado. Gracias a Dios, no enfermó.

Gui: *Está bien, hermana. Tienes razón.*

Rayssa*: ¡Claro! Siempre tengo razón, hermano.*

Esa fue la señal para una ráfaga de divertidas pegatinas de risas y burlas. Siempre

provocaba esto en el grupo familiar y el ambiente mejoraba. *Esa era la intención.* Muchos cromos intercambiados después, los ánimos se calmaron de nuevo y volvimos al tema del cumpleaños de Miguelito.

Mel: *Hoy empezaré a organizarlo todo. Cuento con tu ayuda, cunha.*
Luego vendré con Miguelito.

Gui: *¡Por Dios, vosotros dos! Será una celebración sólo para nosotros,*
algo pequeño.

Rayssa: *Roberta, Andressa, Celina, Clara, Henrique y Dudu también.*

Gui: *Claro. Sólo ellos afuera. Ahora, dejen de charlar. Tengo que ir a*
trabajar.

Mel: *Besos, familia. Déjame cuidar a mi hijo. Ray, vendré más tarde.*

Rayssa: *Vale.*

Cerré la aplicación de mensajería, feliz de haber conseguido convencerlos. *No podemos dejar que Giovana domine nuestras vidas así.*



Unos días después

— ¿Quién se lleva el primer trozo de tarta, hijo? — Melinda ayudó a Miguelito a sostener un generoso trozo de tarta después de que cantáramos el cumpleaños feliz.

— *Pu Avi* — anunció mi ahijado sin vacilar.

— Dios mío, ¡qué amor! — Me acerqué a mi bebé, que estaba en el regazo de su padre, y lo besé. — Lleva a Ravi allí, P.A.

Paulo André se acercó a la mesa con nuestro hijo en el regazo, y João Miguel extendió sus manitas sosteniendo el trozo de tarta que había dedicado a su primo.

— Gracias, amigo. — Paulo André cogió el plato de las manitas de nuestro ahijado, le dio un beso en la mejilla y se marchó. Por supuesto, en lugar de Ravi, P.A. se habría comido la tarta, pero aun así me alegró el gesto de Miguelito.



La fiesta de mi ahijado fue muy animada y contó con la presencia de todas las personas importantes para nosotros. No contratamos un *bufé*, animadores ni otras cosas extravagantes; lo hicimos todo nosotros mismos. Dorinha hizo la tarta y los aperitivos; Melinda y yo hicimos los dulces. En realidad, los hizo ella, porque yo sólo ayudé a enrollar algunos y me comí muchos otros, sentada en una cómoda silla en la cocina, entre comida y comida.

Mi suegra, Andressa y Roberta llegaron pronto para completar el equipo. Cada una ayudó con una tarea. Andressa se ofreció enseguida a hacer el perrito caliente, alegando que era la mejor porque siempre se lo preparaba a Dudu, ya que era el bocadillo favorito de su hijastro. Me alegró ver que ella y el hijo de mi amiga se llevaban bien, pero sobre todo porque me encantaban los perritos calientes en las fiestas infantiles. *Es lo mejor de la vida, ¡no te lo puedes perder!*

Paulo André, mi hermano y Henrique se encargaron de cuidar a los niños para que nosotros pudiéramos trabajar en la decoración y la comida de la fiesta. Ravi sólo venía a verme a la hora de dar el pecho. Mi padre y mi suegro se encargaron de las bebidas y de la barbacoa, que hicieron muy bien.

Así hicimos la fiesta de nuestro pequeño Miguelito; sin grandes lujos, pero llena de amor en cada detalle. Había una mesa temática de la Liga de la Justicia, que montamos nosotros mismos. Distribuimos las mesas alrededor de la zona gourmet y pusimos música infantil. El resultado fue sensacional, y la sonrisa de Miguel, además de ser nuestro combustible, fue nuestro mejor regalo.

Dudu también disfrutó mucho de la fiesta con su amiguito. Y al año siguiente mi Ravi también disfrutaría, ya que sería lo suficientemente mayor como para interactuar.

Me senté en una de las mesas con las niñas y no pude evitar ver a mi hermano, Paulo André y Henrique charlando y sonriendo en la mesa de al lado. Dudu y João Miguel correteaban a su lado, mientras Ravi dormía en su cochecito junto a su padre.

¿Cómo podía concentrarme en la tristeza de semejante escena? *Nada podría compararse a lo que tenemos aquí.* Tanto amor concentrado en un solo lugar. Fuera podía ser feo y peligroso, pero dentro había un sentimiento de amor puro.

Miré, abrumada por un sentimiento de felicidad, y vi a la señora Helena comiendo, sonriendo y charlando con Dorinha y la tía Joyce. Sabía que el corazón de mi madre no estaba completamente feliz, porque la desaparición de Verinha la tenía angustiada, pero al menos en aquel momento, en nuestro pequeño mundo privado, se dejaba envolver por buenos sentimientos. Eso era lo que me importaba.

Melinda entabló una animada conversación con Roberta y Andressa; las tres sonreían y charlaban animadamente. Más allá, mi padre y mi suegro charlaban de leyes frente a la barbacoa. Si ese era el tema que les hacía felices, pues muy bien. Un poco más lejos de nosotros estaban Celina y Clara, metidas en su pequeño mundo, sonriendo y bailando al son de *Only love can hurt like this*[27] . Nos habíamos tomado un descanso de las canciones infantiles, así que lo disfrutaron. A mí me encantaba esa canción; aunque me recordaba cierta melancolía, también me inspiraba y me recordaba la superación.

Y yo... estaba allí sentada, observando a todos los que me rodeaban y pensando que eran esos momentos los que quería guardar en mi memoria y en mi corazón. Amor, felicidad, lealtad, complicidad y paz... Lo teníamos todo allí, y eran esos sentimientos los que deberían llenar siempre nuestros corazones, porque donde hay buenos sentimientos, no hay lugar para el miedo, el mal o la negatividad. *Todo saldrá bien. Lo sé.*

Oí refunfuñar a mi hijo y volví a mirar en su dirección. En aquel momento, Paulo André sacaba a Ravi del cochecito y lo acunaba en sus brazos. Mi novio le puso el bebé sobre el pecho y le besó la cabecita, rebosante de amor. Inmediatamente, el niño se calmó.

Al ver aquella escena, pensé que debía de ser por eso por lo que la gente decía que el mejor lugar del mundo eran los brazos de papá y mamá. Era la verdad más pura. Incluso podría decir más. *Creo que el mejor lugar del mundo es donde hay amor*.



Paulo André

— Hola, amigo. ¿Qué tal? — Paré mi trabajo en la oficina central para ver a João Guilherme.

— ¿Qué pasa, hermano? Te llamo para decirte que el terapeuta de la tía Verinha ha vuelto a Río. Llamó a mi madre y pidió verla, diciendo que tenía algo importante que decirle. Voy a recogerla para ir a la clínica.

— Díselo al delegado. Quería ser informado inmediatamente si el terapeuta se ponía en contacto.

— Ya le he llamado. Encontrémonos en la clínica. ¿Vienes?

— Le pediré a Dorinha que ayude a Rayssa con lo que necesite, y nos vemos allí.

— OK, nos vemos en un rato.

Salí de la oficina a toda prisa y me fui a mi habitación a cambiarme. Llamé a mi madre y le pedí que viniera también a mi casa, ya que Dorinha estaba ocupada con las tareas domésticas la mayor parte del tiempo. La señora Joyce me contestó que estaba en el mercado, pero que

bajaría en cuanto terminara de comprar. Cuando bajé, Rayssa estaba en el salón, dando el pecho a Ravi.

— ¿Dónde está Dorinha? — le pregunté.

— Salió a ayudar al chico que vino a recoger las mesas de la fiesta de anoche.

— Necesito que te cuide hasta que llegue mi madre. Voy a tener que salir.

— ¿Adónde vas?

— La terapeuta de Verinha llamó a tu mamá y concertó una cita. Dijo que tiene algo importante que decir. Voy a la clínica a encontrarme con tu hermano, la tía Helena y el diputado.

— ¡Ay, Dios mío! Yo también quiero ir. — La voz de Rayssa salió nerviosa.

— No puedes ir todavía, por la baja maternal y el bebé, amor. Pero no tardaré, te lo prometo. Espero que encontremos a Giovana y zanjemos esta historia de una vez por todas. Cuando vuelva, te lo contaré todo.

— Te lo contaré todo. — Estaba triste, y me dolió dejarla así, pero tenía que ir, por nosotros y por nuestra familia. — Cuídate.

— Te prometo que no me pasará nada. — Le di un beso, besé a Ravi en la cabeza y salí de casa.



Paulo André había salido de casa hacía más de una hora y no había vuelto a saber de él. La situación me inquietaba. Intenté pensar en positivo y creer que todo saldría bien, pero me invadió un mal presentimiento. Una enorme angustia se apoderó de mí.

Frente a mí, Ravi dormía serenamente en su cochecito. Ante mi angustia, ya había comprobado diez veces si respiraba. Dorinha estaba arriba ordenando las habitaciones y mi suegra aún no había llegado.

Inquieta, empecé a pasear de un lado a otro del salón. Por suerte, me había quitado todos los puntos de la cesárea el día anterior, antes de preparar la fiesta de João Miguel. Si no me los hubiera quitado, sin duda habría reventado alguno allí mismo.

Sonó el timbre y me sobresalté. ¿Quién podía ser? Mi suegra tenía llave de la casa y yo

no esperaba visitas. Como los guardias de seguridad no anunciaron su llegada, me di cuenta de que era alguien conocido.

— Déjame cogerla, Dorinha — grité, dirigiéndome a la puerta.

La desbloqueé y, al abrirla, todo mi cuerpo se estremeció; una sensación mucho peor que la anterior se apoderó de mí y me paralizó. La forma en que sus ojos se clavaron en los míos fue aterradora, no era normal.

— Hola, hermanita. Qué alegría volver a verte.

— ¿Qué has...?

— Pensabas que estaba muerta, ¿verdad? Pues te equivocabas. ¡Estoy aquí, vivita y coleando! ¿Me echabas de menos?

Me quedé estupefacto y atónito, incapaz de creer lo que estaba viendo y oyendo. Llevaba una maldita gorra Lacoste verde y me miraba de forma sombría. No podía ser verdad. No era real. No era...

— ¡Dios mío, esto es una locura! La situación es mucho peor de lo que imaginaba. Qué crees que estás haciendo...

— ¡Oh, Rayssinha, no seas tan dramática! Pensé que te alegrarías de volver a ver a tu hermanita. — Puso una falsa cara de decepción. — Deberías apreciarme más, ¿sabes? Soy tu única hermana.

— No, no lo eres. — dije, fingiendo calma.

— ¿Vas a seguir rechazándome? — Era una pregunta retórica. — Me da igual. ¡He sido rechazado por todo el mundo toda mi vida! ¡Este rechazo sólo me hace más fuerte!

— Voy a llamar a alguien. Necesitas ayuda.

Me giré para coger el móvil del sofá, pero ella me agarró del brazo, sacó un cuchillo enorme y me apuntó con él. Me quedé paralizada.

— No vas a ir a ninguna parte. No te acerques al móvil, zorra.

— ¡Cálmate! Deja ese cuchillo. No lo necesitas. — Intenté parecer calmado, pero fracasé considerablemente. Aun así, me desenredé lentamente de sus manos y di unos pasos hacia atrás.

— ¡No te atrevas a llamar a nadie o te atravesaré!

Sabía que no eran amenazas vacías, así que mi cuerpo tembló aún más. *No es posible que esto esté pasando.* Su mirada era diabólica y me estaba asustando de verdad.

— ¡Nuestra Señora del Perpetuo Socorro! ¿Qué está pasando aquí? — La voz aterrorizada de Dorinha llamó nuestra atención.

Miré hacia atrás y me di cuenta de que estaba junto al carrito de Ravi. En aquel momento, mi primer pensamiento fue sacar a mi hijo de allí.

— Coge el cochecito y vete de aquí, Dorinha — susurré, llorando y muerta de miedo de que le pasara algo a mi bebé.

— ¡Se queda! ¡Siéntate ahí! — ordenó, señalando el sofá, pero la pobre ni se movió porque estaba tan conmocionada como yo.

— Siéntate, por favor — le pedí, despacio y en voz baja. Sólo entonces Dorinha reaccionó y me obedeció.

— De verdad pensabas librarte de mí, ¿no? La familia perfecta, y Giovana muerta. ¡Qué maravilla! — Una risa maquiavélica desgarró su garganta. Con cada palabra que decía, me sorprendía más. — ¡Pero he sobrevivido, y nunca jamás te librarás de mí! Voy a matarte, hermanita, y luego iré a por tu cuñadita para matarla también. ¡Entonces, finalmente, Gui volverá a ser sólo mía!

Dorinha y yo no nos atrevimos a abrir la boca delante de aquella desequilibrada. Una persona con ese nivel de locura era muy peligrosa. Todavía estábamos congelados en el sitio cuando se abrió la puerta de la habitación. Paulo André, João Guilherme y mi madre ni siquiera pudieron disimular su asombro ante la escena.

— ¡Dios mío! ¡Baja ese cuchillo, Verinha! Deja en paz a mi hija.

A partir de entonces, todo pasó muy deprisa. La tía Verinha se distrajo con el grito de mi madre y, al mirarles, se vio sorprendida por el cuerpo de Paulo André que volaba hacia ella, tirándola al suelo. Con una *sincronización* perfecta, mi hermano se acercó y recogió el cuchillo que había caído al suelo.

— Llama al ayudante del sheriff y a su terapeuta. Ahora mismo. — gritó P.A., y Gui sacó rápidamente el móvil del bolsillo para hacer la llamada.

Unas horas antes,
en la clínica psiquiátrica de Vila Verde...

— Quiero dejar claro que me puse en contacto con el Consejo de Psicología y, de acuerdo con mi Código Ético y porque me di cuenta de que el estado médico de Vera Lúcia podía suponer un riesgo para la vida de otras personas, me autorizaron a comunicar esta información a las partes implicadas. Sin embargo, antes de que pudiera tomar ninguna medida, recibí una llamada telefónica sobre el estado de salud de mi madre, que había sufrido un derrame cerebral y necesitaba una intervención quirúrgica urgente y arriesgada.

Por el tono de urgencia de la voz del psiquiatra, me di cuenta de que se avecinaba algo muy grave.

— Los médicos sólo podían operarla con mi autorización, ya que soy su único hijo vivo y

su tutor, así que me apresuré a ir a Aracaju para resolver el asunto. Nervioso por lo delicado de la situación, ni siquiera me acordé de volver a encender el móvil al bajar del avión y, desde dentro del hospital, mi operador rara vez funcionaba. Después de arreglar las cosas con mi madre, volví lo más rápido que pude para ponerme en contacto con usted y, nada más llegar, la secretaria de la clínica me dio su mensaje. — En ese momento, el Dr. Júlio se dirigió directamente a la tía Helena.

— Por Dios, hable pronto, doctor. Mi corazón está a punto de salirse por la boca. — Mi suegra expresó lo que todos sentíamos.

Estábamos en la sala donde trataban a Verinha. La tía Helena se sentó frente al terapeuta, que estaba en su escritorio; João Guilherme, el delegado y yo optamos por estar de pie.

— Hace seis meses, noté un cambio significativo en el comportamiento de Vera Lúcia. Después de un tiempo de tratamiento, parecía tener la mente más centrada y haber asimilado la muerte de su única hija, Giovana. Durante algunas semanas, incluso consiguió engañarme, ya que pensé que su salud emocional estaba mejorando de verdad. Mostró un cambio significativo, demostrando una evolución en su estado emocional. Sin embargo, poco a poco, me di cuenta de que había desarrollado un nuevo trastorno, causado por sus antiguos y recientes traumas.

El único sonido en la sala era la voz del Dr. Júlio, mientras intentábamos asimilar toda la información lo mejor posible. Por la tensión que se respiraba en el ambiente, nos dimos cuenta de que algo muy grave estaba ocurriendo.

— Vera Lúcia había desarrollado un Trastorno Disociativo de la Personalidad (TDP). Se caracteriza por un cambio en la identidad en su conjunto, no sólo en el estado de ánimo o la personalidad.

— Doctor, ¿puede simplificarlo para que entendamos lo que esto significa en la práctica? — preguntó João Guilherme, adivinando lo que yo estaba pensando. Yo no entendía nada, porque nunca había oído hablar de esta enfermedad.

— Es un trastorno psicológico grave, también llamado de doble personalidad. El paciente tiene dos o más personalidades, cada una con sus propios recuerdos, preferencias, sentimientos y comportamientos.

— ¡Piedad! Dios mío, ¿por qué le está pasando esto a mi amiga? — exclamó la tía Helena.

— ¿Exactamente a qué tendremos que enfrentarnos? — preguntó el delegado.

— Este trastorno suele crear confusión en el cerebro, por lo que el paciente tiende a sentir la necesidad de refugiarse del dolor en otras personalidades. Aparecen espontáneamente, como si hubiera un arsenal de ellas viviendo dentro de un solo ser humano.

En ese momento, mi suegra no pudo contener las lágrimas. João Guilherme se acercó y puso la mano en el hombro de su madre en señal de apoyo.

— Vera Lúcia lleva años en terapia conmigo y al principio me contó que llevaba mucho tiempo guardando un trauma de la infancia. Dijo que sólo lo compartía con su mejor amiga, Helena. — La terapeuta señaló a mi suegra antes de continuar. — Un tío abusó sexualmente de Vera cuando aún era una niña. El violador amenazó con matarla a ella y a sus padres si decía algo. Como el hombre era capaz de violarla, Vera creyó que también sería perfectamente capaz de acabar con su vida y la de su familia, así que se quedó callada.

El Dr. Júlio interrumpió su relato unos instantes cuando el llanto de mi suegra se intensificó. Se levantó rápidamente y cogió un vaso de agua y un pañuelo para dárselo.

— La ofensa se prolongó durante años, hasta que un día, ya mayor, se enfadó y golpeó a su tío en la cabeza con una estatua de bronce que tenía en casa. El hombre sufrió una grave hemorragia cerebral, estuvo mucho tiempo en coma y sobrevivió, quedando en estado vegetativo permanente. Según los relatos de la paciente, sus padres murieron sin saber lo que había ocurrido realmente.

— ¡Dios mío! Mi amiga sufrió mucho en esta vida. — Mi suegra sollozó, João Guilherme la abrazó por detrás y se marchó.

— Nunca lo superó. Años de asesoramiento ayudaron a Vera Lúcia a vivir con ello sin sufrir ni culparse, pero las cosas empeoraron cuando su hija murió en aquel accidente.

— Ni siquiera sabemos si murió de verdad, doctor — le dije.

— Sí, murió. Y, en mi opinión, el acontecimiento que desencadenó el TDI de mi paciente fue cuando supo que habían encontrado el cadáver de su hija.

— ¿Cómo? — João Guilherme fue el primero en hablar.

— Puede que lo haya entendido mal, doctor — le dije al psiquiatra, pero luego miré al adjunto. — ¿Cómo encontraron el cuerpo de Giovana y nunca nos enteramos?

— No me mires así, muchacho — me reprendió el diputado y, en ese momento, me di cuenta de que él tampoco lo sabía. — Esto es algo que hay que investigar, porque no está en el expediente del caso. Nunca recibí esta información. Es probable que el cuerpo se lo llevara la corriente y, cuando llegó a otro distrito, la policía sólo informó al tutor de la víctima. Pero eso lo discutiremos más tarde. Estamos aquí para escuchar al doctor.

— Así que... Al principio, tras recibir esta noticia, Vera se asustó. Pensé que como ya no tenía esperanzas de encontrar a su hija con vida, aceptaría los hechos y mejoraría su estado psicológico, pero ocurrió lo contrario.

— Tiene mucho sentido. Perder la esperanza de que Giovana estuviera viva fue un shock para Verinha. Sería un shock para cualquier madre — comentó la tía Helena.

— El trastorno de Vera Lucia es poco frecuente. Su caso está siendo estudiado por mí y por un equipo multidisciplinar de profesionales cualificados, porque hasta ahora los otros pacientes que tratábamos con doble personalidad eran casos más comunes. Los individuos

adquirían personalidades inventadas por sus propias mentes. Sin embargo, Vera adoptó la personalidad de una persona real: Giovana, su hija muerta.

— ¿Cómo? — preguntamos João Guilherme y yo al unísono, conmocionados. De hecho, todos en la sala estábamos perplejos ante esta información.

— Eso es lo que habéis oído. La paciente Vera Lúcia suele adoptar la personalidad de su hija. Así que cualquier evento que le dio la impresión de que Giovana estaba vivo era en realidad obra de Vera. Quiero dejar claro que mi paciente es inocente. No puede ser considerada responsable de los actos de su otra personalidad, ya que era inconsciente de sus actos y necesitaba tratamiento. En este caso, encerrarla no solucionará nada. — El terapeuta fue categórico al defenderla.

— Dios mío, no puedo creerlo. Esto sólo puede ser una pesadilla. — Fue mi suegra la que comentó, pero todos estábamos incrédulos.

— ¿Puede explicárnoslo mejor? — preguntó João Guilherme.

— Claro que sí. Vera Lucia es diestra, amable, le encantan sus amigos, la música clásica y la jardinería. Su otra personalidad, Giovana, es zurda, le gusta escuchar música rock, es libertina, extrovertida, vengativa y está obsesionada con su ex novio. — El Dr. Júlio señaló a Gui. — La paciente ha asumido ambas personalidades, pero cada una está presente en un momento concreto y puede revertirse en un solo día o en un periodo de tiempo más largo. Usted puede haber estado con ella mientras adoptaba la personalidad de Giovana, pero no haberse dado cuenta. Para nosotros, es más fácil de identificar, ya que la paciente tiene lagunas de memoria cuando vuelve en sí.

Hubo un largo momento de silencio, respetado por el psiquiatra. Comprendió que necesitábamos ese tiempo para asimilar tanta información.

— En sus momentos de lucidez, Vera me contó la historia de su hija. A partir de ahí, empecé a preguntarme si su otra personalidad podría ser un riesgo para alguno de ustedes. Tras mucho investigar y reflexionar, decidí actuar. Sí, estabais en peligro.



Si alguien me hubiera dicho que pasaría por una situación así, nunca lo habría creído. Muchas veces, en los últimos meses, Verinha había participado en nuestra vida cotidiana, y nunca sabíamos cuándo era realmente ella o la personalidad de Giovana creada por su mente.

Por lo que nos explicó el psiquiatra, pasamos por momentos muy peligrosos, porque una vez que su mente había sido tomada por la personalidad de su hija, Verinha sería capaz de

cometer las mismas locuras que Giovana.

Aclaramos las cosas, pero seguíamos sin tener una solución. Aunque era un alivio saber que Giovana seguía muerta, no podríamos estar tranquilos hasta que apareciese Verinha. Ante esta situación, el delegado aconsejó al terapeuta que, si la paciente se ponía en contacto, actuara con naturalidad, averiguara dónde estaba y se pusiera en contacto con las autoridades inmediatamente.

Desgraciadamente, Verinha necesitaba ser hospitalizada lo antes posible. Mi suegra preguntó si había cura para su problema, y el terapeuta explicó que el tratamiento de este trastorno incluye normalmente el seguimiento con un psiquiatra, psicoterapia y, si es necesario, el uso de medicación para controlar los síntomas de ansiedad y depresión. Según él, aunque no hay cura, es posible lograr una asociación armoniosa entre las personalidades y un mejor equilibrio de comportamiento, lo que permite al paciente llevar una vida casi normal.

El caso de Verinha necesitaría ser estudiado con mayor rigor y detalle. Mientras tanto, el Dr. Júlio nos recomendó que mantuviéramos las distancias con ella, ya que su otra personalidad suponía un gran peligro para nuestra familia, al menos hasta que consiguieran hospitalizarla.

Salimos de la clínica en silencio, sumidos en nuestros pensamientos. Todo era demasiado surrealista, así que cada uno de nosotros necesitaría tiempo para asimilar la información. João Guilherme llamó a Melinda y le pidió que viniera a mi casa con Adriano. La idea era contarles a ella y a Rayssa lo que estaba pasando.

El delegado se despidió de nosotros en el aparcamiento de la clínica, diciéndonos que iba a investigar por qué no le habían informado de la aparición del cadáver de Giovana. Gui le pidió que investigara la veracidad de esta historia, ya que podría tratarse de una invención más de Verinha. Acordamos mantenernos informados entre nosotros y al delegado.

Nos separamos en el aparcamiento; yo fui a mi coche, Guilherme y la tía Helena fueron al suyo. Minutos después, llegamos juntos a mi casa. Al abrir la puerta, se me heló la sangre. Verinha estaba de pie en medio de mi salón con un cuchillo apuntando a Rayssa y Dorinha, ambas con caras de terror. Para colmo, Ravi dormía en la misma habitación.

Momento presente

— ¿Qué está pasando? *¡Suéltame!* ¿Qué pasa, hijo mío? ¿Qué estoy haciendo aquí? — Verinha me miró, asustada y confusa.

Su expresión había cambiado en aquel momento. Fue aterrador notar la diferencia, como si realmente estuviéramos frente a dos personas diferentes. La mirada de Verinha, siempre dulce

y tranquila, minutos antes estaba llena de perversidad.

Después de conocer la verdad sobre su trastorno, fue posible notar las características y señales que el Dr. Júlio nos había presentado. Aun así, nos aconsejó que no nos arriesgáramos, porque la personalidad de Giovana era cínica y manipuladora, por lo que podría estar fingiendo tenernos en sus manos. Con eso en mente, en vez de dejarla ir, ayudé a Verinha a levantarse del suelo.

— Tía, regístrala, por favor. A ver si tiene más armas — le pedí a mi suegra, que abrazaba a Rayssa.

No quería registrarla ni pedirle a João Guilherme que lo hiciera, porque tenía miedo de que se sintiera violada. Era terrible tratarla así, como a una delincuente, sobre todo después de conocer su pasado, pero no podíamos olvidar el episodio del acoso. Aunque era inocente, Verinha se convirtió en un peligro para nosotros.

Mi prometida parecía sorprendida, así que antes de acceder a mi petición, la tía Helena volvió a abrazar a su hija, que seguía sentada en el sofá, y se acercó para registrar a su amiga.

Mientras Helena registraba la ropa de Verinha en busca de armas u otros objetos peligrosos, las dos lloraban mucho. No sabíamos qué personalidad tenía delante, pero no paraba de preguntar qué pasaba.

— No hay nada. — informó la tía Helena, devastada y aliviada a la vez.

— ¿Qué pasó, Helena? No entiendo nada. ¿Por qué me hacen esto?

— Cálmate, Verinha. El Dr. Júlio viene para acá y va a hablar contigo. Cálmate, todo está bien.



Melinda y mi madre llegaron juntas a mi casa, y unos minutos después llegaron también el diputado Nascimento y el Dr. Júlio.

El terapeuta pidió quedarse a solas con Verinha para poder hablar. Nos aseguró que ella estaría segura en su compañía, y nosotros también, aunque la personalidad de Giovana volviera a aflorar. Las mandé a las dos a la habitación de invitados y volví al salón.

Rayssa seguía sentada en el sofá, abrazada a su madre. Mi prometida seguía en estado de shock, así que me senté a su lado e inmediatamente se lanzó a mis brazos.

— Ya ha pasado todo. Nos pondremos bien. — Le besé la cabeza y suspiré, agotado mental y físicamente.

— Sigo sin entender qué ha pasado aquí. — Su voz sonó grave.

— Se lo explicaremos todo.

Le contamos toda la historia que nos había contado el psiquiatra y, al igual que a Rayssa, a Mel y a mi madre también les sorprendió la verdad. Era otro asunto más que tendríamos que superar, incluida la necesidad de ir a terapia.

No sabría decir cómo me sentía. ¿Aliviada? Ciertamente, sí, pero no exactamente feliz. Me tranquilizaba saber que habíamos descifrado la historia y que Giovana ya no sería una amenaza para nosotros, sobre todo una vez confirmado que el cadáver encontrado era realmente el suyo. Sin embargo, fue triste ver el estado psicológico en que se encontraba Verinha y todo lo que ya había afrontado y afrontaría a partir de entonces.

Sin embargo, a pesar de los últimos acontecimientos, no la abandonaremos. Estaba enferma y necesitaba tratamiento, por lo que haríamos todo lo posible para que Verinha pudiera gestionar bien su trastorno, manteniendo su tratamiento psiquiátrico y teniendo a su lado a personas que la querían.



Rayssa

Un mes después

La mente humana era capaz de hacer cosas que nunca entenderíamos; cada uno con su peculiar forma de afrontar el dolor y de ver el mundo. No siempre seremos capaces de entender estas particularidades.

La lección que he aprendido de todo lo que nos ha ocurrido recientemente es que debemos ser francos y cuidar nuestras heridas con esmero, porque si nos limitamos a seguir adelante, ocultando nuestro dolor, un día las heridas se abrirán y nos cobrarán un precio muy alto.

Tras investigar más a fondo, el diputado descubrió que el cadáver hallado meses atrás era en realidad el de Giovana. Había sido arrastrada por la corriente hasta otro municipio, y cuando llamaron a la policía local y realizaron los trámites para reconocer el cadáver, informaron a su

madre.

Aun así, se estaba investigando la negligencia que hizo que no se avisara al policía responsable de nuestro caso. Pero, sinceramente, me sentía tan feliz de que el problema se hubiera resuelto que ni siquiera me importaba ese detalle. En aquel momento, teníamos algo más importante en lo que trabajar: la gran misión de cuidar de la mente y el corazón de la tía Verinha.

Después de que el Dr. Júlio hablara con ella y le contara con detalle los últimos acontecimientos y lo que pasaba por su mente, casi suplicó que la hospitalizaran porque quería ser tratada y controlar su trastorno de personalidad.

Mi madre siguió todo muy de cerca y, desde entonces, ha podido ver la evolución del estado de su amiga. Según el psiquiatra, su caso no es curable, pero puede controlarse hasta cierto punto con la ayuda de psicoterapia y la medicación adecuada. Así que la tía Verinha consiguió mantenerse bien.

Mi madre visitaba a su amiga todas las semanas, a veces incluso más de una vez en la misma semana; y siempre que era posible, João Guilherme, Melinda, Paulo André, mi padre o yo la acompañábamos en estas visitas. No queríamos que la tía Verinha se sintiese abandonada por su condición psiquiátrica; al contrario, queríamos que nuestra ayuda y cariño la hiciesen sentir cada vez más acogida, haciendo menos presente la personalidad enferma de Giovana.

El Dr. Júlio nos dijo que esta otra personalidad seguía manifestándose y, cuando esto ocurría, intentaban trabajar como si, en ese momento, la terapia fuera para Giovana. El psiquiatra nos explicó que es poco probable que esta segunda personalidad abandone a la tía Verinha. En este caso, el objetivo era hacer de ella alguien mejor, para que la tía Verinha pudiera convivir bien con sus dos personalidades, sin causar daños a sí misma o a los demás.

Concretamente en la manifestación de la personalidad de Giovana, mi tía se convirtió en una persona mezquina y arrogante que maldecía, manipulaba y trataba mal a todos los que la rodeaban; incluso supimos que un día intentó agredir a una de las enfermeras. Pero, en general, las cosas habían ido bien en el tratamiento.

Después de todo esto, empecé a interesarme por el tema e incluso quise estudiar psicología. Decidí estudiar Derecho, que era mi pasión, y luego estudiar esta otra área, más por conocimiento y, sin duda, para ayudar a quien lo necesitara.

El caso de la tía Verinha despertó tanto mi curiosidad por el TDI que decidí investigar sobre el tema. Empecé viendo la película Fragmentados y tuve una introducción al trastorno. En esta historia de ficción, el protagonista tiene 23 personalidades. Mientras investigaba, cogí algunos libros y los leí, entre ellos El doctor y la bestia, escrito por Robert Louis Stevenson y publicado en 1886. Me gustó mucho.

Sólo con investigar el tema, descubrí que este trastorno se había estudiado durante décadas, aunque seguía habiendo incoherencias sobre su origen y funcionamiento en la mente

humana. Algunos estudiosos señalaban que una de las causas más frecuentes eran los traumas infantiles.

Otro clásico de la literatura que me llamó la atención fue Psicosis, un libro escrito por Robert Bloch. Este libro fue adaptado al cine por el maestro del terror, Hitchcock. No sólo leí el libro, sino que fui a ver la película y me pareció increíble. En la película, el protagonista tenía una extraña relación con su madre. En el libro, los celos, la posesividad y el maltrato psicológico eran frecuentes en la infancia de Norman. Lo que descubrí al final fue impactante y me hizo sentir aún más curiosidad por el tema, ya que era muy similar al caso de la tía Verinha.

Ver o leer sobre el TDI me permitió comprender mejor algunas de las cosas que rodeaban el comportamiento de la tía Verinha. Una de ellas era el hecho de que el personal de la casa había encontrado a la amante durmiendo en la habitación de Giovana en numerosas ocasiones. A través de antiguas grabaciones de las cámaras de seguridad, antes de que fueran apagadas, la policía también obtuvo imágenes de ella vestida con la ropa de su hija, moviéndose por la casa con normalidad.

Estas cosas ocurrían casi siempre por la noche, después de que los empleados se hubieran marchado. Sin embargo, el día que vino a mi casa, llevaba la gorra verde que Giovana le había quitado a mi hermano, así como sus propios pantalones y blusa. Las imágenes de las cámaras eran extrañas, porque se veía claramente a la tía Verinha comportándose como Giovana. Sus modales, su mirada, todo era igual. Aterrador y fascinante.

No podía dejar de leer sobre ello. Y uno de los casos que más me impactó fue el de la mujer que tenía diez personalidades. Se quedó completamente ciega hace 13 años y visitó por primera vez la clínica psiquiátrica del médico alemán Bruno Waldvogel, acompañada de su perro guía. En el artículo que leí, publicado en *el PsyCh Journal*, se contaba que, con cada manifestación espontánea de sus personalidades, la paciente adoptaba un nombre, una edad, un sexo, una actitud y un temperamento diferentes; en algunos casos, incluso hablaba idiomas distintos. Sin embargo, lo más sorprendente fue cuando, en la cuarta consulta, recuperó la vista encarnando la personalidad de un adolescente.

Leer sobre el tema me obsesionó un poco, tanto porque me fascinaban los misterios de la mente como porque quería encontrar la forma de ayudar a la tía Verinha.

En una de nuestras visitas, mi madre y yo llegamos a la clínica después de comer. Era sábado y había dejado a Ravi al cuidado de Paulo André. Ninguna de las veces que fuimos a visitar a la tía Verinha tuvimos el disgusto de encontrarnos con su segunda personalidad, gracias a Dios. Tuvimos nuestra parte de Giovana mientras vivía y eso fue suficiente.

La tía Verinha parecía estar bien. Su mirada serena, como solía ser, acompañó su lucidez durante la conversación que mantuvimos durante un buen rato.

— Es difícil darse cuenta de que no tengo control sobre mí misma. Si tuviese el poder de

controlar la otra personalidad, ciertamente impediría que se manifestase. Por favor, créeme, Helena. Estoy sufriendo y sintiendo vergüenza. Echo de menos a todo el mundo, pero me doy cuenta de que mi lugar ahora está aquí; al menos hasta que me sienta segura y el terapeuta me dé el alta. Es lo mejor para todos — dijo la tía Verinha con lágrimas en los ojos, haciendo llorar también a mi madre.

Me contuve, porque quería que creyera que todo iba bien entre nosotros. Debía de ser malo para ella sentirse culpable por las cosas que hacía cuando estaba fuera de sí.

— Creo en ti, amiga mía, y sé que juntas encontraremos la manera de superar esto. Sabemos que nada de esto es culpa tuya — la consoló mi madre.

— Tenía muchas ganas de contener esta personalidad maligna, porque cuando se apodera de mí, no sólo pierdo el tiempo, sino también la conciencia y, a menudo, la dignidad — la tía Verinha continuó con su arrebato.

— No te castigues, tía. Estás aquí por tu propia voluntad, y eso demuestra tu carácter y tu preocupación por todos nosotros, porque estás renunciando a tu libertad. Te queremos y siempre estaremos a tu lado. Así que concéntrate en ponerte bien.

Aquellas visitas eran siempre dolorosas, porque ver la vulnerabilidad y la culpa en los ojos de la tía Verinha nos dolía. Sin embargo, teníamos que darnos cuenta de que la vida no siempre iba a ser bonita.



Cuando llegué a casa, encontré a Paulo André dormido en nuestro dormitorio con Ravi durmiendo sobre su pecho. En cuanto entré en la habitación, mi novio se despertó, puso al bebé a su lado en la cama y se levantó.

— ¿Cómo ha ido ahí dentro? — preguntó en voz baja para no despertar a nuestro hijo.

— Triste, pero necesario. Los médicos intentan disciplinar la personalidad maquiavélica de Giovana para que, tal vez, la tía Verinha pueda continuar su tratamiento desde casa.

— Todo irá bien, pequeña. — P.A. me acarició la mejilla y luego me dio un largo beso.

— Me lo creo de verdad. — Mostré toda mi confianza en días mejores. — ¿Y cómo van las cosas por aquí? Espero que el pequeño se haya portado bien.

— Nuestro hijo es un ángel, al fin y al cabo me ha llevado en volandas. — Mi prometido sonrió con su cara de tonto, pero luego se puso más serio. — Te echamos de menos. El silencio

de tu ausencia nos molesta demasiado.

— ¿Todo esto es para que no vuelva a salir y deje a Ravi a tu cuidado? — Me burlé de él y los dos nos reímos. — Te quiero. Gracias por ser tan maravilloso conmigo y con nuestro hijo.

Paulo André y Ravi lo eran todo para mí. El efecto que tuvieron sobre mi cordura fue tan grande que volví a casa con el corazón apretado, pero cuando los vi esperándome, mi mundo volvió a ser inmediatamente hermoso y feliz.

— Yo también te quiero, enano.



Todo en mi vida podía estar patas arriba, pero si había algo que siempre funcionaba a la perfección era mi libido.

Paulo André y yo llevábamos poco más de un mes sin sexo. Y aunque mi mente estaba distraída por la cantidad de cosas que habían pasado de golpe, mi traviesa Rayssinha seguía en alerta. El día exacto en que cumplí 30 días sin sexo, ella comenzó a molestarme. La calentura de Paulo André tampoco me facilitó la vida. Dormía sólo en calzoncillos y, encima, siempre me pinchaba mientras dormía.

Premeditando el crimen, le di el pecho a Ravi a medianoche y lo puse en la cuna de su propia habitación.

— Mamá quiere hacer ruido esta noche, mi amor. Así que vas a dormir aquí un ratito — le dije a mi hijo mientras lo ponía en su cuna.

Cogí el vigilabebés, encendí la lámpara, apagué la luz y cerré la puerta de su habitación. A partir de ese momento, me invadió toda la ansiedad y el deseo de tener a mi niño grande dentro de mí. Tendríamos hasta las 3 de la madrugada, que era cuando Ravi solía despertarse de nuevo para mamar.

Fui al baño de mi suite para vestirme, ya que me estaba preparando para darle a Paulo André una noche temática. Melinda, Andressa y yo habíamos ido a una tienda de disfraces y cada una había elegido el suyo: mi cuñada había elegido un disfraz de mujer policía y mi amiga uno de colegiala. Ese día, a nuestros hombres les esperaba una deliciosa sorpresa. Al fin y al cabo, *"todo el mundo espera algo un sábado por la noche*[28]*"*.

Me hice una coleta alta en lo alto de la cabeza, me apliqué mucho eyeliner y gloss y me puse rímel al estilo de la tía[29] — este personaje no era de mi época, pero salía mucho en mis investigaciones sobre fantasías sexuales. Mi atuendo consistía en un corpiño de cuero negro, bragas negras de encaje con tanga alrededor de las nalgas y muy escotadas por delante; como accesorios, botas negras de cuero hasta la rodilla, guantes negros y un látigo.

— Un placer, dominatrix. *¡Qué rico!* — bromeé, felicitándome ante mi reflejo en el espejo.

Paulo André aún no había salido de su despacho, pero sabía que Ravi dormía a esas horas, así que estaba segura de que no tardaría en llegar a su habitación. Dicho todo esto, oí abrirse la puerta de nuestro dormitorio mientras me daba los últimos retoques, aplicándome unas gotas de perfume en el cuerpo.

— Rayssa, ¿está Ravi ahí contigo?

En lugar de contestar, sonreí a mi reflejo en el espejo y, sintiéndome maravillosa y completamente preparada, abrí la puerta del baño.

— ¡Hostia puta! Estás... ¡jodidamente buena! — Se quedó boquiabierto.

— Sí, ya lo sé. Ahora cállate y bésame antes de que tenga que castigarte.

Me abalancé sobre él y le besé hambrienta. Paulo André me agarró por el culo y me apretó contra su cuerpo. Caminé con él hasta que lo tuve sobre la cama.

— ¡Túmbate ahí y obedéceme! — le empujé. — No me hagas usar el látigo contigo.

P.A. me miró fijamente, mostrando lo excitado, conmocionado y asombrado que estaba, todo a partes iguales.

Me senté sobre su polla y me di la vuelta, arrancándole un gemido. Luego me tumbé parcialmente sobre él y le besé con fiereza. Nuestras bocas se tragaban mutuamente, llenas de deseo y anticipación, mientras gemidos escapaban de nuestras gargantas. Su mano recorrió todo mi cuerpo, haciéndome desear tenerlo dentro de mí.

Le besé la barbilla, el cuello y el pecho hasta que llegué a la cintura de sus pantalones. Me agaché y le saqué la polla sin miramientos. Se la chupé con avidez, masturbándola con avidez. Mis labios se deslizaron casi hasta la base de su polla, tragando todo lo que pude, y luego mi lengua recorrió su glande, haciendo movimientos precisos. Paulo André, muy excitado, me sujetaba el pelo con fuerza y alentaba mis movimientos.

— ¡Joder! Así me voy a correr muy rápido. — Su voz sonó aún más gruesa y ronca por el placer.

— Así que te vas a correr en mi boca, ¡y me lo voy a tragar todo! — Dejé salir mi personalidad traviesa, porque a Paulo André le encantaba oírme hablar sucio.

— ¡Carajo! — gimió. — ¡Chica traviesa!

Unos segundos después, mientras me tragaba su polla caliente, se corrió, llenándome la boca con su semen.



No podía encontrar una palabra que se acercara a describir lo sexy y perfecta que se veía Rayssa en esa fantasía. Y cuando me dominó sobre la cama y puso su boca sobre mi polla, supe que no tardaría en correrme. Hacía más de un mes que no teníamos sexo, y me sentía a punto de explotar, pero esperé a que se sintiera realmente bien.

Que tendríamos sexo ese día, me lo esperaba — porque mi niña estaba buena — y los dos lo deseábamos mucho, pero fue una sorpresa encontrarla fantaseando.

Yo casi me volvía loco deseando correrme dentro de ella, pero después de tanto tiempo sin sexo, acabé corriéndome mientras ella me la chupaba. Aun así, Rayssa siguió hasta que se me puso dura de nuevo. Cuando volví a tenerla dura, se dispuso a sentarse sobre mi polla. Nuestra angustia y necesidad mutua eran mutuas, pero no quería precipitarme. Mi mujer tendría la noche que se merecía. Así que la detuve.

— ¡Cálmate, princesa! Un buen jugador besa el terreno de juego antes de saltar al campo. — Antes de que pudiera decir nada, invertí nuestras posiciones y me puse encima. — Te voy a dar polla. ¿Quieres polla? — Ella asintió, jadeando. — Pero primero voy a hacerte gritar y correrte en mi boca.

Desesperadamente cachonda, Rayssa tiró de mí para darme otro beso hambriento. Casi

nos habíamos quedado sin aliento cuando la solté de la boca y seguí besándola por toda su piel hasta llegar a su delicioso y meloso coño.

Pasé ligeramente la punta de la lengua por su clítoris y luego lo chupé suavemente, deslizando un dedo en su interior. Rayssa gimió y se retorció, sujetándome la cabeza para estimular mis movimientos. No paré hasta que sentí sus espasmos. Su cuerpo tembló y se arqueó bajo el mío, y ella gritó, corriéndose en mi boca.

Cuando el último espasmo golpeó su cuerpo, me coloqué encima de ella y penetré su coño caliente, centímetro a centímetro. Inmediatamente, me apretó y me tragó completamente dentro de ella. *¡Joder! Este es sin duda mi lugar favorito en el mundo.*

Intenté ser paciente y cuidadoso, pues aún tenía un poco de miedo de hacerle daño debido a la reciente cesárea, pero cuando ella tiró de mi culo con su tacón, llevándome más adentro de su coño, perdí el control y empecé a empujar fuerte y profundo, tal y como ambos queríamos.

Nuestros gemidos resonaron en la habitación. Yo la penetraba sin descanso, y ella se movía al mismo ritmo. *¡Joder! No voy a durar mucho.* Di gracias al cielo en cuanto sentí que su coño apretaba mi polla.

— Necesito correrme — susurré. — Córrete conmigo, nena. Cómete en la polla de tu hombre.

Ese fue el final para los dos. Rayssa gritó y me arañó la espalda mientras se corría, y yo me solté con ella.



El domingo vinieron a casa familiares y amigos. Ravi había cumplido un mes a mediados de semana, así que decidí celebrarlo ese día para que todos pudieran ir. Hicimos una barbacoa para comer y también montamos una mesa sencilla —con tarta, dulces y cupcakes — con el tema

de Flork[30]. Además del muñequito de la tarta, no podía faltar la frase: un mes de vida y ya doy órdenes a papá y mamá.

Mientras mi padre y mi suegro se ocupaban de la barbacoa, mi madre, mi tía Joyce y Dorinha se quedaron en la cocina, preparando las guarniciones de la barbacoa.

Paulo André, João Guilherme y Henrique bebían cerveza en una mesa contigua a aquella en la que yo charlaba con Melinda, Andressa, Roberta, Celina y Clara. No paraban de hablar, gesticular y reír a carcajadas.

— Los chicos parecen felices y relajados hoy. No paran de sonreír. Hacía tiempo que no los veía así, sobre todo a mi novio y a mi hermano. Me pregunto por qué. — Mi sarcasmo encendió a las otras chicas.

— No tengo ni idea. Por cierto, Gui no debería estar tan contento, ayer le dio una paliza una policía muy desagradable —añadió Melinda con picardía.

— Henrique sí que está contento y orgulloso, porque ayer me dio unas clases estupendas. Aprendí los fundamentos de la anatomía humana en una sola noche. — Nos reímos.

— Mi intento de dominar a Paulo André no funcionó muy bien; pronto fui yo la dominada. Aun así, mereció la pena. ¡Por fin se acabó la sequía! Gracias, Dios — bromeé.

— Sois tres traviesas — comentó Celina, riendo.

— Son creativas, eso está claro. Incluso creo que deberíamos unirnos. — Clara siempre ha sido más suelta que Celina. Mi amiga se puso roja de vergüenza.

— ¿Podéis dejar de decir guarradas? ¡Respetad a la mujer soltera! Ya no sé ni lo que es el sexo — se lamentó Roberta.

— ¡Porque eres tonta! Vi los ojos de Adriano puestos en ti la última vez que nos juntamos — comentó Andressa, y Roberta sonrió divertida.

— Creo que no he aprendido a tener citas. No sé, chicos. Tengo miedo de volver a romperme la cara. Aparte de todo, es agotador volver a empezar... Conocer a alguien, reconocer si vale la pena... Y también está el asunto de Luiz Felipe, que ahora se ha convertido en un perro y siempre está detrás de mí, pidiéndome que vuelva — dijo Roberta con tristeza.

— Bueno, intenta aprender de nuevo. ¡El sexo es vida, compañera! — intenté animarla. — Claro que tienes que ser prudente. No tienes que embarcarte en una relación enseguida, pero puedes y debes disfrutarla. No conocemos muy bien a Adriano, pero sabemos que tiene un

expediente limpio y buena conducta. Mi hermano nunca pondría a alguien de dudosa fiabilidad a cargo de la seguridad de Melinda.

— Estoy de acuerdo con Rayssa. — Mi cuñada ayudó. — Incluso te conseguiré su número de teléfono.

— Andressa dice que lo vio mirándome, pero no me di cuenta.

— Realmente lo hice. Mi antigua carrera como puta me ha dejado un agudo sentido de la coquetería. No me pierdo nada. Este hombre te desea, amiga. ¡Ve a por él!

— Escucha a Andressa, ella sabe de lo que habla. Un ex pirata nato nunca se equivoca — bromeé.

— Y Adriano fue discreto, porque es muy profesional, Roberta. Estaba siendo cauteloso, después de todo, estaba trabajando. Ahora ya no trabaja para nosotros, las cosas han cambiado — afirmó Melinda, animando a nuestra amiga.

— Así que está decidido. Te conseguiremos su número de teléfono. O no me llamaré Rayssa — declaré emocionada, ideando ya un plan para juntarlos a los dos.



Rayssa

Cinco meses después

— ¡Estás absolutamente maravillosa, hija mía! — Mi madre contenía las lágrimas mientras las dos mirábamos mi reflejo en el espejo de mi antigua habitación en su casa.

— Gracias, mamá. Me siento realmente estupenda, pero no por mi aspecto ni por mi caro y exclusivo vestido de novia, sino por las cosas que ningún dinero puede comprar. Me siento maravillosa porque hoy voy a hacer realidad un sueño de adolescente, casarme con el hombre de mi vida; el hombre al que siempre he amado, mi mejor amigo y el padre de mi hijo.

— Lo sé, mi amor. — La Sra. Helena dejó de luchar contra las gruesas lágrimas que insistían en correr por su rostro.

— No llores, mamá, o acabaré llorando yo también y me mancharé el maquillaje. — Me volví hacia ella, le sequé las lágrimas y la abracé con fuerza.

— Ningún logro personal me haría sentir más realizada que verte a ti y a tu hermano bien encaminados en la vida, felizmente casados y criando a mis nietos en hogares amorosos. Augusto y yo hemos cumplido nuestra misión. — Ella se alejó de mí. — Hice decir una misa por la memoria de Leticia, porque sentía este deseo en mi corazón. Me gustaría que tú, Ravi y Paulo André asistieran. Necesito agradecerle a ella y a Dios por esta realización que estoy sintiendo, después de todo, fue ella quien me dio a ti, hija.

Los dos perdimos la guerra ante el torbellino de emociones que sentíamos y lloramos juntos.

— No te preocupes, mamá. Estaremos ahí. — Besé su mejilla y sequé nuestras lágrimas.

— ¿Puedo pasar, chicas? — sonó la voz de mi padre, acompañada de suaves golpes en la puerta.

— Por supuesto, mamá. Pasa, papá.

Dirigí mi atención hacia la puerta y me coloqué de modo que pudiera verme con mi vestido de novia.

— ¡Dios mío! — Parecía sorprendido. — Rayssa, estás... ¡preciosa! Es la foto más bonita que he visto nunca.

Los ojos del señor Augusto brillaban de admiración y, una vez más, no pude contener las lágrimas. *¡Oh, mierda! Menos mal que el maquillaje es resistente al agua.*

— Gracias, papá. Estoy muy contenta. — Se me entrecortó la voz.

— Yo también, niña. Es más, estoy orgulloso de ti y de tu hermano. Es tan fácil ser tu padre; soy tan feliz. — También le temblaba la voz. — Doy gracias a Dios por estar lo bastante sano para vivir este momento contigo.

— ¡Basta de lágrimas! Vamos, Augusto. ¡Es hora de casar a nuestro bebé! — Mi madre se animó, secándose las lágrimas, y nos pusimos de acuerdo.



Cuando el coche en el que iba pasó por delante de la iglesia de Nuestra Señora de Penha, casi se me sale el corazón por la boca. Carlos aparcó un poco más adelante, mi madre bajó para unirse a los demás; mi padre y yo nos quedamos en el vehículo. Las ventanillas del *Rolls Royce Phantom* — el nuevo juguete de mi padre — estaban muy oscuras, así que nadie podía vernos. Sin embargo, desde donde estábamos, pude ver entrar a Paulo André, con un brazo rodeando a la tía Joyce y el otro sosteniendo a Ravi. Eran mi vida, mi corazón fuera del pecho.

Mi madre entró del brazo del tío Otávio y, justo detrás de ellos, desfilaron nuestros

padrinos: Melinda y João Guilherme, Andressa y Henrique. Celina, Clara y Roberta me esperaban fuera de la iglesia, pues serían mis damas de honor; João Miguel y Dudu llevarían los anillos.

Una vez entraron los padrinos, se cerraron las puertas de la iglesia y el ceremonialista se acercó al coche para recogerme.

— Es la hora, papá. — Miré al señor Augusto con los ojos llorosos antes de bajar del coche.

— Llegó el momento, hija. Como tú mismo dirías: ¡al suelo y a rockear! — Me eché a reír.

— Te quiero, papá. — Le besé la mejilla.

— Yo también te quiero, mi amor. Ahora, ¡vamos! — Me animó con una sonrisa y salimos del coche.

Al son del Ave María, tocado por la orquesta e interpretado por una voz contratada, se abrieron las puertas y mis damas de honor se abrieron paso por la alfombra roja. Yo aún no era visible, ya que me quedé de pie junto a la puerta para que no me vieran antes de que llegara mi momento.

Cuando llegó el gran momento, primero sonó el clarín de la Reina anunciando mi entrada, luego la orquesta tocó la marcha nupcial, a la que seguiría el *Aleluya*. En ese momento, sentí que me temblaba el corazón. Por fin, mi padre y yo entramos despacio.

Cuando vi a mi gran hombre, sonriendo emocionado, todo guapo y encantador en el altar esperándome, una película pasó por mi cabeza. Podía recordar el momento exacto de mi adolescencia en que me di cuenta de que estaba enamorada. Su sonrisa me parecía la más bonita del mundo, su olor el más delicioso y su abrazo el más acogedor. Me encantaba el tono de su voz, el sonido de su risa y, por supuesto, sus chistes malos. Me encantaba cuando me llamaba bajito y se metía conmigo.

Mi casa siempre estaba más alegre y feliz cuando llegaba P.A., y se me salía el corazón por la boca cuando me encontraba con él. A pesar de mi corta edad, sabía que estaba enamorada. Al principio era un amor inocente, pero con el tiempo surgió el deseo, el deseo de que me besara y me hiciera el amor. Soñé con ello durante tantos años... *Hasta que, por fin, mi deseo se hizo realidad.*

El día de nuestro primer beso, sentí tanto amor y emoción que quise llorar. Y nuestro primer contacto íntimo no fue carnal ni sólo una atracción física, sino una conexión mental. Ese día nació una nueva Rayssa. Nunca volvería a ser la misma después de que él también me amara.

— Enano. — La voz de Paulo André me sacó de mi epifanía. Sin darme cuenta, ya estaba en el altar. *Su sonrisa sigue siendo la más perfecta.*

Tranquilamente en el regazo de mi futuro marido, también sonriéndome, estaba el fruto

de nuestro amor, nuestro hijo Ravi.

— Un niño grande. — Sentí todo mi amor reverberar en esa palabra.

A partir de entonces, no pudimos apartar la mirada el uno del otro ni unos segundos. Mi padre tuvo que interrumpir nuestro momento, alcanzando la mano de Paulo André para apretarla, y luego cogiendo a Ravi de su regazo. Creo que si no nos hubiera interrumpido, nos habríamos quedado en aquel mundo privado para siempre.

Cogí la manita de Ravi y le besé la mejilla, antes de que mi padre nos dejara. Poco después, P.A. me cogió de la mano y nos dirigimos al cura.

— Buenas noches a todos. Estamos aquí reunidos, con la gracia de Dios, para celebrar la unión de esta joven pareja, Rayssa y Paulo André...

Las palabras del cura prácticamente se perdieron en la magia de aquel momento. Estaba tan emocionada que no podía concentrarme en nada más que en el hombre que estaba a mi lado, mi futuro marido y único amor.

Después de un hermoso ritual de celebración, llegó el momento de hacer realidad esta unión. Dudu y João Miguel montaron un espectáculo, vestidos con sus trajecitos negros, llevando gafas de sol y una maleta con los anillos. El tema de la película Misión Imposible añadió encanto y diversión al momento. Estaban guapísimos, dos hombrecitos.



Justo cuando me iba, noté una presencia que no había notado antes, con todo el encanto que sentía. La tía Verinha estaba de pie en la primera fila de bancos, junto al Dr. Júlio. Sus ojos brillaban, llenos de amor y bondad, y su expresión era serena. Esto calentó aún más mi corazón.

Sin preocuparme por ningún protocolo, solté la mano de Paulo André y corrí a abrazarla. Lloramos juntos y sentí que mi corazón se desbordaba de felicidad. Antes, sentía una opresión en el pecho porque no pensaba que tendría a esa persona especial allí, en uno de los días más felices de mi vida.

La tía Vera prácticamente me había visto nacer y crecer. Por eso era importante para mí que compartiera este momento con nosotros, a pesar de todo.

— No merezco tu amor, Ray. — Sollozó y se secó las lágrimas con un pañuelo en cuanto dejamos de abrazarnos.

— Te mereces el mío y todo el amor del mundo, porque tú también tienes mucho amor que dar en tu corazón. De hecho, todo lo que pasó fue precisamente porque tienes una enorme capacidad de amar. Te quiero, tía. Gracias por estar aquí.

La tía Verinha se limitó a asentir. Volví a abrazarla, muy fuerte, le di un largo beso en la mejilla y volví con mi marido.

Salimos de la iglesia y fuimos directamente al salón de baile. Entramos al son de Velha infância, de los Tribalistas, y nuestro primer baile fue lo más tópico posible, ya que me aseguré de hacer honor a mi primer *flechazo* literario, Edward Cullen. Bailamos apasionadamente *A Thousand Years*, interpretada por Christina Perri, y me sentí como la mismísima Bella Swan, ¡en una versión más picante, por no decir más traviesa!



Nuestra fiesta de boda fue memorable. No volví a ver a la tía Verinha, porque mi madre dijo que el doctor Júlio pensó que era mejor no abusar de ella y se la llevó de vuelta a la clínica. Creo que tenía miedo de que Giovaca se enfadara por tanta felicidad y decidiera aparecer y estropearlo todo, como siempre hacía. *Pero Dios es bueno. Siempre es perfecto.*

Bailamos incansablemente hasta casi las 5 de la mañana. Nos divertimos y celebramos nuestro amor con nuestra familia y amigos. Al final de la fiesta, yo parecía una mendiga — descalza, sudorosa, despeinada y con el vestido sucio. Paulo André estaba peor que yo — sin corbata, con la blusa arrugada por fuera del pantalón y borracho. Cuando mi padre nos dejó en casa, estaba amaneciendo. Estábamos agotados, pero llenos de felicidad.

Mi madre se llevó a Ravi a pasar el día con ella, y quedamos en recogerlo por la tarde, cuando viajaríamos para nuestra luna de miel de tres días.



Pasamos una semana en Egipto, porque me moría de ganas de verlo y, por supuesto, Paulo André me dio ganas. Fueron días perfectos, sólo para nosotros cuatro: P.A., Ravi, yo y nuestro gran amor.

Volvimos a Río de Janeiro el domingo por la mañana, día del funeral de Letícia, mi madre biológica y mejor amiga de mi madre y de la tía Verinha. En el aeropuerto Santos Dumont nos recibieron nuestros padres, João Guilherme, Miguelito y Melinda. La gran acogida de nuestra pequeña caravana hizo que pareciese que llevábamos años viajando.

Fuimos todos a casa de mis suegros, ya que mi suegra había encargado un almuerzo para

celebrar nuestro regreso de la luna de miel. Después de una deliciosa comida en compañía de las personas que queremos, volvimos a nuestra casa para dejar las maletas y prepararnos para la misa.

Cuando llegamos a la iglesia, me persigné, como me había enseñado mi madre desde pequeña, y me acerqué al altar. Doña Helena había pensado en todo con el amor que la caracteriza. Había colocado dos estandartes y, cuando me acerqué para verlos mejor, me sorprendí. La misa no era sólo para Leticia, como había imaginado. En una de las pancartas estaba su foto, pero en la otra había una foto de Giovana.

Por primera vez vi de cerca el rostro de mi madre biológica. Era preciosa, muy parecida a Giovana; el color de sus ojos, sus cejas, la forma de su cara, su pelo... Casi todo era igual, excepto su sonrisa, que era igual a la mía. Mi hermana biológica probablemente sonreía como nuestro padre.

En la foto de la pancarta, Leticia sonreía maravillosamente, una de esas sonrisas reales que salen del alma; ese tipo de sonrisa que dista mucho de ser forzada o robótica, sólo para salir bien en la foto. La sonrisa de mi madre era la de una persona feliz. Era extraño reconocer un rasgo mío en un rostro que me era desconocido hasta cierto momento de mi vida. Incluso después de descubrir la verdad sobre mi historia, seguía siendo un rostro extraño para mí.

Cuando alguien mencionaba la palabra mamá, era el rostro de Helena el que me venía inmediatamente a la mente. Y eso nunca cambiaría, sin embargo, yo le estaba agradecida a Leticia de alguna manera.

— Vamos a sentarnos, que va a empezar. — P.A me puso la mano en el hombro y me guió hasta donde estaba sentada nuestra familia.

Nos sentamos con mis suegros en el primer banco, donde Ravi dormía en el regazo de la abuela Joyce. En el asiento trasero estaban Celina, Clara y Roberta; a nuestro lado, mis padres, Miguel, João Guilherme y Melinda. Detrás, Henrique, Andressa y Dudu, la tía Verinha y su fiel escudero Júlio. El amable médico acompañaba a mi tía en los momentos importantes, cuando necesitaba salir de la clínica, y siempre se lo agradeceríamos.

En aquella iglesia, las misas de los domingos eran siempre por la mañana, pero ésta era exclusivamente para nosotros. El sacerdote comenzaba el oficio haciendo la señal de la cruz, y luego citaba un pasaje de la Biblia que me gustaba mucho; era de Corintios 13:4-7. Decía así

"El amor es paciente, el amor es bondadoso. No es envidioso, no es jactancioso, no es orgulloso.
No maltrata, no busca su propio interés, no se irrita fácilmente, no guarda rencor.
El amor no se alegra de la injusticia, sino de la verdad.
Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta".

El sacerdote pronunció su sermón, hablando del pecado, el amor, la bondad, la amistad y la fe. Después, el coro de la iglesia cantó la canción Segura Na Mão de Deus, del padre Marcelo Rossi. Era imposible no emocionarse. Rezamos un Padrenuestro y un Avemaría antes de que el cura clausurase la celebración.

Ya estábamos saliendo de la iglesia cuando decidí que tenía que hacer algo por mi cuenta. Me detuve donde estaba y pedí a mi familia que me esperara fuera. Volví al altar, que estaba casi vacío, pues el sacerdote y el coro ya se habían ido a la sacristía, y un niño del coro estaba a punto de quitar los estandartes.

— ¿Me dejas un minuto a solas? — le pregunté al chico rubio. Asintió y se fue.

Me detuve frente a la foto de mi madre y hablé con su imagen, sin reservas y con la misma tranquilidad que hablaba con Dios.

— Hola, Leticia, soy yo, tu hija Rayssa. — Le sonreí. — Tenías razón en algunas de las cosas que decías en esa carta. Una de ellas es que la mamá que elegiste para mí tiene realmente el pecho más acogedor del mundo.

Sin poder evitarlo, una lágrima corrió por mi mejilla; pero no era de tristeza, sino de pura gratitud.

— Mi padre Augusto es realmente increíble y João Guilherme es, sin duda, el mejor hermano del mundo entero. En eso también tenías razón. — Más lágrimas corrieron por mis mejillas y las dejé caer. — Quiero que sepas que hoy me siento muy bien y feliz.

Respiré hondo, intentando contener la emoción que se había apoderado de mi corazón. Volví a sonreír, como una forma de animarme a seguir adelante.

— Me enamoré mucho antes de cumplir los veinticinco, ¿sabes? Pero es el tío más increíble, el mejor marido y padre que podría haber elegido. Te equivocaste en este punto, pero me doy cuenta de que sólo intentabas protegerme de las malas relaciones, porque tus experiencias no fueron buenas. Llegué a pensar que tenía un dedo podrido como el tuyo, pero afortunadamente me equivoqué. — Me reí sin querer. — Al final, todo me salió bien. Me casé con el hombre de mi vida y tuvimos un hijo precioso, tu nieto. Ten por seguro que cuando le hable de ti, sólo diré cosas buenas, como me pediste.

Intenté sonreír y ser fuerte, pero no pude. Las lágrimas ganaron definitivamente la batalla y me hicieron sollozar. Me senté en silencio un rato para recomponerme.

— No deseo que te hubieras quitado la vida, pero te agradezco que conservaras la mía, aunque fuera un embarazo no deseado, y que eligieras a los mejores padres del mundo para mí. Sigo pensando que podrías haberte dado una oportunidad. Pero eso está en el pasado. — Yo no insistiría en las acciones que ya se han tomado. — Cuando descubrí la verdad sobre ti, oscilé entre días de conformismo y revuelta; y entre medias, en el límite de mis sentimientos, una sensación de impotencia, pensando que tu marcha podría haberse evitado. Imaginaba que si

hubieras persistido, tal vez las cosas podrían haber mejorado. Quizás podrías haber pensado un poco más en mí. O... fue precisamente porque pensaste en mí por lo que te fuiste. Nunca tendré respuestas a estas preguntas, así que aceptaré tu decisión, porque sólo tú sabías lo que te pasaba por dentro.

Me sorbí los mocos y traté de respirar; ya tenía la nariz tapada de tanto llorar y la cara debía de estar hinchada.

— En fin, lo único que quiero decirte hoy es gracias por darme la vida. No me cuidaste, pero me entregaste a alguien que sabías que lo haría, así que te estaré eternamente agradecida por la familia que me diste. Después de asimilar todo lo que ha pasado y de enfrentarme al pozo de felicidad en que se ha convertido mi vida, ni siquiera puedo pensar en ti con tristeza, tal y como tú querías. — Dejé de mirar su foto y miré al cielo. — He dedicado este momento a despedirme de ti, mamá. El adiós que nunca pude decirte. Estoy bien, soy feliz y, aún después de todo, todos estamos bien. Te quiero, Leticia. Y cuando mi hijo lo entienda, le enseñaré a quererte también. Adiós, Leticia. ¡En paz!

Me di la vuelta para irme, pero justo al dar un paso, miré la foto de Giovana.

— Te perdono. Espero sinceramente que Dios también se apiade de ti y te haya perdonado por utilizar tan mal el libre albedrío que te dio. Descansa en paz.

Con el corazón limpio, lleno de amor y gratitud, salí de aquella iglesia y fui al encuentro de la maravillosa familia que Dios me había dado.



Rayssa

Cinco años después

— ¿Cómo fue para usted aceptar sus sentimientos?

— Me resistí durante muchos años. Dudé de todas las formas imaginables, porque sabía el gran inconveniente que supondría permitir que salieran a la luz y se hicieran públicos.

El Dr. Júlio y yo estábamos sentados frente al lago de nuestra propiedad en Itaipava. Solíamos mantener largas conversaciones, pues yo siempre sentía curiosidad y descubrí que me encantaba escuchar sus historias.

— Me lo imagino.

— Mi principal temor era que mis sentimientos obstaculizaran su progreso o pusieran en peligro su tratamiento terapéutico. Temía que se confundiera aún más. Así que, durante mucho tiempo, guardé este amor bajo llave en mi pecho. — La sinceridad de su declaración me hizo

admirarla aún más. — Otra dificultad sería la lucha que tendría que librar con el tribunal de deontología de mi profesión. Podrían acusarme de aprovecharme de la vulnerabilidad psicoemocional de mi paciente, lo que violaría la conducta ética destinada a proteger al paciente frágil. Pero eso era lo de menos, porque sabía que era inocente.

— Haría cualquier cosa por ella, ¿verdad? — suspiré.

— Sí. Por ella valdría la pena correr todos los riesgos, incluso perder mi licencia profesional. Sin duda, seguiría ocupándome de ella de manera informal; nunca la abandonaría.

— ¿Qué consecuencias legales podría tener involucrarse con una paciente?

— Según el código deontológico de la psicología, tendría que ir a juicio y, dependiendo del veredicto, enfrentarme a penas como apercibimiento, multa, censura pública, suspensión del ejercicio de mi profesión o incluso prisión.

— Me alegro de que no fuera necesario. Pero si lo fuera, puedes tener la seguridad de que te has unido a una familia de abogados. Nunca hemos dudado de tu carácter, así que defenderíamos tu amor con uñas y dientes.

— Lo sé, Rayssa. Gracias por tu voto de confianza.

— Comprendo la política del consejo, pero no se me ocurre nadie mejor que tú para estar a su lado y amarla durante toda su vida. — Mi sinceridad llegó al corazón del terapeuta, que me sonrió con afecto.

— Una vez más, le doy las gracias. El apoyo de ustedes, que son la única familia que ella tiene y ama, es muy importante para nosotros. — La voz tranquila de Julio me dio esperanzas.

Tenía fe en que el amor que sentía, junto con sus habilidades profesionales, podrían ser un bálsamo en la vida de la tía Verinha. No solo tendría la técnica necesaria para tratar su segunda personalidad, sino también el amor que una situación tan difícil como esta requeriría. No podía ser una tarea sencilla convivir a diario con una persona con DI.

Pasaron unos minutos sin que el Dr. Júlio y yo hablásemos. Nos limitamos a contemplar la paz y la tranquilidad del lugar. El tiempo era maravilloso. Era un típico día de verano, pero en Itaipava siempre hacía fresco y el cielo estaba azul. Por eso decidimos pasar allí las fiestas de fin de año, todos juntos.



Hace un año, nos sorprendió la noticia de que el Dr. Júlio y la tía Verinha se casaban. El hombre se empeñó en reunir a toda la familia y pedirnos su mano. Nos confió que la amaba desde su primer año de tratamiento, diez años atrás, mucho antes de toda la historia de Giovana.

Por desgracia, guardó silencio durante mucho tiempo, por razones éticas y morales, pero tuvo el valor de declararle su amor cuando la tía Vera se le declaró.

Antes de comenzar su relación, Julio dejó de ser su terapeuta, al menos oficialmente. Pasó un informe detallado de su caso a otro terapeuta, especializado en IDD, que vino a Brasil especialmente para ocuparse de su caso. Pero, por supuesto, los conocimientos del Dr. Julio marcaron la diferencia en su vida diaria como pareja.

El nuevo terapeuta de la tía Verinha, el Dr. Steve, le dio el alta inmediatamente después de que Júlio pidiera su mano. Siguió con un tratamiento riguroso, pero sólo acudía dos veces por semana, en su propia casa. Un mes después, Júlio y Vera Lúcia se casaron en una ceremonia sencilla, sólo para la familia, y se mudaron a la casa de él, en Recreio dos Bandeirantes. La casa de ella fue vendida y todas las pertenencias de Giovana donadas.

Edgar, el guarda de seguridad de confianza de la tía Verinha, siguió trabajando para la pareja, encargándose de las cámaras. Los dos contrataron también a una dama de compañía, una enfermera especializada que se convirtió en su mano derecha cuando Julio salía para sus citas. Ya no trabajaba en la clínica Vista Alegre, sino que prefería ver a sus pocos pacientes en casa, con cita previa. Pensó que sería mejor dedicar más tiempo a su mujer.

Después de que su tía Verinha fuera hospitalizada hace unos años, se hicieron cada vez más amigos. Júlio la acompañaba a todos sus actos importantes, y su amistad y complicidad eran evidentes para cualquiera. Sabíamos que su relación iba más allá de la relación médico-paciente, pero no pensábamos que fuera romántica.

El afecto que sentían el uno por el otro era evidente. Julio la trataba con sumo cuidado y atención, convirtiéndose en una de las personas en las que más confiaba la tía Verinha. Cada vez que íbamos a la clínica a visitarla, parecía más feliz. Por eso, cuando nos hablaron de su amor y de su intención de casarse, nos cogió por sorpresa, aunque la noticia nos dio mucha alegría.

Cada vez admiraba más al Dr. Júlio, porque no cualquiera puede dedicar su vida a cuidar de otra persona. Se necesita mucho amor y altruismo para hacerlo. Cuánto nos alegró ver que la tía Verinha por fin había encontrado la felicidad. Nos alegramos mucho por ella.

Su otra personalidad seguía existiendo, pero el Dr. Júlio estaba consiguiendo transformar a la "falsa Giovana" en una persona mucho mejor.

— ¿Cómo consigue llevar tan bien su segunda personalidad? — Rompí el silencio del momento con una curiosidad que tenía desde hacía tiempo. Nunca volvimos a ver a la tía Verinha adoptar la personalidad de Giovana, pero sabíamos que había ocurrido porque ambas nos lo habían contado.

— Es simple, las quiero a las dos. La personalidad de Giovana es extremadamente necesitada, y uno de sus mayores dolores fue no haber tenido un padre que la amara. Por eso, cuando Verinha asume esa personalidad, la quiero como al padre que nunca tuvo. Un padre

cariñoso, paciente y atento, que cuida y aconseja sin juzgar ni condenar. Nunca tuve hijos, pero tuve un padre así y, por supuesto, mi experiencia como terapeuta cuenta mucho en estos momentos.

La emoción de Julio era casi palpable y a mí también me conmovió. Se le humedecían los ojos y tanto sus palabras como sus actos mostraban la grandeza de su corazón.

— Si por un lado la personalidad de "Giovana" es mezquina, egoísta e incluso cruel, por otro sólo quiere que la quieran de todas formas. La impresión que tengo cuando la conozco es que si no la queremos para bien, nos hará quererla para mal. Así que elijo amarla para bien, incluso con todos sus defectos. Mi amor por Giovana, que se manifiesta a través de Vera, es verdadero e incondicional, porque forma parte de quién es mi querida Verinha.

Julio era, sin lugar a dudas, un ser humano increíble; y su historia fue aún más hermosa y especial.

— Tuvo suerte de conocerle. Pero lo contrario también es cierto, porque la tía Verinha es una mujer sensacional con un corazón enorme.

— Créeme, es la mujer más dulce que he conocido, incapaz de hacer daño a nadie. Me llevó mucho tiempo convencerla de que todo lo malo que te hizo, como las flores, los ataúdes en miniatura y la persecución en coche, no fue culpa suya. Hoy lo entiende, aunque sigue arrepintiéndose. Vera puede ahora separar las cosas y se siente exactamente como si Giovana hubiera cometido los delitos y ella, como madre, se avergüenza de las acciones de su hija.

— Yo... lo siento. La tía Verinha no se merecía nada de esto. — Me sequé discretamente una lágrima que corría por mi mejilla.

— No pasa nada, cariño. Está mucho mejor y sabe cuánto la queremos todos. Además, la personalidad de Giovana está cada vez menos presente. Sólo aparece cuando se producen ciertos desencadenantes, como cuando Melinda anunció su embarazo. Al principio, reaccionó como su propia personalidad, estaba realmente feliz, emocionada y llamó para felicitar a su mamá. Sin embargo, unos minutos más tarde, Giovana tomó el relevo. La conozco de vista y ya sé cómo tratarla, así que todo fue fácil y rápido. — El hombre hablaba con tanta calma que realmente parecía algo muy fácil de tratar. Pues debió de serlo para él. — Tu tía está contenta, no te preocupes.



Cuando terminé la carrera de Derecho, pasé unos meses de descanso, disfrutando de mi marido y mi hijo. Sólo seis meses después de licenciarme empecé a trabajar en el despacho

familiar de Paulo André. El tío Otávio estaba prácticamente jubilado, así que mi marido me invitó a ayudarle a llevar el local. Mi padre quería que trabajase con ellos en nuestro family office, pero entendió cuando le dije que no iría. Melinda ya trabajaba allí y ocuparía mi lugar al frente del negocio.

Un semestre después, ya adaptada al trabajo en la oficina, empecé a estudiar psicología. Esta vez, opté por un plan de estudios con la mayoría de las clases en línea, sobre todo después de la sorpresa de descubrir que Luísa, mi segunda hija con Paulo André, estaba embarazada.

De nuevo, no estaba planeado. Al principio nos sobresaltamos, pero a las pocas horas ya estábamos encantados con nuestro nuevo bebé y eufóricos con la noticia.

Cuando empecé a estudiar psicología, Júlio y yo nos unimos aún más. Se convirtió en una especie de gurú para mí, ya que me animó a dedicarme a la profesión una vez licenciada, aunque dejé claro que no quería ganar dinero con ello. Mi intención era trabajar como voluntaria en orfanatos y ONG, ayudando a quienes sufrían trastornos psicológicos y no podían permitirse la ayuda de un profesional cualificado. Tenía muy claro que no dejaría de trabajar como abogada, porque también era una profesión que me gustaba.

Durante mi quinto mes de embarazo, Melinda descubrió que estaba embarazada de dos meses. Al cabo de un tiempo, supimos que también sería una niña. Se llamaría Laura. Nuestras hijas sólo se llevarían unos meses y yo estaba segura de que, al igual que Melinda y yo, serían grandes amigas.

Nuestra familia se llenó de alegría con la noticia de la llegada de nuestras dos nuevas princesitas. João Miguel y Ravi ya estaban preparados para hacer de hermanos mayores protectores. Y yo... sólo podía dar gracias a Dios todos los días por las bendiciones recibidas.



— Encontramos a mamá, Ravi. — Oí la voz de Paulo André y, cuando miré atrás, se acercaba de la mano con nuestro hijo.

— Voy a ver si Verinha me necesita. Llevo mucho tiempo fuera, ya la echo de menos. — Julio se levantó, ofreciéndome su habitual sonrisa tierna, y con su habitual calma se alejó, dejándonos solos.

— Creo que el amor entre estos dos es muy bonito — dije, viendo al buen hombre caminar de vuelta a casa.

Paulo André se sentó detrás de mí, abrazándome, y yo apoyé la espalda en su pecho mientras él me alisaba el vientre. Delante de nosotros, Ravi corría de un lado a otro por la orilla

del lago, hipnotizado por los pececillos que iban y venían.

— No es más bonito que el nuestro. — Me besó la cabeza y suspiré feliz.

— La tía Verinha sufrió toda su vida; fue violada por su tío, tuvo que lidiar con no poder cumplir su sueño de tener un hijo biológico, perdió a sus padres, a su amiga y a su marido, que después de dejarla formó otra familia, y aún luchó valientemente por la hija que nunca la valoró ni la quiso de verdad. El daño psicológico le pasó factura. Y por muy fuerte que sea, no es inquebrantable, nadie lo es. Admiro la forma en que afrontó sus dificultades con dignidad, y me siento agradecida de ser testigo de su final feliz. Espero que esa felicidad dure muchos años.

— Y yo también. Tu tía aún es joven, y Julio también. Aún tienen mucho tiempo para quererse.

Antes de que pudiera replicar, mi estómago rugió con fuerza, arrancándonos una carcajada a los dos. *Siempre con hambre.*

— ¿Mamá te está dando hambre, hija mía? — P.A. jugó con Luísa, frotándome la barriga, y ella enseguida pataleó, comunicándose con él. — Papá te salvará.

Paulo André se levantó, arrastrándome con él, y entonces llamó la atención de nuestro hijo.

— Ravi, vamos a casa. Es hora de comer.

— Papá, ¿puedo nadar después con los pececitos? — preguntó sin aliento, en cuanto se acercó a nosotros.

— Papá te traerá mañana por la mañana.

— ¿También traerás a João Miguel? — Como habíamos previsto, Ravi y Miguelito se han hecho amigos inseparables.

— Por supuesto. El primo Miguel también.

Nos dirigimos a casa, esforzándonos por responder a todas las preguntas que nuestro hijo nos hizo durante el corto trayecto.



Un rato después de comer, decidimos meternos en la piscina. Nuestros padres, tía Carla, tía Verinha y Júlio optaron por jugar a las cartas en la sala de juegos; Clara y Celina estaban en el agua con Paulo André, João Guilherme y los niños. Cerca de allí, Melinda y yo nos tumbamos en las tumbonas, luciendo barriga y tomando el sol.

Mientras mi cuñada dormía la siesta, me distraje observando la interacción entre Celina y Clara. Se habían casado oficialmente en noviembre, y nosotros fuimos los padrinos. La

ceremonia tuvo lugar en un salón de baile y estuvo reservada sólo a familiares y amigos íntimos. Por increíble que parezca, dado el rechazo que sufrió mi amiga en los inicios de su relación, fue la tía Carla quien la acompañó al altar. Los padres de mi amiga se divorciaron cuando ella tenía 14 años, y la familia nunca volvió a ver a su padre.

Mis amigas decidieron seguir adelante con la idea de tener un bebé. Al año siguiente, Celina tenía intención de someterse al procedimiento de fecundación por un donante anónimo, y también estaba garantizada la adopción. Sólo necesitaban unos pocos documentos para que el niño se fuera a vivir con ellos.

La felicidad de mis amigos era muy importante para mí. Si había otro sentimiento más poderoso que esa alegría, era el que sentía cuando los veía a todos bien.

Tuve la misma sensación cuando pensé en Andressa y Henrique. Llevaban un año viviendo juntos, se habían prometido y habían reservado su boda para el año siguiente. Un día, estábamos reunidos en mi casa — los hombres jugando al billar y los niños jugando cerca de nosotros — y cada hora, por alguna razón, Miguel y Ravi nos llamaban.

De repente, me di cuenta de que Dudu se volvía un poco reflexivo. Era el mayor de los tres y ya tenía una mayor percepción de las cosas. Andressa también debió de notar que algo le preocupaba, porque enseguida llamó a su hijastro y le preguntó qué pasaba. Lo observaba todo con discreción.

Dudu se acercó a su madrastra y parecía un poco cabizbajo y con los hombros caídos. El diálogo que oí me dolió en mil partes. Nunca lo olvidaré.

— *¿Por qué dejaste de jugar con tus amigos?* — preguntó Andressa en cuanto el niño se acercó tímidamente a ella. Él dudó y no contestó. Entonces ella le cogió la manita y le animó. — *Adelante, Dudu. Puedes hablarme de cualquier cosa, ¿ves? No tienes por qué avergonzarte.*

— *¿Puedo llamarte mamá?* — La pregunta salió con tanta inocencia y, al mismo tiempo, con tanta intensidad que pude ver el sobresalto de Andressa.

— *Si eso es lo que quieres. ¿Crees que merezco ese honor?* — Dudu se limitó a asentir, y la ex-pirigueta mostró su emoción. — *Si es así, seré la madre más orgullosa del mundo por ti.*

Andressa abrazó a su hijo, y yo tuve que hacer un gran esfuerzo para no llorar y disimular que estaba viendo toda la escena.

— *Ahora vuelve a jugar con tus amigos. Mamá te vigilará desde aquí.*

La enorme sonrisa que iluminó el rostro de Dudu me alegró el día, y di gracias en silencio a Dios por haberlos puesto uno en el camino del otro.

João Guilherme me sacó de mis recuerdos cuando salió de la piscina y se acercó a nosotros, salpicándome con agua fría. Dejó a João Miguel con mi marido y vino directo a la silla de Melinda. Gui le besó la barriga y luego se sentó en el borde de la tumbona.

— Voy a tener que separarme, al fin y al cabo, hay muchas barrigas que tocar — dijo,

mientras ponía una mano en mi barriga y la otra en la de su mujer. — Laurinha está tocando la mano de papá, mientras que Luísa es tan rebelde como su mamá, nunca toca a su tío. — Nos reímos.

— Es egoísta. Dale algo rico de comer y, a cambio, saltará sobre tu mano — comenté, arrancando las risas de mi hermano y mi cuñada.

Lo que dije sonó muy gracioso, pero era la verdad. *Estoy generando una segunda versión de Magali.*



Paulo André

Aunque era verano, hacía frío por la noche en Itaipava, así que decidimos encender un fuego al final del día y asar malvaviscos para que los niños disfrutaran. En mi infancia, asábamos boniatos, porque éramos los niños raíz. Con los años, con nuestros hijos, por ejemplo, todo ha cambiado. *A nuestros hijos ni siquiera les gusta el boniato. Son un montón de Nutellas*[31].

A los niños les encantó la idea y jugaron alrededor de la hoguera hasta que se cansaron. Después de un buen rato de diversión, Rayssa dijo que estaba cansada y entró a darse un baño y tumbarse; nuestros padres, Júlio y todas las niñas la acompañaron. João Guilherme y yo decidimos quedarnos un rato más con los niños.

Casi a medianoche, di por terminada la noche e invité a Ravi a entrar. No solía dormir hasta tan tarde, pero como eran vacaciones, le dejé disfrutar un poco más.

— Hijo, ya es hora. Tienes que bañarte para irte a dormir.

— No *tengo* sueño y estoy limpio, papá. Cuando entre Miguel, entraré yo.

— Lo sé, cerdito.

— Miguel también va a entrar, porque es tarde — declaró João Guilherme, levantándose y llamando a mi ahijado.

Los dos primos salieron corriendo delante de mí y mi hijo tropezó en las escaleras de la

entrada de la casa. Lloró a gritos y corrí a ayudarle. João Miguel incluso intentó levantarlo, pero no lo consiguió porque Ravi era grande y pesado.

Para entonces, ya no me desesperaban las caídas de mi hijo. Los primeros años, Rayssa y yo nos volvimos locos, pero con el tiempo nos acostumbramos: al fin y al cabo, las caídas eran fruto de las aventuras de los niños. Gracias a Dios nunca vimos nada grave.

— No puedes correr en la oscuridad, hijo. Ven aquí, que lo vea papá. — Lo levanté y lo llevé a la parte trasera de la casa para examinarlo mejor; Gui y Miguel me siguieron.

Senté a Ravi y le examiné la rodilla herida. No era gran cosa, pero sabía que le dolía muchísimo. Y cuando vi aquellos ojos llorosos, que eran iguales a los míos, y la carita roja bañada en lágrimas, sentí que se me partía el corazón. Mis hijos y Rayssa siempre serían mis partes más sensibles. Nunca olvidaría la primera vez que llevé a Ravi al colegio. Tuve que tragarme las lágrimas tres veces.

— Papá tendrá que lavarte la herida para hacerte un vendaje, ¿vale? — Mi hijo asintió, sorbiéndose los mocos.

Lo llevé a la cisterna de la zona de servicios. Y cuando el agua le dio en la herida, lloró aún más fuerte que cuando se cayó.

— Voy a por el botiquín — me dijo João Guilherme.

Compadecido, decidí ocuparme de su higiene antes de vendarlo. Fui a la habitación que mi hijo compartía con João Miguel, lo bañé, le puse una tirita en la herida y le puse el pijama. João Guilherme hizo lo mismo con su hijo y, cuando por fin se durmieron los dos, bajamos.

— ¿Quieres tomar algo? — me preguntó mi amigo cuando llegué al salón.

Era de madrugada, todo el mundo se había acostado ya y la casa estaba en completo silencio. Hacía tiempo que Guilherme y yo no teníamos un momento a solas para charlar, así que decidí quedarme.

— Un vaso de vino estaría bien. — Opté por una bebida caliente, ya que al amanecer hacía aún más frío en aquella región.

João Guilherme nos sirvió y luego señaló el balcón de la casa, donde había unos sillones en los que podíamos sentarnos.

— ¿En qué estáis pensando? — Guilherme fue el primero en hablar al notar que yo estaba pensativo.

— Me preocupa que, a pesar del vendaje, el pijama se pegue a la herida de Ravi.

Mi amigo se rió de mí sin contemplaciones, y yo le miré sin entender por qué me hacía tanta gracia.

— Es increíble, ¿verdad? Cuando el caso legal más complicado que tienes que resolver te parece más pequeño que una rodilla raspada, entiendes lo que es ser padre. — En ese momento, yo también me reí, porque era la más pura verdad. — Entonces, ¿estás preparado para ser padre

de una niña?

— ¿Lo estás tú? — Respondí a la pregunta.

— No. ¡Claro que no! — Nos reímos.

— Qué bien poder compartir esta inseguridad contigo. — Di un sorbo a mi vino, reflexionando sobre el tema.

— Creo que nuestro mayor reto será proporcionar a nuestros hijos una educación positiva, igualitaria y menos opresiva. Tendremos que educar a nuestros chicos para que respeten a las mujeres, y a nuestras chicas para que comprendan su valor y desarrollen el amor propio.

— Estoy completamente de acuerdo. — Gui miró al horizonte, pensativo. — Desde que supe que Melinda esperaba una niña, tengo que confesar que fue como si se encendiera un interruptor dentro de mí. Nunca he sido un machista, pero me he replanteado algunas de las normas preestablecidas de la sociedad que a veces acaban influyendo en algunas de nuestras actitudes, aunque no nos demos cuenta. Quiero un futuro más amable para mi hija y mi sobrina.

Miré en la misma dirección que él, pero en realidad no había nada especial en nuestro campo de visión. Sólo estábamos concentrados en nuestras mentes y quizá un poco más reflexivos a causa del vino.

— Yo quería ser padre y experimentar ese amor, pero no era algo que considerara un sueño. De hecho, antes de que ocurriera, no creía que fuera a ser padre pronto, por mi estilo de vida y todo eso — confesé.

— Yo tampoco te veía como padre. Pero... lo bueno es que me has sorprendido mucho, y positivamente.

— Gracias, amigo. Hago un esfuerzo.

— Sé que lo haces.

— Cuando Rayssa me contó lo de su primer embarazo, mi mentalidad cambió automáticamente. Además de las cosas relacionadas con la paternidad, dejé atrás, o al menos en *stand-by*, todos los planes que tenía cuando era soltero y que no podían incluir un hijo. La prioridad pasó a ser proporcionar una infancia feliz y segura a mi hijo — admito. — Reorganicé mi vida y mis opciones, y los únicos planes que me quedaban eran los que podían incluir a Rayssa y Ravi. Y si quieres saberlo, me sentí segura con mis decisiones hasta que supe que Luísa estaba en camino. A partir de ahí, volvió la inseguridad.

— Te entiendo mucho. Me alegro de no ser el único que se siente así. — Nos miramos y nos reímos. Esta asociación y complicidad que teníamos João Guilherme y yo era impagable. — Recuerdo que Melinda y yo estábamos agotadas cuando nació João Miguel. Yo tenía que trabajar, ella tenía que estudiar porque estaba al principio de la universidad, y las exigencias de tiempo que supone criar a un hijo son enormes y te dejan exhausto, tanto física como mentalmente.

— Eso es más o menos todo. Pero todas las cosas maravillosas que te da la paternidad compensan todo el cansancio — le contesté.

— Sin duda, las partes buenas son la mayoría. No sé vosotros, pero cuando llegaba a casa cansado del trabajo y miraba a esa pequeña mezcla de Melinda y yo, sentía que mi vida era perfecta.

— Ni lo menciones, hermano. Nunca olvidaré la sensación de Ravi durmiendo sobre mi pecho, ni cuando me llamó papá por primera vez. — Bebí el resto del vino de mi copa y João Guilherme se levantó a por más bebida.

Cuando volvió, mi amigo llevaba la botella entera. La conversación era buena y parecía que iba a continuar.

— ¿Qué fue lo primero que pensaste cuando la niña te dijo que estaba embarazada otra vez?

— ¿Padre de dos hijos? Ahora va en serio. Tengo que trabajar más para ganar más. — João Guilherme se rió, y yo me uní a él. — Sobre todo porque es una niña. En cierto modo, creo que ella nos exige más.

— Creo que ser padre de una niña conlleva inseguridad, de nuevo, porque las niñas son más delicadas. No sabemos muy bien cómo tratarlas. Es muy diferente de la experiencia de tratar a una mujer adulta; a nuestra mujer, por ejemplo — se desahoga Guilherme.

— Enseñaremos a nuestras niñas a jugar al voleibol, igual que enseñamos a los niños. — Sonreí, vislumbrando ya la escena. — Y estaremos atentos. Lucharemos para que tengan todos los derechos que debe tener una mujer, para que hagan lo que quieran y se demuestren a sí mismas, y a cualquiera que se atreva a dudar, que son capaces de todo.

— Entonces, sí. Y tendrán los mejores modelos en casa, así que esa es la mitad de la batalla. Rayssa y Melinda tienen toda mi admiración. Ambas son apasionadas de sí mismas, así que... quiero que nuestras hijas sean tan fantásticas como ellas.

— Tienes razón. Creo que esa es una de las cosas que me hizo amar a tu hermana tan rápido.

Hicimos una pausa en nuestra epifanía y, en silencio, terminamos otra copa de vino. *No hay nada más reconfortante que un momento de silencio entre amigos.* Shakespeare dijo una vez: "Un día te das cuenta de que tu mejor amigo y tú podéis hacer cualquier cosa, o nada, y pasarlo bien juntos".

— También hay que enseñarles a ser amables y educados, respetando la diversidad que existe entre las personas. — João Guilherme tocó un tema que todavía me preocupaba un poco. Era algo delicado para mí, porque lo viví de niño y no quería que mis hijos lo vivieran también.

— Ravi es una mezcla de mi color y el de Rayssa, y se le considera moreno, así que quizá no se enfrente a tantos prejuicios. Pero el otro día mi madre me dijo algo que me asustó un poco.

Dijo que las niñas suelen tener más rasgos del padre, así que Luísa debería nacer más parecida a mí. Al principio me sentí orgullosa, pero luego se me pasaron por la cabeza algunos pensamientos no tan buenos. ¿Hasta qué punto es enfermizo que quiera que mi hija no sea negra, para que no sufra prejuicios? — le pregunté sinceramente a João Guilherme.

— No tiene nada de enfermizo, hermano. Quieres protegerla de las cosas malas por las que ha pasado y de los comportamientos racistas que, desgraciadamente, seguimos viendo hoy en día. El racismo es un cáncer en la sociedad, tío. Por mucho que algunos se nieguen a creerlo, es real y tenemos que combatirlo. No te culpes por sentirte vulnerable. Tú eres la víctima. — Sólo asentí. — No te preocupes, Paulo André, porque esta lucha no será solo tuya. Será la nuestra.

Casi dos botellas de vino después, nos fuimos a dormir. Después de toda la melancolía de la primera hora, nuestra conversación pasó a temas más agradables y divertidos. Terminamos la conversación recordando nuestras viejas historias y riendo a carcajadas, como debe ser siempre la vida.



Al día siguiente, me desperté temprano, gracias a un persistente dolor de cabeza y a un desafortunado malestar. *¡El vino es una desgracia!* Salí de la cama, fui directamente a la ducha y cuando salí del baño, Rayssa seguía durmiendo. Así que salí lentamente de la habitación para tomarme un café cargado para mejorar mi resaca. Antes de bajar, me asomé a la habitación de los chicos; ambos seguían durmiendo.

Abajo, mis padres, mis suegros, Verinha, Júlio y Dorinha estaban en la mesa del café. Tenían la costumbre de madrugar, incluso en esta época de descanso.

— Buenos días — los saludé colectivamente, y todos respondieron

— Has madrugado, hijo mío. ¿Te encuentras bien? — Mi madre no tardó en notar mi resaca.

— Sólo un poco de dolor de cabeza y malestar. João Guilherme y yo nos bebimos ayer casi dos botellas de vino.

— La resaca del vino es lo peor — comentó mi suegro.

— Después de un café fuerte, estaré mejor.

Me serví una taza llena y luego me comí sólo una manzana; mi estómago no aceptaba más que eso.

Después del café, me senté un rato en el balcón para disfrutar del aire fresco. Pronto me

sentí mucho mejor.



El clima agradable y la tranquilidad de la región montañosa siempre me hacían dormir más de lo habitual. Sin embargo, mi sueño ya era ligero cuando oí abrirse la puerta del dormitorio. Unos instantes después, sentí que la cama se movía y pensé que era Paulo André, pero una voz infantil y socarrona me sobresaltó.

— Mamá, me he hecho daño.

— Mamá, me he hecho daño. — Me senté rápidamente en la cama y me encontré con dos ojos llorosos que me miraban. — ¿Cómo te has hecho daño, hijo?

Aunque sospechaba que era un dolor de barriga, encendí la lámpara y le inspeccioné todo el cuerpo en busca de un moratón.

— Corrí en la oscuridad y tropecé en las escaleras de fuera. Me rocé la rodilla, pero papá me la vendó. — Ravi se subió el pijama para enseñármelo.

— Ah, mi amor, siento no haber estado despierto para cuidarte. Menos mal que papá te ayudó, ¿verdad? — Mi hijo asintió afirmativamente. — ¿Te duele?

— No, mamá, ya estoy mejor. — Antes de que Ravi pudiera continuar con su drama, Paulo André entró en la habitación.

— ¿Has despertado a tu madre, cariño? — Mi marido se acercó, se sentó en la cama, despeinó a Ravi y me dio un beso.

— Sólo quería los mimos de su mamá, ¿verdad, mi amor? — Subí a mi bebé a mi regazo y lo abracé, un poco torpemente debido a mi gran barriga.

— He venido a pedirte que te bañes en el lago, pero si aún te duele la herida, es mejor que no vayas....

— ¡No, papá! Estoy bien, mira — Ravi se estiró y dobló la piernecita delante de nosotros, con voz normal; nada socarrón.

— Sabía que mi venda mágica tendría un efecto inmediato. Así que vamos a cambiarnos, a lavarnos los dientes y después de desayunar iremos al lago.

— ¡Viva! — Ravi saltó de la cama, eufórico, y salió corriendo de la habitación.

— ¿Por qué no me despertaste cuando se cayó?

— No fue para tanto. Lo solucioné y está bien.

— Lo sé, lo sé. Es que... las tonterías de mamá. — Le di un beso a P.A. y me levanté de la cama para hacer mi aseo matutino.

— Voy abajo. Después de que haya tomado su café, iremos al lago.

— Nos vemos allí. Nos vemos allí.

Antes de bajar a reunirme con los hombres de mi vida, cogí el móvil para comprobar los mensajes. El primero que leí era de Roberta, deseándome Feliz Navidad por adelantado. Adriano y ella se estaban conociendo mejor, pero muy lentamente. Para ella era difícil volver a confiar en un hombre, ya que, aunque conocía a Luiz Felipe desde la infancia, él la había decepcionado y le había hecho mucho daño.

Afortunadamente, Adriano comprendía las reservas de mi amiga y aceptaba pacientemente lo que Roberta era capaz de darle. Tenía fe en que los dos estarían juntos y felices, de forma permanente, en algún momento.

Luiz Felipe aceptó ir a terapia, tras ser coaccionado por su familia, y al parecer estaba aprendiendo a ser un hombre de verdad. Sin embargo, gracias a Dios, Roberta se mantuvo firme en su decisión de separarse. Le perdonó, pero le dejó claro que nunca volvería con él. Y él finalmente no tuvo más remedio que aceptarlo.



En Nochebuena, para variar, fui la última en bajar a celebrarlo. Al llegar a las escaleras, pude oír el alboroto que tanto me gustaba en el piso de abajo, el ruido de una reunión familiar. La mejor familia del mundo, más conocida como mi familia, ya estaba reunida para celebrar el nacimiento de Jesús. Había tanto amor entre nosotros. Suspiré.

Con el corazón lleno de amor, me quedé en el último escalón, observando a todos interactuar. Ravi y João Miguel correteaban por la sala; estaban entusiasmados, reían, jugaban y casi atropellaban a todo el mundo, tan felices como debe ser todo niño. Mi madre, Dorinha, la tía Carla y la tía Joyce charlaban y sonreían junto al gran árbol de Navidad bien iluminado. En una esquina, Melinda tenía los brazos alrededor del cuello de mi hermano mientras él la abrazaba por la cintura; los dos charlaban alegremente, se besaban y sonreían. *Cómo me gustan estos dos.*

Julio y la tía Verinha optaron por sentarse en el sofá, muy cerca el uno del otro, hablando y sonriendo con los ojos. En cuanto los vi, ella estaba diciendo algo que Júlio escuchaba

atentamente y, de vez en cuando, le besaba la mano. Le brillaban los ojos al mirar a la mujer que amaba.

Mi padre y mi suegro hablaban y bebían vino, un poco más lejos; seguramente estaban solos, porque todo era cuestión de trabajo. *¿No se cansan nunca?* Aunque estaban prácticamente jubilados, después de sus familias, su mayor pasión era la abogacía.

En otro rincón de la sala, Celina sonreía ante algo que Clara le mostraba en su móvil. Sonreí al verlas tan felices. Miré al otro lado de la sala y vi la magnífica imagen de Paulo André apoyado en una columna con un vaso en la mano, sonriéndome. Le sonreí y caminé lentamente hacia él, admirándolo y admirándome a cada paso que daba.

Cuando llegué hasta él, lo besé y lo abracé con fuerza, luego recosté la cabeza en su pecho, oliendo aquel delicioso aroma que me encantaba y escuchando los latidos de aquel corazón que era todo mío.



La felicidad no siempre fue una constante. Iba y venía, a menudo en pedacitos. Y fueron esos trozos los que alimentaron mi alma y recargaron mi batería, ayudándome a seguir adelante.

He tenido muchos altibajos en mi vida. He sonreído mucho, todos los días, pero también he llorado mucho. *¿Cuántas veces puede un corazón soportar que se lo rompan?* No tenía respuesta a la pregunta que siempre impregnaba mis pensamientos, pero era consciente de que el mío había resistido y se había reconstruido innumerables veces. En mi corazón no había lugar para otro sentimiento que no fuera el amor.

Siempre he creído que casi todo lo que se ha escrito sobre el amor era cierto, porque he vivido a diario con su abrumador poder, el poder de alterar y definir nuestras vidas.

En el pasado, cuando mis sentimientos por P.A. aún no eran correspondidos, a menudo me preguntaba por qué me había enamorado tan perdidamente de él. Con mi poca experiencia vital, pensaba que era porque era guapo, divertido y cariñoso. Sin embargo, más tarde me di cuenta de que lo amaba por cómo me hacía sentir cuando estaba cerca de él.

Amaba a Paulo André por el olor que emanaba, por su hermosa sonrisa, por la paz que me daba y también por la inquietud que me provocaba.

Cuando aún no era correspondida, tuve que soportar que coqueteara con otras mujeres y me tratara como a su hermana pequeña, pero seguí amando a aquel canalla. Le quería con toda mi alma, porque tenía una forma de sonreír que me hacía temblar las piernas, olía más adictivo que una telenovela turca... Por no hablar de que me encantaba cuando se metía conmigo.

Paulo André no parecía tener la menor vocación de príncipe azul y, sin embargo, cada día lo quería más. Y todo se intensificó cuando nos besamos por primera vez, porque también llegué a amar la plenitud que sentía cuando estaba en sus brazos. Y cuando sus manos tocaron mi cuerpo... Ah, entonces me derretí como la mantequilla.

Paulo André era educado, amable, independiente y tenía la misma carrera que yo quería seguir. Tenía buen humor, era inteligente, le gustaba viajar y escuchar música, tenía un cuerpo en forma y le encantaba el sexo. Con un currículum así, ¿quién podía resistirse? Yo era incapaz.

Siempre supe que nunca encontraría a alguien tan perfecto para mí como él. Nadie me haría tan feliz como el único amor de mi vida.



Levanté la cabeza del pecho de mi marido y lo miré, sonriendo.

— Te quiero, grandullón.

Él me devolvió la sonrisa, me acarició la mejilla y me dio un largo beso.

— Yo también te quiero, enano. Hoy y siempre.

Fin de la historia.



Para obtener más información sobre mis otros libros electrónicos, apunte la cámara de su teléfono móvil al código QR que aparece a continuación y vaya a mi tienda Amazon:

O pulse aquí -> **Amazon**

Sobre el autor



Ary Nascimento nació el 4 de junio de 1983 en Nova Iguaçu, Río de Janeiro. Farmacéutica bioquímica de formación, pero ávida lectora y escritora por amor, ha conquistado un gran espacio en el universo literario y el cariño de los lectores de romance.

"Mi marido mafioso 1: Matheo & Melissa", su primera novela, fue publicada online en 2018 en una plataforma digital, conquistó a miles de lectores y culminó con la realización del sueño de la autora de publicar su libro en Amazon.

Ary se está haciendo un hueco en el género romántico.

Su mayor inspiración como escritora es la satisfacción de poder aportar un poco de alegría y ligereza a la vida cotidiana de sus lectores.



Para saber más sobre las obras y la autora, apunta la cámara de tu móvil al código QR de abajo y mantente al día de lanzamientos, eventos, sorteos y mucho más en sus redes sociales:

O pulse aquí -> https://instabio.cc/arynascimento

¿Te ha gustado el libro? Comparte tus comentarios en las redes sociales y en **Amazon** y recomiéndalo a futuros lectores. Muchas gracias.

[1] Término inglés que, traducido al portugués, significa encuentro. En Brasil, se utiliza como argot e indica un encuentro romántico con alguien.

[2] Accesorio culinario, similar a una tapa. Suele ser de acero inoxidable, ya que su finalidad es proteger los alimentos y mantener su temperatura. Suele utilizarse para servir comidas en habitaciones de hotel.

[3] Jerga utilizada a menudo por los cariocas. Significa multitud, chicos.

[4] Actor y cómico canadiense, conocido por películas como Maskara, The Liar, The Madness of Dick & Jane, entre otras.

[5] El protagonista de la película El curioso caso de Benjamin Button. La película retrata la vida de un hombre que nace viejo y rejuvenece con el paso del tiempo.

[6] Jerga que significa algo o alguien muy diferente, innovador. Es lo mismo que jodido

[7] Cóctel elaborado con ron, leche de coco y zumo de piña.

[8] Es un tipo de decoración que sigue el concepto abierto, con pocas barreras (paredes, grandes muebles, etc.) entre una estancia y otra.

[9] Protagonista de la serie Suits, disponible en Netflix.

[10] Personajes de la serie Suits, disponible en Netflix.

[11] Jerga portuguesa utilizada peyorativamente para describir a una mujer provocadora o fútil que sólo piensa en la diversión y el placer.

[12] Término de la jerga portuguesa para referirse a alguien con quien se mantienen relaciones sexuales ocasionales o regulares, sin compromiso.

[13] Sobre el personaje Harvey Specter, interpretado por el actor Gabriel Macht, en la serie Suits.

[14] Artículo publicado en la revista IstoÉ.

[15] Camellos, dromedarios y llamas son algunos de los animales que producen una gran cantidad de gases.

[16] Ménage à trois es una expresión francesa. Se refiere a una relación sexual o emocional en la que participan tres personas.

[17] La OAB es la organización que representa y regula la profesión jurídica.

[18] En las redes sociales, el término hetero se refiere negativamente a los hombres que necesitan afirmar su masculinidad ante la sociedad, a menudo con un comportamiento machista.

[19] Jesús Luz es un modelo y DJ brasileño, conocido tras su breve romance con la cantante Madonna. Rayssa lo describe tal y como aparece al principio del libro.

[20] Ambas historias se cuentan con detalle en Mil razones para quedarse, el primer volumen de esta duología.

[21] La primera de una serie de cinco películas de fantasía y romance basadas en las cuatro novelas de la autora Stephenie Meyer.

[22] Periodo de duelo que afrontan los padres cuando se les releva de la responsabilidad de cuidar de sus hijos.

[23] ¡A finales de los 90 se dio a conocer a escala nacional como bailarina del grupo de pagode É o tchan!

[24] Película 4, la secuela de la saga Crepúsculo.

[25] Inflamación de la membrana que rodea el cerebro y la médula espinal.

[26] Expresión francesa que hace referencia a una persona que aprecia y sabe disfrutar de los placeres de la vida.

[27] Canción pop interpretada por Paloma Faith.

[28] Extracto de la canción Sábado à noite, interpretada por el grupo Cidade Negra.

[29] Personaje interpretado por la actriz, bailarina y empresaria Suzana Alves Ferreira. Tiazinha siempre llevaba un liguero, una máscara alrededor de los ojos y un látigo. Fue uno de los mayores símbolos sexuales de Brasil a principios de siglo.

[30] Meme de una marioneta de calcetín, muy famoso en internet.

[31] Un meme que compara cómo se hacían las cosas antes (raíz) con cómo se hacen hoy (nutella). El meme bromea con que hoy en día todo está muy "gourmetizado", por lo que alude a la crema de avellanas de una famosa marca.